

OPUS DEI, ANEXO A UNA HISTORIA

Autora: María Angustias Moreno

INDICE

De: <http://www.opusdeilibros.com>

1. **Introducción** pág. 2
2. **Explicación al título** pág 8
3. **Causas y razones** pág 16
4. **Los que siguen** pág 27
5. **Los que se van** pág 33
6. **Con los que se van** pág 39
7. **Gobierno** pág 47
8. **Ante la Iglesia** pág. 54
9. **Filiación al Padre (monseñor Escrivá)** pág. 62
10. **Algunas cosas más** pág 69
11. **Fraternidad** pág. 71
12. **Secularidad** pág. 77
13. **Discreción** pág. 83
14. **Unidad** pág. 87
15. **Pureza** pág. 91
16. **Obediencia** pág. 96
17. **Lo pequeño** pág. 99
18. **Pobreza** pág. 102
19. **Apostolado** pág. 111
20. **Alegría** pág. 115
21. **Comentario final** pág. 119
22. **Apéndice** pág. 124
23. **¿Tuvieron miedo?** pág. 132
24. **Tanto tiempo ¿por qué?** pág. 140
25. **¿Cuál es la fuerza que mantiene a tantos?** pág. 147
26. **Dicen que son libres** pág. 150
27. **A los hechos me remito** pág. 153

INTRODUCCIÓN

¿Un tema de moda? ¿Un desquite?
¿Una acusación, una crítica, una delación?
Un informe más bien; conciso, escueto.
No me interesa la anécdota, aunque a veces
la utilice como ayuda a una explicación.
Me interesa, me mueve un deber, un derecho;
una intención, un deseo.
¿Un gesto? (el mío) amable y cordial, sereno.
¿Una intención? OBJETIVIZAR Y COMPLETAR.
Nunca he sido ni cartuja ni jerónima,
pero veo que de estas Órdenes se cuenta y se sabe...
y no les importa.
De los jesuitas, las resoluciones de su
último Capítulo General se comentaron en la prensa.
¿Será, tendrá que ser realmente, la Obra
una excepción?
Nunca el egocentrismo pudo ser considerado santo.
¿Derecho a la intimidad? ¿A qué intimidad?
¿Frente a qué o frente a quién?
Cristianos corrientes, pueblo de Dios, Iglesia.
De la Obra se saben y se cuentan cosas, sí.
¿Se sabe y se cuenta su verdad o sólo su teoría?
Relatos, éstos, que son experiencia vivida.
Tema árido, delicado.
Difícil y fácil. Complejo. Y necesario.
Sin afán de señalar a nadie; pero sí de no
dejar que a nadie se le "señale"...
al menos, no sin que cuenten todos los
elementos de juicio.

Tenía todos mis apuntes redactados cuando se produjo la muerte de Monseñor Escrivá. Ante la noticia, mi primera reacción fue de sorpresa: ¿cómo es posible? No era una impresión, sino una pregunta, en el más estricto sentido de su significado. ¿Cómo ha podido morir ya, ahora, en 1975?

Y la evidencia se imponía una vez más. Y se imponía produciéndome una auténtica distensión: se había roto el enorme muro de su personalidad humana. Había dejado de existir esa personalidad suya como única razón y medida de toda acción y de toda obligación de las personas de la Obra. Única, indiscutible, infalible, absoluta, en todo y para todos, dada la significación que se le había dado en la formación de los socios y la especial mentalización que a éstos se les imbuye.

La potencia de esta personalidad, el mito que se había creado en torno, su manera de exponerse y de imponerse, me habían hecho difícil, muy difícil, llegar a concebir que a Monseñor podía ocurrirle algo tan corriente, tan igual a los demás humanos, como el hecho de morir.

Realmente la muerte no perdona a nadie, la muerte es la única que no establece diferencias. Todos acabamos muriendo, todos igual. A la vez, es también la muerte la que define para cada

persona la verdadera y distinta dimensión de su vida.

En el caso de Monseñor, ahora ya, la imposición de su estilo, de su manera de pensar, de hablar incluso, dejará quizá de tener un carácter dictatorial y arrollante para pasar a adquirir proyección eterna. El hecho de que una persona, una vida -la misma vida- formen parte de la Iglesia triunfante en el seno del Padre Celestial, concede a ésta unas prerrogativas que, a mi entender, no son arrogables, aplicables, en el curso de su vida terrena. Ahora es distinto, puede ser distinto.

De entre unas cuantas opiniones recogidas alrededor de este acontecimiento recuerdo una, de un miembro de la Obra precisamente, que comentaba que había que rezar mucho por el Fundador, ya que había tenido que encontrarse con la auténtica verdad ante Dios, y que la verdad de tantas cosas y tan variadas podía haberle resultado muy dura. Y lo decía con cariño.

Yo no creo que estas cosas que pueden haber resultado tan lamentables en su efecto y que han tenido tan dolorosas consecuencias, tengan que serle aplicadas a título exclusivamente personal. Pienso que sus acciones han sido movidas por la mejor intención. La dedicación de su vida, la extensión de su apostolado, la proyección de la Obra por él fundada, tienen, por supuesto, su buena parte positiva. El juicio sobre la repercusión de unos hechos propios de la Obra debe hacerse sobre la veracidad de unos datos constatables, bajo la autenticidad de los propios acontecimientos, en concreto y personalizados; pero, a la vez, con suficiente magnanimidad para saber desligar el hecho en sí y su repercusión sobre terceros de la intención subjetiva de la persona que lo realizó.

Y por eso, por todo eso, después de la muerte de Monseñor Escrivá no veo necesidad de cambiar lo que yo tenía escrito, ni quitar, ni poner, ni corregir siquiera el tiempo de los verbos.

Es un testimonio vivido en presente, al que, lógicamente, no tiene por qué afectarle lo que haya sucedido después.

Un testimonio meditado y madurado. Redactado ahora, desde donde estoy -fuera de la Obra-, justo por imposición de esa muralla, de ese silencio, de ese total rechazo que institucionalizó en la Obra la persona de su Fundador frente a aquellos que quisimos, antes que nada, resolver desde dentro las incoherencias que nos afectaban.

Un testimonio, una relación de hechos, que escribí contando de antemano con la repulsa del Padre -una repulsa que sólo sería una repetición más en la cadena de sus actitudes-, y que hoy, ante él precisamente y ante su nueva situación, cuando le es posible juzgar bajo el prisma divinizado de la verdad, intuyo que puede provocarle una reacción bien distinta.

Una vida, un decir y un hacer que se hace semblanza, se hace noticia, se constituye en historia. Y, sin embargo, hoy como ayer, al escuchar y contemplar en la prensa y en la televisión las palabras y los hechos de Monseñor Escrivá espigados para dar testimonio de su persona y de su Obra (suya como Fundador), he vuelto a sentir la misma enorme desazón que experimentaba cuando, dentro de la Obra, palpaba la distancia entre la realidad y las palabras. ¡Cuánto contraste! ¡Qué distinto escucharle... a "vivirle"!

Por televisión nos han mostrado retazos de sus apariciones en público, en las llamadas "tertulias", y he tenido que levantarme del asiento, incapaz de seguir contemplando tanta ficción. Su intención, sus palabras, su afán de captarse al auditorio poniendo en juego todos sus recursos, no dudo de que fueran buenos, alentadores incluso para algunos; pero en el contexto de una experiencia como la mía su enorme contradicción necesariamente provoca el rechazo.

¿Un hombre para la historia? ¿Una personalidad genial y arrolladora?

La historia, en su lento rodar a través de los siglos, se repite una y otra vez; la multiplicidad de hechos que la componen se entrecruzan y se anudan, son interdependientes. Y aunque la Obra rechace para sí cualquier semejanza o antecedente, en su deseo de aparecer como única y distinta, es imposible -yo diría que es antihistórico- dudar de que los tiene. La personalidad de un San Bernardo, por ejemplo, en la Edad Media, su inteligencia, su poder de captación fueron causa de un Císter que se extendió vertiginosamente; entonces como ahora. Y como ahora, el ganarse la amistad de los poderosos, que tanto encurnbró a los templarios, fue a la vez la causa de su caída. ¿Las Órdenes Militares no fueron acaso un movimiento secularizante, al estilo de su época? La historia se repite. Y se repite en la sabiduría de su experiencia, con toda su fuerza desmitificadora; se repite imponiendo franqueza y humildad a todos... a la Obra también, que no es, ni nunca ha sido, ni tiene por qué serlo, genial y exclusiva.

"Ha llegado la hora de desligar de la Obra a la persona del Padre", comentaba también uno de los hijos espirituales de Monseñor. La Obra, hasta ahora, no ha sido otra cosa que la persona del Fundador. La inspiración divina de su concepción, su origen sobrenatural, su desarrollo posterior, todo, ha necesitado, porque así lo creyó oportuno Monseñor, estar encarnado en su propia personalidad, en su personalidad humana. La Obra, hasta ahora, ha sido él y sólo él. Ahora tendrá que seguir siendo sin él; a pesar y además de todo lo que la Obra tenga siempre que deberle (y que agradecerle) como Fundador.

Ahora la Obra, necesariamente, tendrá que realizarse según un espíritu, unas Constituciones bien conocidas, unos caminos claramente delimitados; no podrá seguir inspirándose únicamente en la "manera de ser" de una persona, por mucho que esa persona sea -o se diga- instrumento de Dios. Ahora también, providencialmente, es la mano de Dios la que ha de actuar sobre la Obra.

Sin duda, la Obra seguirá el rumbo trazado por un hombre que fue el instrumento fundacional; seguirá asimilando y dando la misma doctrina que de él recibió, esa misma abundancia de sistematización establecida, ahora sellada por la fuerza y la nostalgia (para los que le han conocido y querido) de la muerte de su propio organizador. Pero seguirá al menos con la gran diferencia de que se ha cerrado una época muy concreta; se han acabado esos tiempos de constantes y desconcertantes cambios de rumbo que, sobre la marcha, Monseñor nunca tuvo reparos en que se sucedieran continuamente, paralelos a su personal manera de ser. Al tener ahora la Obra que empezar a caminar por sí sola, podrá ser ella, y no una persona determinada.

Quizá tengan que dejar de ser "pequeños"; quizá tengan que plantearse la dura situación del hijo huérfano que ha de enfrentarse con las necesidades de la casa para subsistir. ¿Habrá llegado la hora en que de verdad los socios, todos, puedan sentirse llamados a hacer la Obra? La Obra tal y como Dios la quiere para su Iglesia. Tal y como se la inspiró a Monseñor, tal y como

quiso encomendarle que la diera a luz en el mundo.

Hoy, necesariamente, fuera de ese seno engendrador, que tan empeñado estaba en mantener y en alargar su estancia en la oscuridad de sus entrañas -a mi entender ése ha sido el problema-, el Padre podrá seguir siendo el Padre, pero la Obra tendrá que ser ya la Obra. Él ha sido y no dejará de ser su procreador (con Dios y en nombre de Dios), pero la criatura ha de tener vida propia.

¿Entenderán esto los que se consideran sus hijos fieles? ¿Cabrán esta diferenciación en la mente de quienes jamás tuvieron problema en admitir que la Obra y su Fundador eran la misma cosa? ¿Será posible esta "mayoría de edad", a la que todos hemos estado llamados en la Obra teóricamente, al tiempo que había que renunciar a ella para ser dóciles, y entregados, y como condición necesaria para no incurrir en soberbia? No lo sé; no sé si será posible.

Sólo pienso que ahora, ante la carencia de Padre, quizá sea mayor la necesidad de una Madre, de esa Madre santa que es la Iglesia; querida y proclamado así por y para el Fundador de la Obra, pero siempre encuadrada y reducida a lo que él admitía y decía de ella para los suyos. El Papa, sí, al que no dudo que Monseñor Escrivá haya profesado un auténtico cariño filial; pero primero el Padre. El Padre y, a través del Padre, la Iglesia. Seguros de que así la voluntad de Dios era más directa, más segura. "Papas he conocido varios, Obispos conocéis todos un montón, pero Fundador sólo uno; y Dios os pedirá cuenta de haber vivido en la época del Padre" -decía Monseñor en el curso de una meditación dirigida a un grupo de hijos suyos, en Londres, año 1962.

Para mí, haberle conocido es un honor, y es a la vez una obligación. No he podido sentir pena ante la noticia de su muerte; la felicidad de su gloria no me entristece. Y entiendo que Dios, una vez más, ha usado de su misericordia. Se lo ha llevado antes de lo que él mismo había profetizado, de una manera fulminante, sin opción a una reacción ni a montaje de ningún tipo, ni personal ni alrededor de él en el momento y de la manera precisos para salvaguardar su santidad. Se lo ha llevado cuando muchos, muy difícilmente mantenidos dentro de la organización, necesitaban tenerle en el cielo mejor que en la tierra.

Yo diría que la Obra acaba de nacer. Hasta ahora no había sido ella, sino él. Ahora la criatura empieza a ser por sí misma. ¿Qué harán los suyos? ¿Qué reacciones tendrán y seguirán teniendo? Muchos, me consta, tendrán una reacción bastante semejante a la mía: forman, diría yo, el sector realista de la Obra; otros..., quizá en busca de perpetuar el mito, de seguir provocando histerismos colectivos que mantengan el eco de una veneración mítica, serán intransigentes mantenedores de un pasado.

La influencia, la costumbre, la represión de tantos años no van a ceder fácilmente. Creo que si yo hubiera continuado dentro no estaría hoy en condiciones de ver las cosas con tanta claridad, creo que no hubiera contado ni con facultades ni con posibilidades para ello: hay un "deber de conciencia" que puede y acaba con todo lo personal, encuadra todo, anula... ¡tantas cosas!

Son muy pocos (aunque sé de algunos) los capaces de conservar dentro esa facultad de discernimiento que permite juzgar las cosas sin prejuicios.

Ahora sí, necesariamente, deberá imponerse el espíritu, el genuino espíritu de la Obra, su acción verdaderamente eclesial, ocurrirá el riesgo de quedarse en un fanatismo corrosivo y

desprestigiante, que en nada favorecerá su continuidad.

Para los que sólo conocen la Obra desde fuera, una vez más cabe el interrogante: ¿Qué es realmente la Obra? ¿Cuáles son sus fines? En definición de su propio Catecismo interno, la Obra es una Asociación Internacional de fieles católicos, aprobada por la Iglesia, cuyos fines son la santidad y el apostolado.

Yo, sin embargo, me pregunto más bien: ¿qué va a ser, a partir de ahora, de la Obra? ¿Ha acabado ya esa época de pruritos especiales sobre una sola persona, que tanto ha dificultado (en mi experiencia) la explicación y la comprensión de la verdad de la Obra, a pesar y además de los 60.000 socios de tantos países? ¿Se seguirá centrando todo en el recuerdo y en la veneración de los mismos, ahora con mayor justificación, y a la vez tanto más anquilosante, o le cabrá ante la Iglesia una disponibilidad distinta, una actitud más asequible, más sencilla?

Que Monseñor Escrivá sea santo de altar o no, lo ignoro. No todos los santos han brillado por las mismas virtudes: los méritos pueden ser muy distintos y muy variados. Pero lo que no creo posible es que la santidad de Monseñor pueda basarse precisamente en la sencillez o en la humildad. A modo de ejemplo:

Monseñores en la Obra hay varios; es un título honorífico que en la Curia Romana abunda mucho: lo son entre otros don Álvaro del Portillo, también lo era don Salvador Canals y varios más. Pero este dato se ha preferido ignorar hasta que Monseñor Escrivá ha muerto. Viviendo él, sólo de él debía hablarse.

También es sintomático el hecho de que Monseñor Escrivá jamás asistiera, en los muchos años de su estancia en Roma, a los funerales de ningún cardenal ni de ninguna personalidad (al menos, no se nos ha contado, y esas cosas no se dejan pasar tan fácilmente). Él sólo recibe en casa, se solía argumentar.

San Pablo, con su avasalladora claridad, asegura que la caridad es superior a todos los carismas: "Y si poseyere el don de profecía, y el de sabiduría y el de ciencia... y tuviera tanta fe que trasladara los montes, pero no tuviera caridad, de nada sirve" (1 Corintios, 13, 1). A Dios y sólo a Dios queda reservado el juicio. Pero a nosotros nos sigue tocando aplicar la doctrina.

Los prodigios, los éxitos, el eco de la personalidad de Monseñor, todo cuenta, todo seguirá contando; todo seguirá sirviendo de bandera para sus seguidores. Pero, necesariamente, y para no dejar de ser objetivos, se ha de contar con ello sin sacrarlo de su contexto.

Para mí, el mayor milagro que podría hacer el Padre sería el de devolver a la Obra su sencillez y su autenticidad. Autenticidad que implica humanidad y secularidad.

Una vez más, en la historia se abre el horizonte de un futuro... que puede ser espléndido, pero que se alza ante un campo de batalla sembrado de víctimas. Son el tributo que esta clase de triunfos suele exigir. El tributo de unas vidas, unas gentes estupendas, marginadas y pisoteadas, porque no pudieron -no pudimos- renunciar a nuestro deber de estar en desacuerdo con aquello que repugnaba a nuestra conciencia, y nos imponía la imposibilidad de cooperar con sistema semejante.

Ante el Fundador, este caer arrollados y destrozados no ha constituido ni siquiera una llamada de atención. Ante la Iglesia o, al menos, frente a nuestra propia conciencia, quizá pueda llegar

a ser un testimonio de fidelidad al Cuerpo Místico de Cristo, por encima del cuerpo de la Obra. Una ofrenda, un sacrificio (uno más entre tantos otros que han podido seguir caminos distintos, incluso el camino de sacrificarse dentro) que espera del Cielo, y no de los hombres, acontecimientos que, a la larga o a la corta, traigan la solución.

2. EXPLICACIÓN AL TÍTULO

Anexo a una historia. ¿Anexo a qué? ¿Anexo por qué? Anexo, sí. A una historia, la del Opus Dei, que se está construyendo día a día, que se publicará -dicen- cuando convenga. La historia que, según el Fundador, es "la historia de las misericordias de Dios", "una historia -sigue diciendo- que habrá que escribirla de rodillas".

Historia para la que se seleccionan y se acumulan anécdotas ejemplares, películas, grabaciones, documentos manuscritos, de sucesos todos ellos significativos y convenientes, escogidos y programados, previstos y organizados. Datos todos ellos a los que se les da un enfoque específico, el que conviene, aunque, en buena lógica, podrían ser analizados por prismas bien distintos. Datos reales, sí, pero no más reales que otros muchos a los que se da de lado y se prefiere ignorar: que se desechan voluntariamente, que se destruyen sin constar por escrito, que nunca cuentan.

Creo que sé bastante de esa historia especial y singular de la Obra. Una historia que podría ser seria y grande si no fuera porque ella misma se desautoriza por falta de la objetividad y de la integridad que se imponen como norma previa.

Ahí está la historia. Con todos los carismas y con todas las excelencias que en ella se quieran reunir. Sonora historia pero ¿hueca historia? "Como campana que resuena, como címbalo que retiñe", si la caridad no es lo primero. Palabras llenas de autoridad, escritas hace ya veinte siglos, para que nadie crea que están motivadas por prejuicios ni contra la Obra ni contra nadie. hueca historia, por tanto, si al estudiar unos hechos que ya son historia en la Obra con la objetividad que pide el castizo "al pan, pan, y al vino, vino" se encuentra que en ellos ha estado ausente la caridad.

La historia de una selección que en la Obra se realiza a todos los niveles: se seleccionan los hechos, se seleccionan las personas, se seleccionan, en fin, lo que conviene que aparezca en ella. Se archiva, se recopila -dicen- lo "constructivo". Lo que construye, si, una imagen predefinida, a la que hay que seguir alimentando con los datos convenientes.

Otro tipo de. datos -aseguran convincentes a los que reclaman objetividad-; esos que no dicen demasiado a favor, a éstos "la gente no los entendería", "no están preparados para entenderlos" y "no se puede hacer daño a nadie"; un daño unilateral que parece referirse tan sólo al prestigio de la Obra, sin que importe demasiado el daño o el desprestigio de terceros. ¿Acaso es posible así entender algo, algo de verdad? ¿Acaso se puede vivir una caridad que deforma u oculta la verdad total?

En la Obra, por ejemplo, se archivan las cartas de los socios, pero no todas: sólo las seleccionadas. Se archivan o se destruyen, según conviene, los informes, los relatos sobre la marcha de distintas labores, etc. Al mismo tiempo, nunca se contesta por escrito a alguien que haya expuesto un problema personal, ya que eso sería admitir su existencia y "en la Obra no caben los problemas personales", aunque los haya.

Las medidas están maravillosamente bien tomadas: "hay que ahogar el mal en la abundancia del bien", como inculca el Fundador. Idea que podría considerarse positiva, en principio, si no fuera porque el "ahogo" consistiría, como consiste, en arrollar y aplastar lo que molesta, sin solucionarlo; en ignorar, ocultar y desatender los problemas para que no salgan jamás a la luz, para que no empañen la imagen pública de la Obra.

La historia de la Obra es, por supuesto, la historia de un Instituto Secular aprobado por la Iglesia. También, según se cuenta, de una asociación querida por Dios, a través de manifestaciones extraordinarias dirigidas a la persona del Fundador. Hechos prodigiosos que se cuentan -más bien se susurran- al oído de los suyos, insistiendo en la necesidad de ser discretos, a título de humildad colectiva, y logrando, erigiéndose así más bien en estímulo de admiración y en aval de misterio.

Yo, como tantos otros, he defendido esa aprobación eclesiástica y he apoyado esa sobrenaturalidad. Y no las voy a poner en duda ahora. No tengo, para confirmar mi actitud, sino el respeto y la consideración propia de todo católico, de todo hijo de la Iglesia, hacia su magisterio. Mi objeción a la Obra tiene, por tanto, como fundamento y como base, su propia APROBACIÓN. La que la Iglesia precisamente concedió para ella, la que dio el visto bueno a su espíritu y a su teoría. Porque resulta que la práctica que luego se ha impuesto a los socios es discordante con ella, la praxis o norma de conducta impuesta a los socios como regla inmediata, aparte de las Constituciones, es incoherente con aquella aprobación.

La Obra tiene unas Constituciones, sí. Las Constituciones escritas que la Santa Sede exige a toda asociación religiosa que se someta a su aprobación, y en las que basa precisamente su reconocimiento que, al parecer, los socios de la Obra no tienen por qué conocerlas demasiado. Están escritas en latín, y no se traducen; los socios no las han leído "nunca". Sólo un extracto, un resumen de ellas, realizado no sé con qué criterio, está al alcance de los socios en épocas y condiciones muy limitadas y determinadas: es el Catecismo de la Obra, un librito salido de las imprentas internas con escaso número de ejemplares, de uso muy controlado (retirado desde hace varios años) y siempre custodiado por los directores: nadie debía tenerlo en su habitación ni veinticuatro horas; cada noche se recogían y se contaban cuidadosamente los ejemplares. Como término medio, los socios -no todos- tenían acceso al Catecismo unos veinticinco días al año -la duración de su "curso anual"-, y no todos los años. Pues bien, sólo en la época en que yo pertencí a la Obra se hicieron tres ediciones diferentes de dicho Catecismo: en cada una de ellas había puntos que se reducían, o se ampliaban, o se explicaban de una manera totalmente distinta, según convenía. Y ello a pesar de ser, como decían, un resumen de esas Constituciones, las únicas aprobadas, y que, al menos que yo sepa, no han sido sometidas a revisión alguna ante la Iglesia. Versiones distintas, cambios en la misma conceptualización que los socios deben tener de la Obra, junto con la acaparadora y acosante ambición, ya expuesta en las primeras líneas de su prólogo, de que "en este libro, tan pequeño, está escrito el "porqué" de tu vida de hijo de Dios", para seguir insistiendo y definiendo que "sólo" con lo que en él se dice "tendrás siempre en tu cabeza y en tu corazón luces claras".

En la Obra se editan las cartas del Padre, sus homilías, instrucciones, meditaciones: son el material por excelencia de toda la formación espiritual y doctrinal que en la asociación se recibe.

De cara a la opinión pública, se hacen separatas que recogen predicaciones de fechas antiguas, que se rehacen y se adaptan convenientemente, pero conservando en ellas la fecha primera. Así quedan como testimonio de un apostolado que se adelantó a los tiempos, como prueba de una doctrina que siempre supo ir por delante. Sin que quizá quepa objeción a su contenido, pero sí a la tergiversación de datos -la fecha, por ejemplo- con que salen a la luz pública.

Se abunda en publicaciones internas (revistas editadas sólo para los socios) con las que se dice llevar a todos la predicación y el constante decir y hacer del Fundador, junto con la ejemplaridad y éxitos de las distintas labores. Se recogen en ellas acontecimientos de los distintos apostolados; se invita a unos y a otros (miembros de la Obra) a que aporten colaboraciones.

Sin embargo, esas colaboraciones están sometidas a tales revisiones y adaptaciones (según enfoques y estilos específicos y determinados), a tales censuras, que son irreconocibles, aun para el mismo autor, cuando las ve publicadas. He tenido ocasión de vivir con una de las asociadas que comenzó el apostolado de la Obra en Kenya; trabajó allí varios años. Y cuando leía en las revistas internas la versión de lo que allí pasaba, se indignaba y comentaba en voz baja, pero dejándose oír: " ¡mentira, mentira!"

Se dice, se transmite sólo lo que favorece; se omite o se enmascara todo lo problemático. Incluso de estas revistas internas, tan maquilladas, se controla su lectura: eso rige especialmente para los asociados supernumerarios, a los que sólo se les comentan, o se les dan a leer, determinados números.

Respeto, insisto, la aprobación de la Obra. Pero respeto y reclamo precisamente esa aprobación suya, la emanada de la Iglesia, y no otra. Como entiendo que cabe y se debe respetar la vocación en sí de cada uno, la llamada personal. Tan de Dios como la Obra misma. Al fundador le cabe ordenar y perfeccionar y continuar su propia fundación, pero nunca, creo yo, cambiar o transformar aquello que fue lo que determinó la dirección a seguir de los que en ella se alistaron. Al menos, no sin contar con ellos.

Bajo deber de conciencia se nos ha obligado a los socios, en distintas ocasiones, a entregar toda anotación o testimonio personal de dichos o hechos del Padre, o de cualquier tipo de acontecimientos o de doctrina que tuviera que ver con la Obra y que pudiera servir de testimonio. Una foto, una entrevista, una tertulia del tipo que sea, una cinta magnetofónica, "todo" en una palabra, ha de estar supervisado, controlado, censurado.

No cabe nada libre; ni para los de dentro ni para los de fuera, nada. Hay que estar alerta, y seleccionar, y requisar. Poniendo en esta tarea una dedicación realmente ejemplar, estimulada por la santidad vigilante que esto, según enseñan, implica.

"Hay que evitar todo malentendido", argumentan una y otra vez. Verdaderamente, con todo eso, ¿qué es lo que se pretende evitar? ¿A qué tanto miedo, tanta prevención, tantas medidas y tan exhaustivas? Si esto ocurriera a nivel de Iglesia, en nuestros días, nos resultaría extraño e inadmisibles; entonces, ¿por qué emplea la Obra semejante táctica? Una obra secular, llamada a estar compuesta por ciudadanos corrientes. ¿Acaso la Obra se considera a sí misma "más de Dios" que la propia Iglesia?

Hace unos años, justo dos antes de que yo abandonara la Obra, se convocó un Congreso General Extraordinario de la asociación. Congreso memorable, que iba a ser, indudablemente, pieza clave en la historia del Instituto, y que se desarrolló, a grandes rasgos, como sigue; a él asistieron las asociadas que fueron invitadas, y no las que por derecho deberían haber estado presentes. "Convenía" que estas últimas renunciaran, encantadas, porque así se les indicó que era deseo expreso del Padre. No es difícil entender las razones de ese deseo. Esos miembros con derecho, las llamadas "inscritas", que un día fueron nombradas para ello (sin pedirles su opinión) como prueba de confianza a una fidelidad probada, y que son, a la vez, las que por haber ocupado durante largo tiempo cargos internos de gobierno o de formación de los otros socios más han visto y han vivido. Son las más idóneas para provocar una llamada de atención, las que tienen más argumentos en su mano para suscitar temas menos gloriosos, para evidenciar necesidades más comprometidas. Por lo que eran ésas las que no convenía que estuvieran presentes. Sin olvidar tampoco que muchas de ellas son las que han dejado la piel en esos primeros tiempos duros y difíciles; que, cansadas y agotadas, son la consecuencia patente de un sistema lleno de contradicciones. Hay que prescindir de esas mayores para con-

tar con otras más jóvenes, más entusiastas, más incautas. También "inscritas", pero mucho más manejables. Yo me contaba entre estas últimas.

Así se inició un Congreso importante. Había que tenerlo -quizá por expresa indicación de la Santa Sede- para reflexionar sobre la misión de la Obra, sobre sus labores y la manera de mejorarlas. Pero -de puertas para adentro- había que hacerlo demostrando ante todo un gran agradecimiento al Padre y un vivo entusiasmo por todo lo que la Obra era. Por ello se nos invitó a todos los socios a escribir "Comunicaciones", que sería el material de base sobre el que trabajaría el Congreso. Se nos dijo que esas comunicaciones podrían tratar de "todo lo que cada uno quisiera exponer libremente". Pero "me obligaron a rehacer lo que había escrito y poner todo lo contrario de lo que pensaba", en frase textual que escuché repetidas veces en las charlas personales que, como directora, recibía en aquella época de diversos miembros de la Obra.

Yo fui secretaria de una de las comisiones del Congreso en el curso de una de sus semanas de trabajo previas, y sé bien cómo se seleccionaron estas comunicaciones; cómo unas servían y otras se desechaban; cómo se trabajó sólo sobre las que se adaptaban a lo previsto y se ignoraron todas las que no entraban en este esquema. Como sé también que, mucho tiempo después -dejé la Obra sin haber vuelto a saber nada- seguía en suspenso tal Congreso, del que nunca más se supo. Si hubo noticias, o conclusiones, o incluso si se celebró, eso debió de quedar en las más altas esferas, porque el "pueblo", los miembros de la Obra en general, incluso los que habíamos trabajado en su preparación, no volvimos a saber "nada".

Sin embargo, también ese Congreso formará parte de la historia de la Obra, de esa "historia de las misericordias de Dios". ¿Cómo, de qué manera? No lo sé. Sólo sé que esto, todo esto que acabo de narrar, es pura y significativa realidad. No tengo inconveniente en admitir, como he dicho, una historia de la Obra querida e inspirada por Dios. Lo que no admito es que unos derechos del fundador puedan anular o arrollar los derechos, no menos legítimos, de la propia vocación de aquellos que él mismo aceptó como colaboradores.

En la Obra -dice el Fundador- "no queremos preceptos, no necesitamos votos, sólo queremos virtudes". Para continuar diciendo: "En la Obra sólo hay dos caminos: obedecer o marcharse."

"Hay que ser humanos, que es la única forma de ser divinos", sigue argumentando el Padre. Y mientras se insiste en la necesidad de fraternidad, de cariño y de comprensión, se impone al mismo tiempo a los socios la obligación de estar por encima de las cosas y de las personas, de tal manera que los sentimientos más propiamente humanos, los más nobles y limpios, la misma amistad, son considerados peligrosos y dañinos, como nocivos intentos de contemporizar con la tentación.

"La Obra no se mete para nada en la vida material de sus socios; le importa sólo su formación y su vida espiritual", "Cada uno es muy dueño de su propia profesión, de su actuación social, de su estilo personal". Pero todo a base de que esa vida espiritual "incluya" hasta la más mínima determinación profesional (no propiamente técnica), cualquier relación humana, exigiendo que todo sea sometido a consejo, obediente a la decisión que sobre aquello indiquen los directores, ya que sólo así es posible tener "buen espíritu". Nada que se aparte de este angosto cauce, de esta malla finísima, estará bien considerado. ¿A qué, entonces, habrá que llamar "estilo personal"?

"La Obra no es sino una gran catequesis", sigue asegurando Monseñor Escrivá. Pero una clase muy especial de catequesis, que prohíbe, de entrada, toda relación y toda clase de trato

con aquel que no esté previamente de acuerdo, o predispuesto a estarlo, con las ideas peculiares y específicas de la Obra misma.

Es decir, una catequesis que sólo admite a los ya catequizados: norma segura para conseguir toda clase de éxitos en la labor.

"Una organización desorganizada", "unos más, cristianos corrientes, en la entraña misma de la sociedad, en todas las encrucijadas de la vida": así es cómo definen la Obra. Pero trabando, controlando, previendo y organizando toda acción propiamente personal de los suyos. Una "desorganización" organizada con tal exhaustividad de praxis, de normas concretas de actuación, que todo está previsto, todo está determinado, desde lo más sublime a lo más ridículo: determinada la persona -y sólo ésa- con la que cada socio debe abrir su intimidad; los temas que debe tocar en esa "charla" personal; qué medidas exactas han de tener las velas en los oratorios; cómo limpiar el suelo; en qué día determinado se ha de tomar determinado postre...

Y así se va forjando una historia llena de contradicciones; ¡se podrían contar tantas más! Una historia que se compone de un espíritu bueno, aunque a veces demasiado rebuscado, de unos principios teóricamente constructivos. Una historia llena de un trabajo apretado y serio, intenso (entre otras razones: para que no haya tiempo de problemas); como "burros" dice el Padre que han de trabajar sus hijos, y surge así el ejemplar modelo de trabajo duro, sin opción a queja alguna, sumiso y dócil al amo, quien no dudará en cargarlo fuerte. "Como un borrico fiel", "dando vueltas a la noria para que la huerta florezca", así quiere el Padre a los suyos. Y este lema del borrico está ya definiendo a la "labor" (quehacer y ser de la Obra) antes y muy por encima de la misma persona.

Una historia llena de labores deslumbrantes en el mejor sentido de la expresión, de enorme difusión, de grandes éxitos colectivos. Pero una historia ¡tantas veces! amasada a costa de las mismas personas que la llevan a cabo. Jalonada de olvidos a la persona concreta, de falta de atención a sus problemas, de actitudes distantes que hieren y desconciertan, que anquilosan y destruyen la personalidad; si eso cuesta enfermedades, o incluso desequilibrios psíquicos, no importa. Se sigue adelante, sin que nada pueda despertar la más mínima necesidad de reflexión.

La historia de unos entusiasmos en masa, filmados y constatables. Giras por distintos países, tertulias multitudinarias, pruebas tan fehacientes de adhesión como pueden ser los valiosísimos regalos al Padre. Hechos y dichos, casos y cosas que quieren ser ahora demostración y, en lo futuro, testimonio. Que, al parecer, se aportan para avalar una Obra de Dios en los mismos siglos, en los mismos baremos, que a lo largo de la historia se han avalado tantos liderazgos humanos, tantas organizaciones de fines terrenos.

De todo este tipo de tertulias y aglomeraciones, de entusiasmo puestos a flor de piel por la sola presencia de Monseñor, se cuenta y se publica, se proyectan películas (eso sí, estas últimas a nivel reducido, pero influyente); lo que no se dice, lo que se calla, es el despliegue de fuerzas que esto ha supuesto entre los socios, cómo han tenido que trabajar para provocar esta necesidad de admiración y de veneración hacia la persona del Fundador. Incluso frente a los mismos socios. Me ha tocado vivir esta situación de cerca, y sé bastante de las competencias que se establecen entre los directores internos cuando se trata de preparar una cálida acogida al Padre. No competencias egoístas, de ser más o de aparecer más, como quizá a primera vista podría suponerse; no, se trata de competir en dedicación, en cuidados, en atenciones. Eso se plantea como una necesidad de correspondencia fiel a los desvelos del Padre, actitud fomentada desde que se llega a la Obra, y que se traduce en este axioma; todo debe parecerse poco

para el Fundador. A título de visión sobrenatural, a título de sentido apostólico, a título de ejercicio responsable del cargo.

A la mayoría de los que forman estas incondicionales colectividades jamás se le hubiera ocurrido, de "motu proprio", tan acendrados sentimientos, tan delicadas atenciones; pero bien promovidos, organizados y estimulados ¿por qué no? La psicología de las masas es bien conocida por los expertos, y si además se hace por ha gloria de Dios y del Fundador...

Hablaba de regalos al Padre. Regalos que han de ser siempre "dignos" es lo que se les dice bien claro a los socios cuando se los alienta a que los hagan. Y digno acaba siendo sinónimo de "fabuloso". Se montan verdaderas campañas para "estimular" los regalos al Padre. Sólo los conseguidos durante su viaje a España en el año 72 (octubre y noviembre) son suficientes para poder asegurar, sin el más mínimo temor de faltar a la verdad, que el Padre recibe miles de regalos valiosísimos.

Al Padre hay que hacerle regalos -dicen- porque es de hijos bien nacidos el ser agradecidos, y al Padre -insisten- se lo debemos todo. Pero no sólo se le hacen regalos cuando viene a España; si alguien (un supernumerario o un cooperador, un amigo) solicita una entrevista con el Padre en Roma y le es concedida, no debe ir con las manos vacías: de antemano se le indica la "conveniencia" de llevarle algún "pequeño" obsequio. Sobre lo que incluso hay una praxis escrita: tipos de regalos, a quién deben entregarse, etc.

Por supuesto, los regalos no son propiamente personales, pero sí sirven para que las casas y centros de la Obra tengan todo ese cúmulo de detalles que gustan a Monseñor, ese estilo peculiar que él constantemente inculca.

Volviendo al tema de las tertulias multitudinarias, se cuenta con admiración la espontaneidad y naturalidad que consiguen tener esas concentraciones en torno al Fundador, a pesar de los centenares e incluso miles de personas que están presentes. Lo que no se cuenta es la cantidad de medios que se han puesto, la cantidad de personas que se han preparado para que sean ellas las que hagan las preguntas convenientes, para que corten un posible tema polémico; para lograr, en fin, que aquello se mantenga en la línea establecida y prevista, y el Padre pueda hablar sólo de lo que de antemano se sabe que quiere hablar, y en la forma y medida que él tiene por costumbre y desea hacerlo. Así, las apariencias pueden ser de una asombrosa espontaneidad, pero sólo las apariencias. Los hechos -los he sufrido y los conozco muy bien- son muy diferentes. Para mí han supuesto un fuerte impacto, una dura evidencia, que se alza frente a esa proclamada sinceridad y autenticidad de la Obra.

En otro orden de cosas, recuerdo "Conversaciones con Monseñor Escrivá de Balaguer", que fue todo un "bestseller". Claro está: el medio de conseguir tan altas ventas fue sencillo: se indicó expresamente a todos los socios de la Obra, a todos los cooperadores y amigos, que compraran para sí uno o varios ejemplares, y que regalaran todos los que pudieran. Había que hacerlo, además, como razón de apostolado y de apostolado principal. Ese libro contenía la homilía pronunciada por Monseñor con motivo de la Asamblea de Amigos de la Universidad de Navarra del año 67 y siete "entrevistas", concedidas a tres periodistas españoles y cuatro extranjeros. Me consta que dos de los periodistas españoles son numerarios del Opus Dei; quizá también lo sean los restantes, pero este dato lo desconozco. Una entrevista al Padre se aleja diametralmente de lo que la gente considera una entrevista: no hay diálogo entre el entrevistador y el Padre; las preguntas se pasan por escrito y, si hay completa garantía de que el entrevistador no va a poner nada de su parte, el cuestionario se devuelve contestado al cabo de unos cuantos días. Si el periodista es de la Obra, el guión de preguntas que prepare será

cuidadosamente revisado por diversas personas, quienes podrán cambiar las preguntas por otras que les parezcan más oportunas. Al igual que en el caso anterior, el cuestionario se devuelve contestado, sin posibilidad de diálogo personal. El periodista es sólo un medio -digamos "utilitario"- que el Padre emplea para poder exponer a la opinión pública lo que él cree oportuno y quiere: son entrevistas pensadas y organizadas "desde arriba". Son pura propaganda.

"Hay que ser pillos, hijos míos", repite con entusiasmo el Fundador. Yo siempre he preferido el "hay que ser audaces". Creo en la audacia, y en la necesidad de ser audaz para no caer en un fatal aburguesamiento, mediocridad o ramplonería; creo en la audacia porque a esta virtud le va la honradez, la lealtad, la claridad, que no creo combinen con la pillería. Ni literalmente, ni en el sentido popular, el pillo fue nunca sino ese personaje retorcido, de mirada poco limpia, de artimañas enredosas. En la Obra, en honor a esa transmisión constante de todo lo que proceda del Padre, la pillería se ha hecho parte de su historia. La pillería en la Obra de Dios ha llegado a hacer posible que las cosas se digan o se interpreten como conviene, que se diga una cosa por otra (en la Obra se usa y se abusa de la restricción mental más estricta), que se oculte o se difunda lo que interesa, sin más consideración ni con las personas ni con la misma verdad. Hay que saber ser pillos para que sea la Obra, siempre la Obra y sólo la Obra, la que salga airosa y enaltecida.

Un ejemplo de cómo se manejan en la Obra las restricciones mentales es el de aquella señora española que se presentó una vez en Roma para tratar con el Padre de un asunto muy delicado que no dejaba en buen lugar a la Asociación. Había tratado de solucionarlo en España con los correspondientes directores de la Obra y había recibido la callada por respuesta. Al pedir una entrevista con el Padre, una vez en Roma, sus interlocutores se excusaron: no, era imposible hablar con el Padre porque éste "se hallaba en Europa". La señora, aleccionada por la experiencia, les contestó que ya sabía que Roma estaba en Europa, y que si Monseñor Escrivá se negaba a recibirla, podía ir al Vaticano a resolver el asunto que la impulsaba. Fue inmediatamente recibida por el Fundador.

Una historia, la de la Obra, que se precia de un gran amor al sacerdocio, de una defensa a ultranza de la dignidad personal; se dicen los socios de la Obra protectores y salvaguarda de los más altos valores del hombre. Para en la práctica reducir el sacerdocio a un servicio utilizado por la propia Asociación y según su conveniencia; la dignidad personal a la procreación sin límites para los casados; en cuanto a los derechos humanos, no cabe por lo visto en ellos el derecho a usar de la cabeza y del corazón, excepto a modo de eco a lo que mandan e indican los directores de la Obra. Eres libre para obedecer, dicen; eres libre para aceptar con inteligencia rendida todo lo que te expongan.

En la Obra se han manejado mucho las fórmulas "de iure y de facto" (de derecho y de hecho) para encajar o explicar complicadas transiciones fundacionales sobre los votos, las distintas aprobaciones de la Iglesia, la misma esencia del Opus Dei. Por ejemplo, dicen, que "de jure" la Obra es un Instituto Secular, pero de "ipso" es una Asociación de fieles; de iure" todos los miembros de la Obra hacen voto de pobreza, castidad y obediencia, pero de "facto" a la Obra sólo le interesan las virtudes, etc. Con esta fórmula y otras similares, se consigue explicar en la Obra... hasta lo inexplicable. Y con peligrosa desenvoltura se fomentan las más totales dicotomías entre lo que se hace y lo que se dice; sin reparos, sin dificultad, sin el menor escrúpulo de conciencia.

Una historia que, paradójicamente, se proclamará defensora de una "sinceridad salvaje". Que efectivamente así se exige, pero se exige sólo de "arriba abajo". Es decir, los miembros de la

Obra tienen el grave deber de sincerarse salvajemente con sus directores: odeben contarles sus deseos más íntimos, sus ansias, sus defectos, las mociones más fugaces, los pensamientos más recónditos. Es un deber de deberes, cueste lo que cueste. Pero ese deber no presupone ni necesita para nada una contrapartida. Hay que ser muy sinceros, hay que decirlo todo, hay que abrir el corazón de par en par (son todos ellos mandatos del Padre), pero hay que hacerlo frente a unos directores cargados de reservas, que no tienen por qué explicar ni razonar nada que no les parezca conveniente o no interese al súbdito que les está abriendo su conciencia. Amurallados por el secreto que -dicen- les impone su cargo, pueden decir que desconocen datos con los que han estado trabajando cinco minutos antes; pueden callar ante una pregunta directa; pueden prometer un silencio que de antemano saben que no van a guardar.

La verdad de la 'Obra sólo puede ser "toda" su verdad. La verdad de aquellos que escriben, cuentan y publican una historia prodigiosa y única, sin fallos ni fisuras; pero también la verdad de otra historia cuya realidad no podemos ignorar, porque la hemos vivido. Así se ha de formar esa gran historia final: con esos partidismos y con esas visiones parciales que he venido denunciando, pero también con muchos escritos como el mío, con pequeñas aportaciones de realidades vividas y sufridas en la Obra, que serán -así lo espero- el cañamazo que sostiene el dibujo final. Ya sé que estos "anexos" a la historia serán despreciados por los de dentro: no querrán saber nada de ellos. Los tacharán de muchas cosas, y no será la más grave el considerarlos como un desquite sin fundamento. Y, sin embargo, a pesar de los pesares, son vivencias demostrables. Quieran o no, son parte formal de la vida de los suyos.

Cada uno en el Opus Dei, en palabras del Fundador, constituye la historia, la construye día a día "con la alegría de saberse elegido por su Padre del 'Cielo para hacer el Opus Dei en la tierra, siendo uno mismo Opus Dei" (palabras finales del prólogo del Catecismo interno, que ya he citado antes). "Siendo", dice; después se puede estar dentro o fuera, se puede pertenecer o haber dejado de pertenecer a la Obra. Pero nadie puede negar a nadie la realidad de "haber sido". Haber sido, lo admitan o no, historia de esa Obra; siendo de la Obra, estuve creando su historia, y tengo un derecho, legítimo como el que más, a aportar mi testimonio.

En la historia de la Obra, que, de hecho, aún no se ha publicado, se contará o no se contará; se tendrán en cuenta unas cosas u otras, sin que aun hoy se sepa ni se haya demostrado nada. Pero, hoy por hoy, lo que sí cabe demostrar es la actitud que se adopta, y la selección de datos que se viene realizando. Es lo que hasta aquí, a grandes rasgos, he venido exponiendo. No sabemos cuándo se publicará esa historia, ni sabemos cómo se hará. Lo que sí sabemos es que, hoy y ahora, se publican muchas cosas de la Obra, rnachaconamente, y en ellas sólo se hace constar lo que interesa y del modo que interesa; sabemos que se silencian y se ocultan otras muchas, y que el resultado final es una tremenda desfiguración de la verdad. La historia de la Obra no estará escrita, pero sus escritos van siendo historia, y una historia no precisamente sincera y total.

3. CAUSAS Y RAZONES

Personalmente he oído asegurar a Monseñor Escrivá que para él no existe más secreto que el de la confesión sacramental. "Cuando alguien me ha pedido que no contara a nadie lo que me comunicaba, le he invitado a pasar al Confesionario", explica. "Si contáis lo que estoy diciendo -argumenta en las ocasiones más reservadas- no ofendéis a Dios ni faltáis a nada, únicamente daréis al Padre la pena de tener un hijo tonto." Pena que, lógicamente, en lo que a mí se refiere, no hace al caso ya. Para él, para el Padre, la Obra nunca tuvo más secreto que el natural de su gestación. Todo es diáfano en ella, y todo está al alcance del que se quiera informar. Todo se puede contar, aseguran; aunque quizá esa afirmación sólo se lanza ante la garantía de que nadie se va a permitir el lujo de darle al Padre la pena de tener una hija o un hijo menos aventajado.

Quizá, sí, quizá sea por eso. Pero, de cualquier manera, no deja de ser una garantía. La garantía, de no estar manejándome ni utilizando, al escribir sobre este tema, entre secretos ni reservas de nadie. De no estar invadiendo intimidades que, por derecho, sólo incumben a los propios interesados. A cualquiera que le pueda interesar, ahí está, no hay secretos, ya que así lo afirman. A la vez que esa intimidad, en el caso de poderla considerar como tal, no es sino mi propia intimidad; la intimidad de algo vivido por mí, y tan mío, por lo tanto, como de cualquier otro que pertenezca a la Obra. Es, ni más ni menos, mi propia realidad en ella.

La realidad de unos años que van de 1959 a 1973. De donde cabe que, en años distintos, las aportaciones de experiencias puedan ser también distintas. Ésta es mi experiencia, en una época determinada, y dentro de la sección femenina del Opus Dei. Dejando claro que en la Obra las dos secciones -hombres y mujeres-, aun teniendo el mismo espíritu y la misma cabeza, tienen peculiaridades muy propias.

"Si pecare tu hermano contra ti, ve y corrígele a solas... Si no te escucha, toma contigo uno o dos testigos, a fin de que sobre el testimonio de dos o tres personas se garantice tu declaración (Dt. 19, 15) y si no te atendiere, denúncialo a la Iglesia" (Mateo, 17, 15-18). Magisterio y pueblo (Iglesia de Dios). Pueblo fiel, al que van dirigidas mis aclaraciones. Aclaraciones que sólo quieren ser complementarias, que quieren ser ayuda y cooperación para que reine una más justa y positiva reacción ante los unos y ante "los otros".

No es mi intención "echar perlas a los cerdos" (Mateo, 7, 6). Si alguien pretende "retorcer" mis explicaciones, si quiere con ellas ensañarse contra algo, o ver las cosas bajo un prisma peyorativo o de polémica, que "busque otro camino", que se acoja a fuentes distintas; mucho le agradeceré que me ignore, pues no es eso ni mucho menos lo que busco, ni quiero que para eso sirva mi aportación.

Relación de acontecimientos, comentarios de experiencias concretas, dichos o hechos, ante los que cabría pensar que no son sino reacciones aisladas o muy personales, de escasa significación dentro de un contexto general; lo anecdótico, lo personal, lo subjetivo, es a mí a la primera que no interesa. No voy a basarme, por tanto, más que en aquellos detalles o en aquellos casos que, por su significación, sean expresión ejemplar de lo que en la Obra cabe entender como de "buen espíritu".

Y al margen ya de estas aclaraciones, ¿cabrá en esta época nuestra, contestataria por excelencia, admitir una información en honor sólo de la verdad total, sin ser tachada de insultante o de crítica negativa, que busca únicamente una proyección constructiva? ¿Cabrá descartar de ella pretendidos afanes de desprestigio, a pesar y además de la dureza del tema?

He escrito estas páginas movida por el derecho y el deber de ejercitar la corrección fraterna, que si cabe a nivel personal (y en la Obra así se enseña), necesariamente ha de haber también a nivel de institución. Ha de haber de mil maneras, sí; habría hacerla de muchas otras. Y aún diría más: muchos de los que estamos en mi caso lo hemos intentado de maneras bien distintas, por cauces bien diversos, que no han logrado acogida. Lo hemos intentado desde dentro, con los de dentro y hacia dentro. Con el único afán de contribuir a mantener en pie una teoría, buena, que se desmoronaba sin remedio ante nuestros ojos. Hemos intentado contribuir con nuestra aportación personal, dialogando y acudiendo a los medios que llamaban ordinarios, y nos hemos encontrado como quien habla al viento o interpela a un muro. Sin más posibilidades que las de seguir buscando otros cauces.

No trato de juzgar; eso sólo a Dios corresponde. Tampoco busco propiamente calificar ni sentar definiciones de nada ni de nadie. Mi principal deseo es exponer; hacer posible un conjunto más completo de elementos de juicio, junto con el planteamiento de algunos interrogantes (que nadie ha querido resolverme antes, de otra manera), por si cupiera en suerte la posibilidad de ser un granito de arena más que hiciera posible una más justa y consecuente toma de conciencia. En beneficio de... creo que de bastantes.

Exponer, sí; de una manera especial, ante aquellos que ya tienen alguna relación con la Obra: que la conocen, que han oído cosas, y que son, por lo tanto, los más perjudicados por una información tan parcial, tan anquilosada y compleja; exhaustiva sólo de lo que interesa. Los más necesitados, lógicamente, de un complemento de datos que evite o solucione malentendidos o desconciertos.

¡Ojalá sirviera también para los de la Obra! Entre los que podríamos entendernos tan bien, entre los que más razón de ser tiene realmente este tema, entre los que podríamos dialogar con un lenguaje ya conocido, que facilita tanto las cosas... Sin embargo, sé positivamente que en la Obra eso no es posible; como tantas otras veces, estas líneas mías caerán bajo la total prohibición de ser leídas, conocidas; incluso de ser mencionadas. En la Obra sólo cabe conocer, aludir, manejarse entre aquellos temas que la enaltecen.

También sé que habrá socios de la Obra (siempre los hay frente a estos acontecimientos) dispuestos a desautorizar lo escrito por todos los medios, incluso enarbolando sofismas aparentemente convincentes que desvíen la atención del tema hacia detalles insignificantes. Como también habrá quienes, haciendo alarde de su fidelidad, rebusquen en su recuerdo anécdotas que puedan contribuir a demostrar lo contrario de lo que yo afirmo. Doy por hecho las anécdotas positivas; las hay -diría yo- hasta en las peores familias (lo de "peores" sigue siendo un decir). Como también sé de tantos otros que asentirán a mis palabras en silencio, que se encontrarán comprendidos, que admitirían y entenderían... ¡tan bien! Pero se callarán su opinión, porque es muy difícil rebasar la barrera de la ordenación oficial, la problemática de la traición, sobre la que se forma en la Obra a los socios, con especial dedicación en este sentido, que todo aquello que, incluso de lejos, roce la imagen oficial de la Obra, ha de ser condenado AUN SIN CONOCERLO. Atreverse a hojear un libro como el mío, por ejemplo, es algo grave que da lugar a drásticas medidas: arrebatarse el libro de las manos de la persona (literal) y quemárselo.

Conozco muy de cerca uno de estos casos. Ni siquiera le valió a la interesada decir, que lo llevaba para comentarlo sólo con su directora, y que lo deseado era, precisamente, ver con ella la mejor manera de desmentir las afirmaciones que el libro contenía. Tampoco pudo impedir la que el hecho de que el libro era prestado, y que la interesada tenía la obligación de devolvérselo a su dueño: el fuego inquisitorial acabó con él.

De la Obra se ha escrito bastante: los suyos muchísimo, aunque siempre repitiendo los mismos lugares comunes; los ajenos también, a menudo con no demasiada altura intelectual, incluso con errores. Pero errores que, en la mayoría de los casos, no pasan de ser anecdóticos y superficiales. Lo más valioso de estos últimos escritos es que, aun tratándose de autores ajenos a la Obra, que se, han tenido que manejar con una documentación fragmentaria y escasa, en condiciones de información tan difícil como son las que impone la Obra, estos autores, digo, han expuesto significativas tesis sobre lo más fundamental y básico de su problemática. Sin embargo, y a pesar de sus claros aciertos, estos escritos han sido sistemáticamente rechazados; son calumniosos: es el calificativo que han merecido.

En numerosas ocasiones, a través de notas internas, ha llegado a todos los miembros de la asociación el calificativo a que me refiero, con su correspondiente prohibición a todos los efectos. Sin escatimar en ellas toda clase de datos negativos que puedan mermar la fama y el buen crédito del autor de un libro de este tipo (aunque no vengan al caso y, en ocasiones, pudieran constituir un grave delito de calumnia) para, con ello, desautorizar y desmerecer su obra. Al parecer, expresarse abiertamente sobre las reales contradicciones de la Obra es calumnioso; pero no lo es dejar mal, rematadamente mal, a una persona; ni hacerlo por escrito y públicamente -los receptores de estas notas son, por definición, los 70.000 socios que dicen tener-. No, esto no cuenta como calumnia. A pesar, incluso, de que estos datos se interpretan de la manera más curiosa y a base de enfoques verdaderamente rebuscados, orientados a conseguir el fin previsto.

"Si no puedes alabar, cállate", se repite en la Obra con insistencia, en frase de su Fundador. Se repite y se exige para todo aquello que haga referencia a decisiones de los directores internos, o a medidas y consecuencias de la propia praxis y sistemas de la asociación. Pero no cuenta, no sirve, no tiene ningún significado cuando se refiere a terceros: entonces no hay que callar; entonces se pueden emplear y barajar los más duros y significativos reproches.

¿Por qué tanto miedo a que los suyos lean y se enteren y sepan? ¿Qué clase de respeto (así lo califican) a la Obra pretenden inculcar con tales medidas? Si alguien escribiera de mi madre, en bien o en mal, yo lo leería; no sería una falta de cariño, sino una prueba de confianza: una manera de saber qué he de aclarar o qué he de defender. Entonces, ¿qué pasa en la Obra? Conozco la respuesta, la he oído muchas veces: aseguran que los directores dan hecha esa labor, y que los demás sólo tienen que actuar en consecuencia. A lo que cabe argumentar: ¿en consecuencia de qué? ¿De un trato respetuosamente confiado a la persona? ¿Cómo? Hablan a personas formadas, convencidas; dicen que respetan la libertad. ¿Qué clase de libertad? ¿La libertad de quién?

Decir, explicarse, razonar o buscar posibles soluciones a lo que cuesta entender o admitir, aportar experiencias o intentar contribuir a una toma de conciencia más consecuente, en la Obra se considera una OSADIA.

Admitir el diálogo con alguien que tiene algo que objetar, algo que rebatir, como puede ser cualquiera de estos escritos, significa una gran TRAICIÓN. Ante argumentaciones de cualquier tipo sólo se presupone un intento: el de atacar. No niego que ésta haya sido la finalidad de algunos libros, pero me parece discriminatorio e injusto aplicar ese calificativo indistintamente a cualquiera que pretenda hablar de la Obra.

Me he decidido a escribir y sé a lo que me expongo, por lo que quiero de antemano dejar bien claros mis propósitos. Me mueve a hacerlo la desproporción que veo en el conjunto de datos

que se divulgan sobre la Obra. Hay una divulgación sobreabundante de lo que "interesa", divulgación que desecha, margina y tergiversa multitud de hechos y sucesos, con todas sus consecuencias, que forman parte de una verdad más integral y mucho más profunda.

Esta verdad se encuentra acorralada, aplastada, diluida, en ese callar lo que no conviene, en ese rodear de misterio lo que debería ser público y notorio, en ese exagerar nimiedades favorables mientras se ignoran los problemas fundamentales.

Mi aportación, ya lo he dicho antes, no pretende ser sino un "testimonio personal". Lo que afirmo en estas páginas no son sofismas, no son suposiciones, no son imaginaciones. Me mueve única y principalmente la necesidad de vivir una "justicia" que creo se merecen no pocos. No los "convencidos", los "integrados": éstos no la necesitan; nunca quedarán desprotegidos, ya que para ellos existe de antemano la mejor parte, la ya lograda, la fuerza de la Obra misma. Pero sí la de los "marginados" por una Obra de Dios que, sorprendentemente, se considera tan sobrenatural que no quiere saber nada de la persona.

Si algo entra dentro de mis deseos es precisamente que la Obra de Dios, recuperado su genuino espíritu, sea el instrumento de apostolado para el que Dios la inspiró; a pesar de los pesares.

No me mueve otra clase de celo que el mismo que hace exclamar a Monseñor Escrivá que "tan doctor de la Iglesia es él como el mismo Papa, siempre que éste no hable "ex cátedra" a la hora de defender y velar en cuestiones de fe o de moral, según la fórmula que él encuentra más ortodoxa. No me mueve otra clase de seguridad más que la de saber que mi vocación es tan de Dios como la de cualquier otro de los que están dispuestos a aceptar sin entender. Tan de Dios como todo el carisma fundacional que el Padre reclama para sí, y sobre el que -lo repito una vez más- no tengo nada que objetar. Como tampoco tengo nada contra mi vocación. Creo que ella es el eje y la razón de que me haya preocupado por estos temas. Respeto y consideración hacia esa primacía fundacional, sí; pero sin olvidar que él mismo ha dicho que "todos los que hemos llegado a la primera hora -en vida suya- hemos sido llamados a ser cofundadores con él".

¡Ojalá que nada de esto sirva a nadie ni de "escándalo" ni de "espanto"! Dentro y fuera de la Obra creo únicamente en una sola lealtad con Dios y con los demás, que es, y ha sido siempre, lo único capaz de moverme, de motivarme. Lealtad, sí, pero sin exclusivismos que me hagan radicarla sólo y únicamente en la persona del Fundador de la Obra. Dentro y fuera, antes y después, esa lealtad sigue siendo mi única intención.

En la Obra se asegura que todo el que se va es porque ha dejado de vivir unas prácticas de piedad -las llamadas "normas del plan de vida"- o porque se ha entretenido en problemas personales egoístas que empiezan por poco y acaban en mucho; otras causas también aducidas son la insinceridad, la lujuria o la soberbia. Por mi parte, puedo asegurar que continúo llevando una vida cara a Dios que en nada tiene que envidiar a la de antes; que no he tenido problemas egoístas, a no ser que se consideren como tales la preocupación de defender y atender las necesidades de las personas que me estaban encomendadas, y la sensación de impotencia al ver que no podía conseguirlo, que era imposible hacer realidad la teoría que se predica.

Que he vivido esa "sinceridad salvaje" a que antes he hecho referencia y no he tenido secretos: he hablado y he escrito mucho y claro a aquellas que eran mis directoras, a las que he dirigido la aportación de mis ideas y el recurso de mis dificultades. Que he creído en la teoría que se nos proponía hasta el límite de predicarla, vivirla y defenderla como si fuese una realidad,

sin que lo fuera, y luchando para que llegase a ser. Hasta mantener la fidelidad de no consentir una postura conformista, pasiva e inconsecuente: "allá pena", y yo a lo mío.

No pretendo, con todo esto, hacer una autodefensa o una autoalabanza.

Quiero tan sólo, con el testimonio de mi propia vida, probar, demostrar que es falso afirmar que todos los que dejan la Obra lo hacen porque han perdido el sentido sobrenatural de su vida. Quizá ése sea el caso de algunos, pero creo -y, tengo elementos de juicio- que la salida de no pocos socios de la Obra ha tenido más motivaciones como las mías que como las Otras.

En el estilo -consejo "cariñoso"- que en la Obra se usa, cuando dejé la asociación algunas numerarias mayores me aconsejaron que me fuera al extranjero o que me casara en seguida. Parece que encaminarse hacia una de esas dos salidas tranquiliza las conciencias de las demás: tranquilidad hartamente curiosa..., perder de vista a una o contemplarla convertida en una atareada madre de familia. Gracias a Dios, el matrimonio hace tiempo que ha dejado de ser la única salida para la mujer y, además, puedo asegurar que no fue ésa la razón que me hizo dejar la Obra, y que nunca, por tanto, la he considerado como una solución.

¡Qué fácil es buscar soluciones que para nada impliquen a la Obra!

Problemas personales, falta de adaptación a un ambiente, necesidad de casarse... y todos contentos. Ésa es la más brutal de las indiferencias. Yo no necesitaba soluciones a problemas que no tenía; pedía la solución al problema de mi vocación, que siempre estuvo muy clara. Muy clara y muy maltratada.

La única solución, la única y verdadera solución a esta vocación mía, la tuve que extraer yo de mi propia conciencia: tomar a tiempo, tras años de lucha y de empeño sin regateos por servir a la Obra, la decisión "clara" y "completa" de dejarla.

Antes de perder el equilibrio humano y sobrenatural; antes de quedar afectada para siempre por esas presiones de dentro que lo hacen todo tan difícil y que pueden terminar destruyéndote.

Mi decisión fue dura, pero consecuente: la he vivido bajo el mismo concepto de fidelidad a unos principios, los mismos que en un día, ya lejano, me vincularon a ella; que son, necesariamente, más de Dios que la Obra misma y que me permiten seguir una vida llena de paz y de posibilidades de bien, "digan lo que digan".

Por gracia de Dios, sin mérito alguno por mi parte, no he perdido la fe; no estoy amargada ni me siento triste o fracasada, aburrida. Tampoco me he dado a la "mala vida" como, al parecer -al menos, así lo aseguran- es el triste sino de la mayoría de los que se van; quizá como argumento para los que se quedan, o como razón de escarmiento para los dubitativos...

Y no disculpo a hermanos míos (perdón, pero lo son de veras, porque sí que es verdad que hay lazos más fuertes que los de la sangre) que han trastornado su moral, o su piedad, o su acción cristiana consecuente; no los disculpo porque sé la carga de predilección divina con que cuentan. Pero los comprendo. Comprendo lo difícil que es mantener un equilibrio de discernimiento normal que haga posible continuar una acción entera y noble cuando se les han socavado los fundamentos de sus convicciones. Los comprendo porque conozco hasta dónde la actuación de esos que son considerados como los "mejores", los "fieles", es capaz de desmoralizar, de destruir. Ante los sistemas que dentro se siguen para "ayudar" a los reticentes no me

extraña que muchos acaben muy cansados, muy rotos, muy hartos. Y, como consecuencia de este estado anímico, ocurran cosas nada deseables. Que sean éstos los que no quieren volver a saber nada de la Obra; los que no contribuyen a aclarar nada; los que sólo buscan que los dejen en paz. Lo comprendo, del mismo modo que comprendo que lo principal es y será siempre distinguir entre lo fundamental y lo accesorio, entre lo propiamente divino y la miseria de los hombres. No desconociendo lo que es decepcionante entre los hombres, pero segura de que por Dios sigue valiendo la pena apostar todo a su mejor honor.

Cabría, al menos, que todo eso que en la Obra se señala como prueba de escarmiento, esa "desgracia" de los que se salen (que es lo único que se difunde respecto a las dimisiones), fuera más bien, una llamada de atención: "la verdadera eficacia de una sociedad se mide por la calidad de hombres que es capaz de producir", ha dicho alguien que sabe bien lo que piensa.

¿Acaso esas situaciones tan lamentables (dejar la Obra para acabar "así"), como aseguran, no son dignas más bien de una consideración más adecuada, de una más justa y caritativa reacción, de una mejor ayuda? Si no se supo, si no se pudo evitar la caída, ¿no se podrá, al menos, contribuir a superarla? ¿Es acaso el mejor sistema reducirlo todo a un total desinterés y al más absoluto olvido?

Ayuda, sí. Ayuda a unas personas que encierran valores muy positivos: a no pocos les produciría admiración y respeto asomarse a su interior. Respeto y admiración por la gran capacidad de hombría de bien que encierran: capacidad que se ha tenido que ver arrollada, no sin fallos ni miserias propias, pero sí sin caso y sin cauce adecuado, por tanta y tan brutal indiferencia a lo propiamente personal.

¿Por qué, si la Obra es de Dios como dicen, si sus fines son buenos, si de hecho se hace tanto bien a muchos, por qué tanto daño a tantos?

Sí, en la Obra se hace mucho bien, pero a costa de mucho daño. Mucha caridad a base de mucha falta de amor; mucha exhibición de labores, olvidándose de las personas que se han destrozado en ellas.

Y es que el fin (es un principio fundamental de moral) no justifica los medios. Un fin bueno, ¿a qué negarlo?; pero a base de unos medios... "Por los frutos los conoceréis" (Mateo, 7, 20). Frutos que son, tanto la algarabía alegre de unos (que tanto se explota) como el dolor y la dificultad de otros (que nada se considera). Dolor y dificultad no menos graves por más desatendidos, ignorados y tapados.

No cabe sino agotar la verdad. Ni "por darte un mal rato, ni por no darlo" se pueden dejar las cosas a medias; "hay que agotar la verdad" (Camino, n. 33).

Con una verdad personal, sí: la de cada uno. Y por personal, realista. Que por el hecho de ser personal no deja de ser integrante de esa Obra de Dios a la que corresponde precisamente la motivación de los hechos. Una verdad tan digna de ser expuesta y de que se le preste atención, al menos, como a todo aquello, muchas veces anecdótico, que de la Obra se propaga.

La Obra tiene una dignidad; las personas también. No me importa ya la honra pública, ni siquiera la situación de unas vidas más o menos deshechas; defiendiendo la dignidad de una correspondencia cara a Dios, que "no puede ser tratada de cualquier manera". No es justo presentarla de forma que los demás no puedan juzgar, o que se queden sólo con la idea de una deserción poco ejemplar, sin conocer sus causas y su verdad. Porque no es bueno que una

cosa tan delicada y tan sobrenatural como una vocación sea motivo de tropiezo para unos (los que la interpretarían, mal) ni desprestigio para otros (los que tienen que cargar con lo que a la Obra interesa que se piense de ellos).

En la Obra se asegura -y así deben creerlo todos los socios- que la asociación es algo tan sencillo, que de puro sencillo no la quieren entender los que no la aceptan. Yo, después de haberla entendido -creo que bastante bien- pienso si no será que, de puro incoherente, no hay medio de entenderla. Que no es fácil que la gente esté dispuesta a comulgar con ruedas de molino: ¿no nacerán de ahí tanta incomprensión, tanta prevención, tanto desconcierto e intriga en torno suyo? Y a la vez, y además, tanto fanatismo. Ser fanático, en estos casos, suele ser la única posibilidad de superar contradicciones.

Muchos hemos sentido la necesidad de plantearnos las cosas de una manera práctica y concreta, sin vivir sólo de teorías: "nunca hay que hacer dejación de derechos que son deberes", dicen en la Obra. Y en virtud de ese estar comprometidos con un espíritu y un estilo determinados, especificados en las Constituciones, antes que con ninguna persona, por muy "fundador" que sea, unos cuantos (bastantes más de los que quieren admitir) nos hemos visto obligados a reaccionar en forma bien distinta a la que se exige a los "forofos" o incondicionales.

Dios elige a la persona, le da cualidades y misiones específicas, y los planes de Dios son lo que importa, lo que cuenta. Pero no creo que en los planes de Dios se nos imagine como autómatas, sin personal cooperación. Pensar que Dios elige a "unos" para someter a "otros", no lo concibo como demasiado ortodoxo: tal postura huele más bien a totalitarismo. Asociarse para recibir ayuda, para potenciar en sociedad los valores humanos, sí. Avasallar, aun a título proteccionista (paternalista) no creo que encaje en el estilo creador de Dios; no encaja en su irrepitibilidad sobre cada una de sus criaturas, no encaja en ese arsenal de cosas que Él ha querido esperar de los hombres, amando su libertad y distribuyéndosela tan particularmente.

Grave puede ser, claro que sí, desprestigiar a una asociación de la Iglesia sin motivos reales. Pero igual de grave puede resultar el permanecer indiferente, o simplemente consentir, ante el calificativo de "desertores" aplicado indistintamente a todo el que se va de la Obra, como si la no perseverancia fuera lo único real de esa desvinculación. Y más aún dejar que se propague este concepto por mantener el buen nombre de la Obra, aun a costa de saber muy bien que estas determinaciones, que estas situaciones, se deben antes a actitudes nobles y valientes que infieles o desleales.

Dicen que contar estas cosas de la Obra es difamarla. A mi me llamó una directora de la Obra para decírmelo expresamente, al enterarse de algunos comentarios míos con los demás. Una cita con pretendido aire amistoso, pero que ocurría después de un año sin dedicarme el más mínimo recuerdo ni la más pequeña atención; cuando habían dejado sin contestar varias cartas mías: pero es que entonces se trataba de mí, y después era la Obra la que estaba en juego; era el prestigio de la asociación el que había que salvar, recurriendo a todos los medios. Incluso llegó a decirme que "no me pegaba" hacer tal cosa...

Catorce folios a máquina y a un solo espacio envié al Padre a los pocos meses de dejar la Obra, explicándole el porqué de mi decisión. A nadie le merecieron el menor interés, nunca recibí respuesta ni nadie se refirió a ellos. Pero luego sí: hay que "recogerme" para que "no haga daño". Y entrecomillo esto último porque precisamente es ese "daño" el que hay que delimitar.

"¿Serás capaz de hacer uso de todo eso que sabes?"; "¿cómo es posible?"; "la Obra a ti no

tiene por qué importarte; si te saliste, déjanos en paz"; "olvidanos y vive tu vida". Es otra vez lo mismo, lo de siempre: me lo decían como me lo habían dicho dentro, cuando tuve algo que decir: "vive tu vida y olvídate de lo que te rodea; la Obra lo único que necesita de ti es tu santidad personal". Y a mí, ahora como entonces, me ha sido imposible hacer tan drásticas separaciones.

"Somos nosotros, los de dentro, y no tú, los que tenemos que informar acerca de la Obra"; "lo tuyo son subjetivismos". Al parecer, sólo es objetivo lo que los entusiasmados y "forofos" quieren decir. Por supuesto con la garantía previa de que van a decir lo que esté previsto que se diga.

"¿Qué puede ser el testimonio de unos treinta o cuarenta (muchos más, replicaría yo) que han dejado la Obra, comparado con el de setenta mil que seguimos en ella?", me seguía argumentando mi interlocutora. Y yo me pregunto: ¿qué es entonces lo que pasa realmente para que sea tal la necesidad de disuadir, de impedir, de salir al paso para hacernos callar, para que no contemos? ¿A qué tanta vigilancia? ¿Acaso la verdad no se impone por sí sola? ¿O es que se trata de un miedo justificado?

Y siguió la conversación: "¿Quién eres tú para que, en vida del mismo Fundador, tengas algo que objetar?" Doctores tiene la Iglesia, por supuesto. Y nosotros sólo somos "unos pocos" que no merecemos consideración, que no somos nadie, que carecemos de autoridad. Pero hay que salirnos al paso, hay que silenciarnos, hay que prohibirnos. ¡Tamaño honor!

"El Padre dice, y eso basta", "hacer la Obra, ser de la Obra, es ser y hacer, y querer eso que quiere el Padre, y nada más", "por eso no es posible tener nada que objetar", recalcaba mi oponente. Con esas frases tan rotundas y otras similares hacía frente a mis interrogantes, a mis objeciones. Sin más posibilidad de entendimiento.

He dicho que doctores tiene la Iglesia, sí. Y socios tiene la Obra. Cuando ha sido un "consiliario" (máximo representante del Padre en un país) además de Secretario General del Opus Dei (cargo este del organismo central de la Obra) el que ha tenido algo que objetar, no le ha valido su cargo para ser escuchado: ha tenido que marcharse. Y cuando han sido sacerdotes, o se ha marchado también o han sido marginados y dedicados a trabajos sin repercusión externa y sin influencia. Si eran socios o asociados con veinte o treinta años de vocación incondicional y de entrega intachable, ante sus interrogantes se ha recurrido al expediente de decir que "están cansados" o que "se han dejado llevar por la soberbia".

El Padre es el Padre y es el Fundador, y yo quizá no sea nadie. De hecho soy únicamente el resultado de 14 años de bregar continuamente, dando y buscando, intentando, esperando...

Desde mis primeros pasos en la Obra empezaron a chocarme algunas cosas: pensé que era por mi falta de formación y luché por encontrarles un sentido. Pasó el tiempo y seguía sin entender; entonces creí que se trataba de que cada una teníamos que aportar más de nuestra parte para adecuar mejor la teoría con la práctica, y me esforcé por ese camino. Para encontrarme al final con que, incluso siendo yo directora y deseando únicamente no quedarme en practicismos irresponsables e irreflexivos, de los que tanto había oído quejarse a muchas, mis actuaciones, mi pensar y mi decir llegaron a ser considerados un estorbo, una osadía. Molestaba mi personalidad, porque -decían- daba demasiada seguridad a las que dependían de mí, y eso era hacerles daño; mi responsabilidad era demasiada para seguir siendo buena. Y así he empleado y he gastado 14 años en un solo afán de autenticidad, para el que no ha sido posible hallar cauce. Catorce años, uno tras otro, como una prueba más de mi deseo y de mi

afán por superar lo insuperable. Catorce años en los que nunca preví el final que han tenido, porque esperaba -contra toda esperanza- que llegaría la solución. Catorce años integrada en el hacer de la Obra, bien considerada, en puestos de responsabilidad. A pesar -y además- de todos estos calificativos de última hora que me han dedicado y que han sido, entre otras cosas, la única respuesta precisamente a ese prestigio y a esa probada fidelidad de los que tienen constancia los mismos que siguen dentro.

Quieren que los deje en paz, porque "para eso me fui porque quise"; yo puedo asegurar que si dejé la Obra no fue precisamente por hacer el vacío a mi vocación, ni mucho menos para dejar de actuar en consecuencia. ¿Cómo pueden afirmar que, ya que me fui, la Obra ha de dejar de importarme, que me olvide? ¿Cómo puede imponerse, ni siquiera sugerirse, y en nombre de Dios además, algo semejante? ¡Qué fácil es decir olvídete!

Yo debo desentenderme, mientras en la Obra se tiene pleno derecho para enjuiciar, definir y vigilar las actuaciones de todos: de dentro y de fuera; sin perdonar siquiera a la jerarquía eclesiástica, porque -aseguran- han de salir constantemente al paso de lo que "está mal", de lo que no debe ser: "hay tantos errores agazapados, tantas conductas torcidas..." Comportamiento inquisitorial para el que no existen, según ellos, ni la difamación ni la calumnia, ni nada que se le parezca. Como tampoco existen cuando dejan que se piense y que se difunda ampliamente la idea de que una desvinculación de la Obra sólo puede deberse a una falta de fidelidad a la gracia de Dios, a egoísmo o... a pecados inconfesados. "Dios me libre de llegar a cometer semejante locura, tamaño desvarío", dicen cuando se atreven a comentar alguno de estos casos, aunque no los conozcan ni sepan las circunstancias que los han motivado. Todo el que deja el abrigado seno de la Obra es infiel, réprobo: no hay más que hablar.

Y si alguno de esos réprobos se atreve a levantar la cabeza y pide la palabra, hay que salir al paso, hay que cortar, hay que evitar. Con entrevistas como a la que a mi me sometieron o con medios más drásticos. Y todo en nombre de la vigilancia por la libertad de la Obra. Libertad para que nadie se interponga en su camino, aunque sea -y es- a costa de la libertad y de la honra de los demás.

No, no somos ni revolucionarios ni reformadores; no pedimos, no reclamamos nada para nosotros. No hemos intentado sino vivir una vocación que creemos divina y, por tanto, individual, responsable, copartícipe, que se niega a conceder lo irrenunciable ante Dios y no busca la falsa seguridad de someterse a criterios paternalistas y personalistas. ¿Que esos criterios son fundacionales? Un fundador es sólo un instrumento, y no creo que su autoridad pueda abarcar, en derecho, toda opción y toda aportación de la más variada y amplia gama de los derechos de los hombres. Fundador, sí; pero no dominador de hombres, no avasallador de sus libertades.

Monseñor Escrivá nos llama "cofundadores"; pues bien, del que coopera en una tarea no se espera sólo su adhesión ciega o su mimetismo servil: ha de opinar, ha de contar, al menos, con el diálogo reflexivo. Y eso es precisamente lo que no existe en la Obra.

Creo sinceramente que al escribir estas cosas no estoy descubriendo, de hecho, nada nuevo. Las cosas acaban por saberse, y de la Obra se saben muchas cosas. Lo que ocurre es que muchas veces ese conocimiento es confuso y tergiversado, y creo que el escuchar todas las campanas contribuye a disipar equívocos y a centrar posiciones.

Me decepciona tremendamente la actuación esnobista de cualquier contestatario que exhibe su capacidad de ver las cosas, su teoría, por encima de capacidades sumadas, de experiencias de siglos, todo ello, necesariamente, muy por encima de las posibilidades subjetivas o indivi-

duales. Encuentro de una elemental falta de inteligencia la libertad de desmerecer de otros sin más que atacar lo que no coincide con los intereses o razonamientos personales del que lo hace, a base de erigirse como únicos poseedores de la solución más lógica. No es m mucho menos mi intención.

Dejé de pertenecer a la Obra no porque deseara que fuera de otra manera, sino porque su teoría, la que me habían propuesto y me predicaban constantemente, no había medio de llevarla a la práctica. Y no por limitación de las personas, ni por incapacidad, sino por la propia limitación de la Obra. Se nos predicaba una teoría y se nos obligaba a vivir algo bien distinto. No tengo ninguna teoría particular que oponer a nada; tengo tan sólo una gran necesidad de ser consecuente.

Me preguntaba, al comienzo de estas páginas, si cabría en esta época nuestra, tan tachada de contestataria, dar a mis palabras la significación que me propongo. Quizá sea, sí, una época contestataria, como creo también que lo es de afanes serios, de necesidad de fundamentaciones sólidas, de deseos de coherencia, de decisión de establecer una jerarquía de valores cada vez más auténtica. Fruto de ello puede ser el renovado nexo que ahora se impone entre autoridad y servicio, integrante de los valores de todos: cada uno en su sitio, solidarios en una empresa que a todos nos concierne. Y no creo que a los que así se definen haya por qué tacharlos, sin más, de rebeldes; en muchos de los "inconformistas" de nuestros días lo que late es un noble deseo de ser consecuente con los afanes a que antes he aludido.

Autoridad-servicio; servicio-autoridad. Nexo que no suprime la jerarquía, sino que sólo la aparta de las tentaciones del absolutismo y del dogmatismo. ¿Ocurre así en la Obra?

Una vez dieron al Padre la noticia de que uno de los sacerdotes de la Obra estaba gravemente enfermo: había tenido fuertes hemorragias que le habían llevado casi a las puertas de la muerte. Era un sacerdote mayor, agotado por muchos años de trabajo. Monseñor Escrivá contestó que a ese hijo suyo lo que le faltaba era visión sobrenatural, que querría ver a ése dentro de su sotana y, que, sin embargo, él estaba tan bien. Las personas que recibimos tal comentario del Padre nos quedamos estupefactos ante sus palabras; no entendíamos una reacción así. Pero como era el Padre, sólo cabía admitir que había dicho lo más adecuado. Aunque a nosotros nos pareciera todo lo contrario.

Ejemplos de este tipo podría contar en abundancia. Reaccionar ante esas situaciones hubiera sido calificado también de contestatario, rebeldía y falta de entrega.

Repito una vez más que cuento con el espanto de los que, rasgándose las vestiduras, no sabrán ver en estos planteamientos sino el eco de la "personal amargura" que nos ha quedado. Personalmente puedo garantizar que carezco de amargura.

Y que creo que no es ése el sentimiento que propiamente queda (a los que pueda quedarles). A muchos nos queda, eso sí, el sentimiento dolorido -que se evidencia incluso en este escrito- de ver que algo que podría ser grande y maravilloso -la Obra- quede reducido a cosas que tanto desdican de su propia autenticidad. A otros, el amargor difícilmente digerible de lo que han tenido que consentir, que asimilar, antes de deshacerse de ello. No creo que sea, en ninguno de los casos, una amargura achacable a problemas personales, ni tampoco al hecho concreto de su salida de la Obra; más bien esta salida acaba siendo su única solución posible.

A nivel de hermanos en la fe, a nivel de la Asociación, a nivel de la Iglesia ¿corrección fraterna? Sí. Y no por el daño que a mí hayan podido causarme, sino por la intrínseca incoherencia

que, de cara a la Iglesia, de cara a la misma Obra, se evidencia en ello. Esa Iglesia a la que todos nos debemos antes que a nada, antes que a la Obra misma, por muy vinculados que con ella se esté. Ése y sólo ése es mi argumento.

En pocas palabras, porque creo en la Obra sólo y como Dios la quiere, como está aprobado en sus Constituciones, como se expone en su teoría. Y, además, porque es necesario que se sepa la verdad, la verdad sobre unas desvinculaciones cuyos motivos se han ocultado; sobre las que se consienten y se difunden explicaciones basadas en razones que nos desprestigian; explicaciones que crean y pregonan los mismos directores de la Obra, y que IMPONEN la necesidad de que sea conocida también nuestra versión, por un claro derecho de igualdad de oportunidades.

Quizá para algunos este largo capítulo de justificaciones suene a deseo de disculpa personal. No, no es eso lo que pretendo. Si he explicado "in extenso" las causas que me han movido a escribir este libro es tan sólo porque resultaría muy difícil entender el contenido de unos hechos sin tener en cuenta su contexto. Porque una serie de afirmaciones, de no estar avaladas por toda esta intención personal, podrían parecer al lector ajeno al tema una simple relación deslavazada de ideas sin base. Causas y razones, finalmente, que sólo buscan hacer ver que en la Obra pasan cosas, y que esas cosas no se entienden, y que nunca se puede juzgar a nadie -aunque pretendan imponer el juicio ya hecho- sin haber buceado previamente en las causas y razones que han movido su conducta.

4. LOS QUE SIGUEN

¿Por qué, si las incoherencias que yo denuncié de la Obra son ciertas, si todo lo que vengo contando es una realidad objetiva, por qué hay tantos que siguen? Me interesan especialmente esas personas -que las hay- inteligentes, buenas, con prestigio profesional, con capacidad de raciocinio. ¿Cómo logran superar esas contradicciones, cómo las explican, por qué perseveran?

A la vista de tantos socios, de tantas labores en marcha y en tantos países, ¿no parecerán desprovistas de fundamento mis afirmaciones? Y, en el caso de que se me crea, ¿cómo concordar mi verdad con la verdad de unos hechos tan patentes? ¿Cómo aunarlas?

Creo que la solución está en la historia, en volver la vista atrás y constatar acontecimientos semejantes entre los hombres a lo largo de los tiempos.

No, no es ninguna contradicción que en la Obra haya muchos socios, muchas posibilidades de todo tipo, muchos medios, y, a la vez, muchas incoherencias: como en tantas otras instituciones de todo tipo.

¿Qué dice la Obra de sí misma? Que es sencilla, que es auténtica; que sus socios son iguales a los demás hombres, son gente corriente en medio del mundo. Sin embargo, nada más llegar inculcan exhaustivamente que ser de la Obra es algo maravilloso, lo ¡mejor del mundo, lo más grande. Algo que, como lógica consecuencia, hace mirar a los demás como desde un pedestal: se entra en la iluminación de los grandes misterios, se es elegido entre miles para formar parte de un cuerpo perfecto; los demás ¡qué pena! siguen allá abajo, envueltos en las tinieblas del error, expuestos a todos los peligros. Por el hecho de ser de la Obra, siempre estará uno en lo cierto, se dará la doctrina segura a esos pobres equivocados, deformados, ignorantes e ingenuos; porque, nada más llegar, uno está ya avalado, apoyado y garantizado por los directores, personas especialmente selectas (así debe concebirse) que poseen, 'por estar unidas al Padre, el don de lo inerrable. Porque el Padre no se equivoca nunca, y en la Obra todo pasa por el Padre: "habéis de pasarlo todo por mi cabeza y por mi corazón", dijo repetidas veces Monseñor Escrivá a los directores.

"Somos el resto del pueblo de Israel -decía un sacerdote de la Obra a un grupo de asociadas en una clase doctrinal-, somos lo que queda del pueblo fiel a Dios, lo único que puede salvar hoy día a la Iglesia. A esa Iglesia en la que parece que el Espíritu Santo esté de brazos cruzados. Somos nosotros -se refería a los de la Obra- los que, con nuestra fidelidad al Padre, tenemos que salvarla." No se trata del comentario aislado de una persona fanática, ya he dicho antes que nunca aduciré esta clase de testimonios; me consta que este comentario responde a un sentir institucionalizado, a esa suficiencia tan peculiar de la Obra. Tampoco me propongo afirmar que todos los sacerdotes de la Obra piensen y argumenten así; pero es cierto que si quieren ejercer públicamente su ministerio, han de hacerlo en este estilo, so pena de ser relegados a tareas secundarias.

Es impresionante la suficiencia espiritual que se vive en la Obra, y que se basa en ese hilo directo, en ese "teléfono rojo" que une al Fundador con Dios. Sin intermediarios. "El Cielo está empeñado en que se realice" la Obra a través de lo que piensa y se propone Monseñor Escrivá. Por tanto, no hay nada que temer. Como no hay "nada" que dialogar con "nadie": "lo quiere Dios, y basta". Hay que mirar sólo hacia arriba, hay que desentenderse de toda preocupación, hay que desechar necesidades personales, incluso la necesidad de razonar: ¿para

qué? "Dios es el que permite las cosas, y todo lo demás sobra." Así y sólo así es como se entiende en la Obra las necesidades de los suyos; así es como se logra, por reducción "ad absurdum", la sencillez, la desproblematización de sus miembros; a esto es a lo que se le llama "sentido sobrenatural" y entrega. El silogismo es apabullante: el Padre lo dice, luego es Dios quien lo quiere.

"Mira hacia arriba, ten visión sobrenatural... ¿No lo entiendes? No importa, no hace falta: esto es fidelidad", aseguran. Y yo me pregunto; acaso así, de esa manera ¿no se puede ser igual del Opus Dei que comunista?

Si no importa entender, si el convencimiento ha de ser -por principio- previo al razonamiento, si ha de declinarse en otro la capacidad del intelecto para encontrar la razón de lo que cada día ocupa, ¿en qué se diferencia del totalitarismo más exacerbado? ¿Qué queda de la dignidad individual?

¿Mentalizaciones e influencias programadas no son la manera de forjar una clase muy determinada de personalidad? ¿No es todo esto una auténtica manipulación de las conciencias para lograr la masificación de sus actitudes?

Así se puede comprender que haya tantos que se van, porque, a pesar de los pesares, se sienten hombres libres y enteros, y se niegan, con clara conciencia de integridad, a ser autómatas. Pero... ¿acaso no explica esto también la permanencia de tantos?

Dentro ¿por qué? Porque han aceptado, quizá inconscientemente, esta manipulación. Porque creen en ello. No ya en una doctrina, ni en un estilo, ni en una espiritualidad determinada: creen en la persona del Fundador, y basta. Bien claro se dice que esto es lo único que hace falta para ser de la Obra (en el terreno ideológico, claro). Sí, puede afirmarse con toda certeza que están los que "creen" en el Padre. Y esta creencia en el Padre es tan absoluta que llega a subordinar a ella todas las demás creencias: en la Iglesia, en la sociedad. Sí, sé de quien ha llegado a dar la explicación de: "Creo en la Iglesia porque creo en el Padre", y sé también que esta idea es compartida por muchos.

Algún lector ajeno al tema quizá esté sorprendido y no llegue a entender el sentido de la palabra "Padre" referido al Fundador. En la Obra, ningún sacerdote es Padre, sólo lo es Monseñor Escrivá. Además, por indicación expresa, es Padre con mayúscula. Más de una vez, cuando era de la Obra, tuve que rechazar la tentación que me asediaba cuando venían a mi mente aquellas palabras del Evangelio: "Uno solo es vuestro Padre, el Padre Celestial" (Mateo, 23,9). No creo que el hecho de que esto sea así tenga en la Obra mayor importancia, no le encuentro trascendental. Pero sí significativo...

Los que siguen son, pues, los que han llegado a creer que "sólo" a través del Padre les viene la voluntad de Dios, y que "sólo" identificándose con él podrán alcanzar la santidad. Igualmente, creen que negarse a aceptar estos presupuestos es negarse a la gracia misma, negarse a su vocación personal; es traicionar a la Obra, y, en consecuencia, directamente al mismo Dios.

La admiración y toda clase de cariño y veneración que pueden admitirse en la Obra sólo caben referidas al Padre, orientadas al Padre, producidas por el Padre.

Incluso la fraternidad tiene su origen en el Padre: todos son hermanos, pues son hijos del Padre. Una fraternidad -ayuda y afecto entre los socios- que tal y como se vive en la Obra, en

teoría, existe una maravillosa fraternidad: el lema de los tres mosqueteros -"todos para uno y uno para todos"- palidece ante lo que ella encierra.

Fraternidad que sería maravilloso contar con ella, poder vivirla, tal y como su teoría la plantea. Pero, en la realidad, se encuentra atrincherada, machacada, secuestrada, entre prejuicios y prevenciones constantes. Y así, una fraternidad llena de posibilidades queda reducida a algo diluido, colectivo y genérico, que sólo sirve para hacer de los socios una "piña" para protegerse y defenderse de terceros.

Si algún socio se propone ser estímulo y ayuda para otros socios, en concreto, se le acusa inmediatamente de hacer "capillitas" y de faltar a la unidad. La personalidad del Padre no admite que haya nadie más que pueda destacar.

Como expresión de esa "visión sobrenatural" que debe caracterizar a todos los miembros de la Asociación, en la Obra "nunca pasa nada". Pase lo que pase, nunca nada debe preocupar, nunca las cosas -los problemas de las personas- necesitarán una atención específica: importa la labor y sólo la labor, porque "con sentido sobrenatural, sólo cabe confiar en que, pase lo que pase, nunca pasa nada", y añaden repitiendo la frase de San Pablo: "Para los que aman a Dios todo es para bien." Y el juego de palabras se redondea en esta frase de "buen espíritu": "Si pasa, ¿qué importa?; y si importa, ¿qué pasa?"

Para los que aman a Dios todo es para bien, efectivamente, pero no creo que esa frase sea patente de corso para que el que manda pueda desentenderse de las consecuencias de su mandato; sí creo que el verdadero sentido de estas palabras pueda quedar iluminado por aquellas del refrán castellano: "Dios escribe recto con renglones torcidos."

Por la experiencia de los años que he vivido en ella, yo diría que en la Obra, más que no pasar nada, lo que ocurre es que NUNCA IMPORTA NADA DE LO QUE PASA a las personas, siempre que el prestigio de la asociación quede a salvo.

Pero volviendo al punto de partida, hay muchos que están en la Obra, que siguen en ella, porque están convencidos de que esto, todo esto, es para ellos la mejor manera de vivir una entrega generosa. Y hay algunos -pocos- que están muy a gusto; otros.., no tan a gusto, sin dejar por eso de estar empeñados en su valoración. Los hay también que sufren, y sufren mucho, esperando, anhelando que algún día eso que ellos creyeron y entendieron que debía ser la Obra se haga realidad. Sufren y piensan, y no quieren pensar; ven y no quieren ver; porque saben que oponerse no sirve para nada dentro, y no quieren, por otra parte, marcharse. Porque conocen la enorme dificultad, la impotencia que existe para dar con su marcha un testimonio eficaz, por el desprestigio que se lanzará contra ellos.

Siguen también todos los que muy cansados ya de decir y luchar aportando experiencias, de escribir incluso al Padre en carta cerrada (es uno de los medios que existen, pero que no suele tener consecuencias), cansados de no poder conseguir ni encontrar ningún eco a esa necesidad de coherencia que ven que no existe, cansados pero que se han ido haciendo mayores, están porque saben lo difícil que sería volver a emprenderla fuera. Han gastado en la Obra sus mejores años y sus mejores afanes. La edad no deja de ser un obstáculo para la salida.

Están muchos que, como yo y tantos otros, años atrás, veíamos en nuestra lucha desde dentro nuestra mejor posibilidad para lograr una solución, una reacción favorable.

¿Me atreveré a asegurar a éstos, basándome en mi experiencia personal, nada corta, que su

lucha está condenada al fracaso? No les quiero cerrar una puerta a la esperanza, aunque para mí ya quedó suficientemente descartado. Es triste llegar a la edad madura -a esa edad en la que el cuerpo pide serenidad y reposo- y encontrarse abocado a tomar una decisión que cierra una etapa de tantos años. Gente estupenda, gente que siguen o están ahora en la etapa de búsqueda y esperanza, de poner antes todos los medios desde dentro, para dejarlo tal vez también cuando, como otros, crean haber agotado sus posibilidades.

Siguen también los que han quedado mentalizados por la idea del Fundador, tan repetida, de que el que se va "va al abismo, va a la oscuridad del océano, se sale de la barca. No doy por su alma ni cinco céntimos".

Hay otra categoría de socios que se encuentran en la Obra como pez en el agua: autoritarios por temperamento, ven en sus métodos y tendencias la más perfecta adecuación con sus ideas. Sobre todo, si las pueden exponer desde arriba, desde los cargos directivos. Éstos conciben la Obra como un frente armado para la lucha, estricto y militante, que se opone a otros sistemas (el comunismo, por ejemplo) empleando sus mismas bazas: consignas, sometimientos, mentalizaciones, despersonalizaciones, mitificación del líder, etc. Todas las artes son válidas, todo vale: si los "otros" las utilizan para el mal, también cabe, de igual manera, manejarlas para el bien.

Unos fines buenos, no lo pongo en duda, pero ¿y los medios? ¿Se puede defender, desde un punto de vista cristiano, el empleo de sistemas que atacan los valores fundamentales de la dignidad humana (la libertad responsable, la individualidad personal) aunque estén movidos por los más puros fines espirituales?

Luego hay otro apartado: los socios que a través de una profesión externa muy absorbente consiguen la evasión necesaria para superar o contrarrestar los acogotamientos de la praxis de la Obra. (Me estoy refiriendo a los numerarios y numerarias -socios internos cabría llamarlos, o de dedicación plena-. Los agregados -que viven con su familia- y los supernumerarios -casados-, puesto que su dedicación es distinta tienen otros problemas; sus dificultades y sus ventajas son diferentes.) Sobre esta profesión-escapatoria puede ser significativa la respuesta de un famoso arquitecto, ex numerario, en una entrevista publicada recientemente; le preguntaba la periodista Alicia de Matoses si le había costado mucho trabajo salirse: "en efecto -respondió-; quise hacerlo varias veces desde el principio, pero entre ejercicios espirituales y otras cosas fui tirando, refugiándome en el gran sedante que es para mí la arquitectura y el trabajo".

Por último, siguen también aquellos a los que les resulta cómodo ser de la Obra. Porque es cómodo que todo lo den hecho, pensado, triturado, masticado; cómoda es la seguridad, y la protección a todos los niveles que brindan desde dentro. Para quien no tiene iniciativa, para el cobarde o para el pusilánime, el dejarse llevar, el tenerlo todo determinado de antemano, sin posibilidad de duda y sin esfuerzo, es la gran comodidad deseada. Lo verdaderamente incómodo es tener una conciencia personal. Porque dentro de la Obra no cabe el derecho a discernir, a elegir, a decidir, a contribuir; porque no cabe que nadie pueda afirmar, en conciencia, que tiene algo que objetar, algo que pedir, algo que aportar.

En la Obra -argumentan- tuviste ocasión de elegir una vez, cuando decidiste seguir la llamada al Opus Dei a través del Padre. Se elige una vez y para siempre. Yo estaría de acuerdo con este planteamiento si hubiera elegido, conscientemente, "esta" Obra; pero elegí otra: a mi me hablaron de una vocación ajena a estrecheces y a cuadrículamientos, me dijeron que venía a una "organización desorganizada" (son palabras del Fundador), corriente y secular, sin más prerrogativas que ser y luchar por ser cristianos auténticos, en una mutua colaboración y

apoyo, llena de afán de virtudes, sin compromisos ni obligaciones coercitivas, sin mandatos cuarteleros.

Milicia, sí, pero como se entiende dentro del Cuerpo Místico de Cristo, por el hecho de ser su parte militante: milicia en cuanto a una vida interior disciplinada y comprometida. Pero ¿funcionamientos a lo ejército? Se nos dijo que en la Obra no existían las órdenes, "no hay mandatos, existe sólo el "por favor", la indicación o el consejo". ¿Cómo deducir de ello que lo que denominan consejo es en realidad una orden estricta, y que, o se acepta toda esta disciplina, más severa que la de cualquier cuerpo militar, o se está de más, se tiene mal espíritu?

En la Obra no cabe la conciencia personal porque en ella no se cuenta con el ineludible e intransferible deber de ejercer la responsabilidad particular. Aunque se predique, aunque se teorice, sobre la necesidad de una oración sin anonimato, sobre una santidad que es respuesta personal de cada uno. Son conceptos, que, una vez más, caen arrollados ante la realidad.

Cuenta sólo lo escrito, y escrito está todo, hasta lo más opinable.

Es asombroso el ardor legislativo desplegado por Monseñor Escrivá en su Obra: son centenares y centenares las notas internas de gobierno que llegan continuamente a las casas, señalando el exacto y único criterio de actuación ante las situaciones más variadas y más singulares. En torno a esos escritos las medidas de seguridad son rigurosísimas: desde Roma a los gobiernos locales más alejados, esos escritos se transportan a mano -y, durante el viaje, nunca se han de dejar de la mano-, para evitar la más remota posibilidad o extravío que pudiera librar esos preciosos escritos a manos extrañas. Para mayor seguridad, están redactados a máquina en papel corriente, sin firma ni encabezamiento, con las palabras más comprometidas expresadas en siglas que sólo conocen los interesados. Una vez llegadas a su destino, esas notas internas se guardan en armarios cerrados, cuya llave custodia la directora -o director- en otro cajón también cerrado. Por supuesto, esos documentos de gobierno no están al alcance de todos los socios; sólo los leen -y los comentan a los demás si así está indicado- los directores y algunos miembros de la Obra seleccionados. Para acabar de complicar aún más este engranaje burocrático, esos escritos son constantemente anulados o sustituidos por otros, y hay que hacer desaparecer los documentos invalidados reduciéndolos a cenizas.

Los directores han de cumplir y hacer cumplir lo indicado en esos escritos de la manera más estricta, sin el menor descuido, sin el menor retardo, sin la menor interpretación: un fallo en ese campo significaría, de inmediato, su relevo en el cargo.

Según los propios socios de la Obra, no importa el número de los que se van, porque es mucho mayor el de los que entran. Se van -dan a entender- los que se cansan, los soberbios, los que no son generosos; al tiempo que llegan muchos jóvenes, llenos de vida y de entusiasmo. Se van -diría yo- muchos de los que tienen poco que dar, porque "lo dieron todo"; llegan chicos y chicas muy jóvenes -en su gran mayoría, adolescentes que no han cumplido siquiera los quince años-, inexpertos, ingenuos, maleables. Muchachos que se encuentran con un ambiente grato, con abundancia de medios, con aparente liberación (independencia de las ataduras que, a su edad, les impone todavía la familia) que favorece su más incondicional disponibilidad.

"No nos importan las estadísticas", asegura Monseñor Escrivá. Pero sí importa, y mucho, el número de los que piden la admisión en la Obra cada año. Incluso se llegan a fijar cupos por casas o ciudades, y se exhorta con vehemencia a los socios para que no dejen de lograr esas cifras.

Una vez entrado en el juego de la Obra, es difícil romper el cerco que la Obra crea; es muy difícil jugarse esa facilidad amable de una situación social privilegiada, bien respaldada, de una vida resuelta. Una asociada explicaba así su permanencia: "a mí me dan de comer, vivo bien, y eso me compensa aunque no esté de acuerdo con muchas cosas". Vivo bien, y hago cosas buenas, añadiría yo por ella, pues sé que esto también lo piensan. En efecto, en la Obra se cuenta con muchos medios agradables; casas inmejorables, descansos anuales llenos de comodidades, ambiente social selecto, trabajo seguro. Así es fácil ser bueno; facilidad y felicidad que encima dicen que son fidelidad. ¿Cómo no pensar que sólo por ello hay muchos a los que les vale la pena seguir?

Aunque otros nos hayamos atrevido a pensar en la necesidad de aportar una reacción personal distinta, jugándonos la facilidad, la felicidad y (según ellos) eso que llaman fidelidad a un compromiso de conciencia cara a Dios.

Marcharse de la Obra no es fácil. Y no lo es por cuanto he venido exponiendo. Como no lo es, tampoco, por la necesidad de prestigio de la asociación, que sólo consentirá en ello cuando quede bien claro, hacia dentro y hacia afuera, que esa salida tiene una razón de incapacidad, de expulsión por motivos "suficientes" o de infidelidad culpable.

Por eso, porque no es fácil, porque no se entiende sino como una deshonra, son muchos los que se sienten incapaces de tomar esa determinación; son muchos los que se imponen "la necesidad de no planteárselo"; son muchos, en fin, los que prefieren las dificultades de dentro a la problemática de la salida: les viene grande, muy grande, el peso de la "deserción" contra el que tendrán que debatirse.

5. LOS QUE SE VAN

No voy a asegurar -sería una ingenuidad- que todo el que se va de la Obra lo hace obligado por las incoherencias internas de ésta y por una razón de fidelidad a su propia vocación. Tampoco en esto la Obra es una excepción entre las familias religiosas de la Iglesia; la falta de vocación, la incapacidad para la convivencia y el trabajo, el egoísmo, etc., han sido siempre los motivos de muchas defecciones, sobre todo en los primeros años de una vida de entrega.

Pero sí afirmo tajantemente que en la Obra abundan las salidas por motivos que nada tienen que ver con los anteriores.

Muchas veces se achaca a esta crisis de vocaciones de la época en que vivimos. Años revueltos y confusos, dicen. "En todas partes hay defecciones, la Iglesia esta trastornada, en la Obra las tiene que haber también como lógica consecuencia." "Aunque -siguen explicando- son muchas menos que en otras instituciones." Siempre es bueno, pienso yo, tener niños a mano para echarles las culpas.

Me atrevería a afirmar que el caso de la Obra es, precisamente, el más opuesto a este tipo de reacción que se está dando en tantas otras congregaciones y que se expresa, por lo general, en afanes de cambio, de revisiones, de reforma. En la Obra -en mi caso por supuesto y también en muchos otros que conozco-- la razón ha sido la necesidad de exigir que se viva lo que se dice. Necesidad de que la Obra sea realmente lo que en teoría se declara ser, lo que de ella se aprobó, lo que se cuenta a los de fuera y luego se vive de tan distinta manera.

Algunos años antes de dejar la Obra yo era directora de la administración de un centro de ejercicios espirituales y de formación de numerarias auxiliares de la Obra, llamado Molinoviejo, cerca de Segovia. En una ocasión me llegaron una serie de resoluciones emanadas de mis directoras superiores para que, como si fuera cosa mía, yo las pusiera en práctica sobre las personas que de mí dependían. Las estudié detenidamente y, como me parecían ilógicas (no veía la posibilidad de que sirvieran de ayuda para nadie), decidí pedir consejo al sacerdote de la Obra que llevaba la dirección espiritual de aquel centro. Me conocía bien. Le expuse mis dudas y, ante mi sorpresa, me aconsejó que renunciara a la lógica, porque "en la Obra la lógica no cuenta". Pero no se puede renunciar a la lógica -le argumenté-; sin lógica dejamos de ser personas razonables, dejamos de ser libres y carece de sentido la responsabilidad. Me contestó, por toda respuesta, que lo sentía por mí, pero que me habían dado "en la línea de flotación". Bien sabía él que no había otra posibilidad. Y no la hubo. No la ha habido para muchos. Hace ya bastantes años, no hubo ni siquiera para un Consiliario (se llama así la persona que, en cada país, es la autoridad máxima dentro de la jerarquía interna; es siempre un sacerdote) y antes secretario general del Opus Dei, muy conocido en la vida pública española. Cuando dejó la Obra le hicieron comprometerse a abandonar España, para que no se conociera su caso, para que siguiera incólume el prestigio de la Asociación. Ejemplo este que traigo a colación para demostrar que la crisis en la Obra no es cosa de hoy ni de ayer, que no depende tanto de situaciones circunstanciales como de su propio planteamiento interno.

Todos los miembros de la Obra, antes de emitir los votos de pobreza, castidad y obediencia que los ligan perpetuamente con la Institución, están obligados a pronunciar los llamados "juramentos promisorios". (Últimamente denominados preparación a la fidelidad.) Con ellos el socio se compromete a velar por el espíritu de la Obra, y a comunicar con total sinceridad a los directores inmediatos todo lo que juzgue que puede ir en contra de ese espíritu.

Esos juramentos y esos votos perpetuos -son la llamada "fidelidad"- se hacen al cabo, como

mínimo, de siete años de permanencia en la Obra. Las fases anteriores -la "admisión", la "obligación"- son sólo períodos de prueba. A partir de la fidelidad la persona está realmente en condiciones y con derecho (que es deber) de ser y hacer el Opus Dei.

Además, algunos socios y asociados, cuidadosamente seleccionados por los directores centrales y por el Padre para tareas de gobierno y de formación de los restantes socios, repiten esos juramentos más específicamente determinados, comprometiéndose a una especial y delicada vigilancia sobre la integridad y la autenticidad del espíritu de la Obra. Esos socios se llaman "inscritos".

Pero cuando, por imperativo de esos juramentos que nos obligaban en conciencia, quisimos cumplir ese deber de vigilancia, nos encontramos una y otra vez con que había que callar. Nadie, nadie que no fuera el propio fundador y aquellos que estaban dispuestos a ser su "eco fiel", tenían nada que decir, nada que hacer personalmente. Nadie, por prestigiosa que sea la ejecutoria de sus servicios a la Obra, tiene nada que hacer, excepto ser portavoz, altavoz y transmisor o, simplemente, receptor.

Pretender ejercer el compromiso antes aludido sólo sirve para estrellarse contra él. Para que deje de merecer toda esa confianza que el ser invitado y seleccionado para ello había supuesto tu fidelidad, y pasar a pertenecer a una especie de "lista negra" que, a partir de entonces, hará a una incapaz de ser propuesta para un cargo de responsabilidad. No hay otra postura ni otra solución: o se olvida todo lo que choca y se tiene fe "ciega" en el Padre, por todo y ante todo, o hay que irse. Y cada vez con menos impedimentos se está imponiendo este tipo de selección, de eliminación facilitada, que libera a la Obra de reacciones internas comprometedoras. ¿Que se salen más? No importa. Ya se cubrirán esas defecciones bajo una explicación "adecuada".

Lo decía un socio de la Obra, sabio y anciano, que murió hace unos años: el lema para perseverar tiene que ser "rezar, callar, trabajar y sonreír". Y eso, y así, para hombres y mujeres que consideran como piedra de toque de su vocación la secularidad, la condición de personas de la calle, normales y corrientes.

En teoría, se llega a la Obra "para ser sobrenaturales-siendo muy humanos": para seguir siendo lo que se era, con todas tus posibilidades al servicio de Dios y de los demás por Dios, viviendo un cristianismo pleno y consecuente, inteligente y secular. Que en la práctica, se encuentra luego con la tremenda despersonalización a que te someten, con la "imposibilidad de ser secular" que ello implica, y con "la falta de libertad responsable" a que todo ello reduce. ¿Por qué estamos fuera? Por eso, por todo eso. Porque dentro y desde dentro no hay nada que hacer. Porque dentro todo lo que no sea reducirse a ser manipulado es insolencia, es soberbia, es tentación diabólica. Hay que agradecer, aplaudir, alardear y pregonar lo que dicen y sólo lo que dicen, hay que difundir y fomentar los sucesos anecdóticos positivos, con estilo realmente ingenuo y pueril, aun a costa de sacar de donde no hay. No se trata tan sólo de ahogar el mal en abundancia de bien, sino de ahogar y ocultar todos los hechos reales y humanos que no interesen al montaje. Todo lo que no se enfoque así es prueba de "mal espíritu", término éste de clara raigambre dictatorial que, como espada de Damocles, pesa sobre el encogido ánimo de los socios.

Estamos fuera porque dentro, en ese aislamiento cada vez mayor, en el que no cabe enterarse de nada, excepto de aquello que ha sido filtrado y seleccionado por los directores, no puede mantenerse una vida realmente secular y auténtica. Por "discreción" no se puede hablar, ni comentar con los de dentro ni con los de fuera. No se puede, es imposible, mantener una vida sencilla y normal. Son muchos los prejuicios, son enormes las prohibiciones, son excesivos los

condicionamientos.

Si se pretende mantener la manera de ser, el estilo propio, apoyado en la fuerza de las posibilidades de cada uno, la convivencia se hace imposible. Se parte de la base de que no hay nada que comunicar, nada nuevo que aportar: lo único es lo que "transcurra" únicamente por los caminos trillados de siempre. Cabría estudiar por qué la TVE tiene tanto predicamento en las casas de la Obra; creo que la razón puede estar en que todos prefieren enfrascarse ante un programa anodino antes que iniciar una conversación vacía y sin sentido. Las tertulias, concebidas como momentos de expansión en una convivencia familiar, se convierten así en unos momentos agobiantes y tediosos, llenos de sonrisas huecas que no logran disimular la falta de intimidad.

En la Obra -dice el fundador- "está la farmacopea para todo". Una farmacopea que ha de ser compatible con ese "si importa, ¿qué pasa? si pasa, ¿qué importa?" que antes he comentado. Con lo cual, si lo que pasa no importa, ¿qué objeto tiene asociarse? ¿Qué valor tiene una medicación interna? Nunca pasará de ser un simple "slogan" hueco.

"A hijos distintos, trato distinto", "cada uno como si fuese único": palabras, slogans, citas del Padre que se quedan en soluciones estereotipadas, en prevenciones, en praxis encasilladoras y anquilosantes. Para todos lo mismo, y "al pie de la letra".

Si una persona está pasando una crisis y quieren retenerla porque conviene, se le permitirán todos los caprichos (tipo de ocupación, descansos, lugar de residencia, etc.) con tal que eso la haga ceder. Lo que no está autorizado es la valoración de las circunstancias que llevaron esa persona a la crisis, para evitarlas en lo sucesivo. En la Obra se recurre con frecuencia a medios extraordinarios mientras se descuidan los ordinarios. Se cuentan y suenan las atenciones deslumbrantes, y se procura que éstas creen una imagen de la benevolencia de la Asociación, pero por debajo de ese relumbrón quedan ahogadas y disimuladas desatenciones diarias y primordiales, de mucha mayor entidad y repercusión.

Siempre, y una vez más, la apariencia: la Obra ha de ser, ha de mostrarse de una manera determinada, esplendorosa, triunfante, sin ningún fallo. Las personas sólo son útiles si contribuyen a ese brillo; ¿a qué precio? Al que sea. Los socios han de estar constantemente en guardia -una guardia, yo diría, enfermiza- para no sentir ni consentir nada que no sea lo que la propia Obra les propone o les pide. "Personas en medio del mundo " pero de un mundo distinto, alejado, irreal, exclusivo de la Obra. Cercado, cerrado, suficiente por sí mismo y para sí mismo, pregonando una tarea común de salvación de todos (los de fuera), pero "escafandrados", para no tener que compartir ni que contribuir. Contribuir en tantas cosas ordinarias y buenas, que son las causas comunes de los católicos..., no, la Obra no contribuye, no participa; su campo es la Iglesia, pero su parcela ha de quedar bien separada, distinguida.

Lo importante en la Obra es formarse, recibir y asimilar bien el espíritu. La formación de la Obra preocupa y ocupa a infinidad de personas, que dedican a esta tarea muchas horas diarias. Formación empapada de un enorme dogmatismo: todo se selecciona y se acota según Monseñor Escrivá determina, concibe y aprueba, a lo que las personas se han de someter sin la más mínima posibilidad de objeción: a título de humildad, de docilidad, de "conditio sine qua non" para ser fieles. Las clases, las charlas, los medios de formación, muy abundantes y constantes, son, a la vez, intocables e inmutables. En ellos jamás se puede intervenir para preguntar, objetar u opinar sobre algún punto: la silenciosa y reverente escucha es la única actitud admitida. ¡Qué sintomático resulta, y qué esclarecedor, ese rechazo institucional del diálogo!

Formación y su complemento: la dirección espiritual. En la Obra enseñan que la dirección espiritual compete primordialmente a los seculares, a los que hay que abrir la conciencia semanalmente en la llamada "confidencia" o "charla". También se insiste en que la misión de los sacerdotes de la Obra estriba sólo en la confesión sacramental, en la predicación y en algunas labores de formación. En la confesión sacramental el sacerdote ejerce, por decirlo así, una dirección espiritual complementaria. Cada casa tiene asignado un sacerdote, que es el confesor ordinario (me refiero concretamente a las casas de mujeres, pues ignoro si en los centros de varones tienen en eso un régimen similar o distinto). Disciplina común contenida en el Código de Derecho Canónico para las casas de religiosas. Las asociadas tienen la obligación de pasar a confesarse con él cada semana o, al menos, pasar a recibir su bendición. Si alguna olvida esta norma, se le recuerda "persuasivamente".

Existe para salvaguardar la libertad de que no sea únicamente el confesor ordinario de la casa o centro el obligado, existe la denominación de otro sacerdote -llamado extraordinario- que sustituye periódicamente al ordinario. Dado el caso, y por dificultades especiales, se puede solicitar permiso para confesar con otro sacerdote, si es de la Obra; pero cuando la asociada acude a solicitar el preceptivo permiso a la directora, ésta procura disuadirla con múltiples razones: no hay que ser diferente de las demás, todos los sacerdotes de la Obra son iguales y van a decir las mismas cosas, etc. Si esos argumentos no convencen y la interesada se muestra recalcitrante, cabe dentro de lo posible que se llegue a pensar que su petición oculta motivos inconfesables. Son rarísimos los casos en que se concede tal permiso, y, si se logra, no faltan presiones a la asociada para que vuelva cuanto antes a la normalidad del rebaño..

Confesarse con un sacerdote que no sea de la Obra lleva consigo connotaciones mucho más graves. Una de las primeras cosas que se enseñan a las recién llegadas -e incluso a los que, sin pertenecer a ella, reciben su formación-, es en frase del Padre: "Podéis confesaros con quien queráis, pero quien obrara así demostraría no tener el espíritu del Opus Dei y me daría un gran disgusto. La ropa sucia se lava en casa." Insistiendo en el tema, Monseñor Escrivá ha elaborado una significativa teoría, que repite constantemente en todos los medios de formación: como dice Cristo en el Evangelio, no todos son buenos pastores del rebaño. Unos son asalariados y cobardes, que huyen al ver venir al lobo y permiten que éste destruya las ovejas. El Buen Pastor, por el contrario, se preocupa de su rebaño, lo mimó y lo protege. Explica que el Buen Pastor es el Padre y, por delegación, el sacerdote de la Obra destinado a cada centro. Todos los demás, "todos", son asalariados, que entrarían a saco en el alma del socio o asociada que consintiera en tal tentación. No tienen gracia de Dios para darle consejos, desconocen el espíritu de la Obra y, aunque fuera con buena fe, conducirían esa alma al descamino. Por tanto, un miembro de la Obra que acude a un sacerdote ajeno a ella demuestra una total falta de espíritu y ha iniciado el camino de la defección. "Deja al Buen Pastor para ir al salteador y extraño."

No exagero lo más mínimo: a lo largo de mis años en la Obra son tantas las veces que he oído todo eso, que incluso creo estar repitiendo palabras textuales, aunque no las entrecorriera.

Tener sacerdotes de la propia organización para atender a los socios es, en principio, una suerte. Lo que ya no parece tan positivo es esa pretensión de exclusivismos que denigra a los restantes sacerdotes de la Iglesia de Dios y constituye, entiendo yo, un no pequeño abuso de la autoridad con respecto a las asociadas de la Obra. Una Obra -lo repito una vez más- que predica que sus miembros son cristianos corrientes y que ama su libertad por encima de todo.

Volviendo al tema: en la Obra se dice que los sacerdotes ejercen dirección espiritual. Si por dirección espiritual se quiere entender repetir en el confesonario los mismos slogans y los mis-

mos tópicos que se machacan en meditaciones y charlas, entonces sí, los sacerdotes de la Obra son directores espirituales, pero si por dirección espiritual se entiende una orientación cuidadosa y atenta a las circunstancias personales de cada individuo, entonces, categóricamente, no. Los sacerdotes, más que nadie, saben que su misión en el confesionario es ser únicamente portavoces del Padre so pena, en caso contrario, de verse apartados de este ministerio.

No son cosas que cuente por "cotilleo", sino porque creo que son un conjunto de realidades, vividas, que pueden ayudar a entender por qué algunos estamos fuera de la Obra. Y lo estamos no porque no podemos aceptar esos planteamientos para nosotros mismos -quizá para alguno asumirlos hubiera sido un sacrificio personal meritorio- sino porque no nos parece honrado ser un eslabón más de la cadena que consiente semejantes sistemas para imponerlos a otros que vendrán detrás de nosotros.

Y dejamos la Obra, "a pesar de los pesares", como tanto gusta repetir a Monseñor Escrivá. De los pesares que supone el desgarrón de no poder encontrar una solución distinta dentro. De que por ello se nos considere desertores, de que todos se nos definan en contra. De que se explique, se pregonen y se consientan (los directores especialmente) causas y motivos tan opuestos a los reales de nuestra desvinculación. De que se nos una a ese grupo confuso de defecciones "en razón de los tiempos", sin que nadie quiera avalar nuestra verdad. De que haya quienes -por ejemplo un conocido numerario del Opus Dei-, aprovechando su renombre público y en un medio de difusión público también, afirmen que no conocen ningún motivo razonable por el que se haya tenido que marchar ningún socio de la Obra.

Somos muchos, bastantes más de los que se supone, quienes, antes que consentir esa clase de sistemas, hemos preferido buscar una postura de acción y reacción desde fuera, a pesar de los pesares. A pesar, además, de tener que romper con tantas amenazas y coacción aplicadas a nuestra conciencia, so pretexto de que nuestros motivos carecían de fundamento.

Después de todo, estamos fuera porque, de hecho, no nos importa demasiado lo que puedan difundir de nosotros, "el qué dirán": no buscamos el prestigio de tejas abajo. No nos resultan suficientes las compensaciones humanas, el seguir compartiendo honores, amistades, prestigios colectivos, etc., a costa de renunciar a unos planteamientos de vida hechos de cara a Dios. Los mismos que un día nos movieron, "a pesar de los pesares", a vincularnos, y que ahora nos llevan a no querer comulgar con ruedas de molino. Convencidos de que hacer la Obra es una cosa y otra bien distinta vivir de un mito personal, aunque ese mito se llame Monseñor Escrivá de Balaguer.

Fidelidad creo que sólo puede ser sinónimo de lealtad. Y nada más lejos de ello, entiendo yo, que la comedia de consentir sin asentir, de la misma manera que el inhibicionismo so protesta de fidelidad.

"Ay de vosotros, hipócritas", dice Jesús. Me estoy refiriendo a lo que en general puede ser la comedia de "representar" sin realmente compartir. Hipócrita se opone a consecuente.

Indudablemente la postura del publicano resulta a Dios mucho más agradable que la del fariseo "a pesar de los pesares". Me remito al Evangelio: "El fariseo, puesto en pie, oraba así en su interior: "¡Oh Dios!, te doy gracias porque no soy como los demás hombres ni tampoco como el publicano ese. Ayuno dos días en semana, pago el diezmo de todo lo que poseo." El publicano empezó quedándose a distancia, no osaba levantar siquiera los ojos al cielo sino que golpeaba su pecho y decía: "¡Oh Dios!, apiádate de este pecador." Os digo que éste bajó a su casa justificado y no aquél..." (5. Lucas 18,9,15).

Nuestra postura (la de los desvinculados por los motivos que me ocupan) quizá tenga que ser la del publicano, sobre todo considerada bajo el prisma de la Obra. Al fin y al cabo honrosa y merecedora postura, al menos de cara a Dios.

6. CON LOS QUE SE VAN

Si no lo veo, no lo creo; si no lo hubiera vivido en mi propia carne, me resistiría a creerlo. Se puede faltar a la caridad, a la justicia, a la verdad, por muchos y variados motivos, pero ¿se puede llegar a hacerlo so pretexto de fidelidad a una acción apostólica y a modo de holocausto, de entrega, de acatamiento absoluto a una espiritualidad? Sí, en la Obra eso es posible. No se pueden calificar de otro modo muchas de sus actuaciones.

Por supuesto, no se busca directamente el mal de las personas; no se las arrolla por el placer que ello puede producir. Para usar un término clásico de los moralistas, yo diría que se trata, más bien, de un "voluntario indirecto". Una vez más lo que se busca directamente es el encumbramiento de una personalidad -la del Padre- que no tolera intromisiones. Si la consecuencia de esta sumisión filial es el desprestigio de terceros, eso carece de importancia, es algo inevitable. Bien se lo han buscado, dirán algunos.

Según Monseñor Escrivá, la razón más sobrenatural para hacer algo es "porque me da la gana". "Porque os da la gana estáis aquí, porque os da la gana vivís las cosas como lo hacéis, porque os da la gana es la única respuesta a toda solicitud de explicación que los demás necesiten de vuestra vida." Así es como en la Obra se argumenta, así se predica, así se enseña. "Porque me da la gana." Pero, ¡jojo!, sólo lo que está previsto, lo establecido, lo que viene del Padre, puede "dar la gana" a una persona debidamente fiel a la Obra. De donde se deduce que nunca una dimisión voluntaria (es distinto si "invitan" a marcharse) puede ser "gana" sobrenatural, y como lo sobrenatural es lo único importante, esa persona, a todos los efectos, deja de existir como tal para los restantes miembros de la Obra.

"Propietarios de almas se creen algunos, y eso no es, no cabe", argumenta el Padre, quejándose con energía, cuando se refiere a aquellos directores espirituales que no son demasiado partidarios de que sus dirigidos participen en las labores de la Obra; o que, aun encontrando oportuno este acercamiento a ella, pretenden seguir dirigiendo espiritualmente a los interesados. Acercarse á la formación de la Obra es necesariamente dejar de contar con cualquier otro tipo de ayuda espiritual o moral. "Si te has acercado a ella es para beneficiarte de lo suyo, y los que no sean de la Obra no pueden ayudarte a conocerla." Luego lógicamente -con una lógica muy particular- hay que romper con todo lo que no sea relacionarse con los sacerdotes de la Obra; hay que delegar en ella y sólo en ella toda la formación a partir de ese momento, no hay que consultar nada más a nadie. ¿Qué pasa entonces? ¿Cómo puede quejarse uno del afán de propiedad de otros si, acto seguido, va a asumir idéntica actitud? O con la Obra, o al margen de ella. O uno se hace incondicional, o no habrá medio de tener nada que hacer ni que ver con ella. Así se forma a los que pertenecen a la Obra; así se trata a los de fuera.

O se es de la Obra o no se es. Y si eres y dejas de serlo, por el solo hecho de no haber admitido esa línea de visión única hasta en lo más opinable, pasas a ser integrado en el grupo de los absolutamente marginados. Pasas a ser despreciable (o lo que es lo mismo, ignorable). Archivan, cierran el expediente y se acabó. Me gustaría saber qué encierran esos expedientes que se guardan en los archivos de la sede central: ¿figurarán en ellos las buenas cualidades, la disponibilidad, tantos trabajos realizados? No lo sé, pero sí conozco los archivos que se llevan a nivel local y sé que en ellos sólo se guarda lo que favorece a la propia Obra; los hechos de las personas sólo figuran en cuanto puedan aportar un dato positivo para la historia de la Asociación.

Hasta tal extremo que cuando alguien decide marcharse le coaccionan para que exponga y firme razones que digan bien de la Obra, aunque estén totalmente al margen de la realidad objetiva del caso. Hay que decir, por ejemplo, que una está muy agradecida por la formación que ha recibido, y que se marcha porque quiere, aunque la verdad sea que ha acabado queriendo marcharse por no haber posibilidad de otra solución.

Conozco, además de otros muchos casos de esas coacciones finales, uno de un sacerdote que necesitaba secularizarse (por una trayectoria muy larga, muy dura, increíble como muchos de estos casos, pero real, que no era para él ninguna ilusión sino la única solución; enfermo y deshecho); a este sacerdote, que redactó en su día su informe para el Vaticano, le vinieron, después de haberle ignorado y desatendido durante dos años, con otro informe distinto, redactado por ellos (los directores de la Obra) según convenía, para que lo firmara nuevamente y mandarlo así, porque el suyo primero no iba a coincidir con la visión que en la Santa Sede se tiene de la Obra. Y por agotamiento... -de otra manera el caso podía dilatarse indefinidamente- lo firmó.

De la noche a la mañana se acabó. toda relación, todo interés, hacia la persona que se va. Los mismos que decían quererle tanto, que proclamaban estar dispuestos a dar su vida por él, que se aprovecharon de sus mejores posibilidades, le ignoran, le olvidan por completo. Ya no les importa lo que pueda necesitar, les tiene sin cuidado cómo vaya a rehacer su vida. Para todos ha dejado de contar, no quieren volver a saber nada, preferirían no cruzarse nunca más con él por la calle. ¡Es toda una demostración palpable de lo poco que importa la persona!

¿Cuál puede ser la razón de esa postura? Quizá (he llegado a pensar alguna vez) aquellas frases del evangelio de San Mateo: "Si alguno no escucha vuestra palabra, saliendo fuera de aquella ciudad, sacudid el polvo de vuestros pies. En verdad os digo que en el día del Juicio se procederá menos rigurosamente con Sodoma y Gomorra que con aquella ciudad" (Mateo, 10,14-16). O quizá aquellas otras de: "No arrojéis las perlas a los puercos ni deis lo santo a los impíos, no sea que, pateándolas, las destrocen, y volviéndose, os ataquen" (Mateo, 7,6-7). No puede uno empeñarse en que entienda la Verdad de Dios el que no quiere saber nada de Él. A la vez de que no se puede olvidar la prudencia de que el que no va a entender, va a retorcer. Y sin embargo, ¿es que acaso la Obra puede aplicarse a si misma lo que Cristo aplica a su verdad? Siendo la Obra una Institución de la Iglesia, sin más, ¿no será, no es en la Iglesia y no en la Obra donde únicamente cabrá contar con esta comparación de fidelidad?

Afirman que dejar la Obra es una gran desgracia; ya he dicho antes que el fundador asegura que no da por el alma del que se va ni cinco céntimos. Quizá sea la razón para que cualquier "hijo" suyo, que se precie de serlo, rechace todo contacto con el que se ha ido, salvo algunas excepciones -muy escasas- de personas que han seguido manteniendo ciertos contactos con los antiguos socios, los menos ortodoxos dentro del sistema.

"No se puede poner la mano en el arado y volver la vista atrás" (Lucas, 9,62), sigue diciendo el Evangelio. No se puede calificar de mirar atrás al profundizar y ver y pensar en la contradicción que entre la teoría y la práctica se produce en la Obra, porque se desea y se necesita algo más sólido y auténtico; por el contrario, hay que admitir que sólo así se está mirando hacia delante con profundidad, apretando más fuertemente la mano en el arado que aquel que se queda en conformismos de inhibiciones fáciles.

Como no son las riquezas (sigo pensando en el Evangelio) las que frenan o atraen a esos que se van por los motivos que me ocupan. Volver a partir de cero es en muchos casos un difícil y duro enfrentamiento que sólo demuestra un alto grado de desinterés.

El que se va de la Obra deja, indiscutiblemente, mucho más de lo que abandonó cuando vino a ella. Aunque sólo sea porque abandona tras sí unos años irre recuperables. Una vez más deja "casa y hermanos" por seguir siendo fiel a una llamada, por atender a unos principios que son fundamentales.

En palabras de un obispo, al menos tan Monseñor como el Padre, la fidelidad consiste en permanecer en un sitio mientras la voluntad de Dios no pida algo superior a ello. Superior, en este caso, no a la Obra como tal, sino a esa postura que en ella se impone, muy por debajo de lo que realmente significa una vocación.

Se deja mucho al marcharse. La salida no debe de ser tan fácil cuando hay bastantes que desisten de ella ante el panorama que saben encontrarán fuera: a veces un nivel familiar menos acomodado que el de la Obra; problemática de trabajo, sobre todo si no ha habido una anterior actividad externa; situaciones de responsabilidad que antes eran ahorradas. No es fácil renunciar a todo ese vasto conjunto de facilidades, de "detalles" establecidos en la Obra para "hacer el camino de santidad fácil y amable".

"La vocación se ve una vez nada más, y basta", insiste Monseñor. De ahí también el corte profundo que supone no seguir. A pesar de que sea el propio Padre el que ha escrito en su libro Camino: "Que tu perseverancia no sea una perseverancia irreflexiva, obra de la inercia..."

La identificación de los socios con los deseos del Padre llega incluso a negar el saludo por la calle o, si el encuentro es tan directo que no cabe hacerse el desentendido, a saludar fríamente, con la mayor indiferencia. Los mismos que tiempo atrás se hubieran volcado con uno porque era de la Obra, después le ignoran y evitan porque ya no lo es.

Conozco el caso de varias personas que perdieron a su padre o a su madre pocos meses después de su salida y no recibieron ni siquiera un pésame protocolario.

Durante los años que he pasado en la Obra he convivido con personas a las que me unieron fuertes lazos de tareas y dificultades resueltas en común; a otras las ayudé a superar etapas muy difíciles de su vida. Las recuerdo con gran afecto -pienso que quizá a ellas les pase lo mismo respecto a mí- y me gustaría tener noticias tuyas. Pero eso no es posible, no está permitido. Si se les escribe, no contestan, o lo hacen con una breve carta estereotipada y llena de formulismos. Frialdad que hiere más que el desprecio y que hace desistir de todo intento.

Si algún socio de la Obra muestra interés por saber algo de aquella persona con la que vivió mucho tiempo, la respuesta de los directores de la Obra es tajante: "Los que se van es como si hubieran muerto." Mientras menos se sepa de ellos, mejor. No hay por qué conocer su dirección, y si por casualidad se conoce, no hay por qué facilitársela a quien la solicita.

Ocultación, disimulo, temas vedados incluso bajo supuestas disculpas de caridad: "no hay que poner en evidencia a nadie"; "hay que evitar el peligro que supondría para la vocación de los restantes", etc. Razones todas ellas que dejan entender, sin mencionarlos, motivos peyorativos en las razones de aquella defección.

Tratar a los que se fueron -insisten- es adentrarse por ambientes enrarecidos que en nada ayudan. Incluso sugieren que no se trate con otras personas que hayan sido también de la Obra. A mí me lo dijo una asociada que decía apreciarme: "no te conviene; esa clase de trato sólo puede perjudicarte". Quizá también sin darse cuenta, al decírmelo, de que según sus palabras

yo quedaba también integrada en el grupo de las "no convenientes".

De entrada y por principio, la salida de la Obra es una deserción sin paliativos. Una traición. Un consentimiento y pacto con la tentación diabólica. De donde es lógico deducir que quien se sale va al abismo, se pierde irremisiblemente. Sus esfuerzos de nada sirven ya. Creo que de alguna manera sobreentienden que "esos" tienen la obligación de condenarse; de otra forma es difícil explicarse el consejo que dio cierta persona de la Obra a otra que le hablaba de una que se había salido y seguía llevando una vida sana y de relación con Dios: "Total, ¿para qué? Ya no le sirve de nada." Increíble, pero cierto. A esa tal cabría argumentarle con palabras no precisamente mías: "No sabéis a qué espíritu pertenecéis... el que no está contra vosotros, con vosotros está" (Lucas, 9, 4).

"Es lo normal en cualquier matrimonio que se separa: la familia no vuelve a hablarle al que se va." Sigo en la línea de las argumentaciones empleadas por los que gobiernan, frente a las defecciones. Ahora, en este ejemplo, olvidando que, en el peor de los casos, la diferencia es demasiado radical. Olvidando que, mientras, en el matrimonio, el vínculo es de ley natural (derecho divino positivo), en la Asociación (vinculación a la Obra) es puramente amistoso. Asociarse es comprometerse, sí; pero en interés sólo de unos mismos afanes e ideales; es un compromiso de pura conveniencia de medio, mientras que en el matrimonio su razón de ser es precisamente el "para siempre", en unión carnal, y "lo que Dios ha unido que no lo desuna el hombre". Antes de casarse habrá que pensárselo si se quiere más, mucho más que para asociarse; habrá que formarse para ello, habrá que saber a qué se va; pero casarse es eso y sólo eso, es ésa y sólo ésa su única y lícita composición sacramental, que dista bastante de una conveniencia asociativa que no puede obligar más allá de ser ayuda o estímulo personal. Como no puede obligar de otra manera la amistad como tal, aun siendo y a pesar de ser la forma más grande y noble, por desinteresada, de amar. Son, lo quieran o no, lo aconsejen o lo desaconsejen en la Obra, motivaciones y consecuencias muy distintas, muy en diferente línea, como para poder comparar una desvinculación de éstas con una separación matrimonial. Cristo, que tan tajantemente se define en el Evangelio sobre la indisolubilidad del matrimonio, nada dice sobre asociación. Habla de unión y colaboración: "donde dos o más están reunidos en mi nombre, allí estoy Yo"; pero sin más condiciones. ¿Cómo atreverse a comparar? Y en la Obra, para mayor mentalización, se compara.

Dicen que solo no se puede. A mí me aseguraron (un sacerdote director de delegación) que si me iba podía amar a Dios, santificarme, como mucho, en segunda fila; a lo que sólo pude responderle que para mí "la fila" era lo de menos, ya que lo que considero fundamental es la intensidad y la autenticidad.

Yo me he encontrado con personas desvinculadas de la Obra y casadas que, ante esta limitación en sus posibilidades de salvación, aún no habían superado esa situación de dudas y de angustia, sin motivo ninguno, para ello.

En frase, muy estimada, admitida como ejemplar, y repetida como consejo en charlas personales, dicen que "más vale ser mala dentro que buena fuera". Algún sacerdote de la Obra, también es bueno considerarlo, se indignaba al oír tal aberración. Alguno, pero no la mayoría.

En otra ocasión se le ocurrió a una persona de la Obra dar a otra la noticia de la desvinculación de un sacerdote de la misma, conocido y de gran prestigio hasta entonces para las dos, ante lo cual no le cupo a la segunda mejor reacción (deseosa de poner en juego el mejor espíritu) que asegurar que no podía ser sino por soberbia. A pesar de que se trataba de un acontecimiento a distancia y sin más datos. Sin más pararse a pensar en lo que de difamación pudie-

ra tener tal comentario. Y sin considerar que por grave que sea la soberbia no lo es menos la calumnia, de hablar sin saber, de definir sin conocer. Pero es que en la Obra (por eso se trata de un ejemplo significativo) para ninguno de los suyos, adecuadamente mentalizado, puede existir otra clase de razón ni de motivo, de explicación, que estos que vengo citando.

A pesar de todo lo que dentro se propongan demostrar, dejar la Obra no es ninguna desgracia; al menos esa es mi experiencia personal. Es, eso sí, un motivo de tristeza pensar en tantas ilusiones destrozadas, en tantos esfuerzos baldíos; también es doloroso ver cómo algunos salen destrozados. Pero salirse es ante todo volver a rehacer una individualidad responsable, maravillosamente liberadora, libre de coacciones irracionales, de medidas anquilosantes, de dogmatismos estériles. Con la oportunidad de volver a sentirse mezclada, de veras, en los afanes y desvelos, en las luchas y en los ideales de la gente normal. Poder prescindir de mitos y de fanatismos. Sólo hay que saber enfrentarse nuevamente con la vida; hay que ser valiente. Lo ponen muy difícil; no es fácil.

Son presiones, vigilancias y acosos constantes, junto con abandonos y marginaciones. Son muchas las cosas que van recayendo sobre esa persona que no puede seguir. La misma que ha luchado con todas sus fuerzas para lograr la mejor solución dentro, que valora su vocación por encima de todo y siente la necesidad de vivirla auténticamente, y que se encuentra de pronto que la dejan sin algo suyo, desprotegida, desprestigiada, precisamente por no ceder a formulismos fáciles. A esa persona y a sus circunstancias, a las dificultades que todo esto genera, es a lo que llaman desgracia por infidelidad.

Versión ésta que es la que se hace llegar a todos, para que escarmienten en cabeza ajena; mientras se ignoran por completo todos los resultados de liberación, de santa liberación me atrevería a decir, a que me he referido.

Puede ser bueno asociarse, estar asociado. Es estupendo contar con la ayuda de una colaboración en condiciones, organizada. Pero no lo es, deja de serlo inmediatamente que la asociación en vez de ser ayuda es desazón, avasallamiento, des-personalización.

¿Por qué, por qué entonces ese desprecio a los que se salen? ¿Porque hemos entregado los mejores años de nuestra vida, la juventud, la dedicación de nuestros años nuevos, la ilusión de los más nobles ideales? Cuando los teníamos sin estrenar, entonces los dimos, y los dimos enteros, sin regateos. Dimos todo eso que no vamos a reclamar a nadie, que tampoco vamos a desear volverlos a encontrar sino en el orgullo, creo que muy sano, de que Dios sabe más y Dios puede más, y Él es el que realmente se lo ha quedado, algo que nadie podrá quitarnos tampoco. ¿Qué puede tener todo esto de despreciable? ¿Acaso a eso será a lo que hay que llamarle fracaso?

En la vida se puede tener una enorme vocación de casada y quedarse viuda muy joven; se puede ser de lo más maternal y no tener hijos. Se puede uno encontrar con que donde pensaba que le ayudarían a vivir una vocación personal, se la patean y la utilizan.

Cabe que a esa persona casada se le muera el marido y los hijos. Caben muchas cosas que no tienen por qué significar ningún tipo de desengaño. Esa persona está, por el contrario, ante la ocasión de vivir virtudes heroicas. Es, puede ser, ¿por qué no?, una forma de predilección.

A pesar de lo cual hay que dejar solos a esos que se van. Como hay que impedir que entre ellos se unan también.

A un sacerdote (desvinculado de la Obra) pretendieron llamarle la atención a través del Obispado de la ciudad donde vivía, para que dejara de relacionarse con los ex socios, interpretando en esa posibilidad de ayuda entre los mismos, provocada, según creían, por él, un ataque a la Obra. La unión de los de dentro: amurallados, prevenidos, masificados; frente a la desunión de los de fuera. ¡Qué gran manera! La unión hace la fuerza; divide y vencerás.

¿Qué es lo que de todo esto se ofrece a Dios? En principio puedo asegurar que todo. Todo se hace bajo consigna de visión sobrenatural. Y con ese sentido, y sólo con ése, es como cada uno se esfuerza en interpretarlo. Que sea posible o no lo sea, no lo sé. Que realmente a Dios le agrade o no todo esto, tampoco soy quién para suponerlo. Yo, personalmente, prefiero ofrecer a Dios las cosas de otra manera.

La Obra se precia de su apostolado con los acatólicos; alardea de ser la pionera en admitir en sus filas a cooperadores no creyentes; hablan de ir a buscar almas hasta las puertas del infierno, si posible fuera, como prueba de afán apostólico. Actuando a renglón seguido de la manera que he descrito con los que de ella se desvinculan, por el mero hecho de que se han ido.

¿Acaso habrá que entender que es peor esto último (sin más argumentación) que el ser propiamente infiel o ateo?

En el libro "Conversaciones con Monseñor Escrivá de Balaguer", el Padre narra una entrevista suya con el entonces Papa Juan XXIII y comenta: "Le dije: en nuestra Obra siempre han encontrado todos los hombres, católicos o no, un lugar amable; no he aprendido el ecumenismo de Su Santidad. Y el Padre Santo reía emocionado." Nosotros, que contamos con una experiencia ¡vívida! tan opuesta, ¿qué tendremos que hacer? ¿Podemos también sonreír?

El fundador dice que no desea para la Asociación más vínculo que el que se deriva de un contrato civil de trabajo. No comprendo bien con qué clase de intención dice esto ni de qué manera concibe su aplicación. Lo que sí sé es que en un contrato de trabajo se cuenta con un seguro de desempleo y de enfermedad, con recursos legales contra el despido injusto y, en todo caso, con la indemnización adecuada. En la Obra el que se va, esa misma persona que lo ha entregado todo al llegar, que ha dejado en ella todo el rendimiento de su trabajo durante años, que en muchos casos cedió a ella todo o gran parte de su patrimonio, si lo tenía, se encuentra, al abandonarla, en la calle con lo puesto, sin nada más, absolutamente sin nada más.

Conozco muy de cerca el caso de una numeraria que entregó a la Obra todo lo que tenía; se trataba de joyas que había heredado de su familia. Sólo conservaba a su nombre algunas acciones, pero también había cedido, como es debido según lo prescrito, su administración, uso y usufructo a la Obra. Después de doce años de permanencia en la institución, y tras de haber luchado de veras para ser como le pedían, se vio obligada a dejar la Obra, solicitando disponer de sus acciones como único recurso para vivir. Pero como el permiso para ello lo tiene que dar el Padre, y los trámites son los trámites, y porque no hubo nadie que se ocupara de suplir de otra manera (nadie en la Obra) tuvo que dedicarse los primeros meses de su desvinculación a vender libros por la calle para poder comer. A esa misma persona le mandaron la maleta atada con una cuerda; a pesar de las "exquisiteces" que se viven con los de dentro y entre los de dentro. Numeraria que salía después de haberla tenido cambiando de casa catorce veces en doce años y de directora veinticuatro veces. Una mujer simpática y encantadora, que primero la conquistan porque su apellido era conocido y "decía bien", "vestía" para la Obra. Y luego... luego resulta que no era bastante "eficiente", y todo fueron inconvenientes.

Yo no niego que se deba imponer una selección basada en imposibilidades personales objetivas. Lo que afirmo es que hay muchas maneras de plantear las cosas, muchas formas de

decirlas, muchos medios para llevarlas a cabo y, sobre todo, "a su tiempo". Y que también en esto la actuación de la Obra deja mucho que desear.

Al poco tiempo de dejar yo de pertenecer al Opus Dei, quise ayudar a una numeraria de la que -por pura coincidencia de tiempo y de lugar- sabía que no podía seguir dentro y que, por serias dificultades familiares y profesionales, no sabía adónde ir. Yo había sido directora suya y conocía que la Obra deseaba su dimisión, ya que a mí, en razón del cargo que ocupaba, se me había encargado anteriormente de planteárselo. Por todo ello me propuse ayudarla. Pero rápidamente me salió al paso un sacerdote de la Obra para pedirme que la dejara sola. Sola, para que así sintiera la necesidad de la Obra; sola para que así, tal vez, sintiera y consintiera en la necesidad de seguir dentro. De seguir a pesar de que dentro consideraban que "no servía". Para que así perseverara, pues -una vez más lo repito- la dimisión es considerada como algo diabólico, y en último extremo, para la Obra, poco prestigioso.

¿Contradictorio? Sí, muy contradictorio. Pero muy real, totalmente real. Me negué a tales planteamientos, por supuesto, y como consecuencia los miembros de la Obra se dedicaron desde entonces a propagar verdaderas calumnias sobre mi persona, que no se han avenido a rectificar.

A mí, concretamente, al cabo de catorce años dedicada a internas tareas de envergadura, y sabiendo que nadie mejor que los de dentro podían avalar mi capacidad de trabajo, pues sólo ellos la conocían, sin pensar en recomendaciones y buscando no ser una carga para mi familia al dejar la Obra, me atreví a pedirles que me echaran una mano. Dos directoras muy cualificadas me contestaron, cada una por su lado, que "la Obra no es una agencia de colocaciones" y que "en los periódicos había anuncios".

Dicen que nos hemos ido porque hemos querido, a pesar de que se han puesto para retenernos todos los medios, de que nos han ayudado al máximo. Yo puedo asegurar (y no sólo por mi caso, sino también porque desde mi puesto de directora he podido conocer otros semejantes) que por nadie se hace nada más que lo que conviene al prestigio de la Obra, nada más que lo establecido, caiga quien caiga, pase lo que pase. No existe ni cuenta la comprensión de lo personal. Pueden darse amabilidades en la forma, una delicadeza extrema en la expresión, enormemente cruel por ser meramente fórmula.

"La puerta de entrada está entreabierta; para salir, de par en par", asegura Monseñor Escrivá. De acuerdo, siempre que a todo ardor y coacción proselitista se le quiera llamar "entreabrir"; siempre que abrir de par en par signifique cerrarse a toda posibilidad de diálogo que obligue, como única solución, a marcharse.

Inequívocamente, sólo lo que los directores piensan o determinan es de Dios; sólo ellos tienen gracia de Dios suficiente para valorar las situaciones, por muy personales que éstas sean. Individualmente, nadie es quién para hacer nada que pueda admitirse como santo. En este contexto de cosas no es difícil entender las dificultades de todo tipo que, para no pocos, esto acaba suponiendo.

Muchas veces hemos hecho llegar a directores superiores e incluso al Padre todas estas cosas y no ha servido de nada, no ha habido ninguna reacción capaz de esbozar el más mínimo destello de esperanza, esperanza de acogida, de solución, de reacción consecuente, de entendimiento.

Personalmente, además de al Padre, escribí a distintas directoras, convencida de que porque

me conocían bien, entenderían mi solicitud de rectificación a razones y juicios que sobre mi caso se habían CONSENTIDO, ASENTIDO Y ADMITIDO, totalmente equívocos. Cartas a las que nunca obtuve la menor contestación.

Realmente el mejor desprecio es no hacer aprecio. Y es todo esto lo que asombrosamente cabe en una Obra de Dios como consecuencia y como resultado de una vida que se proclama "contemplativa" por excelencia.

Es una pena, sí, por lo que todo ello desdice de la Obra como tal. Es increíble. Y es muy triste.

Pero no es mi tristeza, ni la de los que estamos fuera, por el hecho de estarlo. Tres años hace que dejé la Obra, y si mil veces me encontrara ante una situación semejante, mil veces volvería a hacer lo mismo. Cuando estaba dentro, a muchas de las objeciones que ponía, siempre me argumentaban que eran cosas que sólo se me ocurrían a mí, que a nadie le afectaba nada semejante, para todo era caso único. De la misma manera aseguran que a todo el que se marcha le invade el arrepentimiento y la añoranza. Con respecto a lo primero es impresionante, increíblemente impresionante, la semejanza de casos, de motivos, entre personas de lo más distintas, distantes y ajenas, ¡comprobada! En relación a lo segundo, es muy difícil añorar todo ese conjunto de contradicciones, de enmarañamientos de cosas, de incoherencias, de complejidades; es imposible echar de menos nada semejante; admitiendo que en la Obra hay cosas buenas, dignas; pero quedan demasiado ahogadas y destrozadas por las otras. A pesar de los pesares. A pesar de la jactancia que hace posible todo ese conjunto de desprecios (los expuestos son sólo algunos) para los que se van.

Frente a una realidad, la de los fieles, otra realidad: la de los "infieles". Esto, todo esto, es también una realidad. Mi realidad, sí, pero no importante por ser mía; es la de un montón de gente más. Y ese montón es lo que cuenta y lo que reclama verificación. Hay desvinculaciones que aisladamente pueden ser muy difíciles de entender. Conociendo su contexto las cosas cambian, las cosas se sitúan y se enjuician mejor.

¿Se entiende mejor así a la Obra? Se entiende, creo yo, que haya tantos que no quieren volver a saber nada de ella, que les repele lo que se refiere a ella. Que ni siquiera estén dispuestos a trabajar en pro de una reacción consecuente. Quizá porque no crean que puede existir.

Lo que sí existe, lo que sí es verdad, es que todo eso, y mucho más, hacen con los que se marchan.

7. GOBIERNO

Me parece interesante comentar algo sobre el sistema de gobierno que se emplea en la Obra, por lo que en ello va implícito.

Sé lo que es gobernar; sé lo que es estar al timón. Lo sé en mi propia carne. Y no arriendo las ganancias a nadie -bajo ningún concepto- a quien le haya tocado en suerte. Sé bastante de todas las limitaciones con las que uno se encuentra tanto hacia arriba como hacia abajo. Conozco la falta de objetividad en la comprensión, igual que conozco cuán difícil es que llueva a gusto de todos. Sé lo malas que son las envidias. Y el subjetivismo en el que tanto abundamos; la falta de amplitud de miras de tantos. Sé lo que es poner toda la carne en el asador y que se retuerzan las intenciones más nobles. Como sé lo poco frecuente que es tener una capacidad suficiente tanto para hacer entender como para saber comprender. Por lo que comprendo y defiendo y sé disculpar a los que se encuentran en tal situación. Comprendo a unos y comprendo a otros. Y quizá por eso también creo sólo en la verdad del justo medio.

Sin afanes peyorativos, sin que sean afirmaciones hechas a voleo, ni por simple gusto, ante la evidencia de los hechos, el gobierno de la Obra sólo puede ser calificado, en honor de la verdad -vivida- de dictatorial, dogmatizante y absolutista. Es duro, lo sé; no es nada agradable tener que expresarse así; pero no creo que, sin exagerar, haya otra manera de llamar a las cosas por su nombre.

Y entiendo que no es lo malo que las cosas pasen, que sucedan, que se den... No es eso lo malo, no. Lo malo es que no se vean, que no se acepten, que no se corrijan. Y mucho peor, que no se admita, que no pueda existir sobre ellas una crítica constructiva. En la Obra no cabe, no existe ninguna posibilidad de crítica.

No es la Obra, como decía, "una organización desorganizada", según afirma, por ejemplo, el libro "Conversaciones con monseñor Escrivá de Balaguer". Sería más exacto definirla como "superorganizada" supercontrolada, superdirigida. Praxis y más praxis; praxis para la atención a las personas, praxis para la organización apostólica; praxis para limpiar, para cocinar, praxis para todo y para cada cosa. Contrariamente con su espíritu, todo está previsto, todo está determinado, todo establecido. Notas (de régimen interno), guiones, escritos; hasta el rezo del Rosario tiene un guión expreso, y por motivos de buen espíritu; siempre que se dirija, debe hacerse con él en la mano, leyéndolo, para que siempre se haga exactamente igual.

Cualquier cosa que pase a alguno de la Obra es experiencia para todos los demás. Si a uno viajando de noche en un tren le dan un susto, nadie más viajará de esa manera. Y así cada caso, todos los casos de tantas personas. Así cada cosa una nota, una experiencia. Y de ahí... la abundancia de normas.

Todo viene de Roma -de la casa central-, todo emana del Padre o lo supervisa él. Por lo que gobernar, lo que realmente se considera gobernar, en la Obra, se reduce, podríamos decir, al Presidente General.

Hay que ser fieles sin interpretar, y los directores los primeros. ¿A qué se reduce el gobierno en la Obra? Se reduce a ser más fieles que los demás; más fieles transmisores; más exactos cumplidores; más resonante eco de lo que el Padre dice y quiere.

Por eso, servir para gobernar las casas de la Obra es, o estar en la primera juventud, entusiasta, ingenua, inconsciente y dócil, "muy dócil"; no tener más sentir ni más consentir que el del

Padre; o puede ser también una necesidad psicológica (ingenua inconsciente incluso), que encuentra en el cargo la manera de disfrutar de cierta "categoría" que no se tendría de otra manera. Sirven también los que han pasado la frontera de la sensibilidad. "Cuesta, no se entiende, pero acabas acostumbrándote", es todo lo que han podido argumentarme cuando en situaciones incongruentes en las propias consignas de gobierno, he acudido o pedido explicación, comprensión a personas mayores y experimentadas en el hacer de la Obra.

Por eso sirven mejor los muy jóvenes, los recién llegados, los conformistas, los servilistas o los indiferentes. Y algunos, decía, a los que compensa la distinción que para ellos supone. He vivido con personas que han puesto todos los medios para sustituirme, cuando me ha tocado a mí estar de directora, con verdadero afán de serlo ellas.

"Gobiernan unos porque no hay otros", suelen decir, mientras a esos "otros", conscientes y consecuentes, capaces e inteligentes, se los retira a tareas secundarias, escondidas e inadvertidas, porque resultan comprometedores, "problemáticos". "Están ya cansados, es mucho para ellos, y hay que dedicarles a tareas más fáciles", argumentan como razonada sinrazón a sus destituciones.

Directoras en la Obra son también esas personas que saben mucho de grandes broncas del Padre, que quiere a sus hijos muy libres, pero haciendo "exactamente, prontamente y únicamente" lo que él quiere. Que le han tenido cerca y han quedado impregnadas de ese sentir e insistir suyo. Los que pasan por ello, los que saben identificarse plenamente con tal sistema, son los que sirven.

En la Obra, a cuarenta y tantos años de su fundación, como consecuencia de esa selección constante, de esa criba especialmente cuidada para estos casos, toda persona que está gobernando, o que rodea al Padre, es ya, ha de ser, de una manera especial, de una clase muy concreta. Gracias a lo cual, esa colegialidad con que Monseñor Escrivá cuenta está compuesta sólo de personas que pueden y saben gobernar como él ha previsto que se haga, como él necesita y desea. Estilo y selección, que crea una casta, y que muy bien puede ser la causa y la razón de todo lo que pasa (de los que se van, de los que se quedan, de la imposibilidad de tantas cosas...).

Gobernar, en la Obra, es estar más dispuestas que nadie a comulgar con ruedas de molino.

Hay que crecer, hay que madurar, hay que ser mayores, para que haya personas idóneas y capaces de gobernar bien (dicen). Pero sin dejar por ello de sentirse necesitada o incapaz por sí misma. "Niños pequeños", manejables, dóciles, "siempre pequeños" (como necesidad de buen espíritu) y los directores también, los directores especialmente.

Tiendo a olvidar lo anecdótico con bastante facilidad, y sin embargo aún recuerdo algunas frases de una entrevista que me programaron un día, cuando ya tenían decidido que me hiciera cargo de un centro de estudios como directora. Mira, me decían, tienes que evitar toda vanagloria, los cargos son cargas, y tienes que pensar que nada de lo que afecta al cargo te corresponde a ti, que no importa que no sepas, porque lo que has de hacer está todo escrito, sólo se trata de hacerlo vivir, de secundar al Padre. Me sorprendió, lo que no quiere decir que me afectara. Y no me afectó porque ni yo había deseado el cargo ni lo había pedido, ni aquello para mí tenía más trascendencia que la de seguir viviendo el espíritu de la Obra lo mejor posible en bien de todos. Puedo asegurar que el nombre de directora en ningún momento llegó a sonarme como propio. Nunca me han importado los títulos, sólo me importan los hechos. Pero sorprende la "innecesidad" de saber, o hacer, en cuanto a las personas. Directora así podía serlo igual-

mente un robot programado.

Libertad de opinión, comprensión, insinuaciones, consejos; esto es lo que enseñan que debe ser el gobierno y la dirección en la Obra. El Padre asegura que se fía más de la palabra de una hija suya que de la firma de cien notarios. A la vez de que no se fía de que nadie haga nada bien como no sea aplicando al pie de la letra lo que él escribe y manda.

"A nadar se aprende nadando", es otro de los slogans (del Padre), llenando de patas y patos la decoración de las casas de la Obra. Slogan decía, sí, ¡sólo slogan! A nadar se aprende en la Obra sólo dejándose aconsejar, indicar, pero entendiendo tales adjetivos según el léxico específico, en el que lo que quieren decir es ordenar. Cualquier insinuación, por leve que sea, es materia de obediencia; es motivo de advertencia por parte de cualquiera que haya observado menos prontitud en captarla y seguirla. Todo es libre en la Obra, pero siempre que libertad se le llame a hacer y elegir exactamente eso que es el estilo, el querer y el sentir de su ley o su norma. Una libertad que necesariamente queda reducida a toda su abundancia (y valga la contradicción) de control y de normativa.

Dicen que la Obra no se mete en la profesión de los suyos; pero siempre que esa profesión esté de antemano al servicio y al estilo de la Obra en sí; siempre que la Obra y sus sugerencias sean antes que la profesión misma.

Insisten, por ejemplo (dentro de esta línea de lo que se dice y lo que de hecho es), en que las revistas, editoriales, etc., con que la Obra se maneja, son consecuencia del trabajo profesional libre de sus socios. Con toda la libertad que actuaciones como la que sigue puedan significar. Por indicación de las propias directoras de la Obra, a la misma directora que un día se le encargó lanzar una de esas publicaciones, pasados unos años, por iniciativa de las mismas directoras de la Asociación, se la sustituyó por otra, que en ese momento resultaba más manejable y más adecuada, según los criterios de gobierno interno de la Obra. Sin más importancia al problema de trabajo (de nuevo trabajo) nada despreciable que a la primera le suponía, tenía que dejar aquello, sin más, y buscarse otra cosa; otra cosa a una edad nada fácil, otra cosa en medio de las dificultades profesionales de cambio ordinarias de la vida. Sencillamente porque en la Obra se cree necesario y conveniente actuar así. Es un ejemplo; es una manera de explicar, de "entender" quizá, la libertad profesional.

Libertad hay que considerar también la necesidad de pedir permiso, permiso por escrito para todo tipo de lecturas "sospechosas" (que son todas menos algunos libros de Patmos, ni siquiera todos los de esta colección están permitidos); ya sean lecturas por motivos profesionales, de estudio, espiritual o recreativo. Permiso previo y cada vez (ningún permiso debe servir para más de una vez, ni pasar de un plazo determinado).

Cuando el Padre habla y predica y grita, abriendo sus brazos en cruz y aclarando que no extiende ni sólo el derecho ni sólo el izquierdo, sino los dos a la vez para que quepan todos, para acoger a todos, para comprender a todos, ¿de qué clase de comprensión está hablando? Cuando asegura que quiere a sus hijos "libérrimos", ¿a qué tipo de libertad se refiere? Más de una vez, con pena y con sorpresa, he tenido que preguntarme cómo es posible, qué puede significar predicar así, definirse así, y actuar luego de manera tan distinta.

En la Obra se encuentran bastante fácilmente actuaciones manipuladas por otros, en otras muchas organizaciones; y sin embargo ellos no se dan por aludidos, no se encuentran sino todo lo contrario, a pesar y por encima de la evidencia de los mismos hechos.

La desorganización, la amplitud, la confianza, que por todas partes se teoriza, pero que luego es tan difícil de encontrar, quizá pueda encontrarse en la peculiar selección aplicada a los consejos locales (son los órganos de gobierno de cada casa o centro compuesto por directora, subdirectora, y secretaria). Se cuida la selección de directora, algo la de subdirectora, y para secretaria sirve cualquiera; lista o torpe, abierta o cerrada, mejor o peor, cualquiera. Yo las he conocido neuróticas, pero neuróticas clínicamente hablando; y no importa, no se tiene en cuenta; unas que suplan a otras, y... a la vez que da igual cómo afecta y cómo rompe a tantos. Pero da igual, sí; eso sí que no cuenta, eso sí que es amplio..., desorganizado y difícil. Porque es además, en esa misma persona enferma, incapaz o tarada, en la que hay que seguir confiando. Yo tuve una vez una secretaria en uno de los consejos locales, que me iba a buscar a la habitación a medianoche, y me decía: "Ya puedes despertar y dedicarte a oír mis barbaridades, que para eso eres mi directora y tienes obligación de hacerlo" (barbaridades, insolencias, insultos, sin más interés y a medianoche); la misma con la que durante el día tenía que compartir el gobierno, compartir opiniones, etc. Dos años me costó hacerlo entender a las directoras inmediatas de la delegación (es el escalón siguiente hacia arriba en la organización de gobierno de la Obra, una por cada provincia o zona de una región), y cuando me pareció que se habían hecho cargo del problema, y vi que se decidían a cambiarla, fue para enterarme a los pocos meses de que la habían mandado a otra casa, de otra zona distinta, pero al mismo tipo de cargo. En otra ocasión, las dos del consejo local que me tocaron, se dedicaron a quitarme autoridad por detrás ante las demás de la casa, para así ellas vivir más a su aire. Son cosas de esas que aseguran que no pasan en la Obra; y yo diría que más bien es que no pasan poco, aunque no se las quiera afrontar y se pretenda con ello aparentar lo contrario.

Importan las formas, importa que ese tipo de cosas (negativas) no trasciendan; importa que esos problemas se disimulen al máximo, porque pueden ser faltas de caridad con las personas que quedarían desmerecidas; sin que la caridad, al parecer, tenga que ser la misma con aquellos en quienes repercute, desconcertando o sencillamente haciendo daño. Importa la unidad (insisten), la discreción de tapar y aparentar otra cosa, pero sin que importe la solución y la verdad misma de todo ello.

Importa la cortesía extrema (formas y más formas), el trato en la Obra es versallesco. Dicen que fraternal y sencillo incluso con los directores. Pero a base de una obligada naturalidad que se ha de componer de las más exquisitas deferencias y de los más rebuscados respetos.

Cuando se es directora, se es esa persona que ha de cargar con todas las responsabilidades, con todas las bregas de todo lo que la rodea, que ha de dar la cara a cada cosa, y que ha de darla además en nombre propio; pero sólo aplicando las medidas que "aconsejan" lo escrito, lo establecido, "lo que siempre se ha hecho en la Obra". La Obra tiene unas costumbres, unos sistemas, que son los únicos aplicables escrupulosamente en cada caso.

Una directora me contaba en una ocasión la historia, por no decir la tragedia, de una de las numerarias que le estaban encomendadas (era una de esas numerarias exóticas, de las que convienen para el lucimiento de la Obra, extranjera), rebotada y a disgusto, que se quería marchar, pero que esa directora suya (que la comprendía) no debía consentir (así le venía indicado desde asesoría, órgano de gobierno regional, por encima de las delegaciones y dependiente directamente de la asesoría central, que está en Roma), y me contaba que un día le llegó a tirar la maleta a la cabeza, se fue de casa, y le costó muchas horas buscarla por toda la ciudad. Podía haber dialogado su caso, podían incluso haberse entendido; pero no, gobernar en la Obra es seguir directrices, y nada de eso, nada fuera de ello, sirve para nada.

Gobernar en la Obra es, sigue siendo, aceptar que ésta se quede porque a la Obra le convie-

ne; como lo es aceptar y pasar por plantearle a tres o a diez que se vayan, por la misma razón, y sin más explicación ni sentido. Es admitir que sigan las que las directoras de gobiernos superiores dicen que deben seguir, pase lo que pase, cueste lo que cueste, se piense y vea y haya las razones inmediatas que sean, por parte de la que directamente vive los casos; a pesar de los pesares, es la que menos tiene que ver ni que hacer en todo. Admitiendo que esa que quiere marcharse, pero no "debe", rabie y sufra e incordie, pero que se quede; que esa otra, que no entiende por qué tiene que abandonar su vocación, se tenga que marchar porque se lo dicen, aunque se encuentre, de la noche a la mañana, en la más inaudita soledad. Las hay que, desconcertadas, caen, ¿por qué no?, ¡es tan lógico!, en aberraciones y locuras, que luego "habrá" que achacar a las interesadas, y que... sin embargo... ¡Cuántas responsabilidades que no podrán ser sino consecuencias de las actuaciones que con ellas se han tenido!

El juicio personal en la Obra existe, debe existir, pero sólo para "rendirlo". "Hay que rendir el juicio", y hay que rendirlo constantemente; como prueba de docilidad, de entrega, de visión sobrenatural. Rendirlo al Padre, lógicamente, por encima de todo; o al criterio de los que en su nombre mandan. Creo que de las cosas que ningún miembro de la Obra se negaría a admitir, ni siquiera so pretexto de cuidado buen espíritu, es precisamente esa de que la única razón, la única explicación, que se utiliza generalmente ante cualquier tipo de explicación inexplicable (y valga la redundancia), actuación, etc., es la de que "hay que mirar hacia arriba", "Dios, el Sagrario y tú; lo demás no importa, no tiene por qué importar; si no lo entiendes, si no te parece bien, si te choca o lo encuentras extraño (te toque de cerca o de lejos), no te pares en ello, mira hacia arriba, y deja que las cosas sean como Dios permite", es todo el razonamiento que en la Obra se admite en relación con las dificultades de los demás. Y Dios, ante esta clase de docilidad, ante este estilo de renuncia al ejercicio de facultades intelectuales, racionales, me pregunto yo, ¿qué es lo que permite? Renuncia además a título de un "estilo" secular, que a tono con esto en riada desmerece frente a cualquier otro estilo conventual, que tan ajeno debería resultarle.

Yo entiendo que ante una Revelación Divina, el juicio humano se rinda, se rinda ante Dios, necesitando de su verdad y de su luz, consciente de la pequeñez de la criatura frente a su Creador, admitiendo y adorando la grandeza de Su Gloria. Entiendo que se le rinda honor y veneración, sumisión y acatamiento, a Dios y a su Iglesia (Cuerpo Místico Suyo). Pero ¿rendirse a un criterio personal de otro, hasta en lo más opinable, hasta en lo más corriente y diario?, ¿rendirse, renunciar a toda una aportación individual propia, consentir en una anulación de valores despersonalizantes y arrolladora, a favor de Monseñor Escrivá, por muy fundador que sea? ¿Qué puede eso tener de sobrenatural, a diferencia por ejemplo del maoísmo, o de cualquiera de esos sistemas avasallantes y dictatoriales, por muy distintos que sean sus fines?

Bueno y santo, podría ser, ¿por qué no?, todo ese afán de entrega y de renuncia que la Obra inculca a los suyos, tan ejemplarmente aceptado y vivido en la vida diaria de muchos de ellos, si no fuese por tantas desproporciones como encierra su sistema.

Comentaba los distintos extremos del concepto "organización desorganizada", que se usa en la Obra. Extremos como el de imponer --junto a la desorganización comentada- la organización de una clase de dirección, que abarca desde dejar que lean las cartas (tanto las que se reciben como las que se mandan) hasta contar --como ya apunté anteriormente- lo que se piensa, lo que se siente, el desarrollo de la propia oración, si se sale o se entra, con quién y de qué manera, si han dicho a cualquier persona de dentro o de fuera., etc.

Con una espiritualidad que ha de mantener a una convencida de que todo lo que de esa clase de dirección se salga es diabólico, creando la necesidad, el escrúpulo (a veces, y según para

quién, atormentador) de más decir, y más dejarse aconsejar, y más y más, porque si no se encuentra una infiel y pecadora.

"De ciento no caben ciento", como Monseñor asegura, no. Caben sólo los que son capaces de asimilar todo eso. De ciento caben sólo los que son capaces de ser más de piedra que de carne; las que son capaces de permanecer impertérritas pase lo que pase alrededor mientras de arriba no le digan que se altere; las que no ven otra posibilidad de discernimiento que la del Padre; las duras, frías o acolchadas. Las que no son así, sufren demasiado. Las hay, sí, pero lo pasan muy mal. Y es mejor -asentía una directora regional- que de no poder ser de alguna de esas maneras, se marchen.

Crea todo esto un enorme caparazón, curte. Y así como es cómodo para algunos vivir protegidos, asegurados, así como la suficiencia de la Obra arropa y estimula a tantos, de igual manera que la vida en sí (material y espiritualmente hablando) es fácil para los que militan en las filas de la Asociación de simples súbditos, para los que les toca gobernar, el entrenamiento es tremendamente duro; es toda una fragua donde a martillazo limpio y al rojo vivo se forjan personalidades curadas de espanto para toda la vida; personalidades a las que les costará mucho volver a tener una sensibilidad corriente, una impresionabilidad normal.

Las hay (directoras de la Obra) que hay que mantenerlas en un puesto serio de gobierno, porque quitarlas es contribuir a su derrumbamiento total (psicológico, moral e incluso físico). Estar en cabeza es estar comprometida con un "público" que se quiera o no se está amparando en una. Si a veces hay algunas que se van cuando les quitan el puesto de gobierno que tenían, no es tanto porque les importe (como puede parecer), porque las haya defraudado pasar a menos, como por el hecho de haber quedado libres de afectar a las que les estaban encomendadas. Es muy difícil -yo admiro a las que lo hacen-, es muy difícil perseverar en la Obra viendo las cosas que se ven cuando se ejerce un cargo importante. Por eso hay también muchas directoras fuera. Y muchas directoras estropeadas, enfermas, arrinconadas. A una, una vez (es sólo un caso entre mil, ilustrativo) que le había tocado cuidar a una numeraria mucho tiempo enferma, con encefalitis y hasta que murió, a la vez que llevar toda la administración (como directora) de una clínica, rodeada de numerarias muy jóvenes, una cleptómana, otra neurótica, y toda la brega que eso supone... a esa persona, cuando acudió a sus directoras inmediatas de delegación para pedirles ayuda, la cambiaron, reduciéndola a ayudar en la limpieza de una de las casas de ejercicios, allá por la sierra de Gredos. De un extremo a otro. O se aceptan las cosas sin más, o no se sabe hacerlo. A mí, cuando otra vez acudía a ese mismo tipo de directoras, pero en zona distinta, para algo semejante; a mí, que estaba acostumbrada a tareas de envergadura, me retiraron a una cocina de un colegio mayor a hacer bollos de leche para los desayunos. O todo, o nada. Porque la solución sólo podrá seguir siendo la misma, la de que las cosas no cambien, y la de que sean las personas las que nunca tengan por qué objetar. Directoras de delegación que actúan en uso únicamente de esa escalonada aplicación de lo previsto y establecido desde arriba, para a su vez aportar hacia arriba ese deber cumplido.

¿Confianza, cariño, comprensión? Se predica, se escribe, se alardea; es mera teoría. Se acaba creyendo, se cree que aquello que se vive se llama así, porque así lo repiten y así mentalizan; se cree hasta el punto de intentar darlo, crearlo para los que nos rodean; para acabar desilusionada, atropellada, hundida, en todas las contradicciones que en la práctica lo imposibilitan.

¿Familia la Obra? Ni siquiera milicia. Yo diría más que legión. Viendo la película "Los novios de la muerte" (versión moderna), me sonreía sola recordando y pensando ¡qué corta se queda la Legión, a pesar de todo lo que es, al lado de la Obra!

Y a la Obra hemos llegado muchos que, aun respetando y venerando el espíritu militar, no nos hemos sentido atraídos nunca por él, sino por un espíritu cristiano y secular, sencillo, de la vida, profundo, pero amplio y desarticulado. Y somos nosotros los que no cabemos; somos nosotros los egoístas, los pocos generosos, los equivocados. Porque en la Obra, como en la Legión, no cabe pensar en la persona, importa sólo la "orden", la Obra como tal; y nosotros..., creíamos en todo lo demás.

"Aristócratas del amor" se han autollamado, en frase de su fundador. Aristócratas, diría yo, de la frialdad, de la dureza, de la impiedad. No creo exagerar que es mucho lo que en la Obra hay que prescindir de la persona. Personas fenomenales, personas estupendas, personas a las que, valga el inciso, debo el maravilloso bagaje de una convivencia que enriquece en tantas cosas buenas como esas personas aportan. Personas a las que quiero de veras y ante las que no me siento en la más mínima oposición, sino todo lo contrario. Y lo siento, a pesar del vacío y el desinterés con que abandonan. Personas a las que porque las conozco, sé de lo que serían capaces si pudieran ser ellas mismas. Sé, y por eso lo sé, que ¿a quién sino a la Obra puede ser achacable todo lo que pasa? No son las personas, no. En la Obra hay de todo como en todas partes; pero hay realmente gente selecta, gente muy cribada, acrisolada, experimentada. Gente que, para mí, han sido compañeras de faena en unos años clave, en la juventud, en la época de las grandes energías y de las grandes ilusiones. Pero personas que dejan de ser ellas para aparentar lo que la Obra quiere y necesita ser a través de ellas. Ante lo que lógicamente se entiende que se aparten y rehuyan, te ignoren y desprecien. Dicen que rezan por uno, que te encomiendan. Yo sólo sé que nunca encontré buena oración la que separa alma y cuerpo, la santidad de la vida misma y sus circunstancias.

Hablaba del gobierno en la Obra; mi experiencia, ante ese tema, es que, con las mejores palabras y las más exquisitas formas, en la Obra se cometen los mayores atropellos con las personas, para sacar adelante las labores.

¿A quién, psicológicamente, le es posible llevar bien, superar tantos vaivenes, de hoy todo, mañana nada, hoy esto, mañana todo lo contrario, sin más explicaciones ni razón, hoy aquí, mañana allí? ¿A quién, sin un porqué, sin una explicación, de preparación de edad, o de ambiente? ¿A quién? Son muchas las personas dedicadas en la Obra sólo a gobernar, sólo a esa labor interna de gobierno. Personas psicólogas, experimentadas, trabajadoras, buenas ¿qué hacen?, ¿a qué se dedican?, ¿por qué lo admiten?, ¿24 horas del día dedicadas sólo a esto, para que las cosas tengan que resultar y ser así?

¿Cómo es posible que no salgan al paso de dificultades serias, que no cuenten para ellas experiencias y descalabros tan fuertes como los que objetivamente existen, que no se den por enteradas, que sigan y sigan organizando, y controlando, sin pararse ni responder a nada que no sean necesidades de la misma Obra (del Padre)? ¿Cómo es posible que tenga que ser así, cómo únicamente quepa actuar?

Y es posible quizá porque transmitir exactamente una cosa, estar pendiente de no dejarse ni un ápice, tener la necesidad, la obligación de que nada cambie, sentir el enfado o el disgusto que eso produce a esa persona que es a la que hay que seguir (el Padre), tener que reaccionar exactamente como esa persona quiere que se reaccione, realmente lleva muchas energías, y mucho tiempo; una enorme tensión, y lógicamente lo explica todo.

La Obra, esa Obra que de hecho se proclama una cosa y dentro se vive otra, se impone otra, DE LEJOS ATRAE, DE CERCA DECEPCIONA.

ANTE LA IGLESIA

Una Asociación que nació para ser, según su Fundador, "el brazo largo de la Iglesia". Una Asociación que se siente pionera del apostolado seglar, de la dedicación (que primero fue consagración) a Dios en medio del mundo. Una Asociación que se proclama querida por Dios para esta época nuestra. Una Asociación que tiene que contar con muchas dificultades en sus aprobaciones jurídicas, dice Monseñor Escrivá, "porque se adelantó a los tiempos".

En la Obra se enseña que lo primero es el amor al Papa, ser muy romanos. Y cuando algún miembro de la Obra va a Roma -a la casa central de la Obra- la visita inicial ha de ser a la tumba de Pedro. El cariño y la veneración al sucesor de Pedro, como a la Iglesia en sí, ha de ser nota que caracterice a los socios del Opus Dei. Y cuentan cómo el Padre valora los encuentros con Su Santidad, y lo entrañable hijo suyo que se siente, y cómo se confía a él. Todo ello unido a la disponibilidad de la Obra ante la Iglesia, en cuanto está deseando ir a cubrir puestos de trabajo que otros quieren menos, como la Prelatura de Yauyos, por ejemplo. Todo eso es verdad, una verdad digna de elogio. Que no deja a la vez de tener sus sorpresas (son las eternas contradicciones de la Obra), frente a la realidad de otras verdades también, que entre la Obra y la Iglesia se ocasionan. Ahora, justo ahora, cuando la Iglesia misma está ilusionada en esa línea de maduración y apertura (que no quiere decir, ni de hecho tiene por qué serlo, de concesiones); ahora, en esa Asociación "pionera y brazo largo", la posibilidad de doctrina (lecturas, conocimientos y actuaciones) tiene que reducirse, atrincherarse, en lo aportado antes de la primera mitad de nuestro siglo, en la doctrina de Trento, en los Papas Pío IX y Pío X.

Son enormes las prevenciones que en la Obra existen a ceder o a conceder, a contaminarse. ¿Por qué? Formarse, sí. Resguardarse, ¿como flores de invernadero? El Padre usa este ejemplo precisamente para decir que no, que "no quiere a sus hijos flores de invernadero", pero sigue siendo sólo la teoría.

No debió de ser nada fácil, para aquellos primeros de la época de Cristo, discernir y encajar el mensaje evangélico; no lo ha sido nunca para la Iglesia; basta conocer su propia historia. ¿La Iglesia en el mundo de hoy?, se dice... y se buscan "revisiones"... se problematiza con las circunstancias de los tiempos. Ni el desorden moral, ni la degeneración sexual, ni las idolatrías de nuestra época, nada de eso tiene que ver con la realidad de la degeneración del entonces Imperio Romano. Época, sin embargo, que es la que Cristo elige para fundar su Iglesia. Hoy como entonces, Cristo deja que la tempestad arrecie y se queda dormido en el cabezal de la barca para probar la fe de los suyos, para enseñarles que nada tienen que temer mientras sea a Cristo a quien lleven con ellos.

Pero ¿qué hubiera sido de esa historia si su acción se hubiese centrado en replegarse sobre sí misma, prevenidos sobre los demás? Una Iglesia en la que surgen las más aventuradas osadías y aberraciones, sí, las ha habido siempre; pero siempre también retadas por aquellas palabras del Maestro que asegura que "el cielo y la tierra pasarán, pero mis palabras no pasarán".

"Yo estaré con vosotros hasta siempre." "No tenéis que temer a mi pequeño rebaño." Seguridad sí, pero una seguridad que no puede en modo alguno ser compatible con "jactanciosas reservas", ni triunfalistas ni prevencionistas.

La Obra se jacta de su postura doctrinal ortodoxa, que hace, puede hacer y ha hecho su bien. No lanza especulaciones esnobistas, no se precia de avanzada... En su día, sin embargo, fue toda una innovación, y como tal luchó para que se aceptara. Entonces, y ahora también, esas

ideas de su fundador, lanzadas como vanguardistas, de una espiritualidad renovadora, sí vale, eso sí. Vale en cuanto es la Obra misma, su idea, su selección de las propias cosas de la Iglesia, que hoy casi todos los demás, la mayoría, tratan tan mal, según entienden ellos.

Puede que no quepa achacar a la Obra errores doctrinales de comisión. Pero ¿y de omisión o de suficiencias? ¿De esas omisiones de temas, de asuntos, de actuaciones suyas, de colaboración, de acogidas... a las que únicamente aporta el VACÍO más absoluto? ¿Eso, acaso, no tiene que contar también?

Sus predicaciones, sus escritos, sus organizaciones todas están encauzadas a convencer a los suyos de que la Obra, y sólo la Obra, es lo seguro, lo único capaz de salvaguardar la fe y la verdad auténticas. Pero una verdad y una fe según la propia selección y adaptación del Padre; con su más noble y santa intención, no lo dudo; pero seguros de que son ellos y sólo ellos - basándose en esa tradición de unos años distintos a los de ahora ya sedimentados-, los que van por el mejor camino. ¿Acaso no es demasiada jactancia?

Contar con la aportación de tantos hombres y mujeres, maravillosos, que nos han precedido, no carece de interés. Es una gran ventaja haber llegado a la Iglesia en una época en la que tantos han ido por delante roturándonos el surco. Y es de una elemental sensatez contar con ellos y buscar el apoyo y la solidez que da el trascurso del tiempo.

Pero sin olvidar, sin renunciar, creo yo, a la actualidad de un mensaje, tan de ayer como de hoy, viejo y nuevo (evangélico) que sigue exigiéndonos, igual que a los que nos precedieron, el compromiso de nuestra actuación, en nuestro tiempo. No vamos a inventar nada, no se trata de eso. Pero sí de no privar de su actualidad a aquel pasaje de la vida del Maestro (Juan, 16-12) en el que nos asegura que "aún tengo muchas cosas que deciros, que no podéis ahora comprenderlas. Mas cuando venga el Espíritu de Verdad os conducirá a la verdad plena". El Paráclito que sigue asistiendo a la Iglesia, por el que la Iglesia es, hoy como ayer, ahora como hace cien años y en una necesidad de superación constante, acción viva hasta el final de los siglos. En Juan se cierra la Revelación, pero no precisamente la acción del Espíritu en su Iglesia.

El hombre, la naturaleza, la vida misma es, necesita ser, una constante evolución (sin saltos de especie ni científicos ni conflictos trascendentes sin fundamentos). Evolución es el despliegue progresivo en el tiempo de las maravillas de la Creación Divina. Es la gran dignidad que Dios ha querido brindar a sus criaturas de procrear con Él. Procrear, cooperar, que no puede quedar reducido a hacer niños. La vida del cuerpo, la vida del espíritu, la vida entera, es COOPERABLE. Es, debe ser, acción. Acción en lo físico, acción en lo intelectual, acción en la vida del espíritu. Acción eclesial. Acción personal integrada. De ahí, entiendo yo, que no podamos pararnos en unos años que pasaron, en unos tiempos que ya no son. Ahora, por exigencias de esa misma evolución de los tiempos, los hijos de la Iglesia necesitan una formación proporcionada, grande, como grandes son los medios con los que para ello contamos; como grandes son los elementos entre los que tenemos que debatirnos. Con trigo y con cizaña, como siempre; precisamente el hecho de que el trigo se dé con la cizaña es algo que carece totalmente de novedad. Y una cizaña que no puede, no debe ser arrancada de cuajo, "no sea que estropeemos también el trigo", también es de siempre. Como tampoco la solución será huir de la cizaña alegremente, ya que sería tanto como abandonar a la vez el trigo.

Dificultades las hay, y grandes. Y hay que formarse bien, y pertrecharse adecuadamente, y saberse defender de los peligros. No se trata, por supuesto, de que haya que jugar con fuego, ni de que sea necesario probar el cianuro para conocer el efecto que hace y poder "opinar" de

todo, como algunos argumentan pretendiendo con ello desmerecer menos de sus propias bajas.

Formarse sí. ¿Sectarizarse?

Dicen que en este quedarse en lo de atrás, ve el Padre la mejor manera de velar por sus hijos, de hacerlos santos.

Monseñor desconfía de nuestra época de tal manera que, a modo de ejemplo, ha determinado que hasta los elementos de trigo y vida que se utilicen para las consagraciones de las misas de la Obra, sean cultivados expresamente por hijos suyos. No le parece suficiente ni la "delicadeza" ni la seguridad de que lo hagan otros.

En la Obra se seleccionan las encíclicas que deben ser difundidas. Se difunde de las predicaciones de los Papas lo que el Padre determina. Se sigue insistiendo en el uso del latín. Se considera necesario seguir asistiendo al templo con velo.

Ante la desaparición del Índice -como censura de libros- se crea en la Obra la más exhaustiva praxis prohibitiva y preventiva de todo tipo de lecturas. Se desaconsejan -se vetan- incluso revistas y periódicos. Se censura la televisión, etc.

En la Obra importa el amor a la Iglesia, pero sin que importe que unas personas con vocación eminentemente secular (por eso nos hicimos del Opus Dei y no carmelitas) se vean sometidas a prevenciones y sistemas tan aseculares.

El sacerdote en la Obra, dice su fundador, es un socio más. Y realmente lo es. Lo es condicionado y constantemente asediado, de la misma manera que los seglares, por continuas praxis, guiones y consignas, que han de delimitar totalmente su ministerio. Sin más consideración con unos hombres que se ordenaron por una necesidad de servicio a la Asociación, con una vocación ante todo secular, y por un amor al sacerdocio que se inculca en la Obra, y que luego más bien se utiliza que se respeta.

A un sacerdote que daba una clase a seglares (de la Obra también) comentándoles los sacramentos, le preguntaron por qué la Iglesia daba preferencia a la preparación de los padres y espera al día comunitario para la administración del bautismo, y sin embargo el Padre insistía en la mayor importancia de que sea inmediato; a lo que aquél contestó, con toda sencillez, que sólo era porque el Padre lógicamente no abarcaba toda la problemática de la Iglesia, de las necesidades de los pueblos, por ejemplo, y por eso lo ve distinto. Ante lo que no cupo otra contrapartida que llamar a ese sacerdote inmediatamente para que se ocupara en otro tipo de actividad, ya que su contestación a la pregunta aludida debería haber sido que "si el Padre lo dice él sabrá por qué, y de seguro es lo mejor".

Otra vez, algo muy parecido sucedía a otro sacerdote, encargado de dar unas clases sobre encíclicas; y al que preguntaron por qué no estaba incluida la "Populorum Progressio" en las que se habían de tratar en dicho ciclo, y contestó que porque no la habían puesto en el programa, en vez de decir que porque no era necesario, que hubiera sido lo correcto (según el buen espíritu de la Obra). Al día siguiente le sustituyeron en la mencionada programación de clases. Son ejemplos pequeños, pero creo que expresivos.

Unos sacerdotes que cuidan al extremo su dignidad incluso en el aspecto externo. En una época en que se agradece, y se agradece porque una no sabe a título de qué solicita acogida

y a qué ley o disciplina eclesiástica, muchos sacerdotes se dedican a vestir de "cualquier manera"; una no sabe qué es lo que los desmerece de mostrarse ante los demás como tales, qué es lo que necesitan disimular u ocultar, o qué quieren aparentar distinto a lo que por vocación les corresponde. Se agradece y se ayuda entre otras cosas a evitar confusiones absurdas e innecesarias. Algunos se permiten opinar que vestir con traje sacerdotal (el que sea, que eso es lo de menos) o hábito, es disfrazarse; curiosa objeción en una época en la que el "disfraz" (cada uno se viste de lo que quiere) es precisamente lo que menos sorprende. En tal caso, de los militares o de cualquier tipo de uniforme habría que pensar igual; quizá argumentando que, en estos últimos casos, el uniforme es sólo para las horas de trabajo. Con la única diferencia de que en el caso de una dedicación consagrada a Dios el servicio no puede ser sino ininterrumpido. Para otros el motivo parece que sea el poder mezclarse con todos más fácilmente. Yo diría que más fácilmente también, día a día, nos vamos quedando sin sacerdotes-sacerdotes. Cuando a un maestro de la Fiesta Nacional se le quiere decir el mejor piropo, se le llama "torero-torero"; por eso mi expresión ha sido, en este caso, la de "sacerdotes-sacerdotes". Sacerdotes con una misión ministerial de formar y dirigir; no de arrogarse, impropriamente, diría yo, el hacer apostolado laical. No hace el hábito al monje; pero sí creo que podría ser una manera de vivir la sinceridad y la autenticidad, virtudes tan evocadas y cacareadas hoy día, la de presentarse ante los demás como lo que cada uno somos, consecuentes --hacia dentro y hacia fuera- con la misión que hemos elegido. Una apariencia externa, la de los sacerdotes de la Obra, que me ha evocado este comentario, no precisamente porque crea yo que la dignidad o autenticidad del sacerdote esté en la sotana. Sí en una vestimenta sacerdotal (ni fachosa ni frívola). Como tampoco para ir bien es necesario usar colonia Atkinson -es un detalle a modo de ejemplo- y hay sacerdotes de la Obra que la usan. Dicen que porque se la regalan; y yo digo que también a los regalos cabe renunciar. Como hay que tener en cuenta que no todos los sacerdotes tienen, para este cuidado de sus cosas, las facilidades que tienen los de la Obra. Es parte del trabajo profesional de un buen número de asociadas atender todas estas necesidades de los varones de la Obra (sacerdotes incluidos) con la máxima solicitud. Por lo que entiendo que así como su ejemplo puede ser un estímulo, nunca deberá ser motivo de desmerecimiento para los que tienen que valérselas con mucho menos.

Los sacerdotes de la Obra, decía, son hombres con una vocación eminentemente secular, que se ordenaron para servir a la Asociación, con todo su contexto de cosas. Por lo que la mayoría ni saben ni pueden hacerlo de otra manera, no tienen otra clase de vocación sacerdotal, lo que significa que a nadie debe extrañar que cuando dejan la Obra los haya que se secularicen. Que no me impide sentir verdadera pena al verlos renunciar, al que lo haga, a algo tan grande como es el sacerdocio en sí mismo. Hombres que ante las mismas cosas que vengo contando y por su situación (de sacerdotes) se encuentran en una postura aún más comprometida y costosa. Se van, o los obligan a irse, siempre que en algo (aun opinable) no estén dispuestos a someterse totalmente y los dejan, en tales casos, sin más aval ante ningún Obispo, sin más aportación de "currículo" de los servicios realizados, de la cantidad de actividades sacerdotales desempeñadas, nada; los dejan solos, totalmente solos de la noche a la mañana; igual de solos que todos los demás. A pesar, y "además", de ese amor grande al sacerdocio del que tanto se alardea en la Obra.

En la Obra, desde siempre, cuando más de dos sacerdotes viajan juntos, en el caso incluso de acompañar al Padre, alguno de ellos normalmente se vestía de paisano, para hacerlo (decían) más natural. En excursiones, en épocas de cursos de verano, etc., también se solía hacer. El propio Monseñor comentaba un día en la administración de una casa de ejercicios (Molinoviejo), a la que pasó acompañado de otros dos señores vestidos de seglares (estaban haciendo un curso de verano en la residencia contigua): "Hijas mías, no os asustéis (dada la total prohibición de que los seglares varones pisen las casas de las mujeres), estos dos que

me acompañan son sacerdotes; pero, como ya sabéis, el hábito no hace al monje."

Se ha hablado toda la vida de que los sacerdotes de la Obra, ordenados después de acabar una carrera universitaria, cuando fuesen más suficientes para atender desahogadamente los ministerios sacerdotales, ejercerían también sus propias profesiones.

Adoptando, sin embargo, una postura reacia y despectiva a cualquier actitud de ese tipo de las que se vienen dando en la Iglesia de hoy. Es verdad que la Iglesia necesita quizá más que nunca del ministerio sacerdotal, y de la dedicación plena de éstos; su ejemplaridad extrema puede ser tal vez una aportación importante a las particulares circunstancias. Pero ¿por qué unos cambios tan bruscos en la Obra? Parece como si lo que buscaran fuese ir siempre a contracorriente, diferenciados.

Según Monseñor Escrivá, la Obra no tendría nunca escuela teológica propia, como prueba de su única vinculación a la Iglesia romana y universal. Pero la Obra ha necesitado y necesita centros específicos e independientes, con una autonomía muy peculiar, para formar sus propios núcleos de ideas, sometidas, vigiladas por el siempre único criterio de su presidente general. Con necesidad de -¿crear escuela?- determinar escuela si se prefiere.

Cabrían al respecto muchos ejemplos, de la Universidad de Navarra, de las distintas editoriales y organizaciones de este tipo montadas por la Obra. Como obras corporativas, como labores personales de los suyos, o como se quiera, pero al fin y al cabo promovidas y movidas por la Obra. Pero prefiero dejar estos temas a quienes los hayan vivido en el "ruedo"; yo sólo los conozco desde la "barrera".

Decía que la Iglesia tiene dificultades y que son estas dificultades las que la Obra enarbola para prevenir y aislar a los suyos. En la Iglesia hay, sí, sacerdotes y hasta obispos que personalizan y hacen daño, y desorientan, y está mal. Pero ¿quiénes son los que van más a lo suyo?, ¿quiénes los que más se desentienden del conjunto grande y amplio y necesitado?, ¿quiénes los más altivos a la hora de definirse a sí mismos como los mejores, los infalibles?, ¿quiénes, en todo esto, más atrevidos que los de la Obra?

¿Será, acaso, que los católicos más formados, los dedicados por vocación a hacer la Obra de Dios, y por motivos precisamente de esa dedicación, sean ellos los que tengan que vivir más replegados, más alejados, encerrados en su propia fortaleza, para no contaminarse con nadie? Lo que la Iglesia necesita de esos hijos fieles y preparados ¿será precisamente la prevención que en la Obra se vive? ¿De qué serviría un médico que huyera en las epidemias para no contagiarse?, ¿qué clase de caridad para los enfermos puede ser huir de las enfermedades con peligro? A mí, personalmente (a modo de ejemplo), al consultar sobre la conveniencia de leer o no un libro de Tresmontant, a un sacerdote de la Obra, tuvo que contestarme (muy a pesar suyo) que lo leyera yo, que estaba ya fuera, y luego se lo comentara para que él me aconsejase; de otra manera no podía hacerlo.

Son retazos deslavazados; y, sin embargo, actuaciones muy concretas de cómo en la Obra se hace Iglesia, se mentaliza y se organiza a los suyos sobre lo que ellos conciben como ser Iglesia.

Lo que diga Monseñor Escrivá debe estar siempre muy por encima de lo que pueda decir otro Monseñor cualquiera (sobre la Iglesia, se entiende) por muy Monseñores que los demás sean. Lo que opine el Padre nunca será para los socios de la Obra rebatible por nadie, a ningún nivel de jerarquía. Será él quien determine lo aceptable o no aceptable para sus hijos de cualquier

opinión de esa misma jerarquía. Así y sólo así se entiende esa afirmación (ya comentada) de Monseñor Escrivá, en la que asegura que <el que se sale de la Obra se sale de la harca y va a la oscuridad..

En la Obra, a instancias de su Fundador, se considera y venera la actitud de Santa Catalina de Siena con la Iglesia. Valiente y decidida al afrontar y defender la integridad de un Pontífice y contribuir con ello a salvar a la Iglesia. Para ellos cabe esa actitud frente a la Iglesia y frente al Papa. Pero no cabe, no se admite, no puede ser sino osadía y soberbia, la misma clase de actuación por parte de los miembros de la Obra, con alguna directriz de ésta con alguno de sus directores, que pueda afectar o recaer de alguna manera sobre la persona del Padre. En la Iglesia puede haber errores; en el Padre (según ellos), no.

Y yo, que creo en la instrumentalidad de Monseñor Escrivá dentro de la Iglesia de parte de Dios; que creo en su intención de desvelo y entrega personal a ella, a un apostolado sin regateos de esfuerzos ni cansancios; que creo en su amor a la Iglesia, no tengo el menor impedimento en encontrar a su vez errores serios, actuaciones muy corregibles del Padre frente a la Iglesia. Santo Tomás fue un gran santo, un gran teólogo, y tuvo errores también. Y sin embargo nada de esto cabe en la mente de los hijos del Padre, respecto de él, sino como una tremenda aberración, una auténtica deformación de la mente, una tentación diabólica que hay que rechazar.

La Obra es, por supuesto, una Asociación de la Iglesia. Pero ¿está la Obra integrada en la Iglesia? ¿Hay en la Obra, además del afán de servir, afán de aprender y de ser una hija más, sin condiciones, de la Iglesia? ¿Puede la Iglesia, tiene opción para perfeccionar o pulir la Obra como Asociación suya? ¿Debe tenerla?

Monseñor desea que la evolución jurídica de la Obra la lleve a ser una diócesis sin territorio, en la cual su obispo sería el mismo presidente general. Y yo me pregunto: ¿una diócesis sin territorio?, ¿de qué manera esa condición diocesana encajaría en el estilo suyo de gobierno, de dominio, de determinaciones? ¿De qué manera llegaría a una integración en la Asamblea de la Iglesia (Episcopal) a nivel de diálogo, cooperación, situación de igualdad, etc.?

SI ANTE LA OBRA SE HA RENDIDO LA SOCIEDAD, LA PRENSA, LA ECONOMIA, LA POLITICA; Y SI ES LA IGLESIA LA QUE, SIN EMBARGO, AUN MANTIENE SUS RESERVAS, LA UNICA QUE NO HA CONCEDIDO NI CEDIDO EN ALGUNAS COSAS, ESTOY SEGURA DE QUE SÓLO ES PORQUE LA QUIERE Y LA VALORA MAS Y MEJOR.

Dicen entre ellos que "si el Padre no tiene más entrevista con el Papa, y más intervención directa en las cosas del Vaticano, es porque hay malas actuaciones que le hacen la zancadilla". Cuando no pueden alardear de que ante el Padre las puertas se abren y las consideraciones se extreman, hay que achacarlo a la incomprensión, a la mala interpretación, a la actuación no recta de los demás, siempre de los demás. Nunca a la manera insuficiente e inadecuada en que se actúe desde dentro de la Obra. Ningún Papa, en consideración de los suyos, ha entendido hasta ahora debidamente a la Obra. El que venga, dice Monseñor Escrivá, el que venga, puede ser el siguiente o el otro, ése lo hará. Por eso "hay que pedir por el Papa que venga", insiste desde hace años el Padre.

En el Concilio Vaticano II, según contaba Monseñor en una tertulia en Barcelona, a un grupo de asociadas, en el año 66, lo único que saldría canonizado sería la santificación del trabajo ordinario, esencia del Espíritu de la Obra; y añadía, comentando algunas actuaciones de los socios que trabajaban en la Santa Sede por entonces, que todo ello era porque al Papa (conti-

nuaba bromeando) no sólo le sopla el Espíritu Santo.

Las ordenaciones de sus sacerdotes son cada año el destello enorgullecedor de la maravilla del sentido sacerdotal que la Obra promueve. Muchos jóvenes, todos con carreras, curriculum admirable. Se ordenan, yo diría, con todos los títulos que la vida, los medios de vida que han tenido, les ha hecho posible conseguir. ¡Ojalá muchos otros hubieran tenido las mismas posibilidades! Un grupo numeroso, sí, pero que a pesar de todo no es superior, por ejemplo, al que en Cracovia (una sola diócesis de Polonia) se ordenaron en el año 73 (fueron cuarenta y tantos), mientras que en la Obra son de setenta y tantos países; de esa misma nación habían salido también ese año 200 misioneros. En Roma, en julio del 75, se ordenaron 400 sacerdotes en la Basílica de San Pedro, de una sola vez; de todo el mundo, sí, como en la Obra.

Las comparaciones no tienen por qué ser odiosas cuando lo único que se pretende es objetivizar con ellas. Ante la ortodoxia de la Obra hay comparaciones que pueden seguir siendo aleccionadoras; quizá mejor REFLEXIONADORAS, ¡ojalá lo fueran!

Hubo una época en la que se prohibió a todos los miembros del Opus Dei recibir a ningún jesuita en ninguna de las casas de la Asociación ni siquiera tratándose de algún familiar (hermano incluso) de los socios de ésta. Había que concebir a la Compañía como un peligro. Sí es verdad que hubo un tiempo, al principio de la Obra, en que algunos jesuitas dedicaron ataques muy especiales a ésta (en Roma y Barcelona especialmente). Esa vez, los motivos, justificados o no, no nos los explicaron, fue sólo una "indicación" (una orden) que cumplir, sin más razones, como tantas otras veces más.

Para los de la Obra, esa medida frente a la Compañía era una aleccionadora y conveniente actitud; lo mejor para el bien de todos, puesto que así lo disponían sus directores. Todo ello como componente de la universalidad y catolicidad de que la Obra se precia tanto.

Para los de la Obra -es un detalle más- el 19 de marzo, por encima del día del Seminario, es el santo de Monseñor Escrivá. El día dedicado a pedir especialmente por los sacerdotes es el aniversario de la ordenación de los tres primeros de la Obra; otro día distinto.

En mi experiencia personal puedo asegurar que hay una predicación constante y grande a los socios de la Obra, sobre la necesidad de amar a la Iglesia, de hacer Iglesia, de salvar a la Iglesia; pero encuadrada en todo este contexto de sucesos y hechos, con todos sus condicionamientos.

En la formación de la Obra se aprende a descubrir a la Iglesia, pero ha sido fuera y sólo ahora cuando he podido empezar a sentirme de veras Iglesia. Quizá porque la semilla es buena, pero dentro se ahoga; hay que sentirse ante todo de la Obra, sobre todo de la Obra.

Se ahoga y deja una tara grande, dura, difícil salir de ella. ¡Cómo cuesta!, cómo cuesta dejar tantas prevenciones sobre todo lo que no sea la Obra. Dejar esa mentalidad de que "sólo los sacerdotes de la Obra son seguros, son de confianza". "Sólo en la Obra se hacen las cosas como es debido." Movimientos apostólicos, homilías, escritos, celebraciones litúrgicas, todo lo que no sea la Obra ¡joj! "que se cometen muchos errores", "es una pena (dicen a continuación) una pena ante lo cual debe evitarse la crítica (no la censura), rezando por esas personas". Pero una pena que forja, fomenta hacia todo lo que no sea la Obra, una desconfianza total, una prevención constante. Algo muy difícil de superar. ¿Me estaré pasando al enemigo?, te oyes por dentro cuando me parecen buenas, estupendas, otras cosas que no son la Obra. Cuesta, hace falta tiempo, tiempo para que se vaya cayendo ese caparazón que crean para

salir de ese estado de conciencia, para liberarse de tal mentalidad, aun tratándose de personas, como en mi caso, por ejemplo, poco dadas a fanatizarse.

Hay quien cree que sin esa armadura, sin esa ayuda y protección de la Obra, es imposible ser santos. Hay quien encuentra que prescindir de ello es una temeridad. Hay quien se siente impotente, y se sigue refugiando en ella, aun a costa de todos los problemas que le suponga. Los hay cuya mentalización alcanzada es tanta, que creen realmente que la Obra es lo único infalible, por lo que abandonarla es esa enorme locura que tanto deja que desear de la persona.

Yo, por mi parte, puedo seguir asegurando que no he llegado a echar de menos ninguno de sus cuidados, de sus charlas, de sus consejos, de sus diálogos, de sus apostolados, nada. Porque era eso precisamente lo que me costaba y me repelía, por contradictorio.

No me siento desmerecida. He dejado la Obra, y me he encontrado más con la Iglesia. Con una Iglesia llena de problemas, de necesidades, necesidades reales y serias, objetivas, distintas a las de la Obra (tan rebuscadas) que tanto preocupan y ocupan a los suyos. Con una Iglesia compuesta de personas llenas de egoísmo, de bajezas humanas. Pero con una Iglesia que trasciende en la realidad de Cristo. Que tiene una cabeza visible, humana, y por humana con limitaciones y debilidades constatables a lo largo de la historia. De una historia que a su vez es toda una garantía de la solidez de un Magisterio que trasciende a la persona.

En la Obra, la fidelidad a la Iglesia tiene que ser una consecuencia de la fidelidad al Padre; a mi entender, y quizá una de las causas por la que estoy fuera, la Iglesia va antes que la Obra. La palabra del Papa antes que la del Padre; y muchos escritos de nuestro siglo muy por encima de los de Monseñor, sin el menor deseo de desmerecer a nadie. Y eso en la Obra no es admisible.

Dicen que la Iglesia para Monseñor es su pasión dominante. En las tertulias a que él asiste debe evitarse hablar de temas referentes a las cosas que pasan en la Iglesia, para no hacerle sufrir. Está -se cuenta del Padre- enormemente afectado por todo lo que pasa en la Iglesia. De donde lógicamente hay que intuir una desgraciada y negativa situación de toda ella frente a la cual sólo queda la ortodoxia de la Obra.

FILIACIÓN AL PADRE (Monseñor Escrivá)

Siempre he sido poco dada a 1as imposiciones "por las buenas". Creo que para no dejarse arrastrar por el mal hay que no dejarse arrastrar por nada. Hay que profundizar, hay que discernir, hay que ser consciente. Hay que decidir siempre y en todo, en uso de una responsabilidad inalienable que, sin embargo, no deberá ser tachada de anarquía. Una orquesta, por ejemplo, no puede ser anárquica para ser armónica. Mover el palito (batuta) y moverlo con energía (dirigir bien) es fundamental. Pero a la vez que lo es la aportación de los instrumentos más variados. ¿Qué sería de una orquesta si por organizada y bien dirigida hubiera que hacer los mismos movimientos para tocar el violín, el trombón o los platillos? No se trata, por tanto, de defender individualismos anárquicos. Como tampoco de plantear desconfianzas. Se puede y se debe confiar. Confiar desde luego en aquello que de antemano ha sido objeto de ese personal y responsable discernimiento. Porque la confianza, entiendo yo (y es a lo que voy), no se impone, se inspira. La confianza, como la verdad, sólo puede imponerse por sí misma.

Mentalizar, manipular el sentir o el razonar de alguien, exponer o definir a título exclusivo, sin más objeto que el de implantar un sistema personal, por bueno que éste sea, no puede ser sino negar, estar impidiendo el uso de algo tan sagrado, tan serio, tan divino, como la individual libertad que Dios ha querido para sus criaturas.

En la Obra se habla y se pregona, se proclama el derecho y el deber de "la libertad de los hijos de Dios". ¡Su propio Fundador se erige en defensor acérrimo de esa libertad! Liberar de presiones y opresiones que lleven al hombre hacia el mal; sí, esa libertad sí que existe en la Obra. Existe el buscar por todos los medios la protección, el amurallamiento, la descontaminación de todo lo que de alguna manera pueda conducir al mal. Liberar de peligros, liberar de ocasiones, liberar de la posibilidad de equivocarse, liberar, liberar... Y liberar, diría yo, de la misma posibilidad de elegir. Inculcándose, imbuyéndose, imponiéndose lo que al parecer (al parecer de una persona) es lo mejor, es lo ideal, es lo que puede y debe hacer más santo, y por lo tanto más libre.

Una persona en la que se ha de admitir la más alta capacidad para llegar a ello en todos los sentidos; una persona movida, no lo dudo, por el mejor afán de ayudar; una persona en la que se ha de ver y entender, a la vez que sentirse sometido, al Padre. El mejor de los Padres, con el que lógicamente no cabe ser sino el mejor de los hijos. Así ha de ser la filiación al Padre de la Obra. Y así, y por ello, "inculcan" esta mentalidad, esta idea, esta manera de concebir las cosas: la filiación al Padre en la Obra como algo fundamental.

De que al Padre no le mueva otro afán que el de cuidar a sus "hijos", no voy a preocuparme. Cuidados que en él han llegado a dimensiones inéditas. Para el Padre, que se ha sentido llamado a transmitir a los hombres el espíritu de una Obra de Dios, con el que más concretamente servir a la Iglesia y ser santos en el mundo, no ha sido suficiente la ejecución de esa transmisión; la regulación de unas normas, unos medios, y la ambición de unos fines con los que cada uno se maneje y funcione. No. El Padre ha necesitado ser él quien defina y controle la más nimia actuación o reacción de todo el que se haya sentido movido a colaborar con él. Dios, sin embargo, que podía habernos hecho santos, nos hizo libres. Dios, que sabe más, que entiende más, que es dueño absoluto de toda criatura; Dios, que nos ama hasta el extremo de querernos semejantes a Él, redimiéndonos con su sangre, ese Dios, que conoce mejor que nadie los peligros de la libertad humana, ¡qué no verá, qué no habrá radicado en ella, que nos prefiere libres, y nos deja libres!

Y me sorprende, no sé cuál puede ser la respuesta, de cómo en la gran capacidad pensadora

de Monseñor no ha cabido esto. ¿Qué será lo que él entiende que yo no veo?

La filiación en la Obra es sumisión absoluta. Y el derecho del Padre lo abarca todo. No mandará ni dirá a cada uno cómo y qué tiene que hacer en cada momento de forma individual, sería imposible; pero deja de ser imposible a base de notas, de indicaciones y de escritos, para todos y cada uno de los casos, como único contenido de todo gobierno y dirección de la Obra, como única medida de buena conducta.

Ser un mal hijo ¡qué desastre! Y es que realmente, al parecer, a la Obra se tiene que ir para eso, para ser un buen hijo de Monseñor. En principio no fue lo que motivó a uno, pero luego... se va cambiando, sin demasiado esfuerzo, casi sin sentirlo, se va uno entusiasmando... Es mucho lo que de él cuentan y dicen y a él inducen constantemente. Es toda una auténtica mentalización, como decía al empezar este tema.

Mentalizar, mentalizar: mentalizan la prensa, mentalizan las filosofías, mentalizan muchas cosas; porque todo el que quiere convencer de algo, lograr adictos, sabe que el mejor camino es mentalizar. Y sin embargo, para un cristiano, que cree en el don divino de la libertad, ¿cómo admitir algo semejante? Cabe que mentalizar en sí tenga acepciones distintas; yo así lo creo. Mentalizar puede ser estimular, aportar datos suficientes, razonar, para que en uso de una personal elección cada cual se sienta favorecido y ayudado hacia tal meta; nunca forzado, coaccionado u obligado. Pero mentalizar puede ser también, en un terreno menos cristiano, manipular y usar elementos de convicción que más que "razonar" avasallen toda libertad de discernimiento personal.

Formar e informar sí, manipular no. A veces es curioso comprobar lo escandaloso que resulta el que una persona se meta a curiosear por ejemplo, en las horas de arreglo de otra, en cómo duerme o hace sus necesidades fisiológicas, ¡qué falta de respeto!, ¡qué atrevimiento!, qué falta de consideración a la intimidad personal, qué falta de clase. Y sin embargo ¡es sorprendente!, se mete uno a curiosear en el pensamiento de otro, en su oración, en su vida íntima, en sus sentimientos, en sus deseos, etc... y nada de esto (intenta sugerir) es osadía ni intromisión. En la Obra, so pretexto de ayuda, se hace, se aconseja, se insiste en que todo pensar, todo sentir, todo funcionar, ha de estar "dirigido", adecuado al sentir del Padre. Y a todo eso, es, a lo que hay que llamar y se le llama: filiación, filiación, filiación.

Si el Padre entra en una tertulia, para estar un rato con los de la casa, una tiene que sentirse sobrecogida de emoción, de la suerte que supone. Si hace alguna alusión personal, emocionarse hasta llorar. ¡El Padre me dijo! ¡El Padre me miró y me sonrió! Después de estar en alguna de esas tertulias, o de haber tenido alguna clase de contacto con el Padre, se anotan sus palabras textualmente, y se hace que quienes le han oído las transmitan a los demás lo más al pie de la letra posible: cómo lo dijo, qué hizo, etc. Sobre la indicación, por ejemplo, que hizo una vez a una de sus hijas que le sirvió un vaso de agua de Vichy de que "no le diera agua con burbujitas", se gozan en lo de "burbujitas" por la gracia del Padre. Y hasta esto se cuenta, y se transmite, como algo sublime y entrañable.

Todo eso se ve al principio como algo nuevo, sorprendente, curioso, para pasar a plantearse el no ser menos, no ser menos capaz de valorar; y así unos, y otros, y otros. Y todo es verdad, y a nadie se le obliga, no se imponen esas manifestaciones de júbilo, únicamente se inculcan.

Hay luego otra fase, posterior, la de cuando pasan algunos años, y uno se va dando cuenta de que todo eso supone ficción más que sentimiento auténtico, y se empieza a ver las cosas de otra manera: se sigue pensando que realmente valorar al Padre es importante, pero se empie-

za a despreciar las algarabías y las tonterías que antes se encontraban tan normales; sin dejar de cuidar las formas, convencidas de que no es bueno, por lo que pudiera servir de estorbo a los que con ello disfrutaban, dar esa otra sensación. Es todo un complejo panorama, complejo y variado, pero que mantiene, ha de mantener, un único y sugestivo resultado, el primero, el entusiasta, el que por derecho y por "deber" es "lógico" en todo hijo que de verdad valora la suerte de ser de Monseñor Escrivá.

La letra del Padre, una jaculatoria suya, una estampa escrita por él, algo que haya sido de su uso, cualquier cosa que bendiga o toque, es casi una reliquia, es un premio, es el mejor tesoro. Porque la santidad del Padre, insisten, no es corriente; por lo que el Padre será el día de mañana.

El Padre dijo, el Padre comentó, el Padre llegó, y salió e hizo; todo es un acontecer mítico y grandioso aunque se trate de lo más prosaico. Prosa diaria, de la que, por corriente, aprovechan para entresacar de ella "una sencillez en él extraordinaria, especial"; especial hasta la misma sencillez, por ser del Padre.

Alrededor de Monseñor hemos visto todos (todos los que hemos vivido en la Obra) detalles realmente curiosos, como consecuencia de esa necesidad de admiración de su vida más diaria. Yo he visto a hombres hechos y derechos, catedráticos, directores generales, ingenieros, etc. (sin que esto quite que los haya que se abstienen), comer como locos tortas de Inés Rosales, porque el Padre había comentado que estaban muy buenas. Y he visto a todo un señor ir de habitación en habitación por las que iba a pasar el Padre, durante todo el día, con un termómetro en la mano, para conseguir que todas estuvieran a la misma temperatura. He visto tener un grupo de decoradoras preparadas para atender cualquier insinuación del Padre, porque le enfada que las cosas no se hagan como él dice y con la máxima rapidez. He visto muchas cosas, y recuerdo bastantes, a pesar de que tiendo a olvidar lo anecdótico.

Yo he abierto la boca como la primera, y me he quedado también pasmada, oyendo y oyendo, dejándome llenar de todo "lo del Padre". Hasta que me he parado a pensar y se me ha llenado el alma de contradicciones. Y se me ha alzado todo ello como un arrollador río, desbordado, sin más miras por parte de nadie de lo que en ello va arrasado. El Padre, la vida del Padre; lo que el Padre vio y sintió en su oración, la reacción que tuvo ante tal o cual noticia, y siempre como algo único, casi divino.

En cada casa, buena y grande, hay una zona especial por si él va algún día. Para él y los que le acompañan (tres o cuatro normalmente). Desde hace algunos años el Padre pide para don Álvaro las mismas deferencias que con él se tienen.

La habitación del Padre, la comida del Padre, la ropa para el Padre. El Padre ha usado una misma sotana durante 18 años, sí: "más años que los que tú tienes, tiene mi sotana", le decía a una numeraria joven en una tertulia, en Barcelona, el año 64, delante de mí, y comentó que eran 18; ya sólo se la ponía para visitar las obras que en las distintas casas se pudieran estar haciendo; en aquella ocasión era en Castellldaura. Y sin embargo cada casa de éstas ha de tener ropa especialmente selecta para todos los usos del Padre. Comidas compradas diariamente, frescas, del día, abundantes y variadas, para salir al paso de cualquier insinuación de lo que al Padre le gustaría. En una de sus visitas a Jerez de la Frontera, en el año 72, se consideró que en toda Sevilla no había repostería suficientemente selecta para servírsela al Padre. Años antes, un vade (de escritorio) que hacía falta para la mesa del Padre, sólo cupo encontrarlo digno en Loewe. El Padre solía beber agua de Solares, pero después de hablarse de aquel fraude que se corrió sobre dicha agua, al Padre le llevan con él, a donde vaya, agua

mineral francesa, que ha sustituido definitivamente a la anterior. Para él, y a las casas que visita, se traslada cada vez todo un equipo de personas especializadas, que son las encargadas de servirle (comedor, cocina, planchado, limpieza, etc.), a él y sólo a él (con los dos o tres más antes citados). Yo he tenido que dar por inservible un colchón para el Padre, expresamente comprado para él y sin estrenar (aunque se utilizó para otro en la misma casa), porque le faltaban tres centímetros de ancho de las medidas establecidas, y hubo que sustituirlo por uno nuevo. A América se han mandado melones en avión expresamente para el Padre, porque al Padre le gustan, y allí no los hay. Coincidiendo con una de las visitas del Padre (yo era la directora de la casa), por la noche tenía que quedarse una persona en la sala de calderas de la calefacción, sin dormir, por si fallaba ésta (era automática) que no repercutiese en el Padre. Cuando el Padre no estaba en la casa, por la noche se apagaba. Habría para seguir y no parar.

Cuando el Padre insinúa algo que le gusta, que necesita o que le vendría bien, sea la hora que sea y cualesquiera los medios (se inventan), se le consigue sobre la marcha. Si el Padre ve algo en una casa y comenta que estaría mejor de otra manera, o dice "eso así no", inmediatamente se lleva a cabo; se cambia una tapicería, se sustituye una clase de puerta por otra, se rompe y se repone un zócalo de mármol aunque sólo sea por una insignificante mancha de humedad, etc.

En una casa de ejercicios de Andalucía, el día antes de una anunciada visita de Monseñor Escrivá, alguien se acordó que el Padre había comentado, la última vez que estuvo, que a una puerta de hierro de las que daban al patio y que tenía sólo picaporte por el lado de dentro, sería más cómodo que pudiese abrirse por fuera también; ante tal situación, rápidamente se llamó al herrero, al cristalero, y se pusieron todos los medios necesarios, al precio que fuera, y bajo la vigilancia de un numerario responsable. Trabajaron sin descanso para que aquello pudiera estar al día siguiente como el Padre "insinuó"; no lograrlo podía ocasionar disgustos nada deseables. A modo de ejemplo también, en otra ocasión era la cisterna de su cuarto de baño (del Padre), que descargaba un poco menos de lo que se consideraba necesario; era domingo, pero no impidió ir a buscar al fontanero, sacarlo del cine, hacerle renunciar a su descanso semanal, etc. Se trataba de algo del Padre, y éste podía reprocharlo. Sus hijos necesitan adelantarse a todo cuanto saben que su Padre espera de ellos.

Son todos detalles que he vivido; sólo algunos. Detalles de un desvelo de hijos, que quieren ser fieles, y que lo hacen poniendo en juego una audacia que supera toda otra clase de consideraciones. Fieles a unas enseñanzas existentes y muy duras, de un Padre que ha marcado el camino. Esa manera de ser y de actuar en la Obra es consecuencia única de los enfados del Padre, de sus enérgicas reprimendas. Unas las hemos vivido, de otras nos han hablado para que aprendiéramos más. Y los hijos del Padre ponen todo el empeño en hacerlo bien. A pesar de lo cual el Padre sigue quejándose de lo difícil que es enseñar y lo mal que se le obedece. Pero sus hijos callan y siguen aprendiendo, porque se los ha convencido, y creen en la necesidad de ir a Dios a través del Padre, y sólo a través de él.

El Padre sabe, el Padre se entera y el Padre ve las cosas; el Padre, por supuesto, no es tonto; el Padre huele la casa (regada con Atkinsons cuando está. él), y él sale al paso de detalles como el cuidado de no golpear las puertas, o la hora exacta que deben cerrarse las ventanas para que el sol no dé en los muebles, que ha enseñado a los numerarios a recoger los ceniceros para que parezca más amable a las encargadas de la limpieza. Es su estilo lo que se impone. Como decía antes, nada de esto son ocurrencias originales de nadie, que nadie en la Obra ha tenido nunca, hasta ahora, nada que decir ni que aportar que no haya sido "pasándolo por la mente y por el corazón del Fundador", en frase muy conocida como medida de buen espíritu

para todos los de la Obra. En la Obra todo debe pasar así "por su cabeza y por su corazón", por la del Padre.

Todo un significativo montaje, ante el que una se pregunta (y me lo he preguntado a modo de examen sobre filiación, estando dentro), seguir de esa manera al Padre, admitírselo todo, no tener nada nunca que decirle o que negarle ¿puede de verdad ayudarle, será de hecho la mejor manera de quererle?, ¿será la única manera de demostrarle que se le admite y venera?

Por cariño al Padre, que no ha dejado hasta ahora de abarcar todo el gobierno de la Obra, a partir del año 73 no le dicen nada de las personas que se van de ella; hay quien tramita esos expedientes sin que lleguen a él, no tiene por qué pasar penas, dicen. Y yo sigo preguntando ¿a título de qué derecho los demás hacen esto, o a título de qué deber él consiente?

El Padre tiene dos custodios; dos sacerdotes que deben ayudarle y corregirle. Dos personas que, podríamos decir, "se han criado con él", dos acérrimos veneradores suyos. Cargados de una enorme buena voluntad, no lo dudo, pero cargados también de una admiración por necesidad de fidelidad lógicamente poco objetivadora. Podrán ayudarle, sí, pero ¿sólo ésa es toda la ayuda que el Padre necesita?

Al Padre, sus hijos, pueden y deben escribirle; abrirse con él. Por considerarle Padre concebir esa interrelación filial. Pero esas cartas son revisadas y seleccionadas, para que sólo le lleguen las alegres, las positivas, las que vayan a gustarle. Sin que nadie haya hablado nunca de tal selección. Se entera una cuando le toca hacerlo; o cuando, escamada por algo, a fuerza de preguntarlo a los que dirigen, se ven ya en la imposibilidad de negarlo; prefieren que no se sepa, pero se hace.

Verle y tratarle, contarle, etc., es por encima de todo, cuidar una delicadeza y admiración extrema. En una tertulia, por ejemplo, a la que asista (son las únicas ocasiones prácticamente de tratarle), lo importante (dicen) es dejarle hablar; antes debe haberse consultado lo que se le va a contar o preguntar, cómo y de qué manera. No creo que pueda llamársele diálogo filial y confiado a una comunicación que, además de esos requisitos, tiene, podríamos decir, un único y exclusivo sentido, de arriba abajo (del Padre hacia sus hijos); dejarle hablar por un lado, y que el Padre sepa sólo lo que de antemano se sabe que quiere saber.

Un Padre del que no dudo que reza, que tiene un enorme afán de almas, y una enorme dedicación a esa función de la que se siente plenamente instrumento de Dios. Pero ¿un Padre humano, comprensivo, volcado con todos? Un Padre que se ha impuesto a sus hijos, y que antes de hacerse todo para todos, ha exigido a todos que se hagan como él los necesita, que sean todo para él.

Los que le rodean, le cuidan, le protegen, ¿le ayudan? Es indudable que le quieren; pero lejos le dejan de los demás; o lejos le gusta estar al Padre excepto de unos pocos; no sé cuál de las dos cosas será: nunca he podido descifrarlo. Multitudes sí, realidades diarias no.

Del Padre, como hija suya, he podido admirar su capacidad de acción, su afán incansable de llenar la vida de trabajo. Admito y considero su entrega, que no la encuentro especial ni única. Y nunca he podido considerarle humano. Quizá como hombre, para los que le tratan más de igual a igual, sea distinto; quizá con ésos exista una humanidad que yo no llegué a vislumbrar. Para los que le contemplan de lejos, en el contexto de la Obra entera, cabe también que le vean con la categoría que la Obra como tal le da. Para los que como yo nos hemos mantenido en la línea de hijos sin más, la realidad, mi realidad, sólo ha sido la de encontrarme con una

dura y absorbente personalidad.

Yo no he podido, en la Obra, tener la sensación de encontrarme con un Padre más allá de las primeras ilusiones. Me he encontrado con un Fundador enormemente convencido y poseído de su misión. Aferrado, tremendamente aferrado, a una colaboración de muchos que sólo pensarían y quisieran a través de él.

¿Qué es, resumiendo, toda esta filiación en la Obra? Un enorme tinglado montado alrededor de su Fundador, montado por su Fundador alrededor de él; que ha sido capaz de atravesar las fronteras de las naciones como no sé si logrará cruzar las fronteras de los siglos.

Un tinglado que supone, indudablemente, una capacidad muy especial en la persona de Monseñor Escrivá. Una capacidad de líder. No sin que uno de los motivos de vigilancia de sus hijos haya tenido que ser siempre, y siga siendo, el de que a nadie en la Obra se le deje destacar; a nadie, a ninguno más puede admitírsele el más mínimo destello de liderazgo. "Esa persona tiende a ser líder y hay que reducirla, o que se marche; en la Obra no puede haber líderes", palabras textuales de una directora regional sobre otra numeraria, que destacaba por su personalidad e influencia; no puede haber nadie que capte la atención de nadie que no sea el propio Padre.

Lo de Monseñor es toda una realidad histórica, como históricos son Napoleón, Hitler y tantos otros. Históricas son las manifestaciones tumultuosas producidas (provocadas, diría yo). Pero historia han de ser también todos los procedimientos utilizados y empleados para ello. Histórica la mentalización de unos hombres y mujeres, de unos niños y niñas, adolescentes muchas veces, mentalizados desde muy jóvenes, enseñados a eliminar todo tipo de confianza en alguien, porque por encima de todos se les erigen las excelencias de Monseñor.

¿Influye esa filiación al Padre en la vida pública, política, etc., de los socios de la Obra? En la Obra, es verdad que los temas de política se evitan, y que no se le impone a nadie -en estos aspectos- ninguna ideología determinada. Como es verdad también que los socios del Opus Dei que llegan a altos cargos, por la misma envergadura de la tarea que eso lleva consigo, son los menos condicionados. Pero no hay que olvidar que, normalmente, en su afán de hijos fieles de Monseñor, los socios de la Obra harán de sus deseos la meta principal de su trabajo y de sus empeños. Y a Monseñor le gusta que sus hijos destaquen, que influyan según el estilo de la Obra, que ocupen los mejores puestos, política y socialmente hablando. Aspiración lógica e incluso positiva; muy positiva si se trata de conseguir que sean hombres formados y de conciencia recta los que ocupen puestos importantes. En la Obra hay personas excelentes, preparadas, trabajadoras, capaces, en una palabra, seleccionadas; hay también, como en todas partes, excepciones. Y hay como nota muy significativa, demasiada suficiencia, excesivos denominadores comunes, exigencias muy peculiares, que lógicamente cuentan y afectan.

"A Dios lo que es de Dios, y al César lo que es del César", decía aquel israelita, Hijo de Dios, que convivió con los hombres hace ya 2 000 años. En una época en la que su pueblo Israel (la Iglesia de hoy) era el desprecio y la explotación de un imperio poderoso y sojuzgador. Y en medio de aquel ambiente, de aquellas diferencias sociales, de aquellos que no lo eran, Cristo está muy por encima de las cuestiones temporales. Habla de ambiciones distintas de las de los grandes de la tierra, de un reino que no necesita vasallaje de este mundo, su personal actitud carece de arrogancias de todo tipo; decepcionando incluso a unos compatriotas que esperaban a un Mesías políticamente liberador. Si alguna vez se enfurece, se muestra enérgico, es únicamente para dejar bien claros los valores del Espíritu. "La Casa de Mi Padre es casa de oración y no de algarabía ni de negocios humanos." Su mensaje, la misión de los suyos, no parece que

tenga que ser mayor a más "escalada" de puntos; ningún apóstol los tuvo. 'Cada uno en su sitio en el "ejercicio de su plena capacidad" al servicio de Dios y de los hombres por Dios, es donde únicamente parece que debe estar el motivo y el cauce de toda acción cristiana personal.

A la Obra, que tanto gusta de jactarse de su semejanza con los primeros cristianos, ¿es ésa la sencillez que los caracteriza? ¿Es lo que los hijos de Monseñor deben proponerse para darle las mayores alegrías?, ¿realmente la superación de los hijos del Padre está fundamentalmente radicada en la vida espiritual que se les pide (y que a veces se hace aparecer como única) o está en todo el conjunto de "resultados" que a ella se le imponen? A pesar de las anécdotas que se cuentan -las hay- en las que se pretende demostrar que todos en la Obra son iguales, es también fácilmente demostrable que el valor de la persona en la Obra está más en lo que ésta signifique o aporte que en lo que sea por sí misma.

Es impresionante, desde luego, la capacidad de Monseñor para todo tipo de montajes. Montajes que indudablemente han sido lo que le han hecho grande. Cuántas personas, estu-
pendas, que las hay por ahí sin ser nadie, hubieran llegado... ¿hasta dónde, de haberse monta-
do alrededor algo semejante? Y es que el Padre es él y su montaje.

Un montaje que de alguna manera entiendo, admiro. Entiendo la necesidad de hacer la Obra, y la entiendo como algo de parte de Dios. Sin entender, sin posibilidad de asimilar la exclusividad y el estilo personal que su Fundador le ha impuesto.

¿Qué hubiera sido de los franciscanos si San Francisco hubiera actuado así? O San Ignacio, o Santo Domingo; ninguno impuso a los suyos esa necesidad de dominio, de influencia, de exclusividad, que en la Obra es prerrogativa del Padre.

"Una sola sangre, una sola savia es para nosotros el espíritu de filiación; ésta es la diferencia que tenemos con las demás instituciones de la Iglesia; y es que nosotros tenemos al Padre, y tenemos todo lo que ser hijos suyos supone." Así se predica en la Obra sobre filiación al Padre. Y es sólo un retazo, una idea entre las muchas que se pregonan constantemente. Admisible idea, si no fuera por demasiado estrecha, demasiado acaparadora, para ser universal y católica.

Hijos del Padre derrochando con él toda clase de detalles, mientras alrededor da igual que se rompan las personas, da igual que se sientan solas y que lo pasen mal, con tal que se haga lo que el Padre dice y desea. Da igual con los de dentro, da igual con los de fuera (con los que no son de la Obra), excepto en el afán de que entiendan y quieran y acepten la Obra, excepto en transmitirles las enseñanzas del Padre. Para unos y para otros es toda la ayuda que cabe tener con los demás en la Obra.

Hasta la filiación divina, incluso para ser mejores hijos de Dios (así lo enseñan), "se logra a través de la filiación al Padre".

No intento, no, reducir los méritos de él ni de nadie. Quisiera habérselo contado a él primero; quisiera... haber podido encontrar solución a todo esto en él precisamente. Hubiera querido decirle (si posible fuera) que es así y sólo así como su paternidad repercute y llega a muchos. Quizá lo sepa. No sé hasta qué punto sabrá o no sabrá. Sólo sé que hubiera querido... Siempre quise, y no fue posible.

ALGUNAS COSAS MÁS

Hasta aquí unos cuantos capítulos de alguna manera especialmente significativos. Pero hay más. Hay algunas cosas más que me propongo exponer. Algunas cosas que se entremezclan, que no son de por sí definición de nada; pero sí un contexto. Son el transcurrir diario en la vida de la Obra. Situaciones habituales que no van a ser todas, claro que no; pero que sí van a ser algunas cosas más de las que en la Obra suponen mucho, y que sin embargo... se cuenta poco con ellas, no se dicen, se ocultan, y no es justo, por lo que pueden deformar la verdad o desmerecer.

La Obra puede tener un origen y unos fines todo lo sobrenaturales que se quiera, puede tener maravillosas posibilidades. Lo que hace precisamente más necesario reaccionar ante aquello que desmerezca. No es lógico ocuparse de algo en lo que no se cree o no se tiene interés. La Obra, en principio, creo que lo tiene.

Algunas cosas más, en este de diálogo abierto, simple, sencillo e incluso deslavazado. A veces hasta "contradictorio". No porque no evite el contradecirme, sino por la intrínseca contradicción que la Obra encierra. Sin más pretensiones que la de una conversación sobre la marcha. De la abundancia del corazón habla la boca. Hablo, cuento. Sin un orden esquemático, sin un planteamiento estudiado (tengo muy poco tiempo), con la autenticidad de lo espontáneo. Sin necesidad de estilo específico (¿ensayo...?), porque lo único que pretendo es la aportación de unos datos, que en medio de un tema delicado y complejo me lo hacen fácil por sincero y auténtico. Datos para una historia, la de la Obra, que en beneficio incluso propio no deberá olvidar u omitir los que menos la favorezcan, si quiere ser auténtica.

Conversación, carta abierta, que como cualquier charla ordinaria, tiene ideas que se repiten; yo diría que más bien se expresan desde ángulos distintos, sobre un mismo tema; muy necesario, encuentro yo, para comprender mejor una cosa cuando se es ajeno a ella.

Me he definido sobre algunos aspectos doctrinales que calan de peso, y voy a seguir haciéndolo; entiendo que conocer a la persona que escribe, conocerla en distintos aspectos, también facilita el entendimiento del tema.

No necesito, no, que nadie se identifique conmigo. No creo necesario pensar igual para entendernos. Lo único que en la vida puede exigirse, recriminar o pedir a alguien es que sea coherente y consecuente con sus propias ideas.

Sobre el tema de la Obra he pedido opinión a unas diez personas, hombres y mujeres, de lo más distintos y distintas -algunas ni me conocen-. Todos ex socios del Opus Dei por motivos claros, y personas de vida íntegra. Les he pedido que critiquen lo que escribo. Y sin necesidad de opinar todos igual -como decía somos muy distintos- estamos de acuerdo en que lo que cuento se atiene perfectamente a la realidad. Sus nombres hubieran sido una garantía, pero prefieren permanecer ignorados, para evitar las dificultades que sobre su trabajo, estudios o convivencia, pudiera ocasionarles definirse con respecto a la Obra.

Difamar es decir cosas malas que quitan la fama a otro. Pero cuando hay un deber de justicia o de caridad de informar del mal, no existe, no cabe, no puede hablarse de difamación.

Hablemos, sigamos hablando, honrada y llanamente. Con ejemplos y anécdotas que -como ya decía- podrán quizá parecer esporádicos, pero que no me servirían si lo fueran. Son detalles insignificantes en sí mismos, pero siempre expresión de un sentir básico y condicionante.

No me asustan, no me impresionan los sucesos aislados ni los defectos de nadie. Detesto únicamente la sistematización arrolladora ante la necesidad concreta y personal. La manipulación de las conciencias, el gobierno suficientista y dogmatizante, la falta de confianza que impone constantes vigilancias, las cosas antes que las personas, la importancia desmedida a lo pequeño mientras se desecha o se ignora lo grande, la constante atención a las labores a costa de lo individual... Una praxis -la de la Obra- incoherente al espíritu e incluso a la intención constitucional de la misma.

No sé dónde leí una vez la experiencia de los astronautas cuando volvían a la Tierra. Sentían, contaban: una verdadera imposibilidad de compartir su experiencia. Contaban, hablaban, explicaban, pero sobre algo que los de la Tierra no habían visto nunca no tenían elementos para imaginar nada de lo que ellos habían vivido, y así no era fácil entenderse. A veces, ante experiencias de éstas (como la mía ahora) ocurre algo semejante. Notas que sólo los que lo han vivido hablan el mismo idioma. Es muy difícil explicarse, no tanto lo que cabe decir como lo que supone haber vivido. Es muy difícil comprenderlo desde fuera. Y lo es más todavía como consecuencia de la carga de infamias que los de dentro procuran volcar sobre cualquier cosa de esas que no les interesa se sepan.

Yo, sin embargo, encuentro interesante, y un deber para mí personalmente, aportar los datos necesarios para completar una información parcial (por parte de los socios) que tanto daño puede hacer a tantos. Es repetirme, pero insistir sobre algo -para los que conocemos el asunto- enormemente necesario.

¿Que hay otras cosas en la Obra, más positivas, más de las que yo cuento? Sí. Hay muchas cosas en la Obra. Son unas cuantas cosas mas.

FRATERNIDAD

Existe en la Obra un auténtico despliegue de atenciones, de detalles amables y delicados de unos para otros. Y sin embargo siguen siendo como el címbalo de San Pablo, que retiñe..., pero no puede decirse que vaya más allá.

¿Se vive así la caridad? Lo hacen por caridad, es la caridad fraterna la que lo pide, la que se impone; es a título de esa fraternidad bendita (como el Padre la llama) de lo que surgen notas, indicaciones, exhortaciones constantes, praxis y detalles. Todo lo que, a pesar de su estrepitoso resonar, de su abundancia, sigue quedándose encasillado, estereotipado en una clase de cariño formulista que es el único admitido en la Obra. Se coloca una flor en la bandeja del enfermo (para que se sienta cuidado); se cuida la comida exquisita, las casas estupendas y alegres, la decoración selecta, la celebración de los santos y de las fiestas llenas de pormenores extraordinarios; todos los mejores utensilios y medios de trabajo. Radicando en ello todo el cariño. Materializándolo, diría yo. Cariño que nunca podrá pasar a los sentimientos, aun a los más nobles y sanos; eso se considera sensiblería, falta de entrega, peligros de apegos degenerativos.

Hay que rezar, sí; hay que pedir por los demás constantemente. Y hay que seguir haciéndolo a distancia, sistematizando. Hay que demostrar que se está siempre dispuesto a dar la vida, si hiciera falta, por cualquiera de los hermanos (de la Obra); a perder el sueño; a dejarles el mejor sitio en la tertulia eligiendo el peor; a todo eso. Pero siempre que ver a una persona preocupada, pasándolo mal, o con dificultades del tipo que sea, no lleve a prestarle más atención que la de seguir pidiendo por ella; o tal vez corregirla fraternalmente para que sea más disimulada y discreta, para que evite se le noten sus preocupaciones. Da igual que se conozca bien, que se haya sido antes directora suya; si no se es ya, no cabe hacer nada, nada de eso es fraternidad, según la Obra. Se deberá informar a los directores; decir, prevenir, para que a través de ello los directores y sólo ellos actúen. Los de su lado, los que conviven juntos faltarán fatalmente al buen espíritu (a la unidad) si muestran la más mínima preocupación o intentan atender a alguien directamente.

Hay que cuidar el ambiente, hay que cuidar que todos tengan la ropa adecuada, que se hagan los chequeos médicos anuales. Las casas, las cosas. Que nadie eche de menos nada de eso.

Que todos cumplan bien el plan de vida, que asistan a las charlas, a los círculos (medios de formación específicos de la Obra). Que cada uno haga una excursión al mes y dé un paseo semanal. Todo esto es muy importante. Es la clase de cuidados en los cuales, en la Obra, radica la fraternidad.

También en la corrección fraterna. Advertencia que debe hacerse sobre todo aquello que suponga no cumplir meticulosamente las directrices y praxis de la Obra. Para los miembros de la asociación cualquier detalle, por insignificante que sea, que esté fuera del concepto que la Obra propone y desea, es motivo de corrección. Una vez (y valga de ejemplo significativo), le llamaron la atención a una por haber comentado que en el oratorio de una de las casas de la Obra hacía calor; no debía tener, ni mucho menos comentar a los demás, un concepto negativo sobre una cosa de la Obra. ¡Cuántas y cuántas podrían contarse de este estilo! La corrección fraterna se consulta antes de hacerla a la directora de la persona a la que se le va a hacer. Y se debe corregir "procurando que no se pase ni un día sin hacer alguna", buscando hacerlo, si se desea tener buen espíritu, las más veces posible. Por supuesto que la corrección fraterna es evangélica; pero evangélica siempre y cuando suponga tender una mano al hermano descañado, ayudándole a reaccionar, y no acosando a la persona para que coincida exactamente

con lo que otros quieren que piense, o haga, o diga en lo más opinable. No, es algo que nunca he podido entender en la Obra. Muy pocas veces he conseguido hacerla o recibirla en condiciones, pero porque muy pocas veces me he encontrado con temas que realmente la hicieran digna y santa. Verdaderamente, es una obra de misericordia corregir al que yerra; pero ¿al que no coincide por el hecho de no coincidir? ¡Cuántas y cuántas acusaciones empachosas, atormentadoras, acosantes y desconcertantes! Puede que a veces ayuden, las hay que estimulan. La mayoría de las veces sirven para crear un ambiente tenso, prevenido y rebuscado.

Quererse, según este estilo de fraternidad que en la Obra se concibe, es tener que entenderse también con todas por igual, tener que congeniar con toda clase de caracteres; admitir idoneidad con todo tipo de personas. No cabe una diferencia, que por ley natural, es variedad. No, discriminaciones, no; ni desprecios con nadie; la caridad cristiana implica hacer todo para todos, claro que sí. Pero ¿acaso por ello tenemos que ser todos lo mismo? Y si no lo somos ¿cómo van a dar igual tantas cosas? El propio Monseñor Escrivá trata a personas distintas de muy distinta manera. Y se hacen muchas diferencias en la Obra, a nivel de directores, según la clase de personas de que se trate. A pesar de lo cual, toda esta forma de convivencia y de cariño fraterno, toda esta imposición de igualdad es una de las más tremendas exigencias, aplicadas a los socios.

También para la charla semanal; para esa charla que cada semana se debe tener con la persona que indiquen, a la que se ha de conceder la más honda y entrañable intimidad (si no es así, se falta a la sinceridad, y se tiene mal espíritu), hasta para eso, todas tienen que darte igual; tengan el carácter que tengan, te vaya, te entienda o te desconcierte. Nada de esto importa. Es más, si no te entiendes con alguna, si cuesta sangre cada semana aceptar y vivir esa norma por cualquiera de las incompatibilidades lógicas que pueden darse entre personas, aseguran que es voluntad de Dios que así sea, ya que Él lo permitió, imponiendo que se acepte. Para dejar de ser voluntad de Dios cuando con alguna resulta fácil, porque en la Obra, todo lo que "no sea" "esforzado", es un "peligro de amistad particular" (entendiendo por particular: degenerativa), que hay que evitar y cortar rápida y enérgicamente. En la Obra todo el que se entiende con alguien en su más noble sentido, va por mal camino; lo bueno es ir a contrapelo y tener dificultades.

La charla en la Obra, esa charla semanal (quincenal para las supernumerarias) que vengo comentando, según el Catecismo, es un medio por el que "espontáneamente" abren su intimidad los socios a sus directores. Sigue siendo, como tantas veces, teoría; la realidad es muy otra. La realidad es que "tiene" que hacerse necesariamente, y hacerlo volcando en ella toda intimidad; además, tratando en ella periódicamente unos temas de antemano establecidos.

"Ocultar "algo" (personal) a los directores -según asegura Monseñor- es tener un pacto con el demonio"; y en la Obra, ese "algo" incluye desde lo más divino hasta lo más humano, todo.

En la Obra se dan contradicciones tan fuertes como la de que a quien se pueda ayudar no se debe, porque esa ayuda "fácil" "perjudica a las personas". Aunque sólo mueva, para alentarla y apoyarla, el más ortodoxo espíritu. Y sin embargo sí se debe cuando se trate de hacerlo con quien dialogar es como hablar idiomas distintos. Al parecer sólo eso es verdadera caridad.

A pesar de que lo lógico en la vida es que haya tanta variedad de personas. Con lo natural que resulta que a unos les vayan unas cosas y a otros otras. Con lo estupendo que sería poder usar la "magnitud" de la Obra para que cada uno encontrase en ella lo que mejor le va. ¡Y que todo tenga que estar reducido, encasillado, sistematizado de esa manera! Los socios de la Obra tienen que ser amables, simpáticos, corteses, muy educados (con los de fuera y con los

de dentro). Con los de dentro como condición necesaria de deferencia-indiferente. Llenos de cortesía si, y... ¡nada más!

Dicen que existe el diálogo; dicen que en la Obra todo se habla, todo se dice, y así todo se arregla. Yo diría, es mi experiencia, que más bien todo se queda en un desafiante monólogo. Oyen, pero no escuchan; atienden, pero no se entiende, no se considera necesario. Lo importante es que cada uno entienda a la Obra. O entienden a veces, pero no pueden hacer nada por nadie.

Durante mi estancia en la Obra he podido efectuar la charla semanal de que vengo hablando unas 600 veces, y la he recibido (de las personas más variadas) como unas cuatro mil, y puedo asegurar que el diálogo como tal no cabe. Suelen decir que "qué pena los de fuera, porque no tienen con quien desahogarse" como ellos. Y yo, que me lo creía, he podido comprobar que nada de eso se echa de menos; que fuera la comprensión es más lógica y más natural que dentro (menos impuesta y fingida), y que no cabe añorar un tipo de acogida tan estereotipada e impersonal. Nada de esto sirve más allá de las primeras ilusiones. No es fácil, no; no es fácil añorar ninguna de esas "comprensiones" de que en la Obra tanto se alardea, y que no pasan en la práctica de ser eso: puro alarde.

De vez en cuando hay excepciones. Yo he tenido directoras, hermanas en la Obra, que me han entendido y han puesto de su parte hasta donde podían. Pero sabían muy bien, y lo sabían mejor las que habían tenido cargos altos, que nada de lo que hicieran serviría más allá de lo previsto y establecido, y que si intentaban algo más, sólo lograrían desprestigiar su propia fidelidad; por eso no movieron un dedo por mí, como no hay quien lo mueva por nadie. La que lo mueve..., tiene que acabar marchándose.

Siguiendo con los distintos conceptos que la fraternidad abarca en la Obra, los enfermos, dice el Fundador, "son un tesoro". Un tesoro que en teoría significa motivo y ocasión de cuidados más esmerados. Pero sin que quite que en la Obra, a una persona enferma, se la traiga y lleve como a otra cualquiera, y por los mismos "sin motivos". Se hace ir y venir al médico cada día con una. Se le impone la necesidad del entendimiento duro con la que le toque (hablar o convivir), aun en casos de situaciones depresivas, o estados psicológicos delicados. Se le impide la facilidad de la que le entienda y conozca mejor. A no ser que la enfermedad sea cáncer (o algo especialmente grave), y entonces sí, entonces es cuando se extreman las delicadezas, para que luego sean las que se cuenten y se sepan.

Las asociadas de la Obra han de ir a médicos fijados de antemano por las directoras (salvo excepciones, que serán siempre desatendiendo la norma), médicos generalmente de la Obra también. A pesar de lo cual, cuando esos médicos determinan un plan, de circunstancias especiales para la enferma, se lleva a cabo o no se lleva, según las directoras lo crean más o menos conveniente. Ante todo hay que "ser recias"; las hay que "aprendiendo a serlo" se convierten en enfermas crónicas. Las hay, las ha habido, y no pocas, que aun con diagnóstico de la Universidad de Navarra (su clínica) han tenido que seguir haciendo todo lo contrario de lo prescrito, porque tampoco la "clínica" coincidía con las directrices de la Obra.

Para algunas, aun contando con toda su dureza, estar enfermas llega a ser una auténtica evasión. La evasión de tener derecho a sentir, a sentirse algo, aunque sea "enferma", ya que ningún otro sentimiento está permitido como bueno en la Obra. Evasión que no está exenta de contradicciones. Se siente, sí, pero se obligan a nuevas sumisiones, que como en todas las cosas, hay a quien compensa.

Una vez más vuelve la complejidad al tema. En la Obra, como en todas partes, pero más anacrónicamente, hay enfermas y enfermas. Mientras para unas la enfermedad es una prueba, una situación esencialmente dura, para otras esa evasión que decía; las hay para las que es toda una artimaña con la que dárseles de víctima, y complicar la vida a las que las rodean. Sobre las de verdad recaerá todo el actuar preventivo y duro que es habitual. Las fingidas, más astutas, son las que llegarán a darse la mejor vida a costa de las demás; porque no tienen la necesidad de sobrellevar ningún malestar objetivo, pero sí la audacia de procurarse todos los cuidados especiales (libertad de horarios, cosas preparadas y hechas por las demás)... Enfermas, necesitadas, complicadas otras en fin de cuentas, ¿por culpa propia? Yo diría que más bien como resultado del sistema.

Y sin embargo, en medio de toda esta complejidad y diversidad de circunstancias, hay algo a la hora de estar enfermas en la Obra, que realmente es envidiable; quizá sea lo único que algún día eche de menos; y es que ¡cómo facilita!, qué tranquilidad da saberse rodeada de gente que siente cierto interés por una (que lo siente por el hecho de que es de la Obra), dispuestas a poner en juego los mejores medios (porque tienen las mejores posibilidades) y que a la vez no les afecta demasiado, ni les supone (dada la manera de querer en la Obra), ningún desgarrón especial. ¡Qué tranquilizador y qué fácil! Que no por ello deja de ser duro y frío.

Que os queráis, insiste el Padre. "Comprensión", "ayudas", "los demás". "Hijos míos, yo he ido por el mundo como Diógenes con su lámpara, buscando comprensión por todas partes, y no la he encontrado." Y se glosa, y se parangona todo este pensamiento del Padre, dándole tal importancia a la comprensión, que parece que la Obra fuese realmente la excepción.

Ayudar sin expresar; comprender sin compartir; atender sin entender. ¿Será posible que sea esto a lo que haya que llamarle comprensión? ¡Qué difícil es que formen para una cosa (la teoría) y que luego impongan en la práctica otra distinta!

Personas aparentemente unidas, entrañables, compenetradas; y realmente... enormemente distantes, ajenas y hasta temerosas unas de otras. "Por dónde me irán a salir ahora" piensas; "para dónde tendré que mirar o a quién habré sonreído de más, de menos", "qué palabra habré dicho fuera de tono". Porque todo esto puede ser falta de espíritu. Y hay que estar o en lucha constante con todas estas incoherencias; o al margen, o, en el mejor de los casos, "dificultosamente identificada" (mentalizada).

Una característica más de las asociadas de la Obra, en su trato con los demás, es la prisa. Prisa en la convivencia, prisa en el trabajo, prisa con las de dentro, prisa con las de fuera. Prisa como norma de buen espíritu, como demostración (inculcada, impuesta) de lo mucho que hay que hacer. Como medio de absorber con las cosas de la Obra y sólo con ellas. Para las mismas cosas que otros hacen con la mayor naturalidad, con la mitad de medios, con tiempo para otras muchas más, en la Obra hay que tener prisa y dar sensación de prisa; parece como si así quedase la tranquilidad de que se aprovecha mejor el tiempo. Únicamente no cabe tener prisa cuando se está en conversaciones acerca de las excelencias de la Obra, o con amistades convenientes y útiles para el bien de la Asociación.

En las supernumerarias, por sus circunstancias de vida (normalmente casadas), se dan casos verdaderamente curiosos en esa delimitación de ocupaciones y prisas. Hay que pasar, ¡y cómo pasan!, por encima de necesidades familiares, de maridos, de hijos, etc., para asistir a sus convivencias, a sus retiros, a sus charlas, etc.; "conditio sine qua non" de buen espíritu.

El Padre no quiere que sus hijos sean ángeles sino hombres y muy hombres (o mujeres), y

dice que con los pies en el suelo, a la vez que quiere para ellos y les impone todos estos sistemas de vida, toda esta enrevesada convivencia, fraternidad, trato humano, aunque no sea precisamente lo que ordinariamente compone la vida corriente de los demás hombres normales.

"El hermano ayudado por el hermano es como una ciudad amurallada", gusta repetir a Monseñor, y se ha hecho en la Obra frase de reposteros y pinturas murales; así se estimula a la fraternidad. ¿Será de veras eso lo que se pretende? Ayuda sólida, coherente, ¿será de veras lo que se vive? O si le quitásemos el fanatismo (mimetismo) que la envuelve se quedaría en algo hueco, frágil, quebradizo... que de nada sirve? Yo más bien creo que si se le quitase el mito que la sustenta, esa imposición mítica que la compone, sólo entonces sería..., realmente auténtica.

Cuando se está dentro, en medio de toda esa mentalización y protección de que rodean, parece como si tuviera que entenderse, que creer, que en la Obra todo es perfecto. De hecho hay que entenderlo así. En la Obra no cabe, como decía, dudar o pensar que algo de ella, que se dé en ella, pueda ser menos ideal.

Y sin embargo en la Obra, como en todas partes, aunque quizá con menos razón, y muy a pesar de que se diga todo lo contrario, en la Obra caben las envidias, los recelos infundados, los enredos, las calumnias, y caben además -entiendo yo- como lógica consecuencia de su misma complejidad. La imposición de un cariño estándar, generalizado; la predeterminación de sentimientos; el anonimato de todas las actuaciones sin más "derechos de autor" que los del propio Padre, junto con su única y exhaustiva ejemplaridad para todo, necesariamente acaba incidiendo en la mente de las personas. Forzando a vivir en una situación ambigua, de la que cada uno "sale" por donde puede. Y se inventa y se intuye y se imagina cada cual lo que le parece; y se va haciendo la "bola".

Dicen que hay que mantener y fomentar una oración ambiciosa, una vida interior profunda; se pasa una la vida en constante charla a las demás; para lo que se necesita lógicamente ejercitar y desarrollar una serie de facultades. Facultades que son las que a su vez, atrincheradas en todas las demás imposiciones, no cabe luego aplicar. "A ti no debe preocuparte lo que no entiendes, o no te parece bien alrededor", "si algo crees que no va, confía en el Padre", "vive para los demás" pero "mira sólo hacia el Sagrario". "Date a los demás", pero no te importen los demás. Te enseñan, te dicen, te teorizan; y luego... te lo impiden, te lo atajan, te lo contorsionan.

Toda una enorme serie de contradicciones, ante las que uno se inhibe o se le llena la mente de fantasmas. Fantasmas que acaban siendo precisamente esos recelos, esas envidias, las tan consabidas y abundables dobles intenciones de la Obra.

Como consecuencia de una rara (pero lógica) insatisfacción de cada una, la dificultad, la aspereza, la aridez (de la propia vida, del acontecer que toca vivir frente a los demás) sólo eso hace inofensiva. Si te ven contenta, satisfecha, disfrutando con algo (aunque ese algo sea el resultado de un conformar fácil), resultas molesta. También en la Obra pasan esas cosas. ¡Qué difícil es realmente alegrarse con las alegrías de los demás!; que difícil es, creo yo, como consecuencia de lo difícil que resulta conseguir en la vida un equilibrio personal sano, ajeno a intereses egoístas. Dificilísimo cuando, como en la Obra, cada uno se encuentra con su propia comprensión, la proyección de su propia vida, tan manipulada. Necesariamente es algo que predispone, que lleva, inconscientemente incluso, a no admitir ni entender en los demás muchas actitudes.

Como consecuencia de no encontrar un medio razonable para desahogarse, para razonar las

cosas, para encontrar solución y acogida; aunque teóricamente las haya, hay también verdaderos cotilleos, razonamientos muy distintos a los previstos, entre los mismos socios de la Obra; sin que se admita que los hay, pero los hay, y los hay a pesar de los pesares. Los hay a costa de muchos remordimientos. Y los hay también como resultado de la libertad de espíritu (auténtica, y no la que en la Obra se enseña) que algunos llegan a conseguir, sabiendo distinguir y valorar cada cosa, sin temores a las tremendas condenas que sobre todas ellas pesan en la Obra.

¡Cuántos dimes y diretes! ¡Cuántas difamaciones, calumnias, envidias! ¡Nada más lejos de la Obra!, dirán. Zancadillas, a mí me las han puesto, y gordas: difamaciones y calumnias las conozco hacia dentro (con las mismas buenas formas que para todo) y las he sufrido de cara también a los de fuera.

En la Obra, ser quisquilloso, avasallar a otros con intenciones supuestas, se entiende, se considera como "fina" defensa a la integridad de aquélla. A veces se admite, a nivel de directoras, que hay personas muy difíciles y tremendamente incordiantes (llegan a ser auténticas neuróticas), pero a éstas hay que darles la razón para que no se agobien y no se desmoralicen; hay que continuar tratándolas bien, como si nada. Aunque a las demás, a las que comprenderlas sería dejarlas vivir en paz, sin colgarles etiquetas que otras se han inventado, a éstas no importa que sufran las consecuencias, que "aprendan a llevarlo bien, y que procuren no dar pie"; es todo lo que les queda.

Dicen, se habla, se jactan gozosamente de lo maravillosa que es la fraternidad en la Obra. Dicen que "fuera es tremendo", que la gente no sabe quererse, que nadie vive la solicitud de unos por otros que se vive en la Obra. Que nadie tiene los medios y las posibilidades que en la Obra se tienen. Yo, lo único que puedo asegurar es que fuera a las cosas se las llama por su nombre y uno sabe de verdad qué terreno pisa y cuáles son sus consecuencias. Habrá o no habrá cariño de veras; pero lo que desde luego no hay es la complicación de vida, la tergiversación de conceptos que hay en la Obra.

Fuera, al pan puede llamarse pan, y al vino vino. Dentro hay que vivir de ambigüedades totalmente contradictorias.

Insisto como lo he hecho ya en otros temas: no son las personas, y si lo son, es como consecuencia del sistema.

Una fraternidad que hoy es fraternidad cristiana, y mañana... por h o por b, porque en algo no coincides, ya no cabe nada que se parezca lo más mínimo a cristiana fraternidad. Creo que no exagero. Somos muchos, muchos, los que tenemos esta experiencia tan real como personal, tan personal como real.

Es, sigue diciendo, nuestro caso, el de cada uno, muchos ya, una prueba más, el resultado de lo que es y a lo que lleva, en lo que acaba toda esta clase de fraternidad que en la Obra se vive.

SECULARIDAD

¿Se puede decir con verdad que la Obra no saca a nadie de su sitio? ¿Dónde está esa realidad suya, que tanto pregonan, de que no se compone sino de cristianos corrientes, que siguen siendo los mismos que antes, y viviendo los mismos problemas y realidades de la gente de la calle? ¿Dónde está?

Cargados de reservas. Cargados de vigilancias. Cargados de dogmatismos internos. Cargados de prejuicios y de necesidades especiales y de prevenciones. Cargados de todo ello para los de dentro. Y cargados, mucho más cargados, aislados, para los de fuera.

Toda una carga, una enorme carga de prescripciones, de normas, de praxis, de obligados consejos. La más enclaustrada monja no tiene tantas. Una monja, por ejemplo, tiene libre opción a su propia vida interior; en la Obra, no. Una monja utiliza su cabeza, su pensar, su sentir, sin tenerlo que condicionar a nadie; en la Obra, todo eso hay que contarlo cada semana y adaptarlo a lo que a esa persona le parezca más apropiado, y más de acuerdo con el Padre.

Se puede ser contemplativo en el mundo y fuera del mundo. De ahí las distintas maneras de serlo. Se puede, pero cada una de esas maneras tiene sus propias características. Si una monja se seculariza, su contemplación, su santidad, pasará a ser secular. Si una persona corriente se deseculariza, deja de ser un cristiano corriente, una más de la calle; o lo uno, o lo otro. No sé qué explicación tendrá esa expresión tan usada ahora (la he leído en la prensa) de monja seglar. Para mí son términos contradictorios. O se es monja, o se es seglar... o se es seglar, o se es monja.

Una monja es una persona cualquiera, claro que sí. Y cada persona puede ser o no ser monja muy libremente. Pero la que lo es sólo puede serlo en tanto en cuanto su vida asuma unas condiciones, unos requisitos. Un hábito (todo lo renovable que se quiera) que no es sino un medio para que el cuidado de su peinado, de su vestido, de tantas cosas derivadas de la situación secular, no les exija ni atención ni tiempo, que han decidido entregar por vocación al servicio de Dios. A mi entender los intermedios sólo producen monjas secularizadas, fachosas y extrañas, o seglares mojigatas.

Se puede ser carmelita, jerónima o del Opus Dei, si queremos, por la misma razón, con un mismo "fin", pero de maneras y con estilos, por constitución, muy distintos. Es una maravilla contar con esos núcleos de personas retiradas del mundo, que por su propia consagración se erigen en sus mayores protectoras, en defensoras de sus más altos valores. Como es maravilloso que gente corriente, cristianos de la calle, se comprometan con una santidad seria y profunda en lo diario, llena de afanes apostólicos. Confundirlo, tergiversarlo, mezclarlo, es tanto como quitar a cada cosa su específica instrumentalidad. Es muy necesaria la autenticidad de cada uno en lo suyo. No hay que ser ni de Apolo ni de Pablo. Pero cada uno debe elegir lo que más le ayude, cada uno puede escoger entre el estilo del Carmelo o el de la Asociación que sea, para ser en ello auténticos, coherentes y consecuentes.

"El cielo está empeñado en que se realice", asegura Monseñor refiriéndose a la Obra. Una Obra de Dios, que fue aprobada como Sociedad Sacerdotal de la Santa Cruz y Opus Dei. Una institución de sacerdotes alrededor de la cual un grupo de seglares, primero sólo hombres y luego mujeres también, se asocian, sin más necesidad (intrínseca) ni de votos ni de obligaciones, sin más que encontrar en ella (en la Sociedad Sacerdotal) el amparo necesario para así dedicarse a un apostolado intenso, dirigido y ayudado, enraizado en la necesidad principal de buscar la santidad personalmente. En eso sí -planteamiento inicial de ella-, en eso sí creo que

es en lo que el cielo está empeñado cara al Opus Dei. Que empiece, sin embargo, a diferir en seguida de su propia teoría y amplitud, para encasillar-se en una compleja y cambiante organización. Primero con votos, dicen que de paso, por necesidad de trámites jurídicos. Luego con unos compromisos a los que no se les llama votos, pero que versan sobre su misma materia. Y así sigue y sigue su evolución.

Primero Instituto, luego Asociación, ahora "cualificada"; y todo ello por las buenas, sin que la Iglesia haya intervenido ni cambiado para nada su aprobación. Queriendo formas todavía distintas (que incluso las conciben como si las tuviesen), de diócesis sin territorio, con un obispo que sea el propio presidente general, según deseos expresos de su propio fundador, comentado en párrafos anteriores.

Todo un complicado y rebuscado proceso jurídico de secularización, que sin embargo en la práctica se deseculariza en los detalles más elementales, más diarios y más asequibles.

Primero una Constitución Apostólica, la próspera Mater Ecclesia, que hay que hacer aprobar a toda marcha, precisamente para introducir un estilo secular (no sin ceder en muchas dependencias del derecho para religiosos, pero afanados en superarlos), y luego, a pesar de toda su pretendida evolución jurídica, se encasilla y se reduce (cada día más) a medidas y normas conventuales.

¿Quedaría aprobado en la próspera Mater Ecclesia el estilo de pedir permiso a la directora cada vez que se necesita beber agua entre comidas?, ¿o acudir a ella para pedirle una penitencia (rezar algo) cuando se rompe un objeto sin querer? ¿Estaría incluida en tal constitución la costumbre de acusarse públicamente, en el círculo semanal, de alguna falta personal? ¿O el someter a la obediencia el ejercicio de la propia profesión? ¿Dónde está la raíz de la secularidad de la Obra? En ella, hasta el año 62 o 63 se rezaba en común maitines y completas. Al principio el Padre incluso llegó a pensar en la posibilidad de poner a los socios unas capas especiales para los actos litúrgicos.

¿Cuál es, entonces, realmente, la secularidad que concibe la mente del Padre? ¿Cómo es esa secularidad de que el Padre tanto habla? "¿Quiere o ha querido alguna vez el Padre realmente la secularidad para sus hijos? ¿Será su manera de entenderla, peculiar y distinta, o fuimos nosotros los que nos hicimos a una idea que nunca debió de ser la propia de los socios de la Obra?

La secularidad de una entrega a Dios en medio del mundo, que se centra en un sencillo afán de normalidad y de vida ordinaria, para ir luego encasillándose en las codificaciones más exhaustivas, en el más complejo y cuadrículado reglamento. Es como si esa organización inicial, familiar y amplia (que debió de ser la Obra al principio), empezara a írsele de las manos a Monseñor Escrivá y surgiera, ante ello, la necesidad de una normativa controladora.

Y en ese control, en esa sistematización de espiritualidad, en ese acaparamiento de actuaciones metodificadas, es donde yo me pregunto: ¿es todo esto coherente, adecuado a un estilo secular como el que de la Obra se asegura? ¿O será más bien la necesidad de dominio de su propio fundador lo único que importa?

Yo me imagino una Obra de Dios, con toda su misma espiritualidad, lo que la Obra es en teoría, con un fundador respetado y admirado, presidente general, pero sin mitos, sin absolutismos, con un mismo despliegue de labores y de apostolados, pero todo ello orientado y dirigido, pero no controlado, unipolarizado. ¡Cómo sería la Obra así! Sería..., entre otras cosas, lo que

muchos imaginamos, lo que nos contaron y nos propusieron. Algo, quizá, menos lucido, menos figurativo y menos fácil, pero ¿no sería mucho más coherente?

"Si alguna vez hay alguien que obligue a alguno de mis hijos a no ser secular, si algún director incluso de la Obra llegase a actuar así, yo entendería que ese hijo mío lo dejara todo y se fuera." Todo un consejo del propio Padre. Un consejo que, a pesar de los pesares, ahí está. ¿Acaso no habrá llegado la hora? Acaso no estemos bajo esa necesidad de actuación; de actuar defendiendo una secularidad que nos corresponde, y que no puede ser compatible, no se la puede confundir, con actuaciones que le son ajenas, con cosas que no le van. Doctores tiene la Iglesia. Y cada uno nuestra responsabilidad personal. Responsabilidad que en la Obra, en cada uno de sus socios, al tener que estar tan delegada en los directores, necesariamente se anquilosa, y es muy difícil ejercitarla. Pero, si no, ¿a qué tenemos que dejar reducida la secularidad?

Una Obra de Dios, que cuando ve acercarse a otros movidos por la idea de Instituto Secular, no quiere llamarse de esa manera, no quiere asimilaciones con nadie, para ser (dicen) de esa forma más seculares.

Y que, sin embargo, es sólo un detalle, no tiene inconveniente en obligar a sus asociadas a ir con velo a la Iglesia. Obligar, sí, a pesar de que luego "el buen espíritu" les haga decir que personalmente lo creen más delicado. "Por delicadeza", "porque quieren", "como señal de respeto": éstas son las razones que les han dicho que al Padre le gusta que se diga, aunque la mayoría de las que lo tienen que llevar, ni lo entiendan, ni lo hagan a gusto. Antes, un montón de personas se las han visto y se las han deseado para que no se supiera que pertenecían a la Asociación, entre otras cosas, decían, para no dar a nadie motivos de distinción ni de prevención ante el hecho de una vinculación a la Obra, ahora... ahora no importa que se las distinga a la legua.

Cuando salió esta norma del velo, yo estaba fuera ya. Y desde fuera, recogía la razón de la "delicadeza", que me dejó pensativa, atónita. ¿Cómo es posible? Una vez más la consabida pregunta: ¿A qué llamarán delicadeza? Junto a todo lo que había visto vivir conmigo, junto a toda esa experiencia de cómo se trata y reaccionan ante las personas... ¿Cómo es posible que se cifre sólo en esto (en cosas de éstas) la delicadeza? Una delicadeza que, parece ser, los demás no viven, no saben tenerla. ¿Que a esto se le dé importancia, y no se le dé, por ejemplo, a lo que se hace con los que se van?

En la Obra hay que tener un estilo, un estilo que se nota en el vestir, en el trato, en las exigencias de vida. Es, dicen, la dignidad de la Obra, "el aire de familia", un tono que sea el que la Obra (sigue enseñando) se merece. Creando la digna postura de sentirse muy por encima de cualquiera de la calle.

Vestir, decía, como todos... Yo diría bastante mejor que muchos (por el mayor desahogo, entre otras cosas). Vivir en casas como cualesquiera, pero adecuadas y mejor "cuidadas", reservadas... Ir a la Universidad, caminar por las mismas calles... vivir en las mismas ciudades. Y a esto es a lo que hay que llamar secularidad.

Los motivos de diversión, sin embargo, deben ser especiales, exclusivos, los mismos pero distintos, más cómodos y exquisitos: piscinas y campos de deporte privados y propios. Prevenciones y reservas, consignas y controles para asistir a la Universidad. Por el hecho de ser, de pertenecer a la Obra, las amistades de siempre no sirven, tienen que ser otras, tienen que serlo sólo por motivos apostólicos, quizá sin que eso propiamente sea lo que se aconseja,

pero sí sobre lo que se insiste, porque con ellas, si no es para conseguir algo para la Obra, se pierde el tiempo y ese tiempo ya no es tuyo -te dicen-. Con la familia se debe derrochar cariño, pero siempre que sea para que entiendan y ayuden a la Obra, no para que cuenten con uno, sino para que lo hagan lo menos posible, para que regalen... y den, y paguen cosas de la Obra, regalos para todas -con los regalos de las familias no se quedan las interesadas-. Por el contrario, salvo muy contadas y consultadas excepciones, nunca los miembros de la Obra harán regalos a los demás, ni a su familia, ni a nadie. Y a todo esto hay que seguir llamando secularidad.

En la Obra no se asiste a diversiones públicas. Nadie asistirá normalmente a un tentadero ordinario, por ejemplo, pero si admitirán encantados que se organice alguno sólo para ellos. No se va al cine, pero se tiene en casa todo lo necesario para proyectar películas, salón adecuado, cámara, pantalla, etc. En cada ciudad hay alguno especialmente acondicionado, para que puedan ir de todas las casas. Se organizan fiestas, teatros (simplones y pueriles) en los que no cooperar, no actuar, o no asistir "ilusionada", deberá entenderse como una falta de espíritu. Se hacen excursiones, pero se hacen en grupos expresamente determinados por las directoras; ellas dirán con quién hay que agruparse.

Así es como la Obra vive en el mundo. Un mundo del que prácticamente no se participa. Se ve, se oye, se utiliza, pero hay que dejarlo lejos... La problemática de la Obra es siempre una problemática distinta, específica y propia. Se busca, se desea ese mundo real, porque en el fondo se tiene esa necesidad de secularidad que llevó a hacerse de la Obra, pero lo va reduciendo... (son muchas las limitaciones, las prevenciones), se va quedando lejos, etéreo, mundo al fin y al cabo, pero un mundo enormemente condicionado y particular.

¡Qué pobre concepto de la secularidad encuentro yo eso de radicarla en vestir bien, vivir en casas bien decoradas! Otra secularidad, la de una vida conectada y compartida con los demás, con un ejercicio normal de las facultades morales, intelectuales, sensibles y racionales, en una convivencia sin prejuicios (con los de fuera y con los de dentro). Esa clase de secularidad ¿dónde está en la Obra?

Por secularidad, sin embargo, a todo en la Obra hay que buscarle nombre secular, aunque luego hacia dentro el nombre nada tenga que ver con su significado real. Las casas de formación (en terminología interna Centros de Estudios) las llaman Colegios Mayores.

Se adquieren casas espléndidas, asegurando que las exige la labor con una clase social alta, aunque luego esa clase alta (que se conformaría con mucho menos) prácticamente no use las casas excepto el oratorio y sala de recibir, zona de la cual no se les deja pasar.

Se organizan cursos que dicen internacionales, a los que cabe que asista algún extranjero socio de la Obra. Como tales se anuncian, y si alguien que no sea de la Obra solicita plaza, basta con decirle que no quedan. Dicen que por motivos de secularidad (porque los socios de la Obra son seculares, podría ser) pero incluyendo en esa clase de secularidad el que no se sepa que son cursos internos sólo para los socios.

Las casas de retiros y de ejercicios, con sus grandes zonas de jardín, los mejores medios, explican que son para hacer un apostolado en el que dando lo mejor se pida lo mejor. Las casas a que me estoy refiriendo, las de la Obra propiamente, las mejores puestas (puedo asegurar que el 75 % de los días del año están ocupadas por socios de la Obra), son esencialmente para ellos (convivencia, cursos anuales, retiros). No importa que lo sean, pero ¿por qué dicen otra cosa? Los que no son de la Asociación, a los que se invita y se trata para hacer

apostolado con ellos, éstos pueden ir, y de hecho van, la mayoría de las veces, a hoteles alquilados, o casas prestadas. ¿A quién pretenden engañar? ¿Qué sacan diciendo una cosa por otra? ¿Acaso no saben bien lo que de hecho lleva consigo su realidad? ¿Es posible que se conciba que se es más secular por .esto?

A los de fuera podrán convencerlos de lo que quieran, pero ¿y a los de dentro?, para sí mismos ¿qué interés, qué sentido, qué explicación, cabe que pueda tener? Y si es así ¿a qué engañar a nadie?

Otra nota de secularidad es la de que en la Obra se es según lo que la Obra sea en uno. Me explico. Han de tratarte, trabajos de administración de las casas. Dicen que las numerarias se han de dedicar a dirigir y a formar. Y lo dicen a la vez que insisten en que la vocación es la misma para todos: numerarias, supernumerarias y agregadas.

La numeraria es, sin embargo, esa persona que debe recortar cualquier horario que tenga fuera de la Obra, para ayudar más en "casa", para asistir a las tertulias, para llegar a cenar a punto, de manera que todo ello la lleve a sentirse más integrada en la vida de familia. Aun a costa de recortar y de renunciar a las propias actividades profesionales. Dice el Padre que "el Opus Dei no actúa en grupo, sino individualmente, trabajando y mezclados con todos, en el ejercicio de la profesión precisamente, con el ejemplo y el testimonio". Aunque esto no quite que el "encargo" que deben tener los socios en la casa en que vivan (de la Obra), deba estar antes y muy por encima de ello. Una cosa es la teoría; otra, como siempre, la práctica. Muy explicable, entiendo yo, si se tratara de cualquier tipo de congregación conventual, menos explicable cara a una Asociación que se jacta de secular, y que dice que no saca a nadie de su sitio. Que no se para a considerar, sin embargo, que a otros profesionales ajenos a la Obra, en las familias normales, eso no les pasa.

La vida de la agregada, teóricamente, es muy semejante a la de la numeraria. No debe ir a espectáculos públicos, salvo muy contadas excepciones; no debe salir y entrar sino por motivos apostólicos. Sus relaciones, su vida, sus intereses, quedan lógicamente reducidos a la Obra y a las cosas de la Obra.

He hablado de numerarias y he hablado de agregadas, quizá sin explicar exactamente quiénes son. Las numerarias son asociadas que tienen dedicación plena a la Obra y que viven en casas específicas para ellas. Las agregadas son las que con las mismas exigencias de entrega personal no viven en las casas de la Obra, viven con sus familias, pero viven para la Obra. Es complejo, es difícil, pero es así.

Las supernumerarias (o supernumerarios, existen las mismas clases de socios en masculino que en femenino) son otra clase más de asociadas, vinculadas a la Obra bajo las propias condicionantes de su vida familiar, social, etc. Pueden ser casadas; las numerarias y las agregadas, no. Y son, yo diría, el sector más propiamente secular de la Asociación. Sus circunstancias -sus mismas exigencias sociales y familiares- les permiten, les imponen, una más amplia y ordinaria comunicación con los demás, mayor libertad de acción, menos complicada manera incluso de llevar a la práctica su propia vida interior (la que la Obra enseña). Son las que menos saben de praxis. Las hay que se "fanatizan", se dejan absorber, y entonces forman una mezcla difícil y muy compleja. Son, precisamente, socios o asociadas que -como otros que se acercan a la Obra, pero que no se sectarizan, no es fácil, pero hay algunos-, son personas, socios, que pueden coger de ella lo mejor de su teoría, y llevárselo a casa... y actuar por su cuenta. Así sí, así sí que se puede hacer efectiva, positiva, la teoría de la Obra.

El Padre dice que vocación en la Obra hay sólo una, la misma para todos. Vivida por cada uno según las personales circunstancias, estado de ánimo, y la disponibilidad de su tiempo, aclara el catecismo. La misma, pero con posibilidades bastante distintas, añadiría yo.

En mis comentarios, en todo esto que vengo escribiendo, me estoy refiriendo especialmente a las numerarias; es mi caso, y por lo tanto mi mayor experiencia.

Asociadas condicionadas a una vida de familia específica e intensa, a la vez que en constantes trasiegos internos. Un trasiego continuo que al parecer no tiene por qué reparar ni en idoneidad, ni en salud, ni en repercusiones psíquicas. Hoy aquí, mañana allí. Cambios de casa, de encargo apostólico, de ciudad, de ambiente, de persona (si una no cambia cambian las que la rodean). ¿Quién es la valiente que, ante todo esto, no acaba sintiéndose sin ciudad, sin ambiente, sin casa, sin familia, sin nada?

Una religiosa, un fraile van y vienen, y cambian, pero lo hacen sin atravesar las propias fronteras de su estilo religioso, de su clase de entrega. Hay también matrimonios que van y vienen constantemente por motivos profesionales, pero lo hacen acompañados de sus familias (las mismas personas). Que es muy distinto a tenerlo que vivir constantemente, impuesto y a solas. Errante soledad a la que semejante clase de secularidad aboca. Ávida de compañía, rodeada... pero enormemente sola. Fomentando con todo esto, diría yo, un estilo más anacoreta que secular. Entiendo que existan los cambios; lo que no creo es que cuando son tan excesivos y sin motivos como en la Obra, a nada positivo favorezcan.

¿Habrá llegado la hora? La hora de dar la cara, de llamar a las cosas por su nombre, de no aceptar quedarnos sin secularidad, como el mismo Padre nos alienta. A pesar de que su decir y su hacer, el del Padre, no deje de ser la eterna contradicción de la Obra. Para algunos, la fe ciega que a él le deben es suficiente para consentir en lo que sea, siempre que se trate de acceder a sus deseos. Para otros, admitir que la secularidad se tergiverse es atentar contra nuestra propia vocación.

Me hice de la Obra porque creía en su secularidad. Y me he encontrado con una secularidad representativa, confusa e inconsecuente.

DISCRECIÓN

La discreción en la Obra es como la antesala y la salva-guarda de la unidad. "Cuidado -dicen-, que puede que no se entienda, que haga daño." "La gente no está- preparada", siguen argumentando. Por eso en la Obra se insiste en la necesidad de ser discreto. De decir las cosas de una manera especial; de ocultar y disimular (cuando conviene).

La verdad en la Obra lo mismo se dice que se oculta. Igual hay que callar. "Callar y rezar", "no comentar, no decir, no razonar", que hay que explicar una cosa por otra (una cosa adaptada y enfocada de muy determinada manera) para bien de la Obra.

"Porque no están preparados", "porque no lo entenderían bien"... Porque no lo interpretarían (puede ser más objetivo) tal y como en la Obra se desea y se pretende, para su propio prestigio. ¿Acaso tanta prevención no es más bien lo que hace que tantas veces no haya quien lo entienda?

La discreción impone en la Obra el ejercicio constante de restricciones mentales; hay que evitar "interpretaciones" ; y hay que hacer tantas cosas de este tipo, que, sin darse cuenta, uno acaba diciendo una cosa por otra, confundiendo, mintiendo, como lo más natural. Como algo que incluso suena a virtud; "la virtud" de vivir un cuidado ejemplar del bien aparecer de la Asociación.

Discreción que consideran como un derecho a la intimidad, que se convierte en no tener que dar explicaciones a nadie, o en no tener que dejar a la gente entrar en las casas de la Obra más allá (le la zona prescrita, etc. Dicen que porque cualquier familia corriente actúa así; cualquier familia vive y hace dentro de su casa lo que quiere, sin más explicaciones a nadie, y no tiene por qué dejar a cualquiera que curioseé su intimidad. Sí, todo esto es verdad; cualquier familia puede que actúe de esa manera; aunque en la mayoría de las casas a toda persona conocida se la trata con muchas menos reservas que como se hace en las casas de la Obra. Cualquier familia no tiene ninguna misión específica de apostolado ni de dedicación a todos (por vocación) como parece que sea el caso de los de la Obra. Ninguna familia tiene su casa para "hacer labor apostólica" y en la Obra sí que aseguran que se tiene para eso. De ahí que la comparación resulta poco adecuada, además de poco exacta.

Reservas, misterios los hay. Los hay constantemente en la Obra; los hay con los de fuera, y los hay con los mismos de dentro. Hay necesidad de discreción peculiarísima. Constantemente renovada y recordada en notas y normas bajo deber de buen espíritu. Faltar a ella es dejarse envolver en la tentación más diabólica: la falta de unidad. Discreción y unidad, en la Obra, van de la mano, son preámbulo la una de la otra.

Discreción se considera la exhaustiva separación entre las dos secciones, discreción los miles de normas que tener en cuenta de cara a los sacerdotes, discreción entre las mismas numerarias hasta el límite de no poder hablar entre sí sino de pájaros y flores.

Cuando se va de una ciudad, de una casa, o deja de vivirse con una persona, esa casa, esa ciudad y esas personas deben ser un pasado que "ni ocupe ni preocupe", algo ajeno e indiferente. Quizá sea una manera de evitar grupos inconvenientes, motivos de pérdidas de tiempo, etc. Pero creo que también es una normativa demasiado poco natural para poder ser secular.

No es discreto que las asociadas se comuniquen o se "traten" más allá de las relaciones establecidas y acordadas por las directoras en cada caso. Se saludan, se conocen, se sienten her-

manas, y cabe la posibilidad de cierta algarabía en determinados encuentros programados por la propia Asociación (con motivo de cursos, o de reuniones internas), pero no cabe más, no debe existir ninguna otra clase de conexión ni de interés de unas con las otras.

La Obra no tiene secretos, aseguran. Pero establece todos esos sistemas de discreción y limita las relaciones ordinarias entre las personas hasta extremos como los expuestos.

De las mismas que se ha de considerar que son propias hermanas, con las que ha habido que compartir faenas duras, cuesta saber lo mismo dónde están que si están enfermas o sanas, etc.

Cuando una persona se va de la Obra, la discreción "se extrema". Las que lo saben, incluso disimulan haciendo entender que están en otra ciudad. Si a alguna se le ocurre comentar, más o menos en público, algo agradable de la que se fue, se le hace la corrección fraterna y se le aconseja que no aluda a ella. Nunca se comunica ni se debe enterar nadie de los que se salen. A mí, por ejemplo, me decían estando dentro que ningún sacerdote se había salido de la Obra; luego, ya fuera, me he enterado de 16 conocidos, aparte de los que haya desconocidos.

La labor de administración de las casas de la Obra -trabajos internos de atención y dedicación a las tareas del hogar- que quiere erigirse en natural y secular, "por discreción" se convierte en algo desafiantemente conventual.

Siempre he sido partidaria de esas tareas, creo en la necesidad y eficacia de la solicitud femenina para las cosas de la casa, en esa maravillosa posibilidad de hacer hogar (familia) empleándose en ello. En la Obra hubiera sido administradora toda la vida, bien a gusto, si ese intento con sentido secular hubiera sido posible. Trabajé y bregué (encantada) con la esperanza de conseguirlo. Pero estrellándome, una vez y otra y otra, en su necesidad de servilismos, señoritismos, de aislamientos enclaustrantes, sin horizontes de solución. Exigencia de trabajos perfeccionistas inexplicables, o discreciones acogotantes que acaban convirtiendo una labor bonita (esa de la administración) en la más aborrecida incluso para las mismas asociadas. Se define como eje y fundamento de la vida familiar, a la vez que se le proclama trabajo profesional y se le condiciona a cursos y estudios que se convierten en carrera universitaria. Hoy por hoy son estudios sólo internos, erigidos en Facultad de Ciencias 'Domésticas -era su primer nombre, ahora tiene otro más largo y complicado-, anexa quizá a la Universidad de Navarra. No lo sé con seguridad, y no es extraño; en la Obra se hacen las cosas así, se llevan "con mucha discreción", tanta que ni las propias organizadoras o participantes saben de qué se trata. Una participa, aquello existe, y no hace falta más. Estudios que se han organizado con toda clase de requisitos, centros adecuados, profesorado con dedicación exclusiva, exámenes, etc., aunque de momento sólo cuentan como curriculum personal interno.

Nunca llegué a entender si con el carácter de profesión se pretende defender la familia, o si con el de la familia se pretende revalorizar la profesión.

La administración en la Obra es, dicen, un servicio discreto por excelencia. Es estar siempre a lo que cualquier administrado necesite de las personas que administra, sin que nunca se sepa quién pide ni quién da. Pero dando con toda prontitud, con el máximo detalle, espléndidamente, teniendo todo siempre a punto, cuidado, perfecto. "Como en cualquier familia", argumentan; yo diría que en cualquier familia, en el siglo XX, se vive con muchos menos requisitos, menos servicio y menos exigencias.

La administración, así, a pesar del aire de solicitud familiar que se le quiere dar, se reduce a un

sinfín de innecesarias necesidades -rebuscadas y mentalizadas-, de lo más complejas, profesionales a la vez que familiares, familiares a la vez que profesionales. Difícil mezcla, en la que cabe sacrificar todo lo sacrificable. Se sacrifica la profesión si se trata de acentuar la "familia" y se sacrifica la familia si se trata de "acentuar la profesionalidad".

Un buen número de numerarias y de numerarias auxiliares (empleadas del hogar de la Obra) se dedican de esa manera a servir a los que su profesión les requiere para trabajos distintos. Con formas que seguirán siendo las mejores para dar y para pedir, y para dar, casi diría que las formas desaparecen, no hacen falta, cada uno sabe que puede pedirlo todo, como la que ha de servir sabe que todo lo debe aceptar y realizar sin rechistar. Es problema de fidelidad, y problema de discreción. "La buena administración ni se ve ni se oye", dice el Padre; actúa, hace, sirve.

Se realizan esas tareas desde casas anexas pero separadas, incomunicadas por puertas cerradas con llave que custodian sólo el director y la directora. Comunicándose por medio de un telefonillo interior (también de director a directora) que será como se prevea el lugar y hora para tener preparada, dispuesta, a punto, cada cosa: limpieza, comedor, ropa... La discreción - en este caso separación- impone que los socios de distintos sexos no se vean para nada. Pero sí se solicita y se pide y se exige todo lo que se quiera. Entre mujeres también existe este sistema de administración, aunque con una separación menos rígida por tratarse de sexos iguales. Igual para casas grandes que para casas pequeñas, adecuadamente proporcional en cuanto al número de personas que han de ser atendidas; atendidas ampliamente; a modo de ejemplo, para una casa de ocho numerarios, suele haber en la administración tres empleadas y una numeraria.

En la Obra, a base de todas estas cosas, se vive francamente bien. Hay muchas cosas agradables. Agradables en su forma si no fuera por lo inconsecuente de su contenido. Agradable la cantidad de requisitos que se cuidan, agradable la misma discreción. Se vive bien, muy bien, especialmente los hombres.

Hombres dedicados a un trabajo, a una profesión, que según el Padre es razón suficiente para que no les falte nada, para que no puedan echar de menos nada de lo que tengan otros, asegurándoles de esa manera su propia fidelidad, imposibilitando a que puedan desear algo que no tengan dentro de la Obra.

Hombres que viven en grupos de siete a doce, con una administración a su servicio, maravillosamente atendidos, sin el menor incordio -la buena administración, como decía, "¡ni se ve ni se oye!"-, con plena dedicación y disponibilidad para lo suyo. Cuántos hombres, cuántos padres de familia, darían algo por contar con todo este sistema: todo a punto, todo perfecto, a pedir de boca, y sin tener que entenderse con nadie; sin encontrarse siquiera con un cacharro de limpieza por medio (se hace sin que ellos estén); sin enredos de hijos; hasta sin preocupaciones de mujer. Ya sé que exagero; no sólo es eso lo que cuenta en la vida; pero creo que cuenta bastante.

En el caso de las mujeres es distinto. Se ha de vivir todo igual, y de hecho todo ha de ser igual de selecto. Pero ellas son las que lo trabajan, ellas las que sirven. No tienen la compensación de unos hijos, ni la ayuda de un marido; pero sí tienen el incordio de tantos hombres que, pidiendo y necesitando, equivalen a muchos maridos y muchos hijos.

Administraciones llenas de personas, superabundantes medios; pero en las que siempre son mayores las exigencias. Siempre es poco lo que se haga, siempre se ha de estar absorbida (es

necesidad de buen espíritu), siempre dando más y llegando a más. Realmente no es fácil de explicar, ni de entender. Dice Monseñor que "basta con la mujer que sea discreta". Porque la Obra necesita de toda esta discreción y de todo este servicio. Necesita este tono, este sistema de vida que su fundador ha querido para ella. Aunque además no sea la realidad de esa labor la mejor manera de dar a entender la Obra como su fundador quiere que se la entienda.

Discreción es también en la Obra, por ejemplo, tener unas canciones propias, hechas por personas de la Obra, alusivas a ideas del Padre, a detalles de la espiritualidad peculiar de la Asociación, que nadie más, que no sea de la Obra, debe conocer; únicamente deben cantarse entre los socios numerarios y los agregados; los supernumerarios no deben aprenderlas, sólo conocerlas (quizá para evitar que "se les escapen"). Canciones con aires populares; unas espirituales, otras profanas; entrañables todas. Nada tiene de particular que las haya; lo extraño no es que existan, ni que haya quien las componga, ni que al Padre le gusten y que todos las canten con entusiasmo, que se inculquen, que se enseñen. Lo extraño, lo chocante, es que tengan que ser secretas, "que nadie más las oiga"; y si las oyen (alguna vez en fiestas o reuniones en que haya gente de la calle, previamente seleccionada y expresamente invitada) hay que recurrir a todos los medios para que nadie las aprenda.

La Obra tiene un saludo establecido, "Pax", al que se contesta "in aeternum", que no debe usarse delante de nadie que no sea de la Asociación; lo usan sólo entre ellos. También por discreción.

Tienen imprenta propia -en la casa de Roma- para sus propias publicaciones (cartas del Padre, instrucciones internas, revistas). Publicaciones de "calidad especialmente cuidada", pero también exclusivamente internas.

Tienen muchas peculiaridades que debe evitarse trasciendan. Y de esa manera se evita, se crea en los socios un pudor tan especial que, de una manera incluso inconsciente, los hace personas cargadas de reservas, de secretos, de disimulos con la mayor naturalidad.

UNIDAD

Ardua cuestión, pero imprescindible, fundamental. La unidad en la Obra es ese eco constante del "porqué" y del "cómo" tantas cosas están vetadas.

Por unidad es por lo que surge la imposibilidad de hablar o comentar nada que no sean intrascendencias, con ninguna persona distinta a la designada para llevar la charla.

Por unidad es por lo que no se puede opinar, ni objetar, ni hacer falta razonar, preguntar, etc., sobre indicaciones o sugerencias de los directores, ni en clases, ni sobre temas de meditaciones o charlas de formación.

En diálogos ordinarios no se puede interrumpir a los directores, como condición necesaria de respeto y de unidad. Concretamente, "interpretar" es en la Obra (por formación) algo detestable, inconcebible, es faltar a la unidad. La acogida siempre entusiasta, el afán de transmitir y corear todo aquello que indican, y sólo eso, es y debe ser, necesariamente, motivo y actitud de unidad.

Nadie tiene por qué tener más necesidades personales que las de hacerse y ser cada día más Opus Dei.

Nadie tiene por qué dar -en las charlas, incluso- consejos que personalmente le parezcan adecuados para cada caso, porque por unidad lo importante es "dar" el espíritu de la Obra. Por eso en la charla personal semanal, la unidad debe llevar consigo la necesidad de ser muy naturales, pero "sin que se tenga que buscar en ella un desahogo personal"; lo importante es que a través de los temas preestablecidos que deban ser tratados, "se identifique con el espíritu del Padre". Al recibirla -como decía-, debe aconsejarse lo establecido y escrito, lo indicado por el Padre para todos.

Es la unidad la que define como ÚNICA la ejemplaridad del Fundador. Sólo su oración, su contemplación, sus mociones son trascendentes y admirables. Aunque haya alrededor un montón de personas capaces de las más elevadas reacciones, maravillosas, ejemplares y santas. Permitir que eso trascienda, consentir en ello, producir cualquier tipo de admiración (con culpa o sin culpa) por parte de cualquier persona que no sea el Padre, es necesariamente desunir.

Es totalmente lógico que el Padre tenga su peculiar manera de ser, que sus ocurrencias, sus dichos y sus hechos sean todo lo geniales y atractivos que se quiera, que sirva de estímulo a muchos. Pero no que esa manera suya tenga que ser necesariamente norma y medida de unidad.

Como fundador, él será el instrumento para transmitir a muchos un mensaje determinado, para fundar la Obra. Que, en palabras suyas, "no se la ha inventado un hombre; yo soy un instrumento inepto y sordo; si Dios hubiera encontrado otro peor, lo hubiera escogido, para que se vea que la Obra es Suya". Y sin embargo es su absolutismo personal lo que cuenta. ¿Dónde está la coherencia?

En la Obra hay socios que son grandes personalidades, gente de renombre, que destacan, que se los conoce por sí mismos. Que se les admite, podríamos decir, su propia categoría y brillantez. Pero que se les admite en beneficio de la propia Asociación. Pueden y deben sobresalir, pero siempre en cosas distintas a las que pudieran competir a Monseñor. En casas en que la misma Obra pueda gloriarse. Nunca en nada que pudiera eclipsar al Padre. La Obra se precia

de sus eslabones de oro (como los llama el fundador), se precia de la capacidad y repercusión de los suyos. Pero en orden a la gran capacidad del Padre, que ha sabido influir y llegar y captar a todos éstos.

Tan importante es la unidad en la Obra o, lo que es igual, la identificación con la mente y el corazón de Padre, que entre las cosas gráficas que podría comentar, hay una frase que dice "aunque nos mande llevar un plumero tieso en la cabeza, si lo dice el Padre es porque es lo mejor". "Y el que no lo entienda -siguen argumentando- es un soberbio y no sirve."

Cualquier falta de unidad es considerada falta grave. Es un enorme problema que a muchos llega a afectar muy seriamente. Pesa, y rompe mucho superar tanta mentalidad de infidelidad y de pecado.

Siempre estuve dispuesta a entender y a defender una unidad que se compone de claridad, de ser noble, sin reservas, sin chismes. La unidad de una colaboración sin condiciones. Que necesariamente debe ser recíproca. Unidos así, sí. Pero ¿unidos por despersonalizaciones masificadoras?

Dentro lo presentía. Ahora, con un poco más de perspectiva, he logrado entenderlo. Ahora, cuando pensar de esta manera está ya fuera de la infamia que hacerlo dentro suponía, sí creo que he logrado comprender la clase de unidad que se emplea en la Obra. Se evita toda comunicación entre los mismos de dentro, además de con los de fuera. Se consigue que nadie pueda conocer el sentir ni necesitar de nadie que no quede dentro de un control organizado... Se unifica la comunicabilidad incomunicando. Y así ¿qué es lo que pasa?, en un ambiente tan pregonadamente sencillo y al parecer tan apacible y conforme, en esa Obra de Dios que "nunca pasa nada", ¿qué es lo que pasa? Pues pasa sencillamente eso. Pasa que "pase lo que pase, nunca pasa nada".

Atreverse a romper esta barrera es tanto como atreverse a romper con lo sagrado. Con la sagrada obligación de amar y venerar la "bendita unidad de la Obra" como la define el Padre.

Por un lado "no vayas", "evita esa compañía", "no leas eso", "no asistas". Por otro: "hay que ahogar el mal en la abundancia del bien". Y un espíritu que se concibe y se prodama positivo y constructivo por excelencia, se convierte en un sinfín de prohibiciones que ahoga en negativas su más positiva teoría.

Teóricamente hay que influir, participar, estar en todas partes, para llevar el buen espíritu a todos. Pero en la práctica ha de hacerse sólo en aquellos núcleos en los que de antemano se admite y se admira a la Obra. Cuando no es así, ¡ajo!, "es un peligro para el alma" (de los socios, claro).

Peligros, enemigos, detractores que hay que saber verlos venir y defenderse de ellos, e incluso desmerecerlos si así lo exige el buen nombre de la Obra. Es sorprendente la constante sensación de atacados que tienen. Les surgen enemigos con la misma agilidad y curiosa fantasía que en el Quijote. Muchas veces, los mismos acusados de ofensores se sorprenden de que se los entienda como tales. Cualquier disconformidad, cualquier disidencia, por intrascendente que sea, en medio de este contexto de lo que en la Obra se entiende por unidad, resulta un ataque.

Algunos los han tenido muy concretos y determinados, claro que sí. Muchos se evitarían, creo yo, tomándose las cosas (los mismos ataques) de otra manera. Y bastantes no dejan de ser molinos de viento que se mueven en la mente de soñadores hidalgos como el de la Mancha.

"La Obra tiene detractores hasta en las más altas esferas de la Iglesia", aseguran; de los gobiernos, etc. Tiene, dicen, enemigos que intentan ponerle a cada paso la zancadilla. Pero - siguen diciendo-- "para eso tiene también el Padre hijos suyos en todas partes, que le informan y le ayudan y le tienen al día de todo".

Es "lógico", decía, que ante mentalidad semejante, la unidad de la Obra se defiende y se inculca de la manera que se hace. Lógico, sí, pero ¿hasta cuándo?, ¿hasta dónde podrá llegar este sistema de unidad, esta manera de imponerla y de concebirla? ¿Habrá quien durante mucho tiempo más siga admitiéndola (muchos, más jóvenes, con mentes distintas), entendiéndola? ¿Hasta cuándo seguirán tantos sin desenmascarar el fundamento que la mantiene: de separar (desunir), incomunicar?, de impedir, de prohibir, de desconectar y recluir, ¿hasta cuándo a esto podrá seguir llamándosele unidad?

Una vez se me ocurrió comentar (sólo a personas muy hechas y mayores) que quizá en la Obra, igual que se habían superado cosas de los primeros tiempos, que entonces se las creía del mejor espíritu, como trabajar por la noche, hacer las colchas cuanto más complicadas mejor porque parecía que así la entrega era más exigente, etc., para llegar luego a contemplar todo esto como pura anécdota de una época primera, ingenua, ejemplar, pero lógicamente superada por la madurez, se me ocurrió, decía, comentarlo (con cierta ilusión y esperanza) para llegar a la conclusión de que podía seguir pasando igual con muchas otras cosas de las que muchos seguimos encontrando ingenuas y absurdas. Pero me advirtieron (especialmente un sacerdote muy importante cerca del Padre) que tuviera cuidado, que no era manera de argumentar ni de pensar para ninguna persona de la Obra.

A veces también, ante la aplastante lógica de objeciones que yo ponía, con el único afán de dialogar cordialmente y buscar ayuda, me llegaron a advertir (sacerdotes de prestigio en la Asociación) "que se puede decir la verdad de las cosas, pero que no hace falta tener en cuenta "toda la verdad"", "No se trata de que las cosas tengan explicación, sino de vivir la unidad de la Obra". Parece como si la unidad fuese antes que la misma verdad. Unidad a costa de todas las opiniones de las demás, ¡que las hay!; que se aportan y se exponen y que se las ignora. Unidad que significa total compenetración con la persona del Padre; pero de ninguna manera nada semejante con respecto a los demás (a los demás de la Obra, incluso).

Es mucha unidad la unidad de la Obra. Unidad que por principio, y como condición indispensable, es la que impone y exige renunciar a la amistad. Que no cabe porque, además de concebirse como degenerativa y escabrosa, se la considera un enorme peligro para la unidad. Ser amigas es realmente crear la posibilidad de una comunicación, que no va con el estilo de incomunicabilidad que necesita la unidad de la Obra. ¡Qué pena que no quepa entender, sino de esta manera, nada menos que a la amistad! Por muy evangélica que sea, como lo es. Sobra, desune, dicen... ¡la amistad!

De lo que no cabe duda es de que esta clase de unidad apiña. Domina y hace fácil un conjunto manejado y controlado. Que también explica la total aversión que se crea sobre las personas que rompen semejante cerco, que se salen de él, que se desvinculan; explica el desprecio y el desconocimiento a que se reducen.

Por todo esto, y para salir al paso de la decepción que mi desvinculación podía producir en algunas personas que yo sabía que me tenían cierto afecto, me permití hacerles notar (por carta, que quizá nunca llegarán a leer), que no les estaba fallando. Personas a las que mi estilo ayudó y pudieron concebir en él cierta esperanza de que las cosas, en medio de la lucha de

tantas diarias incoherencias, pudieran ser de otra manera. No les he fallado sino confirmado con obras que creo y vivo precisamente todo aquello que a ellas les sirvió. A la vez de que para las que pudiera haberles hecho daño, también eso era una solución: evitárselo.

¡Qué difícil es, en medio de este tinglado, llegar en la Obra a llamar a las cosas por su nombre!

No creo exagerar si me atrevo a decir que en la Obra por unidad está permitido, entre otras cosas, incluso faltar a la justicia. Por ejemplo, sé de una persona que recurrió a los propios directores de la Asociación con una reclamación seria de sus personales derechos, y le aconsejaron que lo dejara, porque aunque tuviese toda la razón, las cosas se desenvolverían de tal manera que tendría que ser ella la que acabara cediendo; sería muy desagradable y duro, y al final, necesariamente, se haría sólo lo que hiciera quedar por encima a la Obra. No cabe la justicia, no. Y no cabe sencillamente porque antes que nada y que nadie está el prestigio, el propio nombre, y la propia honra de la Obra, sólo de la Obra.

En la Obra, cuando de la noche a la mañana dejan a una lo más sola posible, parece como si la retaran "a ver qué amigas encuentra". Si se encuentra más sola, será más castigo a su infidelidad. Sin darse cuenta de que la carencia de la amistad en esos casos no es sino el lógico tributo del propio actuar de los que quedan, de los fieles. Extraño tributo, pero ¡real tributo!

La amistad es algo que, lógicamente, no se improvisa; no puede darse de repente, no crecen amistades de las macetas. La amistad sólo puede ser consecuencia de vivir circunstancias paralelas, de tener ideales comunes, de haber compartido tiempos de bregas y de ilusiones.

Se jactan de la soledad y de la añoranza que todo esto crea en los que se van. Añoranza que -repito- es muy difícil que pueda ser precisamente de la Obra. De la Obra sólo se puede sentir añoranza cuando no se ha llegado a conocerla del todo; pueden añorarla los que se fueron muy pronto, o los que lo hicieron por causas muy específicas y particulares. Puede añorarse, sí, a determinadas personas, a esas que hubieran podido ser amigas. ¡Qué osadía llamar amiga a alguien concreto en la mentalidad de la Obra! Decir esto, para ellos, es casi una herejía. Ahora que lo veo de lejos me produce sonrisas, pero es tremendo pensarlo. Tributo exigido por lo que en la Obra consideran nada menos que "unidad".

Un tributo que a su vez impone como herencia unas dificultosas ganas de no volver a unirse a nada ni a nadie, de independencia. Ante experiencia semejante, sólo se desea salir de todo lo que pueda parecésele. Los que hemos vivido experiencias iguales -los ex socios- yo diría que nos necesitamos, podríamos ayudarnos mejor que nadie. Y sin embargo lo normal es que ninguno quiera contar con nada semejante. ¡Lejos dificultades, mentalidades extrañas, problemas, líos...!, dicen la mayoría. Decía tributo y habría que seguir diciendo... ¡es mucho tributo! y lo es por todo esto.

Unidad que sólo deja esta herencia. A la que quieren llamarle "consecuencia de faltar a ella"; pero que si esto no es sino su fruto, "por ellos los conoceréis".

Unidad de una Obra de Dios que ignora a la persona precisamente para implantar un sistema personal ¡tremenda clase de unidad! Hay que unirse al mito personalista del Padre, ante el que "sobran todos los demás", toda clase de consideraciones con otros, de comprensión o de reconocimiento a nadie más.

Aunar esfuerzos, ideales, tener unas mismas metas, todo esto es bueno; es lo que lógicamente puede contribuir a que unos planes de Dios -fundacionales en este caso- se cumplan. Despersonalizar para someter, masificar: unifica pero desune, apiña pero aísla.

PUREZA

No es un tema de moda, lo comprendo. Ahora, el que no da rienda suelta a su instinto, a su sexo, "no se realiza". El hombre toda la vida ha sido "animal racional". ¿Tendremos que conformarnos con ser menos racionales para ser más animales? ¡Cuántos -pienso yo-, realizadísimos sexualmente, están totalmente sin realizar intelectual y espiritualmente! En fin de cuentas, realización ésta, queramos o no, mucho más humana.

No es un tema fácil tampoco en la Obra, por motivos muy distintos. Como he venido explicando, en la Obra las necesidades personales, las soluciones, no cuentan, no se consideran importantes. Pero sí cuentan y son enormemente fundamentales las prevenciones.

Constantes medidas preventivas, tomadas y concebidas a la luz de las posibilidades de deprecación más alarmantes. Querer, sentir cariño en la Obra (como he venido comentando) sólo es lícito sentirlo por el Padre. A los demás hay que quererlos, pero sin "quedarse" en las personas, dicen, sin que sea un cariño a nadie en concreto. Un cariño de detalles externos, que para nada afecte o emplee los sentimientos. Si alguna vez se nota el sentimiento, debe una acusarse y buscar la manera de evitarlo, huir de la persona que lo estimule y concebir que es una tentación denigrante.

Los cambios, en la Obra, mucho más que por razones de necesidades de las labores apostólicas, suelen ser por ese motivo. Hay que separar inmediatamente. Hay que someter los gustos, hay que impedir todo encanto que pueda influir en el sentimiento. A la que le guste el Sur, al Norte. A la que está bien en un ambiente, que vaya a otro. Si resulta cómoda una convivencia, mejor un cambio, para que se conviva más a contrapelo. A la que se hace demasiado cargo de una situación, que cambie también, que no sea que se le tome demasiado cariño a aquello. Dicen que tanto cambio enriquece. ¡Claro que enriquece! Hay que hacerse gallega con los gallegos, catalana con los catalanes, castellana con los del centro. Lo que pasa es que a fuerza de hacerse tantas cosas distintas, se acaba... deshecha.

La convivencia, la vida de familia, que debería ser ese descanso de que el Padre habla, aludiendo a un ambiente acogedor y amable, que es el que sus hijos han de encontrar en las casas de la Obra al volver de la brega diaria, acaba convertida en un sinfín de prevenciones rebuscadas, realmente ofensivas, que la hacen cansadísima, extraña y complicada. Hay que medir el tiempo que se mira a una u otra, cómo se sonrío a ésta o aquélla; qué ratos se dedican a charlas con cada una, etcétera. No cabe salir, pasear dos días con la misma, de las de dentro (de fuera, sí, pero sólo so pretexto de apostolado). Para todo eso habrá siempre más de una dispuesta a "prevenir", a sobreentender, a entrever..., para acribillar a correcciones fraternas; consiguiendo que todo se complique y retuerza. Decir, decir, salir al paso; cuenta enormemente el "por si acaso". Por si acaso todas las prevenciones son pocas, todas las medidas parecen cortas. Un ambiente en el que lo importante es "darse", pero darse... de esta manera.

Dos numerarias no pueden estar nunca en una habitación a puerta cerrada (por eso muchas puertas son de cristal); ni siquiera esporádicamente deberán dormir dos solas en una habitación, como no deben vivir en una casa dos únicamente, sino tres o más. Cualquier síntoma de afinidad entre dos personas es "luz roja" para la separación más radical. A las puertas de los dormitorios acabaron quitando los pestillos que tenían para cerrar por dentro, para que nadie pueda aislarse bajo ningún concepto. Son únicamente algunos detalles. Detalles que habrá que encajarlos en el supuesto contexto de confianza que tanto se pregona en la Obra, de la que tanto se alardea, y que sólo por necesidades preventivas queda así de condicionada.

Prevenir en razón de unas posibilidades necesariamente degenerativas, incluso entre personas del mismo sexo (el otro ya está bien separado). Teniendo que admitirlo y consentir en ello a pesar de la repulsividad lógica que para cualquier persona medianamente normal supone.

Conozco personas a las que se les han creado verdaderos problemas de este tipo que nunca hubieran tenido por sí mismas. Hacen pensar lo que nunca se les hubiera ocurrido. Y ofende, ofende y decepciona, creo que con motivos, prevenciones particulares, aplicadas a la generalidad.

Acepto que se pueden dar toda clase de casos y de cosas. Se puede caer en toda clase de debilidades, y sé que hay que contar con que somos humanos. Pero de ahí a que, para no ser ingenuas y tener los ojos bien abiertos, sea necesario concebir que si no se actúa con toda esta enormidad de prevenciones lo normal sea degenerarse...

Personas dedicadas a un tipo de vida, de delicadezas interiores, de exigencias ascéticas, como las que la vocación de por sí implican... ¿No sería posible prevenir de mil maneras que no tuviera que ser desconfiando de todas, o imponiendo esa desconfianza como sistema? Hay personas que tienen mal el hígado y necesitan someterse a un régimen alimenticio y de medicación determinado, pero ¿acaso por eso va a ser necesario aplicar a todas las personas (todas tienen hígado) el mismo régimen, por si acaso, y para evitarles enfermedades hepáticas?

En la vida se puede renunciar al amor sexual como donación a Dios de lo más entrañable y propio que el hombre tiene para entregar de si mismo. Pero no se puede, no se debe, no cabe (por ley natural) renunciar al amor humano en general. Como no se puede reducir este amor diario y noble a la única y sola persona del Padre, como en la Obra se pretende.

Una Obra en la que se logra superar un montón de prejuicios. La suficiencia, el desparpajo, esa desenvoltura para tantas cosas que tienen los miembros de la Obra, ¿qué son sino prejuicios que se desechan? Y sin embargo, parece como si tuviese que ser a costa de crear y de fomentar otros muchos más absurdos e innecesarios. Es la eterna cuestión. Personas que podrían llegar a conseguir una auténtica simplicidad (atributo divino) de mente y de vida y de situación en la sociedad; personas para las que las complicaciones objetivas no existen, porque tienen todos los medios, las imposiciones se encargan de enredar y complicar. Personas que, por el hecho de ser seculares, de la calle, pueden tener mentalidades suficientemente normales para no necesitar que se las trate como adolescentes, colegiales o gente recluida. ¿No será que es en eso donde se trastocan las cosas, y donde debería haber unas situaciones lógicas y amplias, se acogota a la gente, y se quiere arreglar luego con imposiciones y medidas que "malamente" suplan?

Una "asociada numeraria", durante un tiempo en el que actué de directora, estaba totalmente desconcertada y harta de todo, y encontré en mi manera de ayudarle la posibilidad de volver a ver las cosas con mucha más ilusión y afán de entrega. A esa persona, por tales resultados, y por el hecho de que ello llevase consigo un cariñoso sentido de agradecimiento hacia mí, aparte de separarla inmediatamente (nos llevaron a vivir a casas distintas sin más razones), le prohibieron algunas directoras regionales saludarme cuando se encontrara conmigo en la calle o en cualquier otro sitio. Yo había pasado a ser un peligro para ella; así se lo aseguraron. Y cuando, ante esa extraña medida, acudí al director espiritual de la delegación a que pertenecíamos, para que estudiara el caso y solicitara una rectificación al nivel adecuado, a ese director espiritual (sacerdote), que así lo hizo, le contestaron (en asesoría regional) "que olvidara el caso"; era la única rectificación que cabía.

A otra numeraria también, y por motivos de agradecimiento hacia mí, muy semejantes a los anteriores, se le ocurrió comentar en su charla con la siguiente directora, la que me sustituyó, que echaba de menos la ayuda que en mí había encontrado para su vida interior, se le aconsejó que rezara con frecuencia la jaculatoria "aparta, Señor, de mí lo que me aleja de ti"; yo era el obstáculo.

En otra ocasión se trataba de sacar adelante a una haciéndole superar su aburrimiento, su desilusión, acogiéndola y animándola en un intento que podía ser el último recurso. Después de una temporada difícil y árida intentándolo sin conseguirlo, cuando esa numeraria empezó a reaccionar y se la empezó a ver más contenta y a gusto, a otra de las de la casa se le ocurrió interpretarlo como motivo de apego, organizando todo el consabido proceso (prevenciones y acusaciones); proceso en el que incluso el sacerdote (director espiritual de la casa), a pesar y además de conocer la intención y la situación de las partes interesadas, no pudo hacer otra cosa que aceptar la prevención, indicando que lo mejor era separarnos, porque a las demás (que estaban enredando) había que darles la razón "para tenerlas contentas" y no desilusionarlas de la eficacia de sus prevenciones.

Yo puedo asegurar que si la actuación de mi familia tuviera que ser juzgada, interpretada a la luz del sentido de pureza en la convivencia que se tiene en la Obra, podrían ser tachados todos de verdaderos degenerados. Y no me importa ser así de contundente, precisamente con los míos, porque es evidente lo normales, lo buenazos y lo ejemplares que son, además de ser afectivos y cariñosos.

En la Obra insisten en que hay que ser delicados. Pero hay que saber encajar este sentido de delicadeza, porque no vale hacerlo bajo su significado ordinario. Delicada, pero indiferente; atenta y cordial, pero distante; acogedora y comprensiva, pero impertérrita. "Fina y delicada" para captar y vivir al pie de la letra todo aquello que indican, que piden, que inculcan los propios directores como portavoces del Padre. Pero a la vez insensible y capaz de aguantar y de pasar por encima de las más atrevidas condenas y de los más "audaces" calificativos que puedan afectar al propio prestigio de la persona, siempre que la Obra sea la que dictamine. Pueden considerar que una es una degenerada, o lo que sea, con la mayor desenvoltura del mundo, sin más pruebas que esa mentalidad intuitiva-preventiva; y sin que haya nada que alegar ni de que defenderse. Disculparse sería una falta de humildad, de confianza en los que gobiernan, que necesariamente son mucho más objetivos.

Así como no cabe preocuparse por nadie que no sea por todos a la vez (fatal amistad particular); nadie tiene por que tener más necesidades ni más "problemas" que los previstos. Y no hay más camino ni más actitud con nadie que la de encasillar y vigilar a todos.

Hablaba de delicadeza, de finura de espíritu; que supone, queramos o no, un mínimo de sensibilidad. Finos sí, delicados también, pero sensibles no. Hay que ejercitarse en toda clase de solicitudes; pero hay, a la vez, que renunciar a todo tipo de sensibilidad, de sentimiento, de reacciones consecuentes.

Por austeridad, por necesidad de una ayuda exigente a esa lucha de continencia y pureza, en la Obra las mujeres duermen en tablas. Los hombres no. Ellos, según Monseñor Escrivá, después de un día de trabajo intenso necesitan descansar bien. Intensidad que en el caso femenino parece carecer de importancia. A ojos vistas el trabajo de las numerarias es bastante más cansado que el de los numerarios, al menos físicamente.

Los numerarios pueden dormir los días que les parezca oportuno hasta la hora que quieran; las mujeres, no. ¿A qué todo eso? ¿Qué es, realmente, lo que el Padre se propone con ello? ¡Demasiada discriminación! entiendo yo. Siempre en los hombres la continencia ha sido más difícil que en las mujeres. Y, sin embargo, en la Obra es como si ocurriese lo contrario.

Para elegir nuevo presidente general, cuando llegue el caso, los hombres tienen voto, las mujeres sólo voz. (Siempre dentro de los electores que son un grupo muy reducido dentro de la asociación, previamente seleccionados.) Como en lo de las tablas, un detalle más de discriminación. De hecho el presidente general lo será para toda la Obra, para unos y para otros, igual para las dos secciones. Pero no es lo mismo, según para qué cosas, en la Obra ser hombre que mujer.

Una numeraria o agregada no puede trabajar en ningún departamento en que tenga que estar sola con un hombre. No puede tener ninguna relación con los amigos de sus amigas. No debe ir ni de visita a casa de los supernumerarios, para evitar relaciones entre personas de uno y otro sexo. En palabras del propio Monseñor Escrivá, "hay que cuidar la vista, la revista y la "entrevista"". Siempre estuve de acuerdo, y lo sigo estando, en que evitar la ocasión evita el peligro. Pero la ocasión real. ¿Cómo, si no, la realidad de una vocación secular, de una mentalidad normal?

Cuando aludía al sistema de administración de las casas de la Obra, creo que dejé clara la separación total que se vive. La casa de la administración y la administrada son siempre dos zonas contiguas, pero llenas de requisitos para lograr una total separación. Horarios de limpieza fijos y establecidos para no coincidir. Telefonillo interior exclusivo de directores por el que se pide todo, pero nunca se nombra a nadie. En el comedor sólo el director puede dirigirse a las doncellas, queda prohibido para los demás. Concebido todo esto como necesidad de distancia entre distintos sexos.

La separación de las casas primero obligaba a que las puertas de comunicación tuvieran una cerradura por cada lado, que cada director (la directora en el caso de la administración) custodiaba vigilantemente, abriendo sólo a las horas indicadas. Después fueron dos puertas paralelas. Ahora, además de ser dos puertas, debe quedar un espacio de separación entre las mismas para que la distancia sea mayor.

A nivel de sacerdotes la separación implica, por ejemplo, que si una numeraria está enferma, aunque se esté muriendo, ha de estar acompañada por otra de la Obra, para que el sacerdote pueda pasar a administrar algún sacramento, ya sea en casa de la Obra, en clínica, o donde toque. Mientras los varones tienen todas las posibilidades para ser atendidos por los sacerdotes, las asociadas no las tienen. Más discriminaciones.

Estando yo fuera me han contado (otra que ha salido después que yo) que si una numeraria se permite hablar a solas con un sacerdote (de la Obra lógicamente), fuera del confesonario, ella queda obligada a no acercarse a comulgar durante una semana, y al sacerdote un mes suspenso a "divinis".

En mi época, cuando un sacerdote pasaba a una casa de mujeres a hablar de las necesidades espirituales de las de la casa, o de la labor apostólica, debía hacerlo siempre de pie, y era obligación de todos ser lo más escuetos posible.

He oído contar como anécdota graciosa a la vez que "formativa" la reacción de una pobre niña (ingenua y fiel), de una empleada del hogar, que trabajaba en una residencia de la Obra; esta-

ba tan bien enseñada que una vez que se despistó del grupo de la limpieza de la residencia, al ver acercarse a ella un residente, gritó asustada " ¡un hombre, un hombre!" y se metió en un cesto de ropa que había cerca, para que no la vieran, hasta que el residente desapareció.

Normas e imposiciones que son consecuencia de una mentalidad, de la única que en la Obra cuenta. Todas ellas expresión fiel de la mentalidad del Padre.

No quiere decir esto que todos en la Obra tengan la misma mentalidad; en la Obra, de hecho, hay mentalidades y mentalidades. Lo que sí pasa lógicamente es que la mayoría se mentalizan.

El Padre valora y proclama santa la unión de un hombre y de una mujer, en el matrimonio, asegurando bendecirla con las dos manos, para a su vez centrar toda su importancia en la obligación de tener hijos, muchos hijos, todos los que Dios quiera. Una supernumeraria joven decía, como defensa ante la falta de detalles afectivos que se veía entre su marido y ella, que "a su marido sólo lo necesitaba para darle hijos". No todas las supernumerarias piensan y actúan así, lo cuento únicamente porque de alguna manera es consecuencia de lo que se les inculca a todas. Supernumerarias que, por razón de buen espíritu, de sinceridad, y de formación en la castidad, han de hablar de sus más íntimas relaciones -en su charla quincenal- a numerarias muchas veces muy jóvenes que nada saben ni tienen por qué saber de ello, sometiéndose a sus consejos. ¡Cuántas extravagancias como consecuencia! Sin que propiamente sea lo que se pretende, pero sí su resultado lógico.

Hay que huir, protegerse del ambiente de impureza de fuera. Por la calle hay que cuidar la vista, no mirar, por ejemplo, las carteleras, que, dicho sea de paso, dan cada día más asco. Hay que influir en la moda, hay que dar testimonio de decencia, importante tema; lo considero un apostolado deliciosamente femenino. Aunque su testimonio por parte de los de la Obra quede tan ahogado en su propia y característica introversión.

El tema de la pureza en la Obra es, a pesar de los pesares, un silencioso tema. Podría decirse que prácticamente ni se la nombra. Se habla, sí, de pureza, pero no se cacarea más que otras cosas. Se toman medidas, se actúa, se le da importancia exhaustiva; pero si puede taparse con alguna que otra disculpa, mejor.

Rezar, pedir por "la pureza de los de la Obra", porque todos sepan vivirla de esa manera y no falten a nada de ella y sean muy fieles a todo este conjunto de normas. La oración y la preocupación de los de la Obra también ha de estar centrada y acaparada por los que ya son, o están, en vías de serlo.

No quiere el Padre a sus hijos -he comentado ya en otro capítulo- flores de invernadero. Pero la realidad luego... como tantas veces, se ahoga, se anquilosa, a pesar y a costa precisamente de su propia teoría.

OBEDIENCIA

La obediencia que en la Obra cuenta como instituida, es secular y responsable. Nada obliga teóricamente. Ha de ser (teorizan) una obediencia inteligente y racional, que debe, sin embargo, componerse de cumplir al pie de la letra aquello que indiquen, con la convicción de que es lo único realmente bueno. Compaginando toda su secularidad y racionalidad, con el constante "entender no es necesario", "razonar no cuenta", "la conciencia personal es mala consejera" y "todo lo que manden es únicamente la voluntad de Dios", etc.

Se escribe, se publica, se asegura que en la Obra no hay obligaciones, no se exigen votos. A la vez que insiste el fundador, y lo hace sin dificultad, de decir las dos cosas simultáneamente, "en la Obra, obedecer o marcharse".

Obediencia (insisten) "sólo para lo sobrenatural". Sólo en relación con la vida interior de los socios.

Para estimular a sus hijos en la obediencia, gusta a Monseñor glosar aquel pasaje del Evangelio en el que Jesús, desde la orilla, indica a sus discípulos, que habían estado toda una noche sin pescar nada, que echen la red a la derecha; a ellos, que eran hombres de mar, curtidos; a ellos con toda su experiencia profesional sobre pesca y peces. Y, sin embargo, porque se fiaron de su palabra "se les llenó la red, y no podían con la carga". Enseñanza maravillosa del Maestro sobre obediencia y sus consecuencias. Pero obediencia a Cristo, a su doctrina. Aplicar a la Obra, a su aspecto más humano, al querer y al sentir del Padre, esa misma norma, pretendiendo situar en el mismo plano de acogida obediente cualquier indicación suya, me parece demasiado pretender. Sin embargo, en la Obra es un tipo muy usado de pretensión. Podían ser muchos los ejemplos. Otro y muy significativo es el del "fiat" de la Virgen; enseñan que la obediencia debe vivirse con un "fiat" incondicional a todo lo que venga del Padre, a todo lo que sea una directriz de la Obra, como la Virgen. Pero no como Ella a la voluntad de Dios, evangélica; sino a las insinuaciones, a los más insignificantes deseos de Monseñor Escrivá.

El propio Padre asegura que la obediencia en la Obra no tiene que ser ciega, dice que tiene que ser inteligente. Pero que en la práctica ha de atenerse a la "ciega y total convicción" de que obedecer es pasarlo todo por la mente y por el corazón del Fundador; ver, querer, entender... Lo que entiende él, quiere él, lo que ve él.

Para destinar una persona a un país distinto al suyo, por ejemplo, se le consulta si quiere o no, dando a entender con ello que cada uno es libre de aceptar o no aceptar. También se dice que es así como se actúa con relación al trabajo profesional, al encargo apostólico, etc. Pero o a todo se dice que sí, y parece todo maravilloso, o tienes mal espíritu. En cuanto al trabajo profesional, debe ejercerse donde a la Obra más le convenga; ampliarlos reducirlo o renunciar a su ejercicio, según los directores indiquen.

¿Motivos de obediencia en la Obra? Todo.

Repetir al pie de la letra lo que el Padre dice. Hacer cada uno la oración, la lectura, etc., como establezcan en la charla semanal. Acoger incondicionalmente toda indicación de los directores. Leer o no leer, según dispongan. Opinar o no opinar sobre cada tema como los directores digan, etc. Consejos y consultas en constante ejercicio como necesaria materia de obediencia. Obediencia, atenta, "delicada", sólo así es posible en la Obra tener su espíritu, todo lo que no sea eso es diabólico, es soberbia.

Para todo tipo de decisión se debe "consultar". Las personas definitivamente incorporadas a la Asociación se obligan previamente bajo deber jurado, como garantía de fidelidad. Consultar será siempre oír el "consejo" que dan, para, por obediencia, seguirlo exactamente, actuando luego como si fuese decisión propia, "sin achacarlo a los directores", insisten; aunque, paradójicamente, los directores sean los que han decidido.

Las iniciativas de las personas valen en cuanto sean divertidas, ingenuas y manejables; aprovechando esas ocasiones para avalar y defender en ellas una "variedad y libertad" sólo y exclusivamente aparente.

Iniciativas que, el Padre, a veces acepta, acepta colaboradores a su lado que son muchas veces aportaciones estupendas, el Padre sabe bien de quién se rodea; pero lo serán únicamente de una forma anónima, utilizada, pasada, por el "crisol" de su propio criterio.

Obediencia en cristiano creo yo que debe ser la más abierta y total disponibilidad a la voluntad de Dios, a la que debemos acatamiento y sumisión; yo diría más bien veneración, cariño. Obedecer es exigirse; es estar por encima de anárquicos caprichos, de ganas o desganadas. Nunca la "gana" fue norma de conducta para nadie que se precie de una consecuente sensatez. El Evangelio dice que "el reino de los cielos es de los que se hacen violencia". De los que saben contar con los demás, de los que cumplen las reglas de juego. Violencia en la que van a quedar definidos precisamente los diversos estilos de obedecer, que a grandes rasgos podríamos encuadrar en dos grupos; el estilo religioso y el estilo secular. Los dos para una sola obediencia, idéntica en su núcleo fundamental, pero diversa en sus formas. El médico como médico, el jurista como jurista. La monja como persona consagrada. Al seglar como al cristiano de la calle. Una elección en la que cada uno debe buscar lo que más le ayude a vivir los planes divinos, por eso a unos servirá renunciar al libre manejo de sí mismo, para encontrar la ayuda del mandato del de más arriba (obediencia religiosa); y otros verán la eficacia de su vida en una obediencia que corre con las consecuencias de una actuación por sí misma (obediencia secular).

Cada uno es muy libre de elegir el Carmelo, o el Opus Dei, o el matrimonio; lo que mejor crea. Pero en cada una de esas elecciones lógicamente irá implicada una clase de obediencia. Por eso no puede ser igual obediencia la de la Obra que la de un cartujo o una jerónima.

Nada más lejos de mí que minorizar la obediencia. Por el contrario, venero y proclamo como virtud sin paliativos la obediencia. Una obediencia consecuente y trascendente, pero no una obediencia que se confunda con mimetismos. Como no creo tampoco que se pueda llamar secular a una obediencia personalizada que se impone por sistema.

Obedecer a Cristo mismo en su Magisterio, Magisterio de institución divina, es para un cristiano materia ordinaria de obediencia, la única manera de conectar con los designios de Dios. Ante nuestra pequeñez humana, nuestra personal insuficiencia, Dios, que lo sabe, nos brinda esa Iglesia suya, los medios, la manera. Unos mandamientos, unos dogmas, una ética a tono con la grandeza y la magnificencia de Dios mismo; trascendente como la misma Iglesia; a pesar y además de todas las dificultades que la propia actuación de los hombres le aportan. Obedecer es todo eso.

Obedecer para una religiosa será lo mismo más las reglas de su orden. Para un cristiano secular la obediencia no puede ser otra que la de su propia condición de cristiano.

Así como nadie podrá ni deberá nunca disculparse en otra persona de la responsabilidad de

haber faltado a su propia obediencia, nadie, en honor a la verdad misma, podrá erigirse personalmente en regla o medida de obediencia para nadie.

En el estilo religioso serán sus propias reglas las que se erijan (le antemano elegidas por sus miembros. Se erigirá un criterio superior que va implícito en la elección de cada uno para una entrega personal a través de esa clase de obediencia, como mejor y más íntima exigencia. Secularmente no hay más renuncia, no debe haberla, que la que resulta del hecho de ser cristianos. Es la única que cabe, que debería ser, por lo tanto, la obediencia de la Obra. Una obediencia a ciegas, una obediencia incluso en lo opinable. ¿Obedecer o marcharse? ¿Qué clase de obediencia secular cabe que sea ésta?

Se cuenta en la Obra, como anécdota ejemplar, que estando una vez el Padre de tertulia con un grupo de numerarios en la casa de Roma, mandó a uno de aquellos chicos a comprar helados para todos, y le dijo que, al salir, se echara la llave en el bolsillo para entrar al volver. El chico lo entendió, pero vio que había portera, justamente en el mismo vestíbulo, y pensó que no necesitaba la llave. Al volver tocó el timbre y entró en seguida. Pero el Padre, que le oyó, nada más entrar en la sala donde estaba, le dijo: "Hijo mío, tú y yo no nos entenderemos nunca." Aquel chico tenía que haber cogido la llave sin interpretar. Para el Padre entenderse con sus hijos necesita esa clase de docilidad. Así es como hay que obedecer en la Obra. Es una anécdota sólo, hay muchas más, pero creo que ésta da una idea.

No sé qué clase de obediencia será la que conste en las Constituciones. La que predicán y se teoriza es la "secular e inteligente"; la que se exige y se impone en la práctica, es esta otra y sólo ésta. Total, incondicional, a ciegas.

Con miles de fórmulas para establecer las cosas, y al mismo tiempo considerarlas espontáneas. Para exigir que se cumplan a la letra, pero sin que eso impida que, según a la Obra le convenga que unas veces sea así y otras no; interpretación lógicamente a cargo de los propios directores y sólo de ellos. O se acepta como modelo único al Padre y se pasa todo por la obediencia, o "no se entiende el Espíritu de la Obra".

Barrer la escalera hacia arriba puede ser un estilo de obediencia que en la Obra se diga que no se da. Someter la propia conciencia a lo que quieren hacer entender, porque nunca la persona es buena consejera (así lo determinan), creo que en materia de obediencia abarca y llega mucho más allá que barrer hacia arriba la propia escalera.

Que a esto luego haya que llamarlo obediencia inteligente, o lo que se quiera, es distinto. Es y a pesar de los pesares sólo puede ser una incoherencia más entre tantas.

LO PEQUEÑO

"La gran tragedia de la mantequilla" de que habla Camino: "tomé mantequilla, no tomé mantequilla".

Todo lo grande es un cúmulo de cosas pequeñas. Por supuesto que sí. "Porque fuiste fiel en lo poco, te confiaré lo mucho", dice Jesús.

Entiendo que lo pequeño sea finura de amor ¡cómo no! Lo que no entiendo es que se utilice lo pequeño para evitar luchas o posibilidades más comprometidas.

Ante la inmensa complejidad de la vida, de las circunstancias de cada uno, de las mil individualidades naturales, en la Obra se ha optado por radicarlo todo en lo pequeño. En la problemática de los cinco minutos más o menos de oración (los numerarios en su plan de vida tienen dos medias horas al día), en la puntualidad para hacer todos los días a la misma hora la lectura espiritual (un cuarto de hora diario), que una silla no roce la pared, el orden en el armario, etc. En ello hay que volcar la mejor capacidad de lucha, el más intenso afán de superación. Deben ser puntos específicos del examen diario. Y tema de la charla semanal. Para centrar la lucha, como el Padre dice, en las murallas de la fortaleza, y que los ataques no lleguen a ningún punto principal de la misma (Camino, 307).

Una lucha, enseñan, que descomplica y simplifica. Como medio podría ser así. Cuando se extralimita su importancia, no sólo no simplifica sino que complica. Cuando lo pequeño se alza como barrera, como muro de contención -de la problemática real-, entiendo yo que más que estimular, aplasta, entontece, infantiliza. Lo pequeño tratado y obligado de esa manera, empequeñece. Propone un sistema de lucha que por preventiva es la que más enreda y complica. Maniatiza.

A base de tener que coordinar tanta complicación, lo que se crean son personalidades en constante generación de rebuscamientos. Se logra diluir mucha problemática real en lo pequeño, mucho más real que el mismo detalle. Pero desproblematizando por desproblematizar se ha problematizado lo más sencillo y real de la vida diaria. Personas que podrían haber desarrollado facultades maravillosas, y que necesariamente se van anquilosando, adocenando, se van haciendo una masa "fiel", carentes de personalidad real.

Ser pequeños, lo que podríamos llamar "razonablemente pequeños", en la Obra, no es, como debería ser, poner la razón al servicio de sus fines y de la propia vocación. Es anular la razón misma al servicio de la Obra, de su "razón única". Siendo, dice Monseñor, como niños de dos años, que no ven más allá de lo que quieren sus padres.

Cualquier insignificancia, lo más pequeño, un detalle cualquiera -a favor de la Obra- ha de ser para sus socios, en su buen espíritu de solicitud por lo pequeño, motivo de los más grandes aspasientos, de grandes algarabías, de efusivas manifestaciones de acogida y reconocimiento.

¡La importancia de pegar un sello! Dice el Padre que es tan importante pegar un sello como escribir un libro o desempeñar una cátedra: depende -sigue diciendo- del Amor con que se haga. Un amor que no dudo puede ser el mismo para lo uno que para lo otro. Sin que por ello pueda ser igual que personas con capacidad para dar clases en la Universidad se pasen la vida dedicados a pegar sellos.

¿Qué somos nosotros al lado de Dios?, argumenta Monseñor. Realmente algo muy pequeño.

La grandeza del hombre está únicamente en que Dios le haya querido hijo suyo, heredero de su gloria y corredor con él. En la mente del fundador de la Obra, esta pequeñez de la criatura frente a su creador es también aplicable -para todos los socios de ésta- frente a sus directrices y consignas.

Si alguien no lo entiende así plenamente, si no ve en sus directores el único objeto de sus aspiraciones, sigue diciendo el Padre, "es como pretender cazar leones en los pasillos de una casa". Si no hubiera vivido catorce años en la Obra entendería el ejemplo de los leones como aviso a no pasarse la vida esperando cosas grandes, y desaprovechando lo diario. Pero la experiencia me obliga a darle un significado mucho más propiamente deseado por Monseñor. La experiencia me enseña que lo que se previene con ello no son fantasías estériles, sino cualquier forma de actuación menos manejable.

Ser pequeños es en la Obra condición necesaria de docilidad, de adhesión total y plena, sin paliativos, al gobierno de ésta.

Yo, sin embargo, entiendo que nadie, por privilegiado que se considere, por carismático que se crea, puede sentirse llamado a asumir, a sustituir, a encasillar, ni el sentir, ni el razonar, ni la capacidad personal de nadie. Todo un sinfín de talentos personales, que se anulan, se reducen al más total condicionamiento, de unos con otros, de todos para uno. ¿Acaso a todo esto puede considerársele racional, eficaz o consecuente, con una tarea compartida, que como cristianos nos incumbe a todos, sin excepción? Compartida, no sustituida.

Lo pequeño es importante, lo pequeño cuenta y vale, y es amor; el espléndido amor de saber estar en los detalles. Pero ¿cómo va a ser bueno, amor, un afán por lo pequeño que desbanque y arrolle mayores posibilidades personales?

En la Obra se hacen cosas grandes. De la Obra suenan y se conocen actuaciones a lo grande. Grandes labores. Grandes posibilidades. La Obra misma está hecha a lo grande ¿quien lo duda? La Obra sí, para ella y en cuanto es ella misma. Las personas de la Obra, la mayoría, deben amalgamarse en ese "detalle" de cada día que las haga "más santas" por más manejables y más utilizadas, más anónimas; dejando de ser ellas para ser la Obra.

Pequeño e importante es en la Obra, muy importante, cuidar que el pestillo de las contraventanas esté derecho, que no falte un acento en un escrito; o que no exista en ningún mueble una mota de polvo. A la vez de que no importa que una persona sufra o la goce, ni se cuiden las dificultades en la convivencia, los problemas que a cada una puedan suponerle las cosas, porque lo importante en la Obra no son nunca las personas.

En la Obra, si una máquina denota el menor síntoma de mal funcionamiento, se debe dejar de usar inmediatamente y llevarla a revisar; como necesidad de vivir y cuidar lo pequeño. En las personas es distinto; las estridencias, las dificultades, las necesidades aunque puedan ir a más, rompan y repercutan y revienten, no cuentan, no importan, son distintas; son únicamente motivos para ser "recias", "sobrenaturales". La persona está, dicen, para agotarse y dejarse la vida en lo que la Obra le pida o necesite de ella. Al parecer, la máquina es más digna de protección y de mimo que la persona. ¿Cómo puede coordinarse algo semejante? ¿Cómo es posible admitir tal desproporción entre el trato a las cosas y el trato a las personas?

De las personas, en la Obra, se cuidan, sí, las anomalías físicas. Se insiste en que las personas vayan al médico siempre que noten algo, a los mejores; hay establecidos chequeos anuales. Se cuidan las casas, los alimentos, la ropa. Se cuida a la persona que se "rompió", pero

sin que se cuide ni importe que se vuelva a romper, o evitarle las causas por las cuales se rompió; se sale al paso estrepitosamente de esa persona que se agrieta, pero buscando una reacción que la haga volver hacia lo establecido, nunca intentando comprender o entender su caso.

Contarlo es duro. Vivirlo mucho más. Pensar y conocer y saber y consentir que además se haga a título benéfico, es todavía más penoso. No lo cuento con afán peyorativo. Lo cuento únicamente para que, contrastando con tantas otras cosas de las que difunde la Obra, se vaya entendiendo mejor la verdad de todos, de los de dentro y de los de fuera, de los que siguen y de los que se fueron; la verdad de cada uno y su propia consecuencia.

POBREZA

Uno de los temas de que no cabe hablar de la Obra sin que salga a la palestra. ¿Por qué será?

¿Será por lo que tienen, por lo que hacen, por lo que gastan? No, yo creo que no. Porque eso mismo hay otros que también lo tienen, que lo hacen, que lo viven, y no necesariamente se apela al tema cuando se trata de ellos.

No creo que sean las cosas en sí las que den que hablar de pobreza cuando se hace referencia a la Obra. Creo que más bien puede ser su eterna contradicción. El constante alarde de pobre absoluto, pretendiendo hacer de la pobreza nota característica de la Asociación frente a su propia manera de actuar, de concebir las cosas, de vivir. Resulta polémico, diría yo, porque resulta contradictorio.

Una revista nacional publicó, en 1974, una reseña alusiva al tema, muy significativa. Su autora, una de tantas -una más, no me cabe duda- de las que nos ha tocado palpar la realidad de la decepcionante comedia a que en la Obra se lleva de modo tan general, entre otras cosas, la pobreza. Decía:

"¡Oh, qué angustia renunciar a la pequeña ciruela después de un almuerzo con carne, pescado y mariscos! Pero aquella ciruela era lo que te hacía sentirte pobre.

"No olvidaré jamás aquel día que me encapriché con un modelito de 12 000 pesetas. ¿Acaso no sabes que eres pobre?, me recriminó una hermana. Sí, aunque parezca mentira lo había olvidado. ¡Renuncia!, gritó mi conciencia, y yo, valientemente, renuncié: me compré un modelo de 11 000 pesetas. La hermana que me había recriminado me miró emocionada.

"Aquella hermosa mansión, donde todas vivíamos en amor y pobreza, rodeadas de bellos cuadros y hermosas porcelanas, era nuestro sonriente calvario. Yo, por ejemplo, en vez de sentarme en un mullido diván de terciopelo, hacía un esfuerzo y me sentaba en la mecedora de rejilla.

"No tener nada, no poseer nada ¡qué alegría tan grande! Usabas la ropa, los salones, las bibliotecas, pero nada era tuyo, ni siquiera el dinero que gastabas.

"Eramos tan pobres, que teníamos que pedir. Y mientras tomábamos el té con las marquesas, las diplomáticas y las millonarias, exponíamos el problema. Y eran tan buenas, que sólo bastaba insinuarlo, y con la delicadeza propia de nuestro espíritu, ellas metían un cheque en un sobre perfumado. ¡Qué hermoso gesto de caridad el suyo, y qué hermoso gesto de pobreza el nuestro!

"Pero un mal día me cegó Satanás y decidí abandonar la lucha y la pobreza, y abandoné la mansión del sacrificio, y abandoné a mis hermanas. Y entonces perdí mi trabajo, mi ropa, mi alimento, me quedé en la calle sola y triste. Y encima dejé de ser santa."

¿Se trata de una caricatura o se trata de una realidad? Si por caricatura se entiende resaltar los detalles más sobresalientes de aquello que se caricaturiza, sí puede ser caricatura; si se entiende por caricatura exageración, no, no es caricatura. Nada de ello exagera nada, es la pura realidad; y como siempre, no toda. Quizá redactado algo jocosamente; lastimosamente, diría yo.

Vivir la pobreza no puede ser, ni mucho menos, dejar carta blanca a los que atesoran, acumulan, negocian para el mal, para la perversión; ni siquiera vivir indiferentes ante los bienes de la tierra.

Yo entiendo que las cosas buenas, importantes, valiosas, deben conseguirse y usarse cuanto más mejor para el bien, para la Gloria (de Dios, para todo lo que lleve a ello. Sin olvidar que una cosa es conseguirlas y usarlas; saberlas usar, con proporcionalidad. Y otra, muy distinta, acumularlas para instalarse en ellas.

En la Obra, la fuerza de toda argumentación sobre pobreza pretende ampararse en el cuidado de las cosas pequeñas; cosas pequeñas, minucias, perfeccionismos..., para que todo dure y se conserve, y esté siempre como el primer día. La puerta que no se debe golpear para que no se estropee, el cuidado de que no se quede ninguna luz encendida a destiempo; bordear la alfombra para que, usándola menos, dure más, etc. Argumentaciones, teorías, que lo mismo pueden ser consecuencia de un sentir caprichoso, quisquilloso, vulgarmente detallista, que de una tendencia a la avaricia. No porque piense que ninguno de esos casos tenga que ser el de la Obra. Únicamente entiendo que las motivaciones de un afanoso cuidado de lo pequeño en poco justifica, o puede ser suficiente, para garantizar un espíritu de pobreza.

Qué fácil, qué bonito sería todo si todos pudieran hacer igual que en la obra, si todos fuésemos perfeccionistas, qué fácil y qué tremendo si todos nos propusiéramos cuidar el detalle como lo hacen ellos, "gastando lo que se deba aunque se deba lo que se gaste", en palabras del fundador. Así, ¡cuántos quisieran tener todo lo suyo!; si no lo logran es normalmente porque no pueden, no les da el presupuesto. La perfección es cara. Es difícil y es trascendente en lo espiritual, pero es muy costosa (hace falta mucho desahogo económico) en lo material.

En la Obra, por pobreza, no se va al cine, al teatro, no se pertenece a clubs (salvo excepciones muy curiosas), no se hacen regalos, etc. Pero por una pobreza que en nada impide, como ya vimos, gastar en ello lo que haga falta para tenerlo en casa; aceptarlos, en el caso de los regalos, para la Obra.

Yo he creído y entendido de veras una pobreza personal, la que hay que vivir según "enseñan": austeridad, desprendimiento, en todo lo que te incumbe, para acabar teniendo que manejar en las mil y tantas necesidades de la Asociación como tal. Necesidades de un tono (el de la Obra), de una serie de exquisiteces como detalles de convivencia, de un afán de superación que debe rechazar cualquier conformismo corto; ante lo que una se pregunta ¿cómo y a qué, en medio de todo esto, hay que llamarle pobreza? ¿Renuncia, austeridad? ¡Difícil austeridad la de estar por encima de las cosas, teniendo las cosas ten encima!

Desprendimiento personal, dicen. El desprendimiento de "usar y tener todo lo que se necesita, sin estar apegada a nada". ¡Qué más quisieran muchos!, ¡qué más quisieran que poder cambiar el apego por la necesidad!

La verdadera austeridad y renuncia y negación de la Obra, está en los sentimientos; está, sí, en el uso de las facultades racionales, intelectuales o afectivas. Es la única (y muy exigente) austeridad posible y real. Renuncia, negación a todo lo que sea gustos personales, organización de programas de trabajo, de convivencia, de uso del tiempo, etc. De que en la Obra hay gente muy santa no me cabe la menor duda; llegar a asumir toda esta normativa no es para menos. Que no quiere decir que sea precisamente la pobreza de la Obra la que santifica.

La clase de pobreza que se vive en la Obra, dice su fundador, es la de una familia numerosa y pobre. Aunque luego las cosas estén establecidas (por él también) de muy distinta manera. Las necesidades de vida de la Obra están muy por encima de las de cualquier familia de clase media, de las de cualquier padre o madre de familia numerosa y pobre, por mucho que Monseñor Escrivá aluda a tal ejemplo como medida.

Pisos de 50 000 pesetas de hipoteca mensual no creo que sean los que puede comprar ninguna familia de la clase que decía; en la Obra si se puede, y se puede además para que lo vivan 6 o 7 numerarias, no hace falta más. Objetarán que los necesitan para hacer una labor apostólica con señoras importantes, a las que luego no dejarán usar nada más que el oratorio y las habitaciones contiguas a la entrada.

En la Obra todo se aprovecha, insisten. Por ejemplo, los muebles se restauran. Muebles de estilo, que todos sabemos muy bien lo que cuestan. ¿Acaso no es mucho más caro restaurarlos y poner toda una casa en consonancia que prescindir de un estilo tan regio? Pero es que lo hacen decoradoras que también son de la Obra, añadirán. Las cuales, como pide la Obra a todos los suyos, deben ser las mejores, deben conseguir un prestigio profesional adecuado a las mejores exigencias, por lo que deberán participar y viajar y comprar y llegar a donde las que más.

Yo he visto a más de una de esas numerarias decoradoras debatirse entre problemas serios y agobiantes, frente a esos estilos de pobreza de la Obra. Numerarias de familias muy acomodadas, acostumbradas a vivir muy bien, que en principio no tenían por qué extrañarse de nada, y que les extraña, y que les cuesta entenderlo, y les crea serias y costosas dificultades. Es cuestión de "asimilar la mentalidad del Padre". No cuenta, no hay posible solución para ningún tipo de problemática, incluso de éstas.

Las hay de familias más modestas a las que de otra manera les cuesta igual y no lo entienden tampoco; no logran, porque no es fácil, superar la constante comparación que todo les impone frente a las necesidades o dificultades en las que saben que viven los suyos.

Como las hay que, una vez mentalizadas, se dedican a exigir -amparadas en la "dignidad de la Obra"- para hacerse de una "grandeza" que nunca tampoco les hubiera correspondido fuera. Haber, realmente, hay de todo.

"Las cosas de valor -siguen diciendo- están porque te las regalan." Todavía mejor, ¡qué fácil y qué bien! Acabar teniendo algo caro a fuerza de ahorro y del trabajo personal tiene su mérito, tiene su "esfuerzo"; lo cómodo, lo realmente sensacional, es que encima lo regalen. Y que lo regalen además porque en la Obra regalar -como vimos- es cooperar con una labor que necesita de todo eso, es el resultado del cariño al Padre, que debe ser "al máximo de posibilidades". Muebles de estilo, cuadros importantes, objetos de plata, todo tipo de cosas. Camiones y camiones de regalos. Era el año 72, y se trataba de una gira que realizó Monseñor por distintas provincias españolas.

Regalos como resultado del afán de fidelidad de unos hijos que conocen bien el gusto de su Padre. De unos hijos que han sabido inculcar en la mente de muchos otros, cooperadores y amigos, un sentido de "desprendimiento" que los lleve a sacrificar su propio patrimonio, para ceder a la Obra el más "exquisito tono". Para el Padre se gasta lo que haga falta, se buscan regalos, se consigue el dinero que sea, con tal de darle alegrías. Sacrificando lo que haya que sacrificar, acudiendo a quien haya que acudir, mentalizando en un fervor tal hacia el Padre que consiga de cualquier persona que se precie de amiga de la Obra, hacerle estar por encima de

recuerdos de antepasados, de necesidades familiares, de lo que sea, para así hacer regalos a Monseñor. Para que éste pueda seguir poniendo casas y casas (de la Obra) con el máximo esmero y detalle.

Casas que exigen anteproyectos y proyectos, repetidos, sometidos a todo tipo de revisiones y supervisiones por parte del Padre a sus hijos arquitectos.

Millones y millones (para qué dar cifras) en un Torreciudad, como podríamos aludir a otras mil labores espléndidas en su sentido más amplio. "Gastando lo que se deba aunque se deba lo que se gasta"; pero no, en la Obra no se debe nunca nada; en la Obra se gasta, pero se tiene, se consigue, se pide.

En la Obra, constantemente, se viaja de Norte a Sur, por los motivos más variados (cursos, retiros, convivencias). Pero por "pobreza" cuando se trata de hacer un viaje para ver a las propias familias (lo que debe ocurrir de tarde en tarde) hay que conseguir que lo paguen éstas; si no es así; mejor que no se vaya. Y se deja a esas familias mortificadas, o se les hace gastar lo que les supone un verdadero esfuerzo. Puede que se trate de familias sin agobios económicos, pero en las que lógicamente, a partir de una edad, cada uno se hace cargo de sus gastos propios. En la Obra, sin embargo, parece como si nada de eso contase; la Obra necesita ser pobre, y lo necesita de esa manera.

El trabajo profesional, la necesidad de un medio de vida como condición necesaria para pertenecer a la Asociación y de secularidad, se considera también un motivo de pobreza. Cada uno debe ganar un sueldo con el que poder mantenerse y ayudar a la Obra. Por necesidades de la propia Asociación hay ocasiones en las que se exige a determinadas personas que ese trabajo sea interno (de gobierno o de dirección). Sin embargo, eso no impide que, como en un caso que puede ser simplemente un ejemplo, sirva de contradicción y se recrimine la falta de aportación que supone.

A una numeraria, después de tenerla 17 años, desde que llegó muy joven, dedicada a tareas de gobierno, sin opción a ningún tipo de preparación ni de promoción, cuando ya decidieron que servía menos para lo que había estado haciendo, le advirtieron que no pensaría pasarse la vida viviendo del cargo. Quizá contado no suponga demasiado. Para aquella persona era un problema serio, desconsolador, ya que ni se había quedado sin profesión por gusto, ni a su edad era fácil buscar otros derroteros.

La pobreza en la Obra por su desproporción me ha hecho sufrir de veras. Otra vez, en una casa de retiro pensada para gente sencilla, en la que hubo que decorar un techo, pintarlo y darle estilo de artesonado; había que hacerlo porque acababa de estar el Padre allí y lo había sugerido. Dada la innecesaria suntuosidad que suponía (no era regalo de nadie, pero se hizo y costó un dineral), lo advertí a tiempo (porque estaba de directora en aquella casa y lo creí un deber); pero tuve que "avenirme" a quedarme tranquila sólo por el hecho de haberlo dicho. Llegaron incluso a darme la razón, pero nada más, no había otro remedio.

A pesar de los pesares, a pesar de las excepciones que confirman las reglas, qué fácil es no preocuparse de nada cuando se tiene de todo; no ambicionar ni guardar cuando se está bien respaldado. Qué fácil desentenderse de lo material cuando consta, tan evidentemente, que es a lo que de verdad se le da importancia, y se protege y se asegura.

Joyas, ornamentos, vasos sagrados; en Roma existe una verdadera colección, un auténtico tesoro. Tesoro privado que sólo pretende satisfacer el afán del Padre de "delicadeza para Dios"

(en el culto). Una sala llena de vitrinas: de cálices, de custodias, de copones, de casullas; tan abundantes de perlas del Caribe como de sedas japonesas, esmeraldas o diamantes... que son, siguen siendo, resultado de la devoción de los hijos con su Padre.

Ir a la casa de Roma, cuando se pertenece a la Obra, es una de las ilusiones más comunes y lógicas. A mí siempre me repelió; prefería no tener que enfrentarme con cuanto de allí me habían contado; se cuenta y no se para, y sé positivamente que no se cuenta todo.

La desbandada de personas, de medios, de atenciones, de previsiones, que se vuelca sobre una casa cuando va el Padre a ella, es también un tema que necesariamente ha de entrar en el concepto de pobreza que se tiene en la Obra. Dicen que es cariño. Los que quieran a sus propios hijos, a hermanos o amigos de la misma manera no pueden darles nada semejante.

La pobreza del Padre se justifica en su habitación pequeña (la de Roma). El Padre (cuentan) se desayunaba en París, en los primeros tiempos, en una taza sin asa. Fue el último que tuvo colcha en la cama cuando hubo para ponerlas. Unos tiempos difíciles fueron, pero distan mucho de lo que son ahora. Una pobreza que realmente empezó así; empezó careciendo de muchas cosas, teniendo que vivir hombres muy hombres, profesionales ya, en habitaciones de literas; mujeres muy mujeres sin más que cocinar que mucha harina y viviendo en las porterías de las casas residenciales que se iban adquiriendo para los varones. Unos tiempos difíciles que pasaron y pasaron, cabría decir, al extremo opuesto.

Han pasado, por ejemplo, de poner lo mejor en las salas de visita de sus distintas casas, para tener ante los demás una apariencia digna y secular, aunque dentro se careciera de todo, a que "las salas de visita deban parecer austeras, al margen del tono que luego se les quiera dar a las casas, para no escandalizar fácilmente", en palabras de uno de los consiliarios de la Obra, muy bien considerado. Parecer como en unos tiempos que ya no son: eso que fue la pobreza en la Obra.

¿Cuánto costó a la Obra el título del Padre de "Marqués de Peralta"? Porque no pudo ser sino a la Obra. No lo sé. Sólo sé que fuimos muchos los que para salir de la situación tuvimos que argumentar muchas razones "convincientes", explicando lo que era totalmente inexplicable para nosotros mismos. Razones como la de que lo hacía por "detalle para su hermano"; o la de que "era una manera de hacer justicia a la honra del Padre que tan maltratada había quedado en toda su lucha por hacer la Obra". ¿Cómo no pudo el Padre convencer precisamente a su hermano de que la Obra era primero que él y de que tal asunto no le iba a beneficiar nada como no le benefició? La familia del Padre, dirán, lo había dado todo a la Obra. Yo diría que lo que dio fue, como tantas otras familias a su hijo, sin que su hijo dejara nunca de atenderlos a ellos. Un título como necesidad y deber de correspondencia con los suyos, a pesar de los pesares. Un título como necesidad de justicia a una honra, la del Padre, sin que la de tantos otros cuente.

Cripta especial (y con privilegio) para los restos de los abuelos, como se llama en la Obra a los padres de Monseñor, en una de las casas más céntricas de la Asociación en Madrid. Pinturas al óleo, regias y con aires aristócratas, que plasman no sólo al Padre, sino a sus antepasados.

Auténticos alardes de grandeza, para una familia de procedencia sencilla.

¿A qué todo eso? ¿Acaso hay que seguir llamándole pobreza? Yo llegué a crearme el origen noble, tremendamente noble de Monseñor Escrivá, como a más de uno le pasa, cuando sólo se enteran de lo que dentro cuentan. Y me he llegado a preguntar ¿qué diría, por ejemplo, San

Francisco Javier de todo esto? No como jesuita sino como noble y santo.

Del Padre son unas palabras que dicen: "Señor, si tú no quieres mi honra, ¿yo para qué la quiero?" Y sigue diciendo que él "no quiere encaramarse en la tierra sino en el cielo". ¿Qué clase de coherencia puede haber entre lo que dice y los hechos?

Como razón de pobreza, me decía una asociada estando yo fuera, tú sabes que las casas de retiro son deficitarias. Sí, claro que lo sé. Como sé que para cubrir esos déficits hay un patronato detrás de cada una de ellas compuesto de personas que deben ser generosas en sus aportaciones por devoción a la Obra. De la misma manera que sé que ese déficit está producido, provocado diría yo, por el tono y clases de atenciones que en tales casas se imponen; y por lo mal llevadas que suelen estar las administraciones: personas inexpertas, derrochadoras, incapaces profesionalmente.

Otra razón de las que dan como demostración de pobreza es la cuenta de gastos. Consiste en apuntar en una nota lo que una gasta, por poco que sea, y entregarla a la directora mensualmente. ¿Acaso (argumentan) no es un sistema duro y exigente de pobreza? Cuando se está dentro casi se cree; pero cuando, ya fuera, se mira alrededor y se contemplan las exigencias reales de la pobreza, ¿cómo es posible, cómo es posible que eso sea a lo que llamen pobreza?

En la Obra, las cosas, las casas, todo debe estar a nombre de alguien. Un coche, por ejemplo, se compra para una casa y no hay inconveniente en ponerlo a nombre de alguna de las que viven en ella: para que jurídicamente nada tenga que ver con la Obra. Aunque hacen firmar a la vez que la documentación del mismo (me pasó a mí concretamente) un vendí, que queda, sin fecha, en poder de las directoras.

Somos muchos los que estamos fuera, y conocemos el sistema. Un sistema que nadie nunca nos dijo que tuviera que ser secreto. Lo demuestra incluso una entrevista publicada en "Actualidad Económica" (octubre del 74) de Rosa María Echevarría con López Rodó. En la citada entrevista el propio López Rodó asegura ser uno de los mayores accionistas de "Nuevo Diario".

"La Obra no tiene nada." "Ninguno de los instrumentos de apostolado que tiene la Obra son suyos." Los socios, junto con algunos amigos más, son los propietarios de las acciones. Pero a la vez esos socios no pueden tener nada de ellos; ceden a la Obra todos sus bienes, o conservándolos a su nombre han de ceder su administración, uso y usufructo a quienes los directores de la Obra determinen, necesitando permiso expreso del padre para cada disposición, firma o intervención del propio interesado sobre dichos bienes. ¿Qué pasa entonces? Pasa que esos bienes son de los socios, que a la vez todo lo que tienen los socios es de la Obra; "no son de la Obra", insisten; entonces ¿de quién son?: colegios, casas, residencias, revistas, editoriales.

Son jurídicamente de entidades ajenas a la Obra, pero constituidas éstas por las aportaciones de sus socios, amigos y cooperadores, para "hacer" precisamente de la Obra.

En la Obra (decía), sus socios lo primero que han de tener es una carrera universitaria para ser numerarios; las numerarias una profesión y algunos estudios. Profesionales, por lo tanto, que pueden llegar a ganar normalmente una media de 50.000 a 100.000 pesetas al mes, como tantos otros de su estilo. Supongamos que en la sección de mujeres sea la mitad. Únicamente en Madrid puede haber más de 40 casas de numerarios, en las que viven de 10 a 12 de ellos (sólo varones); suponiendo que la tercera parte de lo que ganan les sea necesario para mantenerse (al plan que se mantiene); el resto es aportación a la Obra.

¿Herencias? ¿Qué decir de las herencias? Lógicamente son el resultado de la misma mentalización que hay en todo. Cada persona de la Obra ha de hacer testamento antes de su incorporación definitiva a la Asociación; si quieren antes, mejor, y pueden dejar su patrimonio a quien libremente deseen, pero previamente mentalizados en la prioridad que la Obra debe tener para ellos. En la Obra se sabe muy bien a qué personas se busca, y se cultiva su amistad..., cuando se sabe de su capital, de sus joyas, etc. Y así como importa que una persona sea inteligente y capaz si no es rica, no importa nada que si es rica sea más tonta.

Con que cada uno de los 70.000 miembros que se asegura son aportara 1.000 pesetas al mes, o, lo que es igual, 2.000 pesetas 45.000 socios; 4.000 pesetas 22.500 socios; 8.000 pesetas 11.250 socios, resultaría una aportación de 840.000.000 al año netos.

¿Que todo se gasta en cuestiones apostólicas?, sí, lo acepto, pero al estilo de la Obra, a un estilo que son muy dueños de tenerlo llamándole a las cosas por su nombre: abundancia, riqueza y no pobreza ni nada semejante.

En cualquier familia aportan uno o dos de ella (padre y alguno más) y tiene que dar para mantener a 7 u 8 miembros más de la misma. En la Obra, las clases pasivas son el 2 % de sacerdotes (según dice Monseñor), unos cuantos enfermos, y muy pocos viejos; la Obra es joven, además de que será difícil que sean muchos los que lleguen a edades avanzadas. Los muy jóvenes, hasta que no se ganen la vida, ha de mantenerlos su propia familia, y si no es así no pueden ser de la Obra.

Por aquello de que cada uno ha de mantenerse y aportar, las diferencias entre las distintas casas de los mismos socios de la Obra son enormes. Hay casas (de profesionales importantes) donde el nivel es superdesahogado; mientras que en otras (de estudiantes o chicas de profesiones mediocres) lo pasan francamente mal. En la Obra todos forman una sola familia, que no impide que vivan como si fueran de las más dispares y ajenas.

Profesionales que, por motivos de "naturalidad", "eficacia", etc., deben "participar", "aparentar", como los que "más".

Especialmente ellos, las mujeres mucho menos, y siempre bastante más controladas.

Y así, y en razón de todas estas cosas, como consecuencia de ellas decía, ¡cuánto afán de grandeza, cuánta necesidad de exquisitez de clase, y de... necesidades simplificada-mente - complicadas inconscientemente- rebuscadas!

Ordenados y exigentes por pobreza también, hasta el punto de cumplir meticulosamente con su deber, pero con el suyo, a base de rígida indiferencia, una total abstracción sobre las preocupaciones de los demás, convencidos de que lo suyo y únicamente lo suyo es siempre especialmente importante.

No entiendo yo que sea la miseria lo que vale como pobreza, no. El ejemplo de Cristo nos habla de una vida, la suya, capaz de asumir todas las clases sociales: nace en Belén sin nada, y no creo precisamente por buscar la cueva por la cueva; nace en un pesebre, a la intemperie, como consecuencia de algo tan natural como lo es, ahora también, una aglomeración de gente, un desplazamiento en masa por un edicto del César que hizo insuficientes las posadas para tantos peregrinos; por aquellos alrededores debía de haber más de uno y de dos en el mismo caso. Dios lo quiso así. Pero Dios quiso algo que está por encima de las apariencias y de la

misma desnudez de la cueva. Cristo aceptó ante todo la voluntad del Padre, asumiendo la impotencia y la sumisión a los imponderables de la vida humana. Vivió luego como un artesano; lo que en su época suponía la clase media acomodada. La palabra pobre en el léxico común de los judíos de entonces significaba, se decía, de aquellos que sólo realizaban tareas agrarias y que por ello se mantenían más al margen de la cultura y de otras actividades mejor consideradas; por lo que se los tenía en menos, ganaban menos, y de hecho, socialmente hablando, estaban por debajo de las clase artesanas y de los saduceos (aristócratas); pero sin que por ello fuesen desharrapados ni vagabundos, como a veces parece que se quiere entender la pobreza. Cristo vive y convive mezclado con los de más dinero; los de menos, con los agricultores y los pescadores (éstos de clase media baja). Con Pedro, que era pescador; con Mateo, que era recaudador; con los novios de Canaán, con el rico Zaqueo; con los leprosos, con todos. Sin perder su porte y su estilo, sin dárselas de nada. Su túnica era de tal categoría, que a la hora de repartir sus vestiduras, junto a la Cruz, no quisieron partirla, se la sortearon. Se entierra en un sepulcro rico, en un sepulcro sin estrenar, escarpado en la roca viva. Y es que todos los sitios son buenos en todas las situaciones de la vida; en todas partes se puede vivir y se deben vivir las Bienaventuranzas. Jesús dijo: "Pobre del rico que pone sus esperanzas en el dinero"; no pobre del que es rico, que no es ningún pecado, sino del que vive para ello. Sobre pobreza podríamos exponer una larga tesis. No es un tema fácil. Pero la pobreza, como todo en cristiano, vale lo que valga el fin que la mueve, las miras que tenga. Nunca la miseria por la miseria. Hay pobres ricos (avaros, ambiciosos y egoístas) y ricos miserables. Miserables de espíritu de virtudes, de obras, de categoría humana. Hay quien necesita comida y ropa, y parece que sólo éstos son los pobres; y hay quien necesita dos dedos de frente para no malgastar toda una vida. Hay quien no tiene piernas, y nos dan pena (es lógico), pero hay quien tiene el alma paralizada y reseca, que es mucho más doloroso, y no se tiene tan en cuenta.

No es miseria la pobreza, no, no tiene por qué serlo; pero tampoco es, ni puede considerarse cristiano, a título de pobreza, el despilfarro de la Obra. Sé lo que digo, y no hablo de memoria; no uso una palabra a voleo, sino la única que creo que significa lo que pretendo expresar. No es ni puede ser por espiritualista opulencia. Trascendente sí, sobrenatural, pero humana y también real.

Pobre, realmente pobre, ¿no lo será mis bien el que más da que el que menos tiene, el que más ayuda, el más desprendido de su propio egoísmo y de sus propias necesidades, ese que sabe pensar "tanto en los demás como en sí mismo", o lo que es igual "el que sabe amar al prójimo como a sí mismo"? ¡Personal y libremente!, con lo que cada uno tiene, porque lo tiene, y según tenga; con sentido responsable de una administración de bienes que le ha sido confiada para la gloria de Dios (a Dios sobre todas las cosas) y el bien de todos. ¡Es la gran diferencia!, del cristianismo con otras teorías, marxistas, ¡la personal y libre responsabilidad! la dignidad de una individualidad que le cabe la honra de dar y de recibir, de recibir y de dar, mediante la puesta en juego de los más altos valores humanos. No creo en la igualdad, siempre he preferido la proporcionalidad. Lo encuentro mucho más humano y mucho más divino. Buena prueba de ello es que en la propia naturaleza se dan las margaritas y las magnolias, los astros y las arenas.

¿Es un motivo de pobreza pedir?, ¿es más real si se pide? ¿Se trata de pedir porque los que piden son los pobres? si por pedir se entiende promover, estimular, el derecho y el deber de que las necesidades de la Iglesia sean atendidas por los suyos, yo diría que es todo un deber. Pedir para sus apostolados, para sus parroquias, para sus ministros, para hacerla eficaz y digna, humanamente también. Los católicos son los que con su generosidad y su desprendimiento personal deben compartir con el necesitado, y atender a un culto divino, que como en lo

humano, en el único amor de que los hombres somos capaces, hay necesidad de flores, y de luces, y de esplendor, sencillamente porque Él se lo merece todo, todo lo que en la tierra nos vale para demostrar a alguien que le queremos; además de que si son medios humanos que estimulan el fervor, y el corazón, junto con la cabeza, como en el amor humano para con Dios ¡vale la pena! Es importante dar de comer al hambriento, pero no menos importante (bastante más eterno) alimentar al hambriento del alma. Dar, ayudar, pedir, estimular; hacer la Iglesia.

En la Obra se pide, se exprime a las familias de los socios, a los amigos, a todo el que se acerca. Se pide para fiestas de los colegios; se organizan desfiles de moda para conseguir dinero, por ejemplo, para un club de bachilleres al que sólo asisten niñas de familias acomodadas. Se pide para muchas cosas; a la vez que se ignoran otras muchas a mi entender bastante más vitales.

A un carnicero que servía a un colegio, obra corporativa del Opus Dei, le enseñaron una vez, como prueba de acogida y cordialidad, todas las instalaciones de cocina del mismo, y le preguntaron si le gustaban. Contestó que era "una maravilla, pero una pena al lado de la cantidad de puestos escolares que otros no tienen y que se podrían haber conseguido con unas instalaciones más sencillas para la cocina".

Otra vez era una numeraria auxiliar (asociada de la Obra, empleada del hogar) la que me decía: "Señorita, en mi casa, cuando mi padre estaba enfermo (eran siete hermanos y una familia muy sencilla), para ponerle un filete teníamos que comer todos los demás aquel día sólo pan, y aquí.. " Esa chica se refería a las exigencias que hay en la Obra respecto a las comidas. "¿Pobreza esto, señorita?", acababa comentando la pobre chica.

Hay en la Obra una fórmula para ayudar económicamente a las familias de los socios o asociadas que lo necesitan. Para ello, ante todo, hay que dejar muy claro que no es la propia interesada la que los ayuda (con su trabajo y el propio rendimiento de su esfuerzo), es la Obra y sólo la Obra. Con tal exhaustividad de trámites y de requisitos que nadie las usará salvo en casos extremos.

Dicen, dentro, que tanto ama el Padre la pobreza, que sus indicaciones son especialmente abundantes. Quizá sea cierto. Es verdad que las hay, pero sin impedir para nada, sin cambiar en nada todo este contexto de cosas.

APOSTOLADO

En el afán de almas, de acción apostólica, que de la Obra se predica, dicen, que de ciento interesan ciento. Yo diría que de ciento, si posible fuera, se va a por los ciento, pero que caben sólo unos cuantos.

Importa que cada día en la Obra el número de socios sea mayor, pero importa también y sobre todo -ahora como siempre- que se cuide la selección. Una selección que en los primeros tiempos se basó en unos valores personales altos, interesantes, grandes, que dieran prestigio a la Asociación; y que ahora, cuando ya el prestigio está más hecho, se basa en una sumisión más adecuada (capacidad de "adaptación"). Antes la base era una necesidad de calidad; ahora una cantidad, que necesariamente ha de ser sometible si no quiere acabar en desbandada.

El proselitismo, la "labor de San Rafael" -como se llama a la que se hace con la juventud- dice Monseñor que es para él como "la niña de sus ojos".

Escribe y predica Monseñor cosas ejemplares, alentadoras, bonitas (Camino, homilías, conferencias, coloquios); cosas prometedoras, al menos en su forma. Antes, por mentalización, no veía más allá; ahora, en opinión personal, tendría que seguir calificando y añadirle: barrocas, suficientes y contradictorias. Yo, sin embargo, además de impresionarme y sentirme atraída por ellas, he tenido que acabar llorando ante tanta acogida y comprensión "dicha y escrita", mientras sobre mí, y los que me rodeaban, pesaba la enorme carga de las contradicciones que él mismo les aplica.

El apostolado de la Obra es un apostolado con toda clase de medios, una formación atrayente (para algunos demasiado ingenua), dedicación a ella primordial. Todo un montaje, al que se le denomina acción apostólica, pero que con propiedad debería llamársele exclusivamente "proselitismo". Le llaman "santa coacción".

"La perseverancia de ninguno de mis hijos está asegurada -arengará el Padre a sus seguidores- si no es con la tuerca y la contratuerca de otras vocaciones traídas a la Obra por él."

Interesan especialmente los muy jóvenes, "adolescentes". A la Obra se puede pertenecer desde los catorce años y seis meses. Y hay que conseguir que sean muchos los que se asocien. Quizá para avalar con una cantidad lo que no es fácil avalar de otra manera. Para lo que se planifican labores que empiecen a influir desde muy jóvenes -colegios, por ejemplo-, capaces de llegar a una juventud que por circunstancias de los tiempos deja muy pronto de ser asequible a los estilos de la Obra.

Ante una persona que puede "entender" a la Obra, que puede ayudarla -aportándole algún prestigio, dinero, etc.-, que puede ser una vocación más, se derrochan detalles, amabilidades, se le dedica el tiempo que sea (en esos casos no importa perderlo), y no hay límites.

Hay que tener amigas, muchas amigas, Pero una amistad que "se utiliza"; vale sólo en tanto en cuanto "sirva", en cuanto sea útil para la Obra; no es admisible de otra manera si no existe algún tipo de beneficio hacia dentro, es -dicen ellos también- "una pérdida de energías, que necesita la Obra y no pueden derrocharse inútilmente".

Hay anécdotas que reflejan muy bien tales actitudes, opuestas entre sí; algunas nada solícitas. En una ocasión se trataba de una chica que había dado "malos pasos", pero que estaba arrepentida; quería que alguien la ayudara a regenerarse, y acudió a una antigua amiga suya que

poco antes se había hecho de la Obra; y le aconsejó ésta que fuese por la misma casa que iba ella (estaba bajo los primeros entusiasmos), casa de la Obra dedicada a hacer labor con chicas de clase media. Fue, y se supo quién era aquella chica. Y a pesar de los pesares -de lo mucho que pregonan su afán de almas- pocos días después, a través de su misma amiga, le aconsejaron que no volviera, según argumentaron, "por el buen nombre de la casa". En la Obra caben y gustan, y se alardea de grandes conversiones. Pero no caben, es muy distinto, las que pueden ser más comprometidas que lucidas.

Comprar un lápiz, una goma, lo que sea, en las librerías de la Obra, es también -enseñanza- acción apostólica. Se viva a la distancia que sea, hacerlo es contribuir -dicen- a toda la labor que desde allí se hace. Una labor condicionada a vender una clase muy determinada y limitada de libros, de donde el negocio no es fácil. Pero sí lo es, muy fácil, la colaboración de todos - socios y amigos de la Obra- por necesidad de buen espíritu.

Apostolado es para los socios de la Obra vender y regalar y difundir, cuanto más mejor, los libros que se refieren a su fundador o que recogen publicaciones suyas, hasta conseguir que sean los más vendidos y leídos.

Librerías, editoriales, etc., que dirán que no son de la Obra. Pero sí será la Obra la que se ocupe y se preocupe de organizarlas y dirigir las, de impulsarlas y protegerlas.

Llaman "labores personales" a organizaciones apostólicas -colegios, casas para convivencia, centros de enseñanza- que, promovidas y dirigidas por la Obra, son otros los que las mantienen y los que figuran como sus promotores -supernumerarios o cooperadores-. Aparentemente desligadas de la Asociación, pero realmente vinculadas y manejadas por ella. Los lanzan, los ilusionan; les hacen ocupar en ello su tiempo y su dinero, y luego... Me parece estupendo el hecho de estimular, de promover, de dejar hacer a otros. Pero ¿a qué decir una cosa por otra?

Dice el fundador que el apostolado de la Obra es el "apostolado de no dar". "No habrá billares, ni futbolines, ni nada para atraer a los chicos a las casas de la Obra." Pero sí será el apostolado de las "necesidades apostólicas". Necesidades en las que se justificarán desde una Torreciudad, hasta cada minuto de cada uno de sus socios, que no deberán malgastarlo en cosas ajenas a la Obra.

¿Torreciudad para dar al mundo un santuario más, un instrumento de oración y veneración a la Señora? Eso dicen. Pero Torreciudad, objetivamente, lo sabemos muy bien, no es ni creo que llegue a ser nunca nada más que un centro dedicado y reservado exclusivamente a los socios de la Obra y amigos preseleccionados. Centro de estudio, de descanso, de retiro. Torreciudad como "homenaje" a un fundador que ha enseñado a sus hijos a manejarse así.

Tuve que ver, en parte, con algunas instalaciones de las de su proyecto -sé bastante de los millones que allí se han manejado- y no veo la posibilidad de justificar (como pretenden) semejante complejo en la labor campesina que dicen que allí se hará, en un campo en el que no creo que lleguen al centenar sus habitantes. Pretenden justificarse también con la aportación de un importante archivo (deseo del Padre) para los estudiosos del reino de Aragón.

Quizá por una vez en la vida quepa decir que "los hijos de la luz son más audaces que los hijos de las tinieblas". ¿A quién no le consta una audacia grande por parte de la Obra? Audacia para conseguir vocaciones, para organizar centros, para crear labores. Sería estupendo haber llegado a eso si no fuera porque al hacerlo se hiciera como se hace en la Obra: arrollando y desatendiendo..., tantas cosas.

"La Obra es de Dios", argumentan como razón de peso, y en ello lo encuentran todo justificado: sus gastos, sus coacciones, sus omisiones o sus exageraciones. A lo que yo añadiría: y todos los demás que pertenecen a la Iglesia, y cada uno de nosotros, y los desvinculados de la Obra también: todos somos de Dios.

Giras, aglomeraciones, promovidos entusiasmos alrededor del Padre. Son, dicen, su acción apostólica. Un ejemplo para sus hijos. La expresión clara de su preocupación y su desvelo por todos, de su capacidad de acogida.

Y mientras el objeto de todo esto son "las multitudes", dentro muchos de la Obra siguen desatendidos. El apostolado de la Obra podría decirse que es la gran algarabía en que queda totalmente ignorado el grito silencioso de los que ya "no necesitan nada" -no deben necesitar- porque tienen a la Obra (porque ya están dentro).

"Almas, Señor, almas, son para ti, para tu gloria", arenga Monseñor en su afán de vocaciones. Afán de almas que... ¡cómo cuesta!, ¡qué difícil es, por contradictoria, esa búsqueda de personas para luego ignorar precisamente a la persona!

¿Es fácil pertenecer a la Obra? ¿Fuerzan a entrar, o por el contrario respetan la libertad personal? Voy a limitarme a contestar con palabras de un numerario, uno de los primeros socios de la Obra -ya fuera- que contaba su experiencia en una entrevista que le hacían: "Me dijo el Padre que él creía que yo tenía vocación y que debía entrar, y accedí, pero es distinto acceder que solicitar." Esta vez era el propio fundador, que no será quien normalmente intervenga de una manera directa. Pero sí es su estilo y su mandato el que cuenta.

El que interesa, el que puede servir, necesariamente tiene vocación. Y debe reprochársele su falta de generosidad y su cobardía si no corresponde. Dicen incluso que para ver la vocación basta con que ese amigo de la Obra diga que se tiene, "Dios no va a mandar un angelito a comunicártelo", argumentan.

Y en una Asociación en la que se selecciona tanto, se selecciona capacidad intelectual, prestigio, situación de trabajo o económica, a la hora de seleccionar precisamente la condición vocacional es cuando menos se selecciona. Yo estoy convencida de que si en la Obra se seleccionaran menos condiciones externas y más internas, habría luego muchos menos problemas, menos enredos, menos controversias.

La definición exacta de cómo debe ser el apostolado en la Obra es la de "personal dirigido". Que es tanto como decir: controlado, vigilado, preestablecido. Todo está escrito. Para el apostolado como para todo lo demás. Y sólo lo escrito vale. Existen guiones concretos, específicos, y de antemano aprobados por los directores, incluso para las meditaciones y clases doctrinales de los sacerdotes.

¿Cómo se podrá hablar de un apostolado real, adecuado a las necesidades de cada uno, de la época, etc., "en medio de todas las encrucijadas de la vida", como en la Obra se dice, con estos métodos, con estas maneras?

Un chico que no tenía idea de que yo había sido del Opus Dei, me decía: "Mira, cuando empiezan a tratar a uno le acogen como el más entrañable amigo, empiezan a imponer, a organizar, a decir todo lo que se tiene que hacer. Y si los sigues en todo, bien, pero si no al día siguiente te ignoran, es curioso cómo se nota que sólo van a lo suyo."

Otra vez una chica, de edad mediana, bastante serena y objetiva, me comentaba: "Empecé a ir a las meditaciones, pero aquello era como el cuento de Caperucita Roja, y la vida no está para eso. Yo no tengo nada en contra -me siguió diciendo-, conozco poco, pero lo suficiente para que no me sirva."

Habría casos para muchas páginas. Casos expresivos, sintomáticos. Que cada uno conoce. Y no son los casos lo más importante, lo más significativo. Sino que a eso se le pretenda llamar, como se pretende en la Obra, "el brazo largo de la Iglesia".

En la Obra hay gente de todas clases, se asegura. Gente rica, gente menos rica, hay de todo. Y es verdad. Pero no menos verdad que los más selectos son los preferidos. Hay que buscar los mejores, lo que lógicamente lleva a sentirse luego "los mejores". Distintos, distinguidos, aun dentro cada uno de su propia clase.

Apostolado principal es también en la Obra el cuidado de los que empiezan, de los recién llegados. Para que se "formen", para que capten bien el buen espíritu. Para que perseveren. Aunque a la vez no importa que de diez queden dos, con tal que sean muchos los que empiecen para que siempre sean muchos los que queden.

En la Obra cuentan todos los que piden la admisión en el momento. Pero como esa persona no pertenece jurídicamente a la Asociación hasta pasados una serie de períodos de prueba, si se van cuentan sólo los que ya superaron los períodos previstos; los otros no se cuentan como defecciones. Dicen que no importan las estadísticas pero ¡cómo se cuidan!

Un apostolado secular, eclesial, que se organiza centrado de tal manera sobre si mismo que no estimulará, por ejemplo, a que como testimonio de devoción mariana se llenen las parroquias y las catedrales en la novena de la Inmaculada, sino que las organizarán y reclutarán juventud sobre todo, en sus propios centros y casas.

Que centrarán la importancia de la confesión sacramental en la dirección con los sacerdotes de la Obra. Haciendo que la gente acuda a sus casas también y no a iglesias públicas en las que a la vez sería todo un testimonio.

Que insistirán en lo mal que están las cosas fuera de la Obra, para alardear de su única y particular ortodoxia.

Que ignorará a todo el que no alabe y venere a la Obra, sin mas.

Significativa y difícil, ¡incomprensible universalidad apostólica de la Obra!

ALEGRÍA

¿Cabe en la Obra estar contentos? ¿Es real esa alegría de que tanto se alardea? ¿Qué pasa con la alegría?... Con la alegría pasa como con todo. Es una alegría que existe, que podría ser real, pero que no lo es. Es muy difícil ser feliz en la Obra, aunque sea muy fácil vivir en ella alegremente.

Es real, porque es real la felicidad que supone haber encontrado aquello que abre la esperanza de llenar la vida de algo que enamora y convence; de haber encontrado cauce a unos ideales grandes. Es real la felicidad de entrever que se puede convivir y contar con personas que hablan -diríamos en sentido figurado- el mismo idioma. Es maravillosa la posibilidad de formarse unas iniciativas ambiciosas y exigentes, generosas, y contar con medios para ello, con apoyo, con posibilidades... Es posible sentir toda esa alegría. Y es la causa de tantos años y tantas energías, de tanta vida gastada, entregada, empeñada en aras de esa convicción. Tan real y tan posible como el dolor y la pena, la desilusión, que lleva consigo el encontrarse, el tener que aceptar (porque la evidencia se impone por sí misma) que todo ello se queda en pura teoría, en algo ficticio, en una necesidad representativa, mucho más que en una consecuencia de vida.

En la Obra hay que estar alegres igual que hay que tener los zapatos limpios o que poner una silla derecha si se ve torcida. La alegría en la Obra es una obligación, "una norma del plan de vida" pase lo que pase. Hay que estar alegres porque nadie tiene por qué saber nada de tus dificultades o de tus penas. Hay que vivirla especialmente por el hecho de considerar "la maravilla" que es haber sido elegida por Dios para servirle en su Obra; motivo necesario de visión sobrenatural, de gratitud incondicional al Padre además de a Dios.

"No importa que a veces te parezca que estás representando una comedia." No importa porque "esa comedia la están presenciando la Trinidad Santísima y los Ángeles del Cielo, y vale la pena ser cómicos de Dios", argumenta Monseñor Escrivá.

Y es que en la Obra "no importa la comedia". No importa que la sencillez tenga que ser establecida y estereotipada; ni que la naturalidad venga dada en fórmulas; o que la espontaneidad tenga que ser la exacta repetición de las enseñanzas recibidas. Una vida llena de costumbres, la llaman "Costumbres de Casa" (casa con mayúscula porque se refiere a la Obra). Costumbres intocables, únicas; es problema de fidelidad velar para que permanezcan intactas. En el afán de que nadie se invente o cambie nada, una de las razones que dan en la Obra, en defensa de su devoción al uso del latín, es la de que todo lo que el Padre enseña se conserve en su texto invariable; sin el deterioro que cualquier lengua viva -con el cambio de léxico de las distintas épocas- podría suponer.

Oraciones de la Obra, notas de gobiernos, exámenes de conciencia...

No me imagino yo a toda una Santa Teresa, con respecto a su obra, a sus escritos en genuino castellano, con semejante preocupación.

La sencillez, la naturalidad -causas y condición de felicidad- son en la Obra algo tan curioso que deben de ser resultado tanto de las indicaciones que prescriben la convivencia entre los socios "llena de espontaneidad y sencillez", como de otras que "regulan" la forma de tener las tertulias. Único rato de convivencia familiar -aparte del trabajo y de las normas de piedad- para el que se establece que se hagan "preparando de antemano un tema determinado que sea de interés para la Obra, dirigidas por la persona que encabeza, y en estilo de conversación ade-

cuado". Más de una vez, numerarias mayores y formadas nos hemos planteado -perplejas- cómo coordinar en la práctica semejantes incoherencias, sin posibilidad de solución.

Hay que estar alegre, y hay que estarlo consiguiendo que si algo cuesta no trascienda; que si algo resulta menos alentador no se sepa. No hay -insisten- que preocuparse de nada, basta con ocuparse.

La alegría de los que permanecen fieles es la que exige esa enorme lejanía con los que se van, con los desvinculados, porque el hecho de que los problemas de los segundos pudieran de alguna manera empañar la alegría de los de dentro (preocuparlos), en la Obra se considera un peligro para el alma, una tentación diabólica. Por eso es por lo que aseguran que los que dejaron la Obra son unos desgraciados, que no supieron corresponder a la gracia. La alegría de los que permanecen fieles exige evitarles cualquier sentido de culpabilidad -conocimiento o participación- sobre la dimisión de los que se fueron. Exige, frente a las necesidades o dificultades de otros -de dentro y de fuera-, estar alegres a costa de evitar, de eludir, todo lo que no sea "fácil y amable", so pretexto de "santidad alegre y positiva".

Los sufrimientos, las desigualdades, la realidad cruda y difícil de cada día, de tantos que tienen menos facilidades... ¡allá cada uno las averigüe! En la Obra y a los de la Obra lo que tiene que importarles y lo que les importa es vivir lo que dice el Padre. Es su alegría; pobrecitos los demás (piensan); para continuar diciendo "qué suerte la nuestra, cuánto le debemos al Padre". Desentendiéndose de todo lo que pueda sonar a dificultades, por si en ello pudiera quedar menospreciada la alegría de la Obra.

Cuando a alguno de los que se han desvinculado les pasa algo -enfermedad, desgracia, etc.-, entienden que le pasó "porque no supo corresponder". ¿Y las dificultades de la propia Obra, y sus primeros tiempos en cada país tan difíciles? ¿Y los que se ponen enfermos o mueren dentro? De accidente también y jóvenes, y de cáncer, ¿todo eso también puede ser castigo de Dios? Porque pasar, pasan cosas en todas partes, pasan fuera como pasan dentro, y pasan dentro como pasan fuera. Las cosas pasan "para que la gloria de Dios se manifieste"; "no pecó ni él ni sus padres", dice el Evangelio. Contundente aclaración del Maestro, al parecer tan necesaria antes como ahora, ahora como antes.

Y así ¿es verdad que se puede ser feliz?, ¿son felices como "dicen", como parece que se los ve, como cuentan? Yo diría que unos sí y otros no. Muchos, muchísimos, no. Suelen ser más felices los más ingenuos y conformistas, lo son también los que se fanatizan; de alguna manera pueden serlo los que se petrifican. Pero hay un montón enorme -yo los conozco, los he tratado-, las razones son obvias, hay muchos que sufren, y no son felices, y lo pasan muy mal. Y lo dicen, y se sabe. Lo saben los directores como lo sé yo; siempre he pensado que deberían saberlo mucho mejor que yo, aunque tantas veces se hagan los sorprendidos.

A la Obra se va a servir, dicen. Y es así realmente. Pero no en su sentido positivo de darse y entregarse; parece que es lo que se pretende decir, pero a lo que se va es a una clase de servicio realmente implícito en su significado de utilidad.

Los motivos de alegría en la Obra irán siempre marcados por la desproporción de la anécdota graciosa y positiva, la trascendencia de lo intrascendente, la carcajada y la algarabía de una vida de infancia ingenua y despreocupada, la acogida entusiasta a la más vulgar noticia, que siendo de la Obra siempre debe parecer importante. Frente a la más total ignorancia de todo lo que caiga fuera de la Asociación, o dentro de la Obra misma sean motivos personales y no colectivos.

"El 99 % de las veces, los problemas personales os los inventáis", asegura el Padre. ¡Qué bien poder dar de lado a tantas cosas! ¡Qué fácil y qué bien si fuese humano! Yo creo que es nuestra condición humana la que no nos lo permite. Para un padre, para una madre, ante cualquier solicitud, necesidad o dificultad de un hijo suyo (problema de salud, de amistades, de estudios, de carácter, etc.), qué fácil sería contestar siempre con el "no te preocupes", "no pasa nada", y a otra cosa; sin más necesidad de solución. ¡Qué fácil y qué tremendo! Pues en la Obra así es como hay que ser felices, así es como se entiende la felicidad. Teniendo que admitir esa postura tan particular como "acogida", "cariño" y solicitud tanto fraternal como paterna. "Contentos, seguros, porque en la voluntad del Padre está la voluntad de Dios, está la más ortodoxa manera de conocer y amar los planes del Altísimo", argumentan.

Y cuando no se es así, cuando no es ese convencimiento el que mueve y lleva a comportarse amable pero fríamente, ocupada pero despreocupada, cariñosa, feliz y alegre, pero indiferente; entonces, se está haciendo daño; entonces se están buscando compensaciones humanas y entonces se está faltando al "espíritu recibido del fundador".

En la Obra, aseguran, nunca nadie tiene por qué encontrarse solo. Si alguno lo siente es porque quiere, y esa sensación siempre se remedia acudiendo a las directoras. Aunque la mayor soledad se produzca precisamente cuando se acude a esos directores; se produzca al tener que acudir a una persona preestablecida, en tantas ocasiones ajena, distante, y metodificada.

Yo he oído a Monseñor pedir a los suyos, en son de queja, que no le dejaran solo: "No me dejéis solo, hijos míos." Necesita que los demás colaboren con él, que le entiendan, que le acojan. Al Padre le horroriza, al parecer, la soledad. Y sin embargo la soledad es la única consecuencia de todo el actuar que en la Obra se sigue; de la exclusividad de un Padre que se reserva toda posibilidad de compañía no peligrosa, egoísta o degenerativa. La soledad de lo rígido, de lo impersonal, de la incomunicabilidad obligada como condición de unidad. Una soledad acompañada, rodeada más bien, multitudinaria, sonriente, una aparente compañía grande ¡enormemente sola!

¿Qué sería de toda la felicidad del Padre, con miles de personas adivinándole el pensamiento, con todas las atenciones y deferencias concebibles, feliz en un encumbramiento indiscutible e indestructible por mítico; feliz porque con todo ello consiguió la meta de su vida; qué sería si le pidieran que se adaptase a alguien (por grande y santo que fuese ese alguien), que se encasillara en lo que otro le diera pensado y determinado? ¿Qué quedaría de su felicidad? Ante cosas tan simples como el cambio litúrgico de la celebración de la misa, por ejemplo, el Padre ha necesitado permiso expreso para seguir él celebrando a la antigua usanza, como a él le parece mejor; no suele irle lo que otros le proponen. Mientras, a sus hijos ha de irles, aun a costa (en este caso también) de su secularidad, un tipo de entusiasta conformidad, de acogida incondicional y manifiestamente alegre, a todo lo que se le ocurra al Padre.

Sigue siendo el secreto, el secreto de la alegría de la Obra, como lo es de su filiación, o de su acción apostólica, o de su unidad. El secreto de una fidelidad que no admite sino como tentación, como diabólica, cualquier tipo de actitud que no sea de acogida incondicionalmente alegre.

Llegar a tales planteamientos o conclusiones, estando dentro, es inconcebible; diferir del Padre, manejarse con pensamientos o reacciones distintas, dicen que es soberbia, es una fatal osadía que cierra las puertas a la gracia. No hay caminos, no hay soluciones; eso es lo tremendo. Hay que estar alegres, pero sin que la alegría tenga por qué ser el resultado natural ni lógi-

co de nada realmente consecuente.

Hay que ser felices, obligadamente felices. "Porque si no estás alegre -insiste el Padre- es porque hay un obstáculo entre Dios y tú." "Felicidad que es fidelidad" (o a la inversa), son palabras del fundador. Si algo de la Obra no acomoda, si no entusiasmo es porque no se sabe ser fiel.

Alegres, encantados, suficientes ¡porque son los escogidos!, los selectos. Así lo aseguran, así se lo creen, así lo entienden; porque así lo enseñan y lo fomentan entre ellos sin cesar.

Una alegría puede ser (de hecho así se lo proponen) virtud. Pero puede ser también sueño, el sueño de seguir creyendo, esperando, vagando en la fantasía componente de esa clase de alegría. Y cabe que sea -para bastantes lo es- careta, refugio, defensa y protección, de una tristeza grande y honda, de la que nadie quiere saber nada, para la que ni siquiera se puede pedir ayuda, porque "dice" mal el simple hecho de tenerla.

Es la alegría en la Obra tan posible (figurativa) como imposible (íntima); es.: sobrenaturalista sin ser humana; necesaria sin ser auténtica. Pocas, muy pocas personas hay en la Obra felices. Contenticas sí. Algunas más o menos instaladas. Como las hay esforzadamente crédulas -alegres- para ser fieles; alegres para ser la alegría del Padre.

Sobre la alegría, sobre la acogida y necesidad de hacer la vida fácil y amable los unos a los otros, sobre ese no dejar que nadie eche de menos nada, que a todos se les atienda, etc., hay también notas, escritos internos, praxis abundantes; que no impiden prescribir a la vez prevenciones y prohibiciones sobre todo aquello que podría ser, que debería ser, y que de hecho sería lo único capaz de paliar o solucionar la soledad a la que en principio abocan.

Fuera se sabe bastante de la alegría de la Obra. De los sufrimientos de la Obra sabemos únicamente los que los hemos vivido, compartido... ¡cuántos enfermos, agotados, tarados, en tan difícil lucha! Hacia fuera hay que representar la comedia. Una comedia que quiere ser, con buena voluntad, no lo dudo, aliciente de vida cristiana. Que sería maravilloso que lo fuera, que podría serlo la alegría, enfocadas y encauzadas las cosas debidamente: no la comedia.

Pero se queda la alegría en un enorme mito, en el que, al parecer, tienen más seguridad que en ninguna otra clase de felicidad auténtica. Felices, ayudados, comprendidos... no más allá de lo puramente representativo, no más allá de una teoría que mentaliza, pero que obstaculiza: que habla de comprensión y de acogida, a la vez que la arrolla y la desprestigia.

Es muy necesario en la Obra creerse feliz, hablar de felicidad, sentirse "sembrador de paz y alegría". Pero es enormemente difícil conciliar en la práctica la realidad diaria con ninguna clase auténtica de alegría.

COMENTARIO FINAL

Ha ido pasando el tiempo. Todo el tiempo que hace falta para recopilar, copiar, buscar un cauce a una serie de notas como éstas, contando únicamente con ratitos muy cortos de un tiempo que se agota, que siempre es poco para unos quehaceres diarios que se lo llevan todo.

Apuntes, notas, concebidos y redactados en una época podríamos decir distinta; bajo la concepción incluso de que algún día fuesen leídos por el mismo Padre. Pero el tiempo pasa... y no pasa en balde, y pasan cosas. Han ido pasando muchas cosas. Y entre ellas ese mismo tiempo que de por sí tanto pule y sitúa y posibilita una perspectiva desapasionada y serena.

¡Providencial! sería la palabra. Providencial la necesidad de tiempo para organizar estos apuntes, y lo que ese tiempo ha ido proporcionándonos. Providencial, porque, ahora que a la vista de la muerte de Monseñor Escrivá sus hijos montan todo un despliegue de actividades en busca de datos, de testimonios, de anécdotas personales que avalen la vida, la santidad, la grandeza de su Padre, no deja de ser providencial, que aunque nadie a mí me lo haya pedido (me han intentado disuadir cuando se han enterado), mi opinión está ya, de alguna manera, hecha; hecha, derecho y deber, con la objetividad de no habérmela ni siquiera pensado para un momento tal. Era ya, y sigue siendo la misma. Es una sola, y no puede ser nada más que estar escrita y concebida de cara al Padre y en vida del Padre.

Una opinión, una necesidad de reflexión, de reacción, que la he tenido y expuesto, antes que nada, como decía, con los propios de la Obra. Que muchos me la han oído y comprendido muy bien, aunque no ayudado. Y que, sin embargo, éstos mismos, éstos y otros, por el simple hecho de estar dentro, de tenerlo que juzgar a través del prisma de "su fidelidad", serán también los que al oírmelo ahora y hacia fuera, rasgándose las vestiduras, no tendrán inconveniente en asegurar que son "majaderías"; "está loca". Ellos saben que yo nunca he sido en la Obra persona difícil, ni problemática, ni incordiosa, sino todo lo contrario. De mí se han dicho cosas mucho mejores; pero era estando dentro; ahora...

Pocos meses después de dejar la Obra oí en Televisión un comentario sobre el Gobierno ruso que me sorprendió por su semejanza; decía que en Rusia, cuando una persona no entendía y no compartía gustosamente el régimen soviético, un régimen tan maravilloso (insistía), era porque estaba loco; y decían que antes a ese tipo de desertores se los llevaba a campos de concentración, ahora los ingresan en hospitales psiquiátricos. En la Obra, no entenderla, no admitirla, atreverse a considerarla menos infalible y maravillosa, atreverse a llamar a las cosas por su nombre... es también estar loco, mal de la cabeza, ser un infiel. Si una persona está a favor de la Obra, esa persona es ideal y encantadora; pero deja de serlo (y por lo tanto es tratada de muy distinta manera) si en algo difiere o no comparte el sentir y definir de la Obra.

De mí, lo mejor que se ha dicho, ya estando fuera (si bien es verdad que se ocupan muy poco, y recuerdan menos) y no con demasiado cariño, es que "soy una inquieta". Lo cual no tengo ningún inconveniente en admitirlo: lo soy. Tengo la necesaria inquietud para no conformarme con convencionalismos sin consistencia, para necesitar coherencia, nada más y nada menos que de toda una Obra de Dios.

Conocí al Padre el año 62 en Santiago de Compostela, precisamente el día del Apóstol, 25 de julio. He administrado casas donde él ha estado pasando unos días, con la consiguiente relación, en Barcelona, Segovia, Jerez. He asistido a la Asamblea de la Universidad de Navarra del año 67. He tenido ocasión de ser llamada a conversar con el Padre (él, otra directora y yo, a solas). Conversación en la que especialmente habló él, como normalmente pasaba, y le gusta-

ba que fuese escueta y rápida la respuesta, para dar tiempo a todo lo que él deseaba decir: lo importante eran sus enseñanzas. Lo he tenido cerca, y he tenido cargos de gobierno en cada una de esas casas en las que con él he coincidido. La última vez que le vi fue en Pozoalbero (Jerez) el año 72: era yo la directora de la casa cuando él estuvo. Y he tenido que pasar por la pena (es una auténtica "desgracia" en la mentalidad de la Obra) de no poderle recordar ni humano ni con cariño.

¿Me ha aportado la Obra a mí algo positivo? Sí, claro que sí. Me ha hecho más recia, más enérgica, me ha desarrollado el afán de superación, me ha curado de espanto, me ha curtido y mucho; y me ha ayudado a ser más piadosa. Sin que lo cortés quite lo valiente. Me ha ayudado y me ha hecho mucho daño. Me lo ha hecho muy difícil, y me ha dejado muy sola, totalmente sola, antes y ahora. A su imponer y acaparar y avasallar, su "convencer" o coaccionar, yo no lo llamo, no puedo llamarlo ni ayuda, ni estímulo, ni nada que se le parezca.

Por mucho "apellido" de santa que a la coacción quiera aplicársele (Camino, de Monseñor Escrivá), no entiendo yo que coaccionar pueda ser nada, ni humano, ni sobrenaturalmente aceptable. Ayudar, sí, corregir, defender y proteger; pero nunca coaccionar, mentalizar o avasallar.

La Obra, justo es reconocerlo, tiene una buena cualidad; un serio y esforzado sentido de lo trascendente, de lo espiritual. Evidenciable, creo, a lo largo de todo lo expuesto. Pero es mucha la trama de incoherencias que enmarañan hasta lo más positivo. Que no impide que lo positivo exista. Existe ese sentido sobrenatural de la vida, pero enormemente amalgamado en tanta incoherencia.

Me voy a permitir calificar mi publicación: dura quizá; derrotista no.

Soy consciente de mi insuficiencia personal, de la pequeñez a que lógicamente queda reducida mi aportación frente a la fuerza de grupo de la Obra entera.

Mi aportación sólo cabe como lo que es, un caso entre muchos; uno, pero totalmente real. Ni mucho menos una aportación exhaustiva. El mismo título lo dice, es sólo un anexo. De una historia que se compone de muchas cosas más; pero de todas éstas también y a la vez que todas las demás.

Podría haber dado más datos, más fechas, más nombres, más... Pero ¿para qué? ¡Es todo tan constatable! Y sin embargo, a mí ese silencio me sirve de respeto, de consideración delicada, con las personas precisamente. ¿Con la Obra?, ¿qué decir, entonces, de delicadeza con la Obra?; que si ellos no escribieran, y difundieran y publicaran, como lo hacen, tantas cosas... tan inexactas, yo tampoco tendría que decir nada. La necesidad surge -y valga la redundancia- de la misma necesidad de proporción.

Es un deber y un derecho. No intento disuadir a nadie de su devoción a la Obra; si alguno lo supone, será porque no tenga razones suficientes que le defiendan, y entonces ya no soy yo, sino su propia inconsistencia (la de la Obra).

El Padre decía, poco antes de morir, que había que querer al 'Papa "como se quiere a un padre muy viejecito y muy enfermo" (me lo contaba una asociada), intentando disculpar en tales limitaciones actuaciones que no le parecían adecuadas a él. ¿Será así como hay que acabar queriendo (siguiendo el ejemplo del Padre) a la Obra misma?, ¿o como hay que llegar a considerar posturas y actuaciones de su propio fundador?

Un nuevo presidente para la Obra, una nueva época. Un nuevo presidente que de entrada sólo ha podido ser el que, de alguna manera, "podía seguir manteniendo el fervor personal" a que los socios están acostumbrados. Un señor con una personalidad que podía haber sido muy distinta a la de Monseñor Escrivá, un hombre indudablemente de talla, pero de tal manera identificado con su antecesor, que ha logrado hacer imperceptible el cambio. ¿Misterio de captación (del Padre a los suyos) o misterio de veneración de los suyos a Monseñor?

A sólo unos días de distancia de la muerte del Padre, las asociadas recibieron orden de asistir, a sus funerales, además de con velo, con manga larga, medias y zapatos cubiertos. Eran los primeros días de julio. A Monseñor parece que le gustaba así. Y de esa manera la persona llamada a ser su continuador empieza definiéndose.

¿Seguirá compartiendo el propio Padre, ahora desde el cielo, el estilo afán filial de darle alegría? Alegría, por ejemplo -indicaciones de sus directores-, como la de que en todos sus funerales se adornaran los altares con rosas o gladiolos rojos, porque era su color preferido; flores que, en algún país, cuentan que hubo que llevarlas en avión, porque en él no existían.

Antes y ahora éste es, y al parecer va a seguir siendo, el estilo de una Obra de Dios, que no repara en medios para secundar a su fundador; para vivir y conseguir el más exhaustivo despliegue de detalles cuando de él se trata, haga o no haga daño, quepa o no quepa en un proceder ortodoxo y ordenado, cristianamente hablando.

Insistieron en la sencillez del entierro del Padre. Que hay que encajarla, sin embargo, en todo su contexto: cripta especial y privilegiada (en su propia Casa); recinto todo él de cuidada construcción y regios mármoles, por muy en Italia que esté.

Amortajado con ricos ornamentos. No era sitio para grandes asistencias de público, como no lo es tampoco el estilo de la Obra, siempre que no sea de un público previamente seleccionado por ellos mismos. Allí el plan era el de siempre (de regia reserva). En otros sitios la "sencillez" no dudó en permitir, en organizar esos mismos funerales con todo rango: adornos, plata, flores rojas, fotos...

La casa donde nacen personajes importantes suele ser interesante conservarla intacta. La del Padre (era muy sencilla), en medio de ese afán de homenaje a todo lo suyo ha faltado tiempo para derribarla y comprar solares alrededor... ¿Por qué?, ¿para qué? Quizá para que los que vengan detrás, y los que ahora también puedan ser convencidos, entiendan en ello una categoría y una estirpe aplicable a su fundador, que podría ser obstaculizada de otra manera.

No pienso yo, ni mucho menos, que estas cosas, y muchas de las que he venido comentando, se den únicamente en la Obra, ¡no!; ya sé que no. Se dan en muchos sitios, en muchas instituciones, y de muchas maneras; pasan a todos los niveles, pasan en todas partes. Lo que sí pienso también es que a una Obra de Dios que se jacta de perfecta se le puede pedir una coherencia.

Una Obra de Dios verdaderamente sencilla, "coherente", clara, ¡qué distinta sería! ¡Qué pocas explicaciones harían falta! No habría que prevenir como se hace, que acorralar, que prohibir, que temer tanto a lo que pueda variar... Bastaría con ser.

La Obra evidentemente es una gran fuerza, quizá no tanto por el número de sus socios -la cifra puede ser muy relativa- ni por la cantidad de países en que está extendida -el 90 % de sus

socios puede decirse que son españoles-, una fuerza sí, por el "amparo", la "seguridad" que brinda a los que a ella se acercan. La tan anhelada "seguridad" en que tanta gente busca su refugio.

Lógicamente una gran fuerza. Además de que su fundador quiera explicársela sobrenaturalmente argumentando: "¿Usted lo entiende? Yo tampoco." "El espíritu sopla donde quiere." Si por sobrenatural hubiera que entender lo abundante, más le cabría tal prerrogativa al maoísmo por ejemplo, que a la Obra misma.

Yo no niego a la Obra una fuerza llena de intenciones nobles y buenas. Pero llena también de ambiciones muy partidistas, pudiendo ser muy católica; muy personalista, debiendo ser muy universal; despersonalizada y arrolladora, pudiendo ser muy constructiva. Demasiado jactanciosa para ser divina.

No me cabe la menor duda de que la Obra pueda ser una gran ayuda para la Iglesia. De que Dios quiera a la Obra, y la quiera santa, como quiere a tantas otras organizaciones y a cada persona. Pero no es todo que Dios lo quiera. Hay que apostar en ello la realidad de cada día. En la historia de las instituciones pasa como en la historia de las personas, pasa como cuenta el Evangelio, que "hay un hijo que dice sí que voy y no va, y otro que dice no voy y va".

"A la Obra, es evidente, hay gente que la necesita", argumentarán también sus socios, basando en ello la defensa de su autenticidad. A Marx también. Es una importante nota, pero no necesariamente aval de su ortodoxia.

Dios, que es tan bueno, sabe lo que hace y hace siempre lo mejor. Escribe derecho en renglones torcidos. Dios sabe cómo necesitaba el Padre que le recogiera; Dios sabe muy bien cómo la Obra necesitaba seguir con su fundador mejor en el cielo que en la tierra.

Dicen -los socios de la Obra- que el Padre ofreció su vida por la Iglesia, y que por eso se ha muerto antes. No puedo ocultar que me sorprendió tal argumentación. Al oírlo, me vinieron a la cabeza distintas enseñanzas suyas -de Monseñor-, como son: "Hijos míos, en el cielo se puede amar, pero no se puede trabajar por Dios; hay que seguir trabajando mucho por Él antes de ir al cielo." Recuerdo otro comentario que solía hacer; sobre Santa Teresa cuando dice: "Muero porque no muero." "No es lo nuestro -añadía el Padre-, debemos desear vivir para trabajar por Dios." Ante la muerte de algún socio de la Obra -me acuerdo de la de un croata, sacerdote, muerto en accidente de aviación-, el Padre exclamó también: "¿Cómo, Señor, teniendo tan pocos que te amen en la tierra, te llevas a los que tanto pueden trabajar por ti?"

No parece que estuviera en su estilo, en su mentalidad, un ofrecimiento de su vida a través de la muerte. Si bien es verdad que en la Obra, por la causa del Padre, está permitido todo. Está permitido lo que sea y como sea, con tal de salvar, de poder seguir proclamando el más absoluto enaltecimiento de su fundador.

Un par de meses después de la muerte de Monseñor, fui a confesarme y por casualidad caí con un sacerdote de la Obra, que ni me conocía ni yo a él. El cual, después de advertirme que fuese rápida porque tenía prisa, nada más decirle yo mi confesión, me susurró entusiasmado: "¿Tú sabes que el Padre te ama entrañablemente? El Padre, "que aunque la Iglesia aún no lo haya definido es santo", desde el seno de la Santísima Trinidad te ama, ¿lo sabías?" Y ante mi falta de vibración (mi indiferencia a tal exposición) añadió: "¿Sabes quién es el Padre, verdad?" Le contesté que sí; no había tiempo para más; ni creo que mentalidad...; "Pues esto tiene que ayudarte -siguió diciéndome- para que tu vida interior dé un auténtico resplendo." En aquel

momento me dediqué a pensar en el sacramento, y dejé pasar aquello. Luego no pude menos de considerarlo, y sentir verdadera pena. ¡Cómo es posible! ¿No se dan cuenta de lo estrecho, lo ridículo, lo absurdo que esto resulta? Porque aquello, ¡como siempre!, no era el comentario de una persona sin más; era, no podía ser otra cosa, el resultado de una "formación" llena de consideraciones "específicas". Lógicamente mejor "entendida" por una clase de personas que por otras, aun dentro de los mismos de la Obra.

No que esté en el cielo, que es muy razonable alardear de ello, sino con una santidad que tiene que ser "canónica". Que para ellos ya cuenta, aunque la Iglesia no se haya definido. La canonización de Monseñor Escrivá empieza para los suyos por propia concesión sentimental interna. No es nada nuevo, no. No es sino el eco, la respuesta adecuada, a un estilo que les ha quedado de herencia.

De la herencia no cabe duda. El tiempo y los hechos, las consecuencias se encargarán de todo lo demás.

Y a cada uno de nosotros, ¿no nos quedará acaso la responsabilidad de aportar a la sociedad, a la Iglesia, toda una serie de datos, de hechos, que promuevan una reacción consecuente, proporcional, y por proporcional regenerativa, antes que para nadie para la Obra misma?

Callar, cansarse y "olvidar" es muy cómodo, pero creo que poco constructivo por demasiado conformista. "Un hombre, un caballero transigente volvería a condenar a muerte a Jesús", "Cuando un hombre transige en cosas de ideal, de honra o de fe, es un hombre sin ideal, sin honra, sin fe", son dos puntos de Camino (393 y 394). A pesar de las condenas que por parte de la Obra recaen sobre los que no transigimos.

"Enderécese lo tortuoso, suavícese lo escabroso, y "verán todos los hombres" la salvación de Dios" (Isaías, 40, 3, 5). La verdad a la Obra, que tanto le gusta aplicarse frases evangélicas (ésta la comenta San Lucas en su capítulo tercero), la verdad es necesario ofrecerla, proporcionársela, hacerla posible a todos los hombres, y la Obra, "muy a pesar de los pesares", esa verdad suya la condiciona de tal manera a su irrazonada fe ciega, deformándola y tergiversándola, que a la misma sobrenaturalidad acaba convirtiéndola en mito (ficción es una de sus definiciones de diccionario).

De la Obra, además de sus forofos, hablará, tiene que hablar, lo está haciendo ya, su propia historia, la historia de las personas que la forman. Muchas veces no precisamente para erigirse en loas, como sus más "fieles" seguidores quisieran. ¡Ojalá para entre todos hacer de la citada frase de Isaías parte también de esta historia!

APÉNDICE

Cuando escribí este libro, en su primera edición, lo definía como una charla, conversación sobre la marcha, sin más pretensiones de estilo. En ningún momento me propuse la calidad de una obra literaria, sino la autenticidad de una aportación histórica, a través de un diálogo abierto que de esta manera quedó iniciado, únicamente iniciado. Y que ahora, debido a la difusión del mismo, creo que debe continuar, cara a las distintas preguntas, argumentaciones o comentarios que para algunos interlocutores del mismo han podido quedar más o menos en el aire. Junto con la aportación de quienes, espontáneamente, han querido unir sus voces, su propia experiencia, a la confirmación de tales exposiciones.

Las razones de por qué lo escribí quedaron ampliamente desarrolladas en todo un capítulo del mismo; a pesar de lo cual sigue habiendo quienes insisten: ¿por qué?

Porque he necesitado aportar mi testimonio, dado que me siento responsablemente comprometida con la verdad, con una verdad concreta: la de aquello que ha venido a formar parte de mi vida y por el hecho de haberlo formado. A lo cual hay algunos que se permiten objetar que, después de todo, una vez que he dejado la Obra, allá ellos, a qué preocuparme más. . . Y aunque no deja de ser en parte razonable, hay sin embargo una razón superior (me afecte a mí o no me afecte) que viene a ser ni más ni menos que la razón de no consentir en atropellos en las personas para el encumbramiento de una sola persona, por muy fundador que sea; la razón de intentar evitar que la fe de tanta gente de buena voluntad tenga que quedar reducida a la sola fe ciega en Monseñor Escrivá; la razón de advertir a otros lo que a mi me hubiera servido tanto saber, ya que se trata de cuestiones asociativas generales.

Para algunos la postura más ejemplar parece que sea la de sufrir y callar. Yo diría que así como es la postura más cristiana en lo personal, deja de serlo en cuanto las consecuencias que de ello pueden derivarse repercuten negativamente en una colectividad y de forma general. Puede llegar a ser también la postura más cómoda, la más cobarde. Se trata de que el que consiente se hace cómplice. Se trata de que así como hay una responsabilidad de hacer el bien, hay otra, no menos importante, de evitar males socialmente equívocos. De la misma manera que a Dios tendremos que dar cuenta de la palabra ociosa, no menos tendremos que dársela de callar u omitir la palabra testimonio.

Los hay para quienes callar es el mayor servicio que cabe hacer a los "ingenuos de buena voluntad que estarían mejor sin saber tanto". Creo que esto es una postura de "verdad a medias", falsa verdad, abiertamente semejante al estilo farisaico que tanto abominaba el Maestro. Hombres (los fariseos) que se distinguían por su "fervor religioso", separados y prevenidos siempre contra aquellos que consideraban menos dignos, y "fieles" cumplidores más de la letra que de la propia Ley. Hipócritas les llama Jesús.

Para otros: problemas de éstos ya tiene bastantes la Iglesia, y no ven demasiado ortodoxo cargar las tintas. Indudablemente no deja de ser un problema más; pero uno que, si se deja, no sólo no se arregla nada, sino que se contribuye a que vaya a más y sea cada vez peor, más difícil.

Los hay para los que el mito del Padre les lleva a considerar aberrante toda disidencia respecto a él; se trata de un sacerdote, insisten; y hasta me han llegado a escribir que, quiera yo o no quiera, es santo y será canonizado santo.

Ni quiero ni dejo de querer. Es algo que gracias a Dios no me compete a mí juzgar. Me encan-

taría poder referirme a la Obra sin tener que hacer la más mínima alusión a la persona de su fundador (Convencida a la vez del interés de una auténtica biografía sobre dicho fundador, para la que desde luego no me considero la persona más idónea.) Lo cual creo que hubiera sido posible si Escrivá se hubiera limitado a fundar, a poner en manos de la Iglesia un nuevo instrumento de trabajo apostólico, en el mejor de los casos dirigido y gobernado por él, sometido a unas normas y a un estilo de vida forjados por su esfuerzo, pero no encasillado en su exigente y absorbente personalidad como razón única de fidelidad. Y decía "en el mejor de los casos" porque ni siquiera es necesario que un fundador sea el que dirija su fundación: si San Francisco de Asís se hubiera empeñado en hacerlo, posiblemente los franciscanos no existirían. Por contraste he buscado historias de fundadores y me ha sorprendido la diferencia de afanes en cuanto a la imposición de su personalidad en los que han llegado a santos; no les va, no lo buscan, hasta lo rehuyen. Aportan lógicamente a sus órdenes aquello que ellos "conciben" como instrumento de bien; con una repercusión de esa personalidad que las origina que no pasa de ser algo inevitable e incluso inadvertido por ellos mismos, ignorado e indeseado. En la Obra lo penoso es lo contrario, lo penoso es que en la Obra ella misma y la personalidad de su fundador no se pueden separar, son una sola cosa.

Lo penoso es tener que referir a una persona lo que sólo debería ser producto de la evolución o incidencias del sistema como tal; como lo son las contradicciones surgidas del deterioro propio de las cosas en su transcurrir diario. ¡Ojalá que esas incoherencias que se producen en la Obra pudieran ser tratadas de una manera impersonal! A mí sería a la primera que me resultaría bastante más fácil. Ha sido todo el tiempo mi intención evitar aquello que pudiera quedar en meros juicios a personas, como ampliamente dejé expuesto en los tres primeros capítulos del libro. Pero yo no tengo la culpa de que en la Obra ese transcurrir contradictorio no sea sino la peculiar contradicción de la persona de su propio fundador. Muy a pesar de que no es su persona ni su personalidad lo que a mí me importe, si no fuera porque en la Obra se ha identificado lo institucional con su sola y única personalidad.

Sin embargo, en honor de lo que los acérrimos veneradores de la institución quieren denominar postura cristiana, hay que anatematizarme a mí, y hay que hacerlo desprestigiando, ofendiendo. (Conversaciones en la calle y cartas en revistas.) Quizá porque como el libro no "deben" leerlo, no han podido tener en cuenta aquello que ya dejé escrito en su página 142. Acepto y respeto (y creo que en nada he obstaculizado) opiniones de otros distintas a las mías; anécdotas, experiencias en pro y en contra; entiendo y he expuesto mi testimonio como uno más. Pero opinar es una cosa, opinar incluso lo más opuesto, y otra es insultar. Cartas éstas en las que, curiosamente, todos se atienen a consignas tan precisas y concretas como la de no mencionar el título del libro, la de definir sin demostrar (tan usual en la Obra), la de no prestar atención a razones ya argumentadas, o la de condenar alegando no haberlo leído. Algo así como lo que podríamos calificar de antítesis del diálogo. No quieren que lo haya. Y no van a regatear esfuerzo para que deje de haberlo.

Es curioso como, además, estos mismos defensores se jactan de "no haber pertenecido ni pertenecer" a la institución, a pesar de lo cual consideran sus apreciaciones sobre la Obra "desde fuera" superiores y mucho más exactas que las mías (vivas dentro), pretendiendo calificarlas de falsas en honor de "tanta argumentación contundente". Porque eso sí: no deben leer, pero deben condenar. No deben mencionar el título, pero deben desmerecer de su autora, incluso decir que "hay que rezar por ella, porque, pobre chica"; y hay que dejar entrever motivos indeseables de revancha o problemas personales; aunque sean los propios originadores de tales "enfoques defensivos" los que saben más y mejor que nadie que nunca hubieran opinado de semejante manera sobre mi (porque los motivos no existen) de no ser por la aparición del libro.

Otro de los argumentos que se están empleando como repulsa al libro es el de que todas las instituciones importantes han tenido detractores. ¡No confundamos! No creo que nadie que haya leído todo este libro pueda, "honradamente", llegar a esta conclusión, especialmente teniendo en cuenta sus capítulos II y IV. Pedir coherencia, evidenciar inconsecuencias sin más afán que el de una toma de conciencia adecuada, difícilmente podrá ser tachado de ataque o de detracción. Aunque lógicamente exista, porque existe, la repulsa hacia la tergiversación de valores que tales incoherencias suponen.

Únicamente para aquellos que quieran negar el valor de la propia evidencia de las cosas cabe usar semejante calificativo a cambio de lo que únicamente debería ser motivo de un diálogo razonado, razonante; y no una irracional condena.

Me han llegado a calificar de Judas, de histérica, de resentida... Sí, de muchas cosas, y lo han hecho los "buenos", los que siguen fieles a una Obra en nombre de Dios. Y no me preocupa. Mi vida la he proyectado siempre, y lo sigo haciendo, cara a Dios, sin que los dimes y diretes me afecten más allá de lo que para mí supone un testimonio de vida que está al alcance de cualquiera. Si lo que a mí me preocupara fuese mi honra personal, si yo hubiera pensado en una defensa de mi prestigio, o en una revancha compensatoria para mí, nada más lejos como medio para todo ello que la medida de escribir esta clase de libro, la medida de exponer mi propio nombre a lo que conscientemente sabía que lo exponía: dar la cara en estos casos (está siendo un hecho) es acabar molida. ¿Molida como el grano de trigo que si no muere no da vida?... Quizá. Molida porque el riesgo es enorme, es mucha la dificultad del tema, y es tremenda la "capacidad defensiva" de los que viven amparados por la Obra. Por lo cual nunca un motivo personal será suficiente, nunca una razón cualquiera, individual o aislada, llevará a ello. Necesariamente tendrá que haber más, mucho más.., y éste es el caso.

Judas fue un traidor. O, como suelen decir los directores de la Obra, es normal que de cada doce vocaciones salga un Judas. Pero nunca abogar por la verdad, jugárselo todo a la sola carta de la verdad (de una verdad más coherente), no de mi verdad, sino de la verdad de unos hechos constatables, podrá ser considerado como traición; sino más bien como única medida de no traicionar simplemente por omisión.

Sólo traiciona el que quebranta la fidelidad a unos principios, que en el caso que me ocupa no son sino el punto de partida de la coherencia que reclamo. Consentir en la incoherencia de esos principios precisamente es lo que, a mi entender, cabe únicamente concebir como traición.

Escándalos farisaicos los ha habido siempre y los seguirá habiendo, sin que por ello (y no es sino evangélico) el testimonio de la verdad tenga por qué arredrarse ante semejante actitud.

Decía que no son "cosas mías", no son detracciones revanchistas, y lo digo en base a la aportación de quienes (como antes aludía) han querido unir su testimonio, su experiencia vivida, al reclamo de esa verdad en la que un día creímos y otro día nos dejó perplejos por el propio engaño que nos supuso.

Querida María Angustias:

Supongo que sabes quién soy y me recuerdas bien. Estoy leyendo el libro que has escrito y desde el primer momento pensé en escribirte al acabarlo. Ahora (y estoy a la mitad), no he

podido menos de ponerte unas letras ya, porque siento necesidad de decirte lo muchísimo que me gusta. Me complace saber que todo esto ha salido a la luz, que está escrito y dicho ya de una santa vez.

Todo lo que tú dices yo lo firmaría, lo ratifico y lo rubrico, me hago solidaria y puedo añadir que tu caso es el mio...

Siempre he tenido sobre mí la incomodidad de saber que no había escrito y dicho todo lo que pasó con mi vocación, con mi vida, en esos también catorce años que estuve en la Obra. Ahora ya respiro tranquila, porque aunque no lo he contado yo está en la calle. Ya no hace falta que lo diga porque diría lo mismo, e infinitamente peor dicho que lo dices tú. Por lo tanto cuenta para todo, de hecho y de sentimientos, con el testimonio de mi verdad que ratifica absolutamente la tuya.

Lo interesante y lo triste es que tu libro lo captamos "de verdad" los que hemos pasado por la Obra. Los demás no captan, a no ser que les interese y se paren, mucho, porque es increíble e incomprensible lo que allí ocurre, ¡increíble! Te doy mi más ferviente enhorabuena, y mi mayor admiración por escribir tan claro lo que muchísimos, o todos, los que hemos salido, hemos tenido pereza de abordar, sobre todo por complicado. En mí no ha sido cobardía de decir (que gritaría a los cuatro vientos esta tremenda verdad), sino lo que te digo, temía la complejidad del tema y... tuve pereza.

(A. M. Lda. Filóso fía. Madrid.)

Querida María Angustias:

Te supongo ya acostumbrada a recibir cartas de personas que no conoces, como consecuencia de la publicación de tu libro. No te conozco, si bien tenemos amigos o "desconocidos" comunes -R. R. por ejemplo, o V. R.- por haber sido durante bastantes años socios numerarios del Opus Dei.

Me gustó mucho, muchísimo tu libro. Es el primero que leo escrito por un "ex" que no me deja mal sabor de boca. Tenía que ser una mujer la que lo escribiese... Es el primer libro sobre el tema que efectúa una crítica de la Obra "desde dentro", tipo de perspectiva que me parece imprescindible en este y en tantos otros casos. Que critique el Opus Dei alguien que ha perdido la fe, quien nunca la haya tenido o el que crea que la Iglesia es una mera pervivencia medieval, me parece lógico y natural. Estaba esperando a alguien que hablase de la Obra sin tono acusador o aniquilador, que por otra parte muchos han aprendido "dentro". Y que dijese que, pese a quien pese, hay una Obra a la que nos apuntamos mucha gente, y otra Obra, la "real".

Este desfase entre teoría y práctica se produce con frecuencia en las instituciones humanas, incluidas las humano-divinas, y no me voy a rasgar las vestiduras por ello. Sin embargo, me marché cuando creí que el desfase llegaba a una desproporción innecesaria, subsanable y - para mí- personalmente intolerable.

Tu "Anexo" me parece un libro de espiritualidad, opinión que en mí representa un elogio muy grande. Es una lástima que, como tú misma insinúas, ni lo lean ni lo vayan a leer sus principales destinatarios: los actuales miembros, y sobre todo los responsables de la organización. Es un libro que prueba que te habías metido muy dentro de la Obra y en tu caso la "estafas -

putantes se obsequium proestare Deo- fue especialmente dolorosa.

En mi caso personal, te confieso que no fue tan grave. Nunca ocupé ningún cargo interno, no di una sola charla de formación, etc., a gente de la Obra. Esto es especialmente significativo porque siempre fui un perfecto observante de todo lo prescrito. Siempre desarrollé una activa labor apostólica de puertas afuera, si bien con una peligrosa tendencia hacia individuos exóticos: comunistas, ateos, extranjeros (negros)... intelectuales, etc. Además, la Obra ha sido la única organización de las que formé o formo parte en la que no me hayan elegido "jefe", o secretario, o responsable, o lo que sea. En los directores de la Obra había una certera intuición psicológica, y seguramente consideraban con razón que yo no era del todo de fiar. Me había creído muy en serio lo de la libertad de espíritu, y eso se nota.

Para mí, la Obra era nada más y nada menos que una forma especialmente entregada de vivir el cristianismo. Yo era cristiano "antes" de pertenecer a ella, y, por supuesto, lo sigo "siendo después" de salir. No me supuso un trauma especial el ingresar en ella, y por lo tanto, tampoco me lo supuso el salir. Porque coincido con tus apreciaciones, tu libro me parece excelente.

(J.1. 1. Psicólogo. Barcelona)

Querida María Angustias:

He leído tu libro con fruición, con verdadera curiosidad, robando tiempo a mi tiempo. Y he sufrido una agradable decepción. Porque, siendo duro, no tiene bilis; siendo crítico, no corroe. Está escrito para los de dentro, los que no van a leerlo; pero encuentra en los de fuera los mejores destinatarios: les descubre, sin, ser ¿se tu propósito, el porqué del misterio que rodea al Opus. Y conforta llegar a saber con su lectura cuál es la aguja de mareas que mueve a tanta gente inteligente. Porque he de confesarte cierto complejo, sentido antes, que movía a personas normales a ser anormales. Al dar respuesta cabal a mi pregunta tu libro, ya no lo siento.

Sirvan estas líneas para ayudarte en la lucha contra "la santa coacción" y la "santa intransigencia". Estoy seguro de que tu gesto valiente y lleno de autenticidad vale mucho más que todos los millones que se ahorra Monseñor Escrivá al no dar un "céntimo por tu alma".

(E. A. M. Abogado. Sevilla.)

Querida María Angustias:

Sólo unas letras para decirte que he leído tu libro y te doy las gracias porque en él has dado respuesta a todas las preguntas que me hacía a mi paso, poco tiempo, por la Obra. Breve tiempo; pero si el suficiente para darme cuenta de que no era en absoluto lo que decían. De la teoría a la práctica hay un gran abismo.

Cuando me salí hice un resumen de todo lo que había vivido "dentro", y la verdad no entendía nada; ¿cómo era posible que en una obra que se llama de Dios, que dicen además que fue inspirada por Él al fundador, pasaran cosas tan inverosímiles? ¿Y cómo nadie había dicho nada para su enmienda? ¿Qué pasaba? ¿O yo había vivido una mala pesadilla? Sabía de personas fenomenales que se habían salido destrozadas y no habían movido ni un solo dedo para denunciar tales atropellos como se cometen en nombre del Señor. Tu libro, al cabo de los tres años de mi salida, me ha dado la respuesta a todo. Y comprendo cómo nadie hasta ahora ha

sido capaz de tales denuncias: hay que ser muy valiente y querer mucho el camino recto de Dios para hacer lo que tú has hecho. Sé que has sufrido presiones y calumnias por haberte "atrevido" a escribir tu experiencia en el O. D. La verdad que tú denuncias es muy dura para los que siguen "dentro", desgraciadamente. ¡Qué pena que les esté prohibido leerlo! ¡ Les haría tanto bien!

Estoy segura que son muchas las personas que te agradecen este libro. Todas las que un día decidieron, porque ya no podían más, dejar ese caos de manipulaciones de... "Santa coacción." Y por otra parte aquellas que han tenido la suerte de leerlo que han estado a punto de entrar, también te lo agradecen en el alma, porque les ha evitado sufrimientos inútiles.

Es tu libro sincero, valiente, llamándole a las cosas por su nombre, muy crudo sí, pero desgraciadamente la verdad de la Obra, o parte de su verdad, es así. ¡Qué distinto hubiese sido todo si verdaderamente fuera OBRA DE DIOS, ni tú, ni yo, ni muchas otras personas estarían fuera! Y seguro que ese número que dicen de 60.000 (?) socios serían de verdad, y muchos más, pero...

En mi poco tiempo "dentro" viví muchas cosas de las que cuentas en tu libro. Yo entré de agrada y como cuando no entendía una cosa preguntaba y las respuestas que me daban no me satisfacían por la falta de sentido, y me querían hacer ver lo blanco negro y viceversa -con lo fácil que es llamar a las cosas por su nombre-, pero claro, esto es posible cuando se va con la verdad por delante. Yo seguía preguntando cada vez que no entendía o veía claro algo. En vista de esto me "aconsejaron" me pasase a s. numeraria (esos brazos largos de la Obra) que por tener menos contacto directo hay menos posibilidad de ver y Yo estaba creando problemas con tantas preguntas. Pero como Dios escribe "derecho con renglones torcidos", resulta que seguía viviendo y observando por los "servicios" que tenía encomendado, y naturalmente seguía preguntando. Porque eso sí, entre sus muchas contradicciones te dicen que preguntes todo lo que no entiendas para que no te quedes con la duda, pero, según las respuestas, sigues con más... Un buen día decidí hablar con mi directora para no continuar. Ésta me quería encajar donde fuera, pero oficialmente, yo le indiqué que "extraoficial" podía continuar. Así lo hice y durante cerca de dos años estuve prestando pequeños servicios al O. D., y durante todo este periodo de tiempo ni una sola vez se le ocurrió a nadie preguntarme cómo estaba de salud mi alma. Me marginaron poco a poco... ¡Tanto como el fundador decía de palabras y escrito que la misión de la Obra es llevar almas a Cristo estén donde estén, que no importa no tengan vocación para "entrar"...!

Este detalle conmigo me demostró que yo no interesaba a la obra, de lo que me alegré infinito. Con decirte que cada día que pasaba -ya fuera- me sentía más feliz, más libre y viviendo más cara a Dios. Como anécdota te cuento que un día tuve una pesadilla de que estaba otra vez "dentro" y cuando me desperté lo hice con una angustia que parecía que estaba envuelta en una red. Ya te puedes hacer una idea.., y eso que mi paso fue muy breve y en lugar distinto al tuyo. Comprendo todo lo que has sufrido.

Da pena ver cómo personas de buena fe, que entraron dispuestas a entregarse totalmente a una obra que dice llamarse de Dios, las van destrozando poco a poco, actúan como autómatas, repiten como grabadoras lo que les dicen, pero sin sentirlo: las frases de delicadezas, de cariño, ese espíritu de servicio que tanto recalcan, todo condicionado, sin corazón. También es verdad que hay otras que viven "su vida" y que le están sacando provecho a la Obra, son las de "dame pan y dime tonto"; hay otras que "fuera" son una más y "dentro" tienen su pequeño mundo propio, "un grupo más o menos grande de borregos-fanáticos" que le siguen a fe ciega, y ellas se sienten "alguien". Éste es uno de los motivos que he observado que retiene a

muchos miembros dentro... Esta postura estúpida de ser el "centro" de algo, y donde sea, hace mucho daño, más aún por estar Dios por medio. ¡Vanidad ciega de algunos seres humanos! Sería muy interesante a nivel de estudio psicológico, hacer una encuesta entre todos los miembros que han sido o están en la Obra, sobre el motivo que les indujo a "ser" socio... Nos llevaríamos muchas sorpresas.

Un fiel reflejo de lo que es la obra es el famoso librito CAMINO, lleno de contradicciones, de confusionismo. Leyéndolo despacio se da una cuenta de todo el mare magnum que es la Obra y de esa "desorganización bien organizada" donde terminas volviéndote loca si te paras a pensar, por eso la "fidelidad" consiste en obedecer a fe ciega... vamos como una marioneta.

En fin María Angustias, te podría contar mucho más, pero sería en cierto modo repetirte lo que tú ya sabes de esta triste historia. Quiera Dios que con tu libro, que ha sido una ventana abierta al exterior, sea una llamada de atención a quien o quienes correspondan y le pida cuentas a esta "santa obra" (?) para que de verdad sea una Obra de Dios, o por el contrario... Que tu valiente ejemplo espolee y aliente a todas aquellas personas que han estado vinculadas a la Obra, poco o mucho, pero que han vivido ese caos, a que no silencien tantas barbaridades como cometen con las criaturas de Dios, manejándolas como marionetas... Que dejen su cobardía.

Puedes contar conmigo si lo necesitas en esta empresa difícil y peligrosa que te has metido, pero que por ser un deber de conciencia y cara a Dios, Él te ayudará en todas las dificultades que tu libro te está trayendo.

(M. A. V. Sevilla.)

Querida María Angustias:

No nos conocemos, aunque es muy probable que nos hayamos visto alguna vez. ¿Cómo tengo tu dirección?, muy fácil, me la consiguió una amiga que, como tú y como yo, perteneció a la Obra.

He leído tu libro. Confieso que lo compré con recelo. Es un tema tan manoseado, tan deformado -en pro y en contra- que temí haberme fijado en una de tantas obras que tratan el asunto. Pocas páginas de lectura bastaron para comprender que, por primera vez (creo yo), se dice la verdad sin adornos ni exageraciones. Con objetividad. Sin rencor, pero dejando oír a través de cada línea, la queja de una vida que se ha ido quedando, día a día, en una lucha que, para no pocos, parecerá fracaso.

Pertenecí diez años a la Obra como agregada, y te aseguro que al leerlo, volví a vivir tantas y tantas dudas como a lo largo de esos años expuse, a veces callé y siempre sufrí.

Mentiría si no te dijera que tu libro me ha hecho pasar algunos malos ratos. Quien lo lea sin haber tenido la vivencia de la Obra pensará -y te repito la opinión de una amiga a la que se lo presté- que es atroz haber pasado una cosa así, que si la Obra dice una cosa y vive otra ¿qué clase de Obra es ésa? Los que hemos vivido, a veces durante mucho tiempo, esas cosas, esas tensiones, esa soledad, esa incompreensión, encontraremos que tu libro nos duele, como nos dolió abandonar la Obra porque, al cabo del tiempo, nos resultó imposible, sin perder el equilibrio, continuar aceptando aquello.

Has sido valiente, y has hecho un trabajo en nombre de la justicia; estoy segura de que seremos muchos en pensar de esta manera.

Quiero decirte que esos años, quizá y sin quizá, los mejores de nuestra vida, gastados en un mismo afán, necesariamente nos unen. Por lo que dices en tu libro vives ahora sin problemas, pero a partir de ahora estáte segura de que hay una persona más, yo, con la que puedes contar para lo que quieras. No sé si al dejar la Obra pasaste malos momentos. Yo sí. Me encontré sola, las "amigas" de dentro dejaron de conocerme al día siguiente, y noblemente yo no quise volver a ver a las que trataba por razones apostólicas. Fue casi un año de absoluta soledad, oscuridad, de una gran amargura de la que creí no iba a ser capaz de deshacerme. Pero el tiempo es buen médico en estos casos, mi profesión me llamaba y a ella me aferré. Cuando dejé la Obra trabajaba como profesora interna de Instituto. Me encerré a estudiar y eso que busqué como evasión me llevó a sacar las oposiciones. Este año me he incorporado a mi plaza. En fin María Angustias, sólo quería darte las gracias por tu libro y mira qué parrafada me ha salido.

(M. C. R. Catedrática de Instituto. Madrid.)

Un sacerdote de 69 años se permite calificar el libro de valiente, interesante, y en el cual se descubre una enorme sinceridad, gran inteligencia y recia espiritualidad.

Podría seguir; son muchos más los testimonios, son, están siendo, como decía, llamadas telefónicas, entrevistas personales, etc., frecuentes y numerosas. Testimonios que agradecen que haya sido capaz, testimonios que tenían ganas de que todo esto se dijera, que ellos mismos hubieran querido decirlo, pero...

¿TUVIERON MIEDO?

La baza del miedo existe, y ha sido siempre una gran baza para muchos objetivos. Miedos psicológicos, miedos morales, miedos físicos, materiales. El miedo indudablemente es un resorte de control. Sin embargo distinto, es distinto a lo que como virtud debemos considerar "temor de Dios". Miedo o temor, en su acepción ordinaria, no es sino cobardía, y en el mejor de los casos desconcierto. En cuanto a virtud, temer a Dios es esencialmente concebir su grandeza, su magnificencia y ser consecuentes con la veneración que esto supone. Nada más lejos de un hijo de Dios que sentirse arredrado, coaccionado por presiones humanas. El tema es largo y cabría seguir adentrándonos en tan interesante tesis, pero creo que sólo este esbozo puede ya servirnos.

En la Obra el miedo ha sido y sigue siendo también una baza importante. Miedo producido por el concepto de aberración que te inculcan que supone desvincularse de ella, bajo su pretendida relación con esa clase de temor, o infidelidad a Dios sea cual sea la causa. Hace poco me recordaban un ejemplo utilizado durante una larga época para con los dubitativos, que consistía en contar el caso de un chico que abandonó la Obra y al día siguiente murió de repente, como significativo castigo de Dios. Miedo como consecuencia de la psicosis moral que queda, dados los conceptos y mentalidad de pecado que dentro te crean. Miedo a las "intervenciones" que en defensa de la Obra monseñor pueda "permitir". Miedo a los insultos y desprestigios con los que habrás de apechar si se atreves a diferir... Miedo al boicot que indudablemente crean - los de dentro cuando no estás a favor de la Obra.

A lo largo de las cartas que, acabo de transcribir, así como de las que seguiré reproduciendo, dicen que he sido "valiente", y en honor a la verdad a mí ha sido a la primera que me ha sorprendido. Y me sorprende, me sigue sorprendiendo, aunque tampoco es que sea para mí ninguna novedad la necesidad de reserva que condiciona a tantos. Muchos son capaces de ofrecerme su solidaridad con el libro de una manera privada (que agradezco de veras) pero "prefieren" que no trascienda; preferencia que respeto profundamente aunque no comparto. Comprendo que son muchas y muy desagradables las presiones morales, sociales, profesionales, e incluso familiares; pero creo mucho más, y entiendo que debe estar muy por encima de todo ello el deber cumplido de un auténtico servicio a la verdad. ¿Valentía?

O más bien aversión a ataduras condicionantes. Es difícil, lo comprendo; son muchos factores. Lo son el cansancio, las ganas de vivir en paz, las secuelas de la "formación" recibida, la falta de confianza de que "molestarse" sirva para algo, etc., etc. Sí, todo esto es verdad, y hay que contar con ello. A pesar de lo cual sentiría, y lo sentiría de veras, que el calificativo de valiente, en mi caso, no sea sino el contraste de lo fácilmente que otros se condicionan.

Y como consecuencia, hay en todo esto una serie de resultados, que afectan a las personas, creo que tremendamente dignos de tener en cuenta. A través de las personas que se han dirigido a mí con ocasión del libro, podría formar como tres grandes grupos: uno, el de los que han estado de diez a quince años, los cuales quedan muy cansados, equilibrados sí, pero bastante disminuidos en su agotamiento y desengaño. Otros, con 25 o 30 años de vida en la Obra, lógicamente mucho más afectados, dificultosamente capaces de desintoxicarse de lo que dentro vivieron. Y un tercer grupo, que estuvieron menos años, tres o cuatro, y salieron hace ya bastantes, mucho más rehechos, con una sorprendente perspectiva, paradójicamente actual y viva a la vez que impresionantemente igual a la de los más recientes. Toda una significativa experiencia, significativa por demostrativa, de la incidencia de la Obra y de la realidad de que es su sistema..., y no las personas, la causa y las consecuencias. Personas, a su vez, felices; encantadas de haber sabido romper con aquello que nos supuso un engaño. Confundidos de

que sea en nombre de Dios en nombre de quien se cometan tales atropellos. ¿Rehechos?, unos más y otros menos. Algunos con la fe a jirones por la utilización que de ella han vivido... Grave experiencia, entiendo yo, muy digna de ser tenida en cuenta.

Que deja a su vez una interrelación, qué duda cabe, entre los que hemos compartido semejante experiencia. Hay a quienes en la vida les ha unido la guerra, y hablan de la guerra, y cuentan con la solidaridad o relación que esto implica. Y sin embargo éste es otro gran problema. Los de dentro no quieren la unión de los de fuera. Desdican de ella, se interfieren; y siguen utilizando la baza del miedo, la amenaza, para que ésta no exista. Evitan, como ya conté en capítulos anteriores del libro, que se sepan las direcciones. Acuden a la "acogida" del que se puede salvar de tal relación para disuadirle. Acusan a los que unen para desunir. Y esto pesa, signe pesando, en el ánimo de los que no quieren problemas, de los que desean que les dejen en paz. Y sirve a la vez para que, "dividiendo", la victoria siga siendo del dominio absoluto de la "unión" de los de dentro.

So pretexto de ayuda a personas que públicamente se han solidarizado con mi libro, los socios de la Obra han decidido prevenir a esas personas sobre escabrosos males a los que yo, dicen ellos, me dedico. a inducir. Se han permitido, como decía, llamarles la atención sobre la necesidad de que se alejen de mí, alegando una "paternal solicitud" que durante años, muchos años, no se habían dignado aportarles bajo ningún tipo de necesidad, puesto que las ignoraban totalmente. Como me ignoraban a mí. No las han prevenido de la lectura del libro, no, que se han resistido incluso a mencionarlo; porque ya contaban con que lo habían leído; las han prevenido de mi "perversión". A pesar de que estando dentro la opinión que de mí utilizaban era bien distinta, a pesar de que siempre fui bastante bien considerada, y no fueron pocas las clases de facilidades que me ofrecieron para que no "me saliera".

Sr. Director:

"Acabamos de leer el libro titulado "El Opus Dei. Anexo a una historia", del que es autora María Angustias Moreno. Quisiéramos aprovechar la plataforma que nos ofrece su publicación para dejar constancia del aplauso que nos merecen el libro y su autora.

"Aplauso porque, por primera vez -y ya era hora-, una mujer que ha pertenecido al Opus Dei narra con gran sencillez e indudables aciertos de sinceridad los complicados entresijos de esta asociación, su autoritarismo llevado a extremos aniquiladores de la personalidad, su radical integrismo religioso. Admiramos su valentía, porque ha sido capaz de infravalorar el riesgo que suponía su aportación.

Muchos son los que han sospechado estos rasgos definitorios del Opus Dei al entrar en contacto con alguno de sus miembros, pero ahora pueden constatar su evidencia en mil y un detalles que narra la autora y que nosotros corroboramos con nuestra propia experiencia.

Quizá el mayor mérito del libro es precisamente éste: narrar en primera persona, contar los hechos de su propia vida, sin pretender tan siquiera con ellos elaborar un juicio crítico de valor. Eso queda para el lector, que acaba anonadado ante la realidad de este enorme tinglado y ante un fundador -el padre Escrivá- que exigió fomentar entre los miembros del Opus Dei un verdadero culto idolátrico por su persona.

Es nuestro deseo que aparezcan pronto nuevos libros tan sinceros como éste, que aporten documentación amplia y veraz.

Tenemos constancia de que el libro ha sufrido presiones de diverso tipo, como la de ser retirado de escaparates y boicoteada su distribución.

Firmas:

Ana Maria Calzada Jiménez; Nuria Passola Palmada; M. Luisa Pericot Raurich; Montserrat Codina Francisco; M. Rosa Garrido Adán; Enrique Sopena; Pilar Navarro Rubio; Begoña Escoriaza; M. Jesús Hereza; Alberto Moncada; Isabel de Armas Serra; Soledad Sáez de Tejada; Concha Fagoaga; M. Luisa Vidal; Paloma Saavedra; Eloisa Porras García; Lola Heredia Herrera; Cristina Alcántara Martínez; Mercedes Alegre Villegas; Sol Castillo Jiménez; Rosa Quintana Zaragoza; Nati Paño Asuero; M. Teresa Vázquez Parladé.

(Estas firmas corresponden a ex asociados del Opus Dei de Barcelona, Madrid, Córdoba y Sevilla.)"

¿Qué puede deducirse de semejante actitud?, ¿qué puede pensarse o esperarse de ella sino el intento de destruir psíquica y moralmente a la persona, para eliminar unos obstáculos, que no parece serles fácil lograrlo de otra manera?

En las librerías, a través de los típicos compromisos de favor, se han empleado a fondo para que los libreros no lo pongan en el escaparate, para que no lo vendan, para que lo tachen de "malo". Me contaba una señora de una librería que un simpatizante de la Obra, bien mentalizado, le llegó a decir: "Cochina, ¿qué haces con ese libro en el escaparate?" Dicen de él que es basura, dicen que escribo contra un santo, dicen... dicen de todo; y dirán todo lo que haga falta decir por "el buen nombre de la Obra", caiga quien caiga, pase lo que pase.

A pesar de lo cual hay otros que dicen también, tienen bastante que decir, y dicen cosas muy distintas.

Querida María Angustias:

Aunque no nos conocemos no te será difícil adivinar que leí tu libro. Me siento totalmente de acuerdo contigo y a pesar de que esto no resuelva nada, sólo el haberlo contado ya parece que te deja mejor. Yo desde los 13 años iba por un club de bachilleres, a los 16 pedí la admisión como agregada; ya hace algunos años. Estuve tres años en un ambiente que ahora pienso que no me iba nada. Conocí y vi al "Padre" varias veces en Pamplona y en Barcelona. Estuve trabajando en una obra corporativa de la Obra y salí muy malparada.

Dices que tú no te sientes rencorosa, pero yo sí. Me quitaron lo mejor que tenía que era la buena fe y la confianza en la amistad y aprendí a ser mal pensada.

Todo lo que dices del "padre" en tu libro es verdad, pero echo en falta sus consabidos "milagritos", sus tertulias con don Alvaro y la Virgen, y las cantidades de veces que se le ha aparecido. Me da risa además que la gente se lo crea como lo más natural; creo que le quieren dar una importancia y un privilegio que es ridículo.

De las faltas de educación, de urbanidad elemental de las chicas, de ese creerse en el mundo pero flotando en él, de su uniformidad (ese algo) en el vestir., yo llenaría otro libro. Para mí

todo eso ha sido un trauma que no se me va de la memoria. Después de unos años me casé con un chico estupendo y me dice que le doy demasiada importancia. Puede que tenga razón; pero es que no concibo que esta gente piense que se está santificando cuando por detrás te están causando tanto daño.

La fraternidad existe sólo mientras pienses y actúes como ellos quieren. La amistad que me unía a la numeraria que me "pescó" quedó súbitamente cortada desde el día que me hice de la Obra, por lo que está claro que no era amistad, sino interés. Para poderme retener a toda costa, cuando empecé a plantear dudas, me hacían ir a las diez de la noche a la casa de la delegación, a llevar una carta (siempre urgente) y allí me sometían a un largo interrogatorio y sermoneo, por lo que llegaba a mi casa a las 11 de la noche con la normal preocupación de mis padres, pues yo tenía 17 años. Por supuesto después de cenar corriendo me tenía que poner a estudiar, muerta de sueño; no sé cómo aprobaba. Me inventé decirles que tenía novio, para que me dejaran en paz; así ya el fracaso era mío y a ellas no les importaba. Los lavados de cerebro, sin poder pensar nada más que lo que ellos te dicen (que no quiere decir que lo que te digan sea malo) es algo que sólo se parece a las tropas hitlerianas. En la mortificación parece que viven en la Edad Media. Sobre discreción hay cosas que son secreto absoluto; y otras sin embargo, especialmente cuando se trata de alguien que va a pedir la admisión, se comenta todo. La unidad tiene que ser sin variedad. Y la pobreza sí que es un puro camelo; las casas son fastuosas y muy por encima de la clase media, con sirvientas al por mayor, como si hoy día no fuera un verdadero lujo tener sólo una asistenta.

Una vez oí un comentario de una numeraria que decía: "Encuéntrame una sirvienta rápido, si es necesario pagarle como a un ingeniero lo haré"; en aquella casa vivían 9 numerarias. Yo no me considero pobre, mi marido gana un buen sueldo, y no puedo pagar una sirvienta; también a la hora de vestirme sé que hay modelitos muy monos y muy caros, prohibitivos para mí. Yo tenía que escribir, para la Obra, cada año los bienes que tenía y a quién los dejaría en caso de muerte. Las tres veces que me forzaron a hacerlo sentí la impresión de tener a un buitre encima mío. Aunque me faltaban muchos años para hacer la fidelidad, momento en el que se hace el testamento, espero no tener problemas cuando se mueran mis padres. Hay que tener muchas amigas, pero para pasarlas a la numeraria de turno con "santo desprendimiento". Hay que dar la impresión de que se tiene mucho trabajo, además de la cantidad de normas espirituales, para que no te den tiempo a pensar en nada. El "padre" decía que "en casa no había nunca ni un billar porque había que trabajar"; pero a la vez se cuenta que en las casas de la Obra que se hacía labor con chicos jóvenes, se les hacía cambiar los muebles de sitio para luego volver a colocarlos igual como medio de no perder el tiempo. ¡El afán de significarse con Torreciudad es algo grande! Aparte del título de marqués, cuando cualquier español que quiera buscar tiene algo de sangre azul, y a ninguno se nos sube a la cabeza. Decía monseñor Escrivá que siempre ha ido a contrapelo, cuando todos le adoraban y nadie le llevaba la contraria. ¡Menos mal que iba a contrapelo, si no no sé qué hubiera pasado...!

Después de dejar de pertenecer a la Obra fui a una escuela hogar a matricularme de cocina, simplemente porque me apetecía. No hubo matrícula para mí. Y luego me enteré de que había habido una orden para que no me aceptaran porque yo era "ex". Debe ser que esos 100 que interesan 100 yo soy el 101.

Cuando me echaron del trabajo, alegando motivos que sólo son fallos ordinarios, yo quise ir a Magistratura; pero supimos que el juez era de la Obra, y desistí.

Cuando supieron que hablaba mal de ellos, porque conocía a mucha gente de empresa, me llamaron, me llenaron de sonrisas, y me ofrecieron un cheque en blanco, y "ahora a ver si

hablas bien de nosotros". Nunca me he sentido peor. Es mi pequeña historia.

Sé que tu libro habrá abierto los ojos a mucha gente, pero los que tuvimos que pasar tanto, al menos yo, nos sentimos comprendidos. Mi situación con respecto a mi familia hace que no pueda olvidarme fácilmente de semejante "tinglado". Algunos tienen la píldora tan dorada que no pueden dudar, porque a lo más mínimo ya les parece que pierden la fe; conociendo el sistema lo encuentro disculpable.

Yo, soy feliz, estoy encantada con mi marido y mis dos hijos, con problemas diarios, me siento feliz y sobre todo NORMAL.

Desearía que te sintieras totalmente liberada y convencida del paso que diste.
(M. de M. Barcelona..)

Querida M. Angustias:

He pensado si debía o no escribirte después de haber leído tu libro. Y me he decidido por creer que lo más grave de nuestra época es un casi inconsciente pacto con la mentira que es debilidad, duda, cobardía y pereza, Por otro lado no creo que la verdad sea evidente ni fácil. Sí creo que es un conjunto añadido cada día con esfuerzo, con humildad, con fidelidad y con valor. Son éstas, me parecen, las cualidades que aprecio a lo largo de tus páginas.

No hay en la Obra acontecimientos ni cosas espectaculares, pero sí ese sutil espíritu que cambia todo el sentido y que defrauda a quien ha confiado en su inequívoca transparencia.

Conocí la Obra a través de alguien que más tarde ha sido su víctima. De momento me pareció oportuna, discreta, profunda, y capaz de ayudar a la búsqueda de una meta exigente.

He sido supernumeraria 4 años, y aunque no me haya dado cuenta de todas las contradicciones me ha resultado imposible compaginar mi vida de familia. y mi ayuda a la Obra, porque cada día se volvía ésta más absorbente, y al no cumplir, como era mi caso, muchas veces, se me quedaba una noción de culpa que me complicaba muchísimo. La he dejado, pero me acuerdo todavía de unas cuantas cosas que me chocaban; por ejemplo: que me hayan pedido que mi padre, a quien ni conocían ni siquiera de vista, firmara un papel para respaldar un préstamo para ayuda de casas de la Obra. Otro recuerdo que tengo, y éste ya es triste para mí, es el de que, después de estar ya unos años alejada de la Obra, me invitaron a que fuera a una tertulia con el "padre"; no le había visto nunca y me había parecido siempre un poco pueril y ridículo el afán de cariño al "padre" que notaba, impuesto, y, para mí, sin justificación en una asociación que se pretendía tan discreta y de gran madurez cultural y social. En esa tertulia me chocó profundamente ver a una chica que yo conocía, que había sacado una cátedra estupefanda en Física (había incluso llegado a trabajar con Fermi en Roma) hacer las preguntas más infantiles, más absurdas para su nivel cultural. Y me he enterado que había abandonado su trabajo profesional y que se dedicaba en ese momento a la administración de una casa de niñas.

Después vino el contacto con personas a las que la Obra había hecho un daño tremendo, y poco a poco he podido detectar sus tremendas contradicciones. De ninguna manera había llegado a suponer toda la inflexible y exagerada personalidad del fundador y el conjunto de actuaciones que alrededor suyo se iban practicando hasta un punto que resulta difícil creerlo si no se hubiera vivido, o si no te llegan casos concretos e indudables.

La petición de un título para monseñor y la postura ante los que salían (me acuerdo de haber

nombrado a una persona que yo no sabía que se había marchado de la Obra, y me recomendaron que no volviera a hablar de ella porque "ya no era de la Obra"), de todo esto me asombraba sin entender... Pero no era fácil verlo de una manera desapasionada, equilibrada y justa. Hacía falta un testimonio sincero, libre de amargura y claramente empeñado en seguir buscando lo que una busca al entrar en la Obra: ¡la verdad! Y eso queda plasmado en tu libro, con todas las dificultades de transmitir un ambiente y una deformación cuidadosamente informada; me parece que tu publicación es de la mayor importancia y actualidad.

Valoro profundamente tu honestidad, tu fidelidad a un Dios a quien no has renunciado.

Espero y deseo que así como no han logrado manipular tu entrega, no lleguen a manipular tu denuncia.

(M. de A. C. Lisboa.)

Querida M. Angustias:

No quiero dejar pasar más tiempo sin ponerme en contacto contigo para darte la enhorabuena por tu libro. Me ha gustado mucho, tiene toda la fuerza de la verdad en unos hechos, de unas realidades, vividas en la propia carne. Podemos captar toda su profundidad aquellas personas que lo hemos vivido.

Yo también he dejado la Obra. He salido cansada, terriblemente agotada y con un solo deseo: olvidar lo que ha sido para mí un gran fracaso. De todas formas pienso que cuando se vive cara a Dios y se actúa con intención recta, nuestra vida tiene un valor, aunque no hayamos conseguido ver hecho realidad aquel ideal que nos habíamos forjado. Quiero olvidar el Opus, y todo lo que tenga que ver con él en favor o en contra.

Respecto al libro insisto que admiro tu fuerza de voluntad y constancia para escribirlo, yo, sencillamente, no la tengo. Las circunstancias personales también son distintas, y no es lo mismo rehacer la vida a los 30 que a los 50 años.

Al fin tengo un trabajo fijo, a mi edad no era fácil. En Barcelona el nivel de vida es muy alto y los sueldos, al menos el mío, está aún debajo de las posibilidades de mantener un piso, me hubiera gustado más vivir sola pero de momento no puedo, vivo con una de mis hermanas que desde el primer momento me ha acogido con cariño y comprensión. No te niego que la realidad es dura, pero no me quejo: sabía que había que comenzar desde cero. No estoy amargada ni arrepentida del paso que di, si algo lamento es no haber tenido valor para hacerlo antes. Estoy serena, tranquila, ahora al menos mi vida es real, auténtica, soy yo la que la vivo, el aire es vital.

Si algo necesitas de mí no dudes un momento, ya sabes dónde me tienes.

(M. T. A. Barcelona)

Otra carta empieza con la siguiente frase, bien significativa:

"Tu falta de salud es la prueba de que no tienes vocación." Así fue, con esta frase, oída en Molinoviejo hace 26 años (llevaba tres años en la Obra) como tuve que abandonarla. El exceso de trabajo me tenía destrozada, pero antes se me mandó a Sevilla, de donde yo era y en donde yo conocía a mucha gente, a pedir dinero para la casa de Roma que entonces estaba en construcción... Desde entonces ha llovido mucho, era el año 1954.

Tú, M. Angustias, has conocido el Opus Dei por dentro, yo, habiendo estado en él como numeraria, lo he tenido que conocer por fuera.

Llevo años preguntándome cómo es posible que nadie sintiera lo que yo: pena, sí, mucha pena, inmensa pena, por esa gran Obra de Dios, que de Dios no lleva más que el nombre. Porque Dios está en las almas, y éstas, en el Opus Dei, se valoran por el peso igual que el oro.

En el Evangelio vemos cómo el Buen Pastor deja las 99 ovejas y va en busca de la que se ha perdido. En el Opus (Dei) pasa lo contrario: se echa fuera a la que está exprimida y se la deja sola...; ha sido convenientemente preparada para no ser devorada por los lobos, pero las largas y frías noches acaban por helarla. Te acuerdas entonces del catecismo que allí estudiaste en el que creo recordar que se decía que deben los socios preocuparse de las almas que han pertenecido al instituto, pero vas comprobando que es mentira, que es en ellas especial mente en las que se ensañan...

Por eso, cuando supe de la muerte del "padre" lo perdoné y le pedí a Dios que tuviera misericordia de él. Siempre me ha dado miedo la frase de San Pablo de "el que no tuviera caridad no será salvo".

Has sido valiente al escribir tu libro, quiero con esta carta contribuir a la veracidad de lo que en él se dice, y ten por seguro que recibirás tu premio en la otra vida; aquí no lo creo, porque decir la verdad es duro, sobre todo para quienes no quieren escucharla.

Te puedo asegurar que en 26 años que hace que salí no he tenido el gusto de recibir ni una llamada para un retiro ni acto religioso alguno; les pedí un favor hace unos años y no me lo hicieron; murió mi madre y no me recordaron... ella sí que supo dejarme un recuerdo de santidad vivida y de fe y caridad cristiana,

Los años lo borran todo, pero el impacto que dejó en mi el "Opus Pater" no lo podrá borrar más que la muerte.

(A. V. Sevilla..)

Una mujer tremendamente simpática, alegre, sociable; así es A. V., pero de una delicada sensibilidad también, por eso expresa tan sutilmente la desilusión que supone ver que en nombre de Dios se actúa como se hace en la Obra.

Querida M. Angustias:

Cuando preparaba mis libros y efectos personales para marcharme a pasar estos días a un minúsculo pueblecito de la sierra del Maestrazgo llegó tu carta, contestación a la solicitud que

yo hice a la editorial del libro.

Me alegro porque, aun después de 18 años que llevo fuera de la Obra, siento no sé qué tipo de afinidades con las personas que han pertenecido a ella. Y desde luego mi dolor fue tan intenso al salir que quiero evitar en lo posible que otras sufran estérilmente lo que yo sufrí y pasen los peligros que yo pasé. ¿Sufran estérilmente? No; no es acertado, no hay dolor estéril, ha sido solamente un dolor innecesario.

Yo salí de la Obra el día 28 de mayo de 1959. Tengo ahora 47 años. Los tres primeros fueron muy dolorosos y desconcertantes para mí.

En lo fundamental (detalles aparte) mi experiencia es la misma que la que tú describes en tu libro. Sin embargo hay que hacer algunas matizaciones; yo no ocupé nunca puestos de responsabilidad, no conocí a Escrivá y no salí por voluntad propia: a mí me echaron. Es justo reconocer, porque es cierto, que mi estilo personal de ruda muchacha campesina, sin medios económicos y llegada a la Universidad a fuerza de tesón no era precisamente un adorno del que la Obra pudiera enorgullecerse.

Es posible que mi ingenuo (por entonces) y paleta (siempre) estilo de vida, acostumbrada a la llaneza, a la sencillez y claridad, a la pobreza, me hubieran hecho salir algún día por mi cuenta si no se hubiesen adelantado los dirigentes de la Obra a echarme. No les reprocho que me echasen. Reprocho sí y enérgicamente, el modo de hacerlo y la hipocresía con que obraron. Amé a la Obra como no he vuelto a amar otra cosa en la vida. Es posible que no todo en mi amor a la Obra fuese desinteresado, acaso amaba inconscientemente la seguridad que parecía brindar, y el brillo de sus bienes materiales. Pero, por encima y por debajo de todo ello yo había ido allí fundamentalmente a buscar a Cristo; y con todas las limitaciones propias de todo ser humano, busqué la coherencia y busqué con empeño encontrarlo. Creí, como otras muchas, que aquél era el único camino posible; y un día me vi deshecha de él sin ninguna explicación.

Yo estuve pocos años, pedí la admisión en diciembre del 56, con la carrera recién terminada.

Yo también preparé notas para publicar un libro sobre mi experiencia, con el fin de dejar las cosas en su sitio. Tengo muchas cuartillas llenas, aunque no en redacción definitiva. Cuando tú aún estabas en la Obra yo ya trabajaba en mis ratos libres en estas notas. Un poco por comodidad, y otro poco por las dificultades de aquellos años en publicarlo, las notas han dormido en el olvido hasta que me sacudió el impacto de la muerte de Escrivá; entonces volví a la tarea, pero mis ocupaciones profesionales y un incomprensible pudor me empujaron a dejarlo de nuevo, hasta que de modo casual me encontré con tu libro. Entonces me sentí de nuevo empujada a proseguir, pero a la vez pienso que ya no es necesario ya que sustancialmente es la misma experiencia.

Te envió algo de lo escrito.

(E. D. F. Teruel.)

TANTO TIEMPO ¿POR QUÉ?

¿Cómo después de tanto tiempo? ¿Por qué si aguanté 14 años, dejarlo después? Hay quien es esto lo que no entiende.

Se trata sin embargo de que no es "después de", sino "a lo largo de". De una manera reflexiva, ponderada, seria. Y se trata sobre todo de que, dado el tipo de organización de la Obra en sí, una se encuentra como ante una especie de puzzle; todo está perfectamente estudiado, determinado, y tan controlado, que cada uno participa sólo de un "pedacito"; de una partecita incompleta, reducida y aislada, en la cual las interrogantes tienen siempre una "posible explicación"..., abstracta, y que nunca llega.

Se trata de que a muchas de las argumentaciones expuestas a la solicitud de diálogo o razonamientos nos han propuesto "esperar", "son cosas de primeros tiempos, anomalías que se superan, circunstancias especiales y subsanables propias únicamente de los comienzos".

Anomalías y circunstancias que sin embargo, en vez de entrar en vías de superación, han ido avanzando, avasallando y ganando terreno. Pero, en la Obra, "razonar" es falta de fe; razonar o pedir que las cosas sean razonables es infidelidad al Padre, y él representa a Dios. Nos han contado muchas cosas de muy distintas maneras a como eran realmente; se nos ha sugestionado y acaparado la atención con sutiles "maravillas" para no dejarnos ver realidades muy duras y contradictorias, ante las que lógicamente hubiéramos reaccionado de conocerlas. Lo hubiéramos hecho mucho antes, pero te llegan a convencer de que lo que ves deformado es únicamente la consecuencia de tu deformación personal.

En la Obra, además, está prohibido, es de mal espíritu, actuar en conciencia, porque esa conciencia personal es mala consejera; la única conciencia válida en la Obra es la del Padre, o la del director que actúa en su nombre.

¿Acaso no es comprensible que, contando con todo esto, y precisamente porque no se trata de arrebatos personales, haga falta tiempo, mucho tiempo, para poder entrever el terreno que pisas, para poder deshacerte de tanto perjuicio y atadura, para poder llamar a las cosas por su nombre?

Aunque hay más, hay algo que es fundamental, y que me atrevería a decir que es y sigue siendo la gran fuerza, la mayor fuerza, del Opus Dei. La fuerza precisamente de la enorme buena voluntad de una parte importante de sus miembros. Una buena voluntad que lleva a creer en la buena voluntad de los demás, que impide creer en la manipulación por indigna y repulsiva, que se niega a aceptar aquello que no cree bueno... Hasta que la evidencia se impone, con toda su crueldad. Y se impone para algunos, sólo para unos pocos, determinándolos en la necesidad de su dimisión; para otros, quizá bastantes más, abocándolos a una situación de desequilibrio, de desconcierto, de apatía... o lo que es igual, de incapacidad para llegar a tomar una decisión consecuente y clara.

Los hay para los que no se impone nunca porque son la gran masa anodina que les da todo igual, y que les daría en muchos otros sitios. O para los que aun imponiéndose se sirven de ello y "les vale", les sitúa. Dentro de los primeros los hay que no acaban de poder superar la tergiversación del "holocausto" que en ello les han radicado.

¿Por qué tanto tiempo?, por esto, por todo esto. En el mejor de los casos por el afán de aportar

toda la lucha y la entrega personal a una solución..., realmente desinformada.

Que en la Obra se dice una cosa por otra es algo, hoy por hoy, evidente; lo evidencian el testimonio escrito de las personas que empiezan a atreverse a manifestarse. Ahora expuesto por una mujer médico, que fue numeraria durante 15 años .y que dejó de serlo el año 1956. Ella duda incluso de que todo el espíritu del Opus Dei sea cristiano, "tú lo crees salvable", me dice. Ella disiente en esto de mi libro y va narrando sus argumentos.

Querida M. Angustias:

He leído tu libro, al que considero un testimonio de inapreciable valor por su veracidad, rectitud de intención, delicadeza y elegancia y en el que se transparenta tu profundo sentido religioso y eclesial. Sólo habiendo vivido en la Obra, podemos corroborar tu exposición. Yo entré en 1941 y permanecí 15 años.

Mi fundamental motivo al escribirte, es que disiento contigo en algo esencial: para ti el Opus Dei es salvable, tú crees que si se viviera lo que se predica, sí sería un ideal de santidad. Te comprendo, pues el lavado de cerebro a que se es sometido, le hace a uno considerar como válidos conceptos que se desmoronan ante una serena crítica. Fíjate hasta qué punto yo fui víctima de esa situación, que después de haberme salido con el deseo de vivir una pobreza más evangélica, intenté ser supernumeraria con la creencia de que no tendría colisión entre mi conciencia y la enseñanza de la Obra.

Tengo mis dudas de que todo el espíritu del Opus Dei sea cristiano. Una de las ideas fundamentales es "llevar a Cristo a la cumbre de toda actividad humana", y para esto se consiguen en escalada los puestos importantes y claves. Es decir, la posibilidad de evangelizar se concatena al prestigio humano.

En el Opus Dei cada uno tiene que permanecer en la clase social de la que procede y se ve como normal que unos vivan con lujo y otros muy pobremente. La situación es totalmente clasista. Y cito una frecuente frase de Monseñor Escrivá: "Las sirvientas sólo pueden ser sirvientas, si no serían catedráticas." ¿Qué fundamento evangélico tiene esto?

El afán de poder, ya lo he esbozado. Repito mi anterior pregunta.

La pobreza evangélica se sitúa en la inca de servicio desinteresado, gratuidad, disponibilidad, compartir lo que se tiene. La pobreza del Opus Dei es legalista, de no disponibilidad (me llamaron un día la atención por haber dado sangre sin previo permiso a un paciente que la necesitaba), no se puede dar una limosna y aunque sobre abundante comida, no puedes decir a un pobre que pase a comer. ¿Qué relación tiene esto con la parábola del juicio final: tuve hambre y me diste de comer, tuve sed..., etc., en la que Jesús se identifica con el pobre? "El apostolado de no dar." En contraste de ese no dar, se puede ver sobre todo en Roma la acumulación de riquezas: mármoles, cálices, peluconas, esmeraldas, brillantes, con un largo etc., muchas de estas cosas hechas como obsequio al "Padre". Si no existe gratuidad material, tampoco de otro orden. Yo he visto cómo se utiliza a las personas. Se valora el tener, no el ser.

La soberbia colectiva de creerse los mejores, los auténticamente en línea de salvación, dudando de que los que han abandonado la Obra puedan ser acogidos por Dios ¿es acaso evangélico?

La caridad que se vive en exclusividad con los que pertenecen a la Obra ¿puede ostentar este título? Tú sabes mucho de esto, al ver cómo has sido tratada después de salirte y principalmente cuando tu testimonio ha visto la luz. No se tiene inconveniente en decir cosas no verdaderas en desprestigio de las personas que se estiman peligrosas para la Obra. Con las personas que no simpatizan con la obra o no le son útiles, queda uno automáticamente desvinculado.

No voy a analizar ni el proselitismo, ni los iracundos enfados del "Padre" por una menor exquisitez en la limpieza o en la comida, ni las faltas de verdad, ni la coacción a la que se somete a muchas personas con un régimen estrictamente dictatorial, ni la marginación de que es objeto la Jerarquía de la Iglesia, ni la falta total de colaboración con los movimientos apostólicos, ni la no cooperación de los sacerdotes del Opus con los Ordinarios del lugar y los demás sacerdotes de la diócesis, a menos que el Obispo sea simpatizante, ni las críticas a la Iglesia, pues somos humanos y todos cometernos errores. Tampoco reflexiono sobre la justificación de los medios para conseguir lo que se hubiese propuesto (sacar dinero para hacer las obras de Roma, etc.), ni el miedo que la gente tenía al "Padre", ni el miedo que siguen teniendo muchos de los que hoy están fuera por posibles represalias, etc., etc.

¿Puede Dios inspirar a alguien una obra que no esté totalmente de acuerdo con lo que Jesús de Nazaret nos ha transmitido?

¿Es que no hay valores cristianos en el Opus Dci? Sí, los hay como el profundo sentido de filiación divina, el deseo de una entrega total a Dios, que lleva a renunciar aun a lo más amado. Es de justicia resaltar que mucha parte de sus asociados son ejemplo de entrega, abnegación y rectitud de intención.

Quizá preferías que corroborase tu libro con anécdotas vividas por mí, si quieres lo puedo hacer, pero me ha parecido más importante el ir a las raíces.

No sigo pues se haría demasiado largo. Te abraza fuerte y sabes está a tu disposición,

(M. J. H. Médico. Madrid.)

Anécdotas podrían ser, entre otras y en general, la de que en la Obra la admisión o la dimisión de cualquier socio debe pedirse por escrito; pero la contestación por parte de los directores sólo te llega de palabra. Ellos ante una dimisión (con toda su envergadura por no decir su problemática) pueden contestar, por ejemplo (como más de una me ha comentado), haciéndose los encontrados con la interesada, como de paso, y como quien dice buenos días, diciéndole: "Mira, aquello ya lo tienes concedido." Sin embargo, algunas, más listas, que han sabido captar las implicaciones jurídicas que esto dejaba en el aire (quizá porque a ellas mismas las han hecho actuar en no pocas dificultosas actuaciones), muy a pesar de los deseos de la Obra, han teñido que llegar a solicitar la confirmación escrita de la Santa Sede, o por medio de acta notarial, porque cuando la pidieron a los directores de la Obra éstos les dijeron "que no era costumbre".

Informes sobre la muerte de personas de la Obra, escritos con verdadera sinceridad y objetividad por la persona que directamente había intervenido en tales casos, han tenido que ser "revisados" por las directoras mayores, para que pudieran quedar más sobrenaturales.

Cuando una directora de una casa, tremendamente agotada por su dedicación a los encargos

de la Obra, y a causa de un accidente en una administración (casa que sirve a la residencia), tuvo que ser internada y operada en una clínica, y a pesar de llevar años, bastantes años, en la Obra, la factura de tales gastos se la pasaron a sus padres, incluso sin advertírselo a ella.

"Anécdota" puede seguir siendo "el canje" de un buen montón de millones de pesetas en valores, patrimonio de una numeraria (que quería, y podía, conservarlo a su nombre, cediendo a la Obra todo el usufructo), por acciones de otra titularidad que "convenían más a las necesidades de la institución"; para lo cual, requerida por una necesidad de buen espíritu, esta numeraria debió firmar el vendí de los primeros, convencida de que la compra consiguiente sería a la vez, pero le dijeron al terminar de firmar que para esto segundo ya la avisarían, que no habían llegado los otros valores; pasaron los meses, pasaron años, y pasaron las delicadas reclamaciones de la interesada a sus directoras, pero sólo fue posible llegar a una larga, problemática, increíble, desatendida negativa por parte de la Obra. Sencillamente porque esta persona, la numeraria, debía "confiar" en que sólo los directores deciden lo mejor.

Anécdotas de Bancos, de empresas, de prensa, de colegio... ya irán saliendo. Porque no tiene por qué ser sino la lógica facilidad que para tantos procedimientos de éstos se deduce del hecho de contar (en la Obra) con tanto directivo, interventores de comercio, juristas, profesores... llenos de fidelidad y solicitud por la institución.

Durante esta temporada, que por la publicación de mi libro he tenido ocasión de recibir testimonios muy directos y significativos sobre lo que es el Opus, me han abierto los ojos. Sí, ahora conozco muchas cosas más a fondo y con más datos concretos. Ahora no puedo ya quedarme en una opinión "comprensiva" sobre lo que podíamos denominar el sistema de la Obra. No puedo tampoco valorar el significado de su fundación como lo hacía antes.

Dicen que me he quedado corta y es verdad. Otros saben y pueden aportar un testimonio mucho mayor que el mío. Pero no porque me haya propuesto tirar la piedra y esconder la mano (como alguna revista ha comentado) sino porque el tema es lo suficientemente complejo como para necesitar de más de una aportación para llegar a un esclarecimiento adecuado.

Indudablemente mi visión de la Obra ahora, al ser más completa, de una perspectiva mucho más profunda e informada (por esos otros que la han vivido más que yo), no puede ser de pensar en ella con la positiva confianza que quizá lo he hecho antes. Mi aportación no obstante no puede ser sino la misma, tengo que mantener un mismo testimonio porque es el mío. Aunque he llegado a creer con M. Jesús que hay muchas cosas en ella (en la Obra). poco salvables, poco arreglables; porque el arreglo tendría que ser tal que ya no sería salvar, sino hacer otra cosa distinta.

Sin embargo yo sigo pensando que hay en la Obra dos cosas por las que vale la pena abogar, luchar y aportar lo necesario en su defensa, y que son: que es buena la idea de que en medio del mundo se puede ser santo y hacer apostolado; y que es importante sacar de su engaño a tanta gente de buena voluntad que no acaba de tener elementos de juicio suficientes para que su entrega y su generosidad no sean manipuladas, para que su capacidad de bien se libere y se ejercite sin condicionamientos.

Cuando M. Jesús dice que le parece mal lo de poner a Cristo en la cumbre de las actividades humanas, yo entiendo que aunque no es cristiano la ambición por la ambición, sí puede serlo el saber estar en esos puestos con responsabilidad y exigencia de cristianos.

Cuando M. Jesús desdice de la pobreza de la Obra, yo he pensado también en algún caso

concreto, como por ejemplo el de una madre con 8 hijos, que su marido está enfermo (tumor cerebral), la echan de la casa porque no paga, no tiene ni para comer, y te pide que le echas una mano.., tu puedes coger parte de tu sueldo y dárselo, tú. puedes privarte de lo que sea y entregarle lo que con ello te ahorres, pero ¿qué pasa si uno de estos casos llama a la puerta de una de las casas de la Obra? Sí, todos sabemos lo que pasa; pasa que ellos conciben que ésta no es su misión. Pero es que resulta que esto es misión de todos. Esto sí que es condición "sine qua non" de ser cristianos; y el cristiano necesariamente ha de exigirse en beneficio de los que tienen menos, hay que estar a las necesidades de los demás; y si se vive la pobreza hay que vivirla para eso; y hay que aportar a la vida, en cuanto institución cristiana, mucho más, algo tan vital como el afán de que lo que a unos les sobra vaya a paliar lo que otros no tienen. Cristianamente, estoy de acuerdo con María Jesús, no entiendo, no acabo de entender el horizonte del planteamiento de pobreza que la Obra practica.

¿Se puede cristianamente reducir el apostolado al proselitismo? No. Indudablemente tampoco. Hay que hacerse todo para todos, y esto no es compatible con hacerse todo sólo para aquello que "nos puede servir" (Camino, 805 y 809); dice Escrivá que quién no tiene hambre de perpetuar su apostolado; y yo me pregunto ¿el apostolado de quién? O hacemos el apostolado de Cristo, o lo que estaremos haciendo, como decía A. V. en su carta, lo que se haga no será un Opus Dei, sino un Opus Pater.

Hacer apostolado es transmitir el mensaje de Cristo, pero no determinar, encasillar en un solo estilo la manera de hacer vida personal su mensaje.

"No hablas en tu libro casi nada del tema proselitismo"; me decía un ex supernumerario, después de agradecerme la publicación de éste y de comentarme lo que le había gustado. Le confesé que tenía razón; quizá por lo mismo que antes argumentaba, quizá porque me he movido en un terreno de experiencias más hacia trabajos internos que externos. Pero tiene razón. Él me contaba: "Lo que están haciendo con mi hijo es un auténtico secuestro, un secuestro mental, que para mí es peor que el físico; a chicos de 17 y 18 años les inculcan que sus padres (si no son forofos de la Obra) son un estorbo para su vocación, son un obstáculo a la voluntad de Dios, los alejan de ellos, y los someten a la dirección de cualquier director (puede ser otro chaval de su edad) de alguna casa de la Obra, anulando con ello la propia autoridad paterna que se deriva del cuarto mandamiento."

Este mismo padre, al que yo no conocía de nada, me escribía, junto con su mujer, diciéndome:

Muy señora nuestra:

Hemos leído su libro "El Opus Dei. Anexo a una historia", y su contenido nos ha servido de mucho, porque ha venido a confirmar lo que pensamos sobre la formación, o más bien deformación, que está recibiendo nuestro hijo, menor de edad, y que ya es socio del Opus Dei.

Tenemos sobradas razones para pensar que lo han mentalizado de tal manera que, un chico cariñoso, sociable, normal y centrado, está haciéndose una máquina, un robot que no puede pensar por sí mismo, porque sólo puede hacer aquello para lo que está programado.

Nosotros fuimos supernumerarios, y porque creímos que se trataba de una asociación buena, donde nuestro hijo podría recibir una sólida formación cristiana, procuramos que asistiera a retiros y convivencias programados por dicha Obra, no escatimando esfuerzo para ello y haciendo verdaderos sacrificios de toda índole.

Ha pasado el tiempo y ahora vemos con gran pena que no ha sido así, que una cosa es lo que se predica y otra, muy distinta, la que se vive y se enseña, porque ¿puede ser Obra de Dios una asociación donde la caridad no se vive, la alegría es impuesta, se miente con frecuencia, la tan proclamada libertad no existe, y el cuarto mandamiento se suprime por las buenas?

Las primeras señales contradictorias que observamos en él fueron a raíz de haber asistido al primer curso interno de verano de dos meses de duración, porque hasta entonces su comportamiento había sido normal. Al terminar dicho curso nos dijo, entre otras cosas, que fuéramos haciéndonos a la idea de que ya no le veríamos en varios años. Al notar este cambio tan brusco y verle adoptar una actitud tan rara, hasta el punto de no querer saber nada de su familia, ni de sus amigos, de que el que viniera algún día por nuestra casa era algo difícilísimo, empezamos a preguntar a personas del Opus Dei que ostentaban algún cargo, y cuál no sería nuestra sorpresa y nuestro disgusto al comprobar que entre ellos mismos se contradecían y se desmentían, hemos tenido que soportar verdades a medias, mentiras, y hasta "malos tratos".

Podemos decirle que han mentalizado de tal manera a nuestro hijo que las veces que viene a vernos (generalmente cuando necesita algo) está en nuestra casa, pero no convive. Lo notamos ausente, receloso, pensando siempre lo que ha de responder. Sabemos que leen sus cartas y las nuestras, chicos que están igualmente mentalizados.

Al leer nuestra carta podrá usted pensar que hay en nosotros soberbia o egoísmo propios de unos padres que ven cómo pierden a su hijo. Podemos asegurarle que no es este nuestro caso. Somos un matrimonio cristiano, practicante y siempre hemos procurado dar a nuestros hijos una buena formación cristiana, enseñándoles a amar a Dios y al prójimo, y siempre hubiera sido para nosotros motivo (le alegría que Dios les concediera vocación sacerdotal, aun sabiendo lo que ello lleva consigo de sacrificio también para nosotros, lo hubiésemos aceptado gustosos. Sabíamos que ello supondría venir a vernos con menos frecuencia de lo normal, pero lo hubiéramos comprendido perfectamente. Ahora bien, lo que no podemos aceptar es que lo hayan enfrentado a sus padres y a su familia, el que le hayan inculcado que la casa de sus padres (un hogar cristiano) es un peligro para su "vocación"; a lo que nosotros nos preguntamos ¿vocación a qué? En definitiva, lo que no aceptamos es que esté manejado, porque esto no puede ser del agrado de Dios.

Ahora nos preocupa qué pasará cuando se dé cuenta, si es que algún día le dejan ver claro, ya que ha tomado un camino sin verdadera libertad, pero por otra parte, como gracias a Dios tenemos fe, a Él le pedimos que cuando llegue ese momento las enseñanzas que le inculcamos le hagan reaccionar cristianamente.

En cuanto a su libro admiramos su valentía al escribirlo, pero más alabamos la rectitud de intención que le ha guiado al querer dar a conocer tantos errores como en el Opus se cometen para que en realidad llegue a ser Opus Dei, porque al igual que usted creemos que podría hacer mucho bien si se viviera lo que se predica. Pensamos que si Dios ha permitido que su libro salga a la luz, es porque va a hacer bien a muchas personas e incluso al propio Opus Dei, ya que dentro de esta misma asociación hay socios disconformes con sus métodos, y su libro podría servir para iniciar una rectificación, para la que nunca es tarde.

Esperamos y deseamos que su libro sirva para que muchos padres, al estar enterados de lo que realmente ocurre en el Opus Dei, no se dejen sorprender en su buena fe, como nos ha ocurrido a nosotros.

Reciba por tanto nuestra felicitación y nuestro agradecimiento, porque como le decíamos al principio, su libro nos ha servido mucho.

(J. de C. M. y M. D. F. La Línea de la Concepción.)

Hablando en otra ocasión más ampliamente sobre el tema, me seguía diciendo: "A mi hijo le dijeron "que tenía vocación", se lo inculcaron, lo mentalizaron, y cuando yo intenté conseguir de "sus directores" que le dejaran tranquilo, al menos hasta que terminara la carrera, hasta que tuviera 22 años sólo, lo suficiente para que pudiera elegir libremente, me contestaron que si yo era tan ingenuo como para creer que a los 22 años se puede ya mentalizar a alguien."

Luego, cuando pasan los años, ya no es fácil reaccionar. Y no lo es porque en el Opus Dei se acostumbra uno a llamar virtudes humanas a despreciar, a ignorar a los demás por el simple hecho de no pensar como los de .la Obra; a decir una cosa por otra; a reducir toda la fe y todo el amor a la sola persona del fundador; a utilizar a tanta gente de buena voluntad negándole el derecho a razonar so pretexto de docilidad obediente; a condicionar toda acción consecuente a la voluntad de Dios con la única voluntad de los que ejercen como directores... En el Opus Dei está prohibido leer, dialogar, conocer... basta con seguir consignas.

Por eso, por todo eso, hace falta tiempo, mucho tiempo... y el tiempo se pasa largo...

¿CUÁL ES LA FUERZA QUE MANTIENE A TANTOS?

Una cuestión más, a la que hay quien no ha encontrado solución en mi libro, calificándolo de "experiencia de media vida encerrada en un abrumador juicio negativo", "historia sincera y atormentada de una enorme decepción, de una vocación frustrada y quizá también de un gran resentimiento" (R. de la C.). Dice que escribo especialmente los aspectos negativos; a lo que yo argumento: y, ¿es que acaso hace falta repetir lo que tan reiteradamente está ya dicho por quienes quieren hacer entender que sólo existe esa parte que ellos llaman positiva? El título de mi libro creo que ya de por sí es lo suficientemente expresivo; se trata de UN ANEXO, no es, ni se declara ser en ningún momento, historia completa de nada. Es, sí, una parte de la historia de una institución que se jacta de la inexistencia de esa otra que no la haga aparecer sólo como perfecta. Y que sin embargo la historia verdadera, la historia completa, sólo podrá ser la que resulte del engranaje objetivo e imparcial de ambas aportaciones.

¿Resentimiento?, ¿frustración? ¿Es el único calificativo posible a una lamentable y negativa experiencia, como puede serlo la de pasar por un campo de batalla, por una guerra, y contar lo que de desagradable tiene?

No se explica, dice el interlocutor de esta tesis, qué fuerza es la que sostiene dentro a 60 000 hombres y mujeres, inteligentes, capaces, audaces y grandes personalidades. Yo me voy a permitir seguir recordando el capítulo III de este libro, con algunas aclaraciones más, por si le cupiera en suerte servir de luz al tema.

Esos hombres y mujeres, muchos de ellos realmente estupendos, capaces y eficaces, entregados y confiados, precisamente por el hecho de serlo, son ellos, esa manera de ser suya, como ya apunté, la fuerza de la Obra. Lo es el afán noble y exigente que les mueve, lo es su gran buena voluntad, lo es la enorme confianza que ponen en todos los que les dirigen.

Y sin embargo yo diría, seguiría diciendo, que más que grandes inteligencias o capacidades dotadas, sobre lo que algunos aumentan sus interrogantes, son intelectuales o trabajadores organizados, bien dirigidos, bien montados, y perfectamente amparados unos en otros. Enriquecidos por la fuerza del conjunto, estimulados y promocionados por el sistema de la Obra en sí. Hombres y mujeres que si dejan la Obra, la mayoría, ¿qué serían, en qué quedan? Precisamente de los que valen por sí mismos son de los que más acaban saliéndose.

Es la fuerza de la unión. La seguridad que la Obra proporciona. La tranquilidad que lleva consigo sentirse integrado en algo poderoso. Es, sigue siendo, parte de su fuerza, una parte importante de la fuerza de la Obra.

Está luego también la fuerza de la mentalización moral y espiritual. Dos años, al llegar, intensamente dedicados a recibir el espíritu de la Obra. Un mes al año a la misma dedicación; cinco días de retiro anuales; una charla semanal; un círculo semanal; la lectura constante (en oraciones, meditaciones, folletos, revistas internas) de la misma clase de doctrina; la suficiencia que te inculcan; la necesidad de aislamiento de todo lo que no esté permitido por los directores; todo esto, basado siempre en la mente y el proceder del fundador, ¿acaso no es suficiente para "mantener"? ¿qué mayor fuerza puede existir? La sugestión, la persuasión constantemente ejercida ¿no es razón suficiente? Y lo es además porque la gran masa está siempre compuesta de aquellos que necesitan seguridad, y la Obra se la da. Se la da a cambio de una sumisión "robotiana", se la da a base de una identificación con el Padre que consideran, o se les hace considerar, como camino inequívoco hacia Dios, pero se la da.

La Obra por otro lado ha sabido también tranquilizar las conciencias de los ricos y poderosos, diciéndoles que pueden seguir siéndolo (sin más problemas de justicia, ni de renuncia, ni de compromiso social), siempre y cuando vivan el espíritu de la Obra y ayuden a sus labores.

La Obra ha venido a resolver de igual manera el problema de los pusilánimes, de los que dudan y sufren escrúpulos, y prefieren que les den una "conciencia sustituida", en vez de una formación comprometida con su propia actuación. Sustituida por unos directores (un Padre) que se erigen en norma de actuación, garantizando la salvación eterna a todo el que les sea dócil.

No son razones cualesquiera. Creo que cabe entender una gran fuerza, una fuerza capaz de mantener a muchos, porque son también bastantes los motivos, y lo son de "peso".

Lo son, para algunos, totalmente incoherentes. Insuficientes para condicionar, reducir... a ellos toda una vida, pero no desde luego para todos.

Para los que semejantes compensaciones no son lo que les llena, siguen diciendo:

Querida M. Angustias:

He leído tu libro y ya a la segunda página me hice el propósito de escribirte.

Yo también he sido numerario durante diez años, más o menos en tu época, por lo que dices en tu libro. He seguido unos pasos prácticamente iguales a los tuyos según cuentas. De hecho me planteé los mismos problemas al poco de entrar, primero creía que era yo el que fallaba y luego me di cuenta que no era yo sino el planteamiento de la Obra. Intenté en seguida comunicar mi problema y advertí que si no me ayudaban me iría; así estuve luchando seis años ¡que ya es decir! y seguía solo e incomprendido.

La salida no me fue fácil y me han colgado un mochuelo que no es verdad; todo para que no "falle" la institución.

Quiero decirte que estoy totalmente de acuerdo con lo que tú dices, aunque hoy día mis planteamientos con Dios son exclusivamente personales, sin interferencias de nadie, sólo Dios y yo.

Soy, como verás (por el membrete), médico, me especialicé en medicina interna y psiquiatría, aunque esto último es más una afición especial, y tengo 34 años.

Dentro de la Obra he hecho de todo, he llevado estudiantes, agregados, supernumerarios, y aunque te parezca mentira he hecho labor hasta con curas y bachilleres; lo he intentado todo, y para nada.

He rehecho mi vida en lo que he podido y no me ha sido fácil; yo estoy seguro de que tú lo conseguirás, para lo que quieras y necesites cuenta con mi ayuda incondicional, sé de sobra lo mal que se pasa, soy uno que como tú quiso servir a Dios en un mundo que le atraía y no le dejaron.

(C. A. R. Zaragoza.)

Querida señorita:

Acabo de leer su conmovedor, apasionante y apasionado libro. Ha sido como revivir una larga pesadilla. Una y otra vez he contemplado su fotografía y me maravillaba, viéndola, de que la Obra de Dios consista en destruir a los seres que ese mismo Dios ha creado. Todo lo que usted cuenta me había parecido advertirlo en la corta convivencia con ellos y en mi fugaz trato con ellas, pero siempre me resistí a creer tan monstruosa realidad. Ahora ya no tengo duda de lo que tantas veces he pensado: que el Opus Dei ha hecho verídica la famosa sentencia de convertir la religión en el opio del pueblo... Pues contemplando a la generalidad de los socios, sus actitudes y comportamientos, desconcierta su puerilidad, su terror a la libertad.

Su libro es hermoso porque tiene la calidad de lo auténtico, de lo limpio y transparente. Es un espejo paseado a lo largo de un camino. Y usted no tiene la culpa de que ese espejo refleje un desierto sembrado de escombros. Tampoco está en su mano evitar que la contemplación de ese paisaje llene de espanto el corazón y la memoria de lágrimas.

Ojalá su libro sirva para algo. Aunque usted no dejará de comprender que sólo le daremos crédito los que hemos vivido esa náusea. A los que no lo conocen por dentro les resultará, esa realidad, de tan descomunal, increíble. Los que deberían leerlo, que son todos ellos, ya sabe usted que nunca lo leerán. Así y todo, su libro puede ser un aviso para caminantes, a fin de que, conociendo de antemano la realidad de la Obra, bordeen, prudentes, tal tremedal.

Deseaba decirle esto no para animarla -me parece que tiene usted suficiente talento y sensibilidad como para comprender la bellaquería humana- sino para que sepa que suscribo y ratifico los motivos de su decisión. Y que comparto su misma fe y su misma esperanza.
(V. S. P. Valencia.)

DICEN QUE SON LIBRES

Que los socios de la Obra viven la libertad, actúan en libertad, respetan la libertad... Valga como detalle, es realmente sólo un detalle, la "indicación" a que todos han sido sometidos, por ejemplo, con respecto a este libro: de no leerlo, de no mencionar su título, de sólo alegar "lo malo" que es, si sale al caso.

A mí me citó una directora de la Obra cuando se entero que el libro estaba ya en la editorial, para que lo retirara, alegando la ofensa a Dios que podía suponer, y pretendiendo problematizar mi conciencia. La conversación duró hora y media. Pero como yo había meditado bien el tema, y lo había hecho profundizando y ponderando todos sus aspectos morales, así se lo expuse; y de una manera serena y amigable, llegué a confesarme que de lo que sí estaba segura, porque me conocía bien, era de que lo hacía con rectitud de intención y sin que lo que me moviera fuese el deseo de fama ni el afán de dinero. A pesar de todo insistió en que debía retirarlo; le dije que ya había podido ver que la decisión estaba seriamente tomada y que no se trataba de pensármelo más. Nos despedimos muy cordialmente, e incluso me dijo que aunque para el libro no podía desearme éxito, sí me lo deseaba para todo lo demás en mi vida.

Hasta aquí valdría. Pero no se han quedado ahí. No ha sido posible admitir un planteamiento que podía ser hasta ejemplar.

Un numerario del Opus Dei, públicamente muy conocido, se permitió "informar" a la editorial de que yo era una histérica, por lo cual mi libro era impublicable.

Este mismo calificativo lo usó un sacerdote de la oficina de información que el Opus Dei tiene en Vitruvio (Madrid), para con un director de una revista nacional, en visita expresa para tratar el tema.

En "Hora 25" (programa radiofónico de la cadena SER) tenían un comentario preparado desde Sevilla sobre la aparición del libro, como novedad literaria. Alguien en Madrid lo interfirió, y a cambio se dio un comentario de la biografía de Monseñor Escrivá escrita por...

La libertad de los suyos sigue consistiendo concretamente ahora en que, además de las enormes prohibiciones que ya tenían sobre lecturas, no deben leer, así se ha consignado para los socios de la Obra, nada, en ningún periódico, que haga alusión al Opus Dei, sino únicamente pedir información sobre ello a los directores de la Obra.

Para el criterio que deben tener, o el valor que deben dar a mi libro por ejemplo (como a tantas cosas más), se escribe una nota interna que se lee a todos. Y ésa es la única libertad en el pensar y en el sentir que cada uno debe ejercer.

La verdad os hará libres. Pero en la Obra la libertad como la verdad no es algo personal o que se impone por sí misma. La verdad no es la consecuencia de una libertad ejercida, ni el ejercicio de la libertad es para ellos un medio de llegar a la verdad. La verdad, como la libertad, en el Opus, sólo está en la expresiva imagen, tan prodigada en sus medios de formación, del borrico de noria, que sólo desea ser borrico, que se deja tapar los ojos por su amo, y que da vueltas y vueltas allá donde le ponen. En la Obra verdad y fidelidad es esto y sólo esto. De donde la libertad no puede ser sino lo mismo.

En uso de una libertad que sólo cabe ejercerla una vez desvinculada, escribía una numeraria, que lo fue de la Obra del 56 al 59, a Monseñor Escrivá, el día que supo que se había muerto, a modo de desahogo personal, la siguiente carta:

La noticia de tu muerte no pudo hacerme derramar una lágrima. Para mí, como para tantos otros, tú habías muerto ya hace muchos años, cuando salimos de tu casa a otras tierras, sin que te inmutase nuestra partida, ni te hiriese nuestro dolor. Padre, jamás te molestaste en subir a la azotea de tu casa para ver si descubrías la silueta cansada de alguno de tus hijos alejados de la casa paterna.

Tú te encontrabas a gusto con los hijos mayores y fieles que acrecentaban tu hacienda y cuidaban tus ganados. Tus hijos fieles, los herederos, complacían tus caprichos y abdicaban de su libertad sacrificando los mejores terneros. Has sido un "padre" autoritario que cegaste las sendas de la libertad de tus hijos, quisiste modelarlos con arreglo a tus inexorables criterios, quisiste tenerlos servilmente atados a la gleba de tus pensamientos. Taponaste todas las sendas e intentaste obligarles a transitar por tu Camino de 999 semáforos.

Padre, ¡qué pobre fue el alimento que nos diste...! Fue un alimento pobre y monocolor; nos abocabas a los folletos de tus ideas con tan reiterada monotonía que producía inapetencia. No nos permitías ver la vida a través de ningún pensamiento ajeno al tuyo.

Como todo cultivo intelectual y espiritual nos anclaste en la aridez de tu amada colección de libros Patmos...

No nos permitías opinar en nada, porque tú pensabas en todo y por todos tus hijos. Padre, te envanecías de que tu semilla fuera tan fecunda y no te preocupaban los hijos "perdidos" y apartados. Tú siempre con los tuyos, los fieles herederos de todos tus bienes.

Cuando entramos a formar parte de tu familia, íbamos con la joven ingenuidad de encontrar a Cristo y tú no nos permitiste nunca el diálogo directo con Él. Tu figura autoritaria y opaca se interponía siempre velando la figura que buscábamos. Tú tenías que ser siempre el inevitable intérprete de su mensaje... Nosotros, tus hijos pobres, no teníamos capacidad para entenderle.

Hemos sido unos hijos a los que nunca amaste, hijos que tenían lacras de hombres entre los hombres, y tú no podías sentirte orgulloso de nosotros; amábamos la libertad, la vida, el riesgo, queríamos utilizar de manera personal nuestro patrimonio y tú querías una inmensa y unitaria hacienda de talentos y voluntades rendidas para emplearlos según tu criterio indiscutible.

No podías admitir en tu "selecta familia" otros estilos menos brillantes que el que tú concebías. No podías admitir entre los tuyos a los hijos débiles o enfermos... En tu casa no hubo nunca sitio para los "vencidos", para los "disidentes"...

Tus hijos amados han sido los que de algún modo podían dar lustre y blasones a tu familia, aquellos que aumentaban tu monolítica hacienda de talentos, voluntades rendidas, poder y gloria. Con ellos celebrabas los banquetes de tus triunfos, sacrificando los mejores terneros, brindando por tus ocurrencias y su fidelidad a la estirpe.

Salimos de tu casa sin nuestro patrimonio y tú no nos diste ni unas sandalias para el camino. Anduvimos por tierras inhóspitas arrastrando tu desprecio y el de nuestros hermanos. Cuando

salimos de tu casa borraste en ella todo recuerdo y toda mella nuestra, impediste que nuestros "hermanos" nos dedicasen un recuerdo en sus conversaciones o nos dirigieran el saludo. Hemos sido hijos proscritos que utilizaste como trofeo. Y sin embargo tú nos habías llamado a la vida de tu frondosa familia, fuiste tú el que nos buscaste, sin mediar la responsabilidad que contraías; hiciste una cruel selección entre tu inmensa prole desechando a los enfermos, débiles o poco brillantes... Tu casa, tu estirpe, tenía que ser selecta, sin manchas ni lunares, y con tu impronta personal marcando en nuestras vidas con el fuego de tu autoridad el deber de la abdicación y preparaste para nuestros cuerpos juveniles duras tablas en las que dormir, pero tú... dormías en cama blanda, en ricas ropas y perfumado ambiente.

Nos hablaste de pobreza y en tu casa se vivía en la opulencia. Allí sólo existía pobreza de ideas, nacida de tu absorbente modo de ser y de tu sed de protagonismo.

Ponderaste la castidad e hiciste de tus fieles corazones duros, petulantes y orgullosos de su entrega. Padre, es triste reconocerlo, pero nos has deformado. Tus hijos fieles, los que te han heredado, quieren saldar su deuda contigo buscando tu canonización. Has exhibido, tras la noticia de tu muerte, tu imagen en estampas y en los medios de difusión. ¡Qué pena cuando te vi en una preparada reunión en Barcelona! Apareciste ante mí sin dejarme sino un vacío de ideas y desencanto carismático. Mostrabas incoherencias, ideas estereotipadas y mecánicas, afán de protagonismo... ¡Qué pobre, desnuda y vacía apareció tu imagen ante mí! Acaso Padre ésta sea tu verdadera dimensión, pequeña imagen, casi como la estirpe que tú no amaste. (E. D. F. Teruel.)

Cuando E. D. F. me envió esta carta no había tenido más contacto con ella que facilitarle mi dirección, la cual ella había solicitado a la editorial. Pero E. D. F. sabía lo que quería, y mi libro le había resultado lo suficientemente claro como para comprender que hablábamos idiomas muy semejantes, y teníamos metas comunes.

Otros dirían al Padre cosas muy distintas. Yo diría que todas cuentan. Todas son cosas concretas que encierran el valor inmenso del caso de una persona, siempre y cuando esta persona pueda hacerlo y lo haga en uso de su personal y responsable libertad.

A LOS HECHOS ME REMITO

A unos hechos que siguen y siguen despertando de su letargo en testimonio de una verdad que no puede quedar mutilada. De una verdad compuesta, para los de la Obra, de una gran aportación de testimonios tantas veces fruto del momento "bajo", inconsciente o manipulado de muchos, y procurados para su propio encumbramiento. Que para otros empieza sin embargo a ser motivo de remordimiento personal, en aras de un deber de lealtad que tiene que estar por encima de la Obra misma; de lealtad y de servicio a la verdad, por justicia y por amor a todos.

Ha sido difícil hablar, y sigue siéndolo. Pero nunca es tarde, ya que la dicha sólo puede ser la de la verdad. De que toda la verdad sea la que resplandezca. La verdad de unas actuaciones que por el hecho de ser institucionales reclaman y exigen la publicidad necesaria que su misma colectividad presupone.

El momento histórico que a la Obra le toca vivir requiere que sean oídas todas las campanas. Todas las que, conscientes de la responsabilidad de su deber, sean capaces de romper con ataduras y prejuicios. Con la seguridad de que sobre nuestra carencia de despecho o protagonismo personal será la propia historia la que aporte su juicio más objetivo.

Se trata de que no hay ninguna clase de hechos que deban ser escamoteados por quienes dicen trabajar en nombre de Dios, ya que sólo la posibilidad de mirar de frente y limpiamente ampara ese estar en posesión de la verdad.

Toda defensa debe ser aclaración. Que nos cuenten, que nos digan: que nos ofrezcan la evidencia de sus constituciones, que nos muestren y nos desvelen cómo se aprobaron. Que nos dejen conocer la verdad de una manera de actuar de su fundador sin subterfugios ni mitos espectaculares. Que pueda evidenciarse la verdad de unas consignas y de un sistema de vida, sin métodos ni palabras equívocas.

Ahogar el mal en la abundancia del bien, como ellos tanto predicán, no creo que sea coherente con el desprestigio a la persona (a mí en este caso) por el hecho de desmerecer de un libro (este mío).

No se entiende cómo, cara a Dios, el prestigio humano sea mayor condición. Como no se entiende que la evidencia de los hechos, de unos y de otros, sea mayor problema, por ejemplo, para una causa de canonización. Lo importante en las personas, como en la historia de las instituciones, no creo que sea el que "les hagan santos" sino el que lo "sean". Y ante una "santidad-santidad" todos los testimonios son válidos, todos.

Si Cristo hubiera buscado su prestigio personal, la redención no hubiera existido.

El hecho de que en este caso de la Obra sea necesario hablar, y hablar todavía bastante, quizá sea precisamente porque los propios que la componen (en sus cargos mayores, lógicamente) han hablado demasiado, han hablado mucho y de formas muy contradictorias. Lo cual necesariamente supone: dejar hablar.

Mi primer contacto con el Opus fue en septiembre de 1943, yo tenía 17 años, mis padres habían pensado que para los estudios que iba a iniciar en Madrid me vendría muy bien estar en una, denominada Residencia Universitaria, en realidad cazadero particular o COTO, para tratar

de engrosar las filas de la Obra.

Conocí y traté a muchos personajes de la Obra: E. Alastrue, J. A. Galarra, J. Casciaro, hermanos de La Concha, V. Mortes Alfonso, M. Botas Cuervo, I. Orbegozo y un largo etc., etc., que haría esta carta extensísima caso de pretender citar a todos ellos. Para arrancada de la presente, sólo me resta decir un dato que a mi (17 años) me llamó la atención, aquellos tiempos de racionamiento y cartillas, establecían en el régimen interno de la Obra -Sección Residencia de estudiantes- que los que no éramos del clan, teníamos que llevar nuestras cartillas de racionamiento, y como los de la Obra no las aportaban, según me explicó el director de allí, nosotros como buenos católicos y ejemplares cristianos, debíamos compartir con ellos... "hasta el pan de cada día"..., frase que por ser de las primeras que escuché al entrar en la Residencia, se me quedó grabada para siempre. Esta caridad obligada, era una de las voluntades que nos imponían nada más entrar a vivir allí. Buen principio.

A mediados de noviembre del 43, un día me indicó el director de la residencia que por qué no dejaba a mi confesor jesuita, para buscar "otro más cercano, por ejemplo cualquiera que no fuera de dicha orden"; yo le manifesté mi admiración por ellos precisamente por sus trabajos de misión, y por alguno de ellos en particular. El director se limitó a contestarme que "ese jesuita no era sino uno más en la inmensidad del sacerdocio católico", añadiendo... "eso es y será, como él hay muchísimos más"... visión profética del posterior itinerario de tal jesuita, hasta llegar a donde hoy ha llegado. Sin comentarios.

Las cosas empezaban a tomar un cariz incómodo que se iría oscureciendo más y más, a lo largo de aquel curso. A primeros de diciembre, caí enfermo con un fuerte ataque de sinusitis. La verdad es que lo pasé muy mal, la verdad es que fui francamente bien atendido, volcándose en ello todos los de la Obra que allí estaban con actos de abnegación y cariño hacia un estudiante de 17 años, enfermo, difíciles de olvidar. Mi recuerdo cariñoso para M. Boyas Cuervo y Rico Gambarte, que me atendieron y velaron en mis noches de insomnio y dolor, hasta que la enfermedad hizo crisis y empecé a mejorar, y pude venir a mi casa de Bilbao, para las vacaciones de Navidad. Una lástima que después de aquella abnegación que yo pensé y pienso fue de corazón, fue después utilizada para intentar forzarme a entrar en la Obra.

En enero, de regreso del descanso navideño, las cosas empezaron a ponerse más claras: uno de la Obra me cogió por su cuenta para... "leerme la cartilla y explicarme TODO LO QUE YO DEBIA YA A LA OBRA"... incluyendo en esto las atenciones recibidas por parte de ellos, cuando yo estuve enfermo. Esta afirmación me dejó perplejo, hoy sigo pensando que aquello fue dicho sin consentimiento de los que más directamente me habían ayudado en mi enfermedad, aunque uno de ellos, no el más asiduo, fue mi interlocutor. Por lo tanto ya estamos en el clásico punto que busca la Obra, para que de forma voluntaria (?), entren algunos de los muchos que la integran, luego así salen las cosas, y entre esos 70 000 (?) miembros que tiene por el mundo, cantidad de ellos se han valido del Opus como trampolín para sus logros, o como medio de solucionar su porvenir, de una u otra manera. Creo que esto merece una aclaración que voy a tratar de que sea lo más contundente posible, sin meterme en dar ningún nombre concreto, cosa que podría hacer en una entrevista personal.

Por ejemplo, hay un señor, persona inteligente y competente, que lleva años y años, opositando a una cátedra, pero... no vale para opositar; solución: entra en la Obra y... obtiene la cátedra, pasados unos años, si tras sucesivos ascensos llega a la Universidad que él deseaba, sale de la Obra y asunto concluido. El señor X, ha hecho su carrera bien, dentro de lo que sabe, pero no encuentra un puesto de trabajo... solución entra en la Obra, y pasa a ser considerado como una innegable lumbrera dentro de su puesto... sabe de todo, habla, dogmatiza, etc., etc...

Años después se le presentan dos alternativas, si sigue en la Obra, seguirá su ascenso, pero si la abandona, de la noche a la mañana, pasa a ser... "un ser rencoroso, despechado, que vino a nosotros como un mendigo, le enseñamos, le preparamos y luego nos paga de esta manera... claro que era de esperar, pues nunca pudo vencer en su lucha con el vicio, mientras estuvo con nosotros se reprimió, pero ahora.., es un mujeriego, borrachín y persona que no merece ninguna clase de confianza. . . ", así ocurría, ocurre y ocurrirá, si no cambian de método, con todo aquel que disiente o se separa de la Mafia que constituye a mi modo de ver, el Opus Dei.

Ejemplos de este tipo podría citar muchísimos, pero debo seguir con mi itinerario dentro del Opus, mejor dicho dentro de la Residencia del Opus. Desde el citado mes de enero, me dieron dos meses para que pensase sobre todo lo que me habían expuesto, llegaron las vacaciones de Pascua, me reservaron el segundo y definitivo asalto, después de mi regreso a Madrid. Me citó otra vez, el mismo señor, con dos acólitos a su lado, por lo visto ya la cosa necesitaba testigos; me insistió para que entrase en un... "aspirantazgo provisional, previo, a mi entrada en el Opus"... se atrevió a interrogarme, recibiendo las contestaciones oportunas, sobre la vida de mi familia, sobre la intimidad del hogar de mis padres, sobre mis amistades, estudios, etc., etc...., dando una gran importancia al epígrafe de... "¿Cuánto me daban en mi casa para mis gastos semanales?" Al negarme a contestarles surgió mi primera sorpresa, estaban al tanto de todo, porque me leían todas y cada una de las cartas que yo recibía de mi casa, "antes de que yo las hubiese leído" incluso habían escuchado conversaciones telefónicas mantenidas con mi padre y con mi casa. Aquello desbordó mi paciencia y los puse de vuelta y media. Manifesté ante sus asombrados ojos, mi repulsa a su sistema, por lo menos en lo concerniente a lo que de forma directa o indirecta había podido ir acoplado en mis meses de Residencia. Confieso que recibí un profundo desengaño, acaso aquello me marcó para siempre con una natural desconfianza para todos y cada uno de los que se escudan en un sistema, más o menos, religioso, que oculta la verdad de sus intenciones. Me demostraron palpablemente, que todos nosotros, los 120 estudiantes estábamos en sus manos, cercados con un espionaje implacable y eficaz, para saber todos nuestros pasos. Ante la realidad de los hechos tuve que recurrir, a partir de aquel día, a recibir las cartas de casa en las oficinas de la Delegación de la Empresa que tenían en Madrid. En cuanto a las conversaciones telefónicas, como entonces era muy difícil el poner una conferencia, avisé a mi padre de lo que ocurría y nos pusimos de acuerdo para intentar averiguar si era cierto TOTALMENTE el escuche telefónico.

Para averiguar esto, convine con mi padre una cierta frase, rogándole que a partir del momento en que yo la pronunciase, se alejara del auricular, pues pensaba dedicar a nuestro oyente unos "cariñosos epítetos.. . ". En la primera conferencia llamada que me hizo mi padre, puse en práctica lo convenido, a partir de la frase... "seguimos teniendo una primavera muy, muy buena"... añadí... "eso a pesar de tener que soportar que un hijo de la grandísima puta nos esté escuchando todo lo que hablamos...". Desde aquel día, finales de abril, el director dejó de saludarme, y más aún en dos ocasiones estuve a punto de recibir un par de bofetadas de gentes con las cuales no había tenido más que un mínimo trato; me buscaron las vueltas, y me encontraron. Resumen: mientras la cosa fue de uno con uno, nada pasó, pero un día fueron dos contra mí, y tengo un mal recuerdo de un rodillazo en la ingle izquierda... espero que uno de ellos también tendrá un mal recuerdo del cabezazo en el estómago que lo tiró al suelo boqueando... el otro que está corriendo, pero sin cobrar.

Esto dará una idea de los "dulces y caritativos sistemas de la Obra". Como final de mi estancia allí, puedo decirles que cuando salí, me pusieron toda clase de trabas a que sacase mi baúl en un taxi, tuve que dejarlo allí dos días, y cuando, por fin, conseguí sacarlo, comprobé que había sido registrado cuidadosamente, pero no tanto como para evitar el que yo, que lo tenía previsto, no lo notara... un determinado trozo de papel, puesto en un sitio impensado... unas gomas

que ataban las cartas de casa, puestas de determinada forma... dos cabos de lana entre las hojas de un Diario que yo entonces escribía... etc., etc.

Cuando regresé a mi casa para unas cortas vacaciones, antes del cursillo de verano, lo primero fue recibir de mi padre una severa amonestación, "por mis palabras de carretero, contra una persona, aunque ésta estuviera escuchando lo que no debía", después la búsqueda de una pensión que me permitiera seguir mis estudios en la capital. Como me habían hablado de las posibles consecuencias de mi enfrentamiento con la Obra, avisé a mi padre de la campaña que pensaba había desencadenado con mi actuación... me quedé cortísimo en todo, aparte de ser jugador, mujeriego, vicioso, etc., etc., llegaron a decir que incluso sabían de buena tinta que robaba cuanto cayese a mi alcance. Tenía entonces 18 años; dentro de la Residencia, muchos y buenos amigos; por ellos recibí la confirmación de que todo esto que me habían dicho no era ni la mitad de la realidad. Llegó el asunto a oídos de mi padre, estaba ya avisado, pero así y todo me dijo: "Caramba con el Opus, han dicho cosas de ti que me están dando ganas de irme a Madrid y decirle dos palabras a Escrivá", convencí a mi padre que no merecía la pena, ya que de siempre he pensado que en esta vida hay que soportar muchas cosas y sobre todo... No hace daño quien quiere, sino quien puede... La campaña contra mi duró bastante tiempo, pero creo que no me quitó ningún amigo de verdad, si alguno dejó de serlo, es que no era un verdadero amigo.

Las cosas del Padre; coincidiendo con las primeras conversaciones de enero, un día entró en mi habitación uno del Opus y me dijo: "Ponte la mejor ropa, y baja a recepción, que hay una persona que quiere saludarte." Llamábamos pomposamente Recepción a una entrada que daba a la escalera de acceso a los pisos de arriba y a la sala de estudio. Cumplí lo que me decían, y bajé para encontrarme con el Padre Escrivá, meliflua sonrisa, impecable sotana, blanquísimo alzacuello, manteo irreprochable, todo un número de lo que, a mi modesto entender, no es un sacerdote humilde. Mentalmente lo comparé a las raídas sotanas de mis jesuitas profesores de Indauchu, a las brillantísimas y repasadas sotanas de otros sacerdotes que conocía, qué diferencia, con la estampa impecable del Padre. Besé su mano derecha con todo respeto, y empezó su interrogatorio, no voy a detallarlo porque sería larguísimo, pero sí debo destacar su dirección para "tratar de averiguar" a cuánta gente con título de nobleza conocía, cada vez que alguno que yo mencionaba, le sonaba rotundo, inundaba su cara un gesto de complacencia y bienestar. Una cosa quedó muy grabada para mí de aquella entrevista; salió el tema jesuitas, hablamos de ellos, su labor, sus asociaciones de antiguos alumnos, etc, etc..., y como final me dijo: "La Compañía de Jesús tuvo una figura destacadísima, el Duque de Gandía, que llegó a Santo... el Opus Dei tiene un Santo que algún día será noble"..., me quedé de piedra sin captar del todo lo que habla dicho, años después el Boletín Oficial del Estado me lo explicó, en él se establecía la reposición del título de Marqués de Peralta, en favor de José María Escrivá de Balaguer. Total que el Padre había llegado a cumplir su propósito. Esas explicaciones que pretenden dar los de la Obra, sobre que esto era necesario para que el hermano del Padre, tuviera el título de Barón de San Jaime, no me sirven, ni creo servirán a nadie que tenga dos dedos de frente; si él no hubiera querido el título que le correspondía (?), su hermano hubiera podido ser Marqués de Peralta y Barón de San Jaime, el comentario huelga.

En nuestra entrevista me hizo muchas veces alusión a su libro Camino, del cual voy a hacer unos brevísimos comentarios antes de terminar, pero partamos de la base que el primer lema, el lema básico del Opus Dei en su inicio, fueron las siglas DYA, Dios y Audacia, según el punto 11 de Camino la necesitaron Cisneros, Santa Teresa y San Ignacio... y claro también Escrivá que ya era Santo y esperaba ser noble. Mi idea de Santa Teresa y San Ignacio, chocaba con la idea de personas audaces, hoy sigo opinando igual; no creo que el tesón, la humildad y la FE, se corroboren con la palabra Audacia. Sin comentarios.

Sigamos con 'Camino, 10: "No reprendas cuando sientes la indignación por la falta cometida", y en contraposición 849: " ¡Hombre! Ponle en ridículo. Dile que está pasado de moda... " 998: "¡Bendita perseverancia la del borrico de noria! Siempre al mismo paso. Siempre las mismas vueltas." ¿Dónde está el ir con la moda que antes ha predicado? 28: "El matrimonio es para la clase de tropa y no para el estado mayor de Cristo." "¿Ansia de hijos? Hijos, muchos hijos...", y mientras el marido está con sus amigos, la esposa que cargue con sus sucesivas y reiteradas llegadas de chavales a este Mundo; esto lo veo en muchos miembros de la Obra que conozco, hasta el punto que uno de ellos me llegó a decir: "Cuantas más veces hagas el amor con tu mujer, más honrarás a Dios"... pues lo siento mucho, pero no me gusta mezclar la sexualidad con mi idea de DIOS. 44: "Pon la amable excusa que la caridad cristiana y el trato social exigen." Ya está tocando el tema del disimulo, ese disimulo que tanto ha afectado en sus palpables consecuencias de silenciamento, de actuación solapada, de verdades a medias, a María Angustias Moreno; es el dedo en la boca y yo siempre me hago la misma pregunta:

¿Por qué los miembros del Opus, nunca dicen que pertenecen a la Obra? Las razones que aducen no me convencen, ni pueden convencer a las personas que tengan dos dedos de pensamientos propios y los ejecutan, claro éstos no convienen a la Obra.

Para las personas que lean con detenimiento los "elevados pensamientos de Camino", no dudo verán en él múltiples contradicciones, para los de la Obra no tienen más salida que: "Lo dijo el Padre y basta...", pues para muchos, y yo entre ellos, no basta, ni bastará. Digo y diré lo mismo que pensaba allá por el 43, la idea es buena pero la ejecución es humana, y además mal hecha, además valiéndose de torcidas repulsas, además esquivando verdades y tergiversándolas, además..., y así muchos más ademases de los que son necesarios para una cosa que se llama la Obra de Dios. Obra de Dios es el Universo, Obra de Dios es la Tierra, Obra de Dios es Cristo..., todo lo demás son obras humanas, y como tales sujetas a duras y lamentables equivocaciones.

Esas palabras empleadas en Camino, 49: "niño de... correveidile, encizañador, soplón." 50:preguntón, oliscón y ventanero." 53, aquí ya salta el espíritu de la Obra: "Ese espíritu crítico -te concedo que no es susurración- no debes ejercitarlo con vuestro apostolado, no con tus hermanos." Ya ha puesto uno de los pilares básicos del Opus, si hay crítica, ponla ahí, no señor cómetela con patatas, mientras el Padre no indique lo contrario. Voy a terminar para no abrumar con todo lo que de esto puede escribirse.

María Angustias, no desestimes el daño que puedan y van a hacerte; su humildad les ha llevado a controlar muchos caminos de la vida, cuando menos te esperes te darán de palos; pero ten la firme convicción que de tu parte, y comulgando con tus exposiciones estamos muchos, que sin ser de la Obra, esperamos algún día presentarnos ALLÁ y decir Señor pequé, ten misericordia y piedad de mi. Con humildad, con confianza, con espíritu de Cristianos...

Mi recomendación es que todos debían de leer Camino, sabiendo leerlo se explicarían muchas cosas. Las ostentaciones más improcedentes, las exhibiciones más ridículas, las labores preparatorias cada vez que van a fundar una nueva Casa, etc., etc. Medio Bilbao recuerda, cuando vinieron a fundar la Base de Bilbao; se pasaron días y días en el café más céntrico y lujoso de entonces, el León de Oro de la Gran Vía, con un magnífico cochazo a la puerta y pidiendo un whisky cada cinco minutos. Así monta sus shows el Opus. Qué me dicen del que tuvimos ocasión de ver por T.V.E., sobre las "abiertas" interpelaciones del Padre, qué bien preparado y todo, fue una fantasmada de las más gordas que hemos podido presenciar. Estos montajes nos recuerdan aquellos otros de la época 39-75, cuando Franco preguntaba a los "obreros" si

estaban contentos con su sueldo y éste les bastaba, hasta que uno contestó: "Sí, señor, estoy contento con mi sueldo y me da para vivir, pero para vivir bien, gracias a una hermana puta que tengo en las Ramblas, y me manda quince mil lupercias todos los meses."
(L. L. G. G. Vascongadas.)

Alguien con especial significación e importancia, para poder opinar sobre la Obra, me escribe también como sigue:

Querida María Angustias:

He vuelto a leer tu libro "El Opus Dei. Anexo a una historia", en el cual hay mucha más sustancia de la que puede parecer a la primera lectura, y me considero en el deber de decirte que suscribo todas tus apreciaciones sobre el "espíritu" de la Obra, pues he vivido como tú la mayor parte de las experiencias que relatas y muchas más; tus juicios acerca de los que se van y los que se quedan no pueden ser más certeros, y he llegado también a la conclusión de que nunca nos van a perdonar que hayamos abandonado el instituto y, finalmente, que de si algo me arrepiento es de no haberme ido antes. Pero hay que reconocer, en disculpa de nuestra tardanza, que era muy difícil salir.

Una vez liberado del trauma que deja la Obra, repito literalmente contigo: "Yo, por mi parte, puedo seguir asegurando que no he llegado a echar de menos ninguno de sus cuidados, de sus charlas, de sus consejos, de sus diálogos, de sus apostolados, nada. Porque era eso precisamente lo que costaba y me repelía por contradictorio".

Tu libro tiene un alto valor informativo y, dejando aparte algunas benévolas interpretaciones tuyas, es a mi juicio el mejor y más objetivo análisis que se ha hecho de lo que es el Opus Dei por dentro.

Como sé que estás siendo víctima de una campaña difamatoria, te escribo estas líneas por si te sirven de consuelo y como apoyo moral a quien ha tenido el valor -no pequeño- de dar testimonio de la verdad.

(A.P.T. Fue secretario General del Opus Dei)

FIN DEL LIBRO